

CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES

PUBLICACIONES
DEL
**INSTITUTO DE ETNOGRAFÍA
Y FOLKLORE “HOYOS SÁINZ”**

Vol. XV



SANTANDER
(2000-2001)

PUBLICACIONES
DEL INSTITUTO DE ETNOGRAFÍA Y FOLKLORE
“HOYOS SÁINZ”

Edita: CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES

© Los Autores

Centro de Estudios Montañeses

c/ Gómez Oreña, 5, 3º, 39003, Santander.

Patrocina: INSTITUTO DE ESTUDIOS CÁNTABROS

Impresión: Imprenta Cervantina S. L. c/ Riomiera s/n, 39011, Santander.

I.S.B.N.: 84-930673-9-3

Depósito Legal: SA-770-2001.

CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES

PUBLICACIONES

DEL

INSTITUTO DE ETNOGRAFÍA

Y FOLKLORE “HOYOS SÁINZ”

Vol. XV



(2000-2001)



GOBIERNO DE CANTABRÍA

Consejería de Cultura, Turismo y Deporte

Instituto de Estudios Cántabros



**Director del Instituto de Etnografía y Folklore “Hoyos Sáinz”
y Director de Publicaciones:**

ELOY GÓMEZ PELLÓN

Consejo de Redacción:

Director del Instituto y de Publicaciones

Junta de Trabajo del Centro de Estudios Montañeses

-La correspondencia técnica y administrativa debe dirigirse al director de la publicación: Instituto de Etnografía y Folklore “Hoyos Sáinz”, Centro de Estudios Montañeses, calle Gómez Oreña 5, 3º Santander, C.P: 39003.

-El contenido de los artículos es de exclusiva responsabilidad de sus autores. Los artículos deben ser enviados escritos correctamente a ordenador y acompañados del correspondiente disquette.

-La dirección asume la responsabilidad técnica de la publicación.

SUMARIO

Presentación (Leandro Valle)	pág. 9
Prólogo (Eloy Gómez Pellón)	pág. 11
ELOY GÓMEZ PELLÓN: <i>La gestión del patrimonio etnográfico</i>	pág. 15
ANA M^a RIVAS RIVAS: <i>Rituales y ecología cultural en Cantabria</i>	pág. 59
PEDRO GÓMEZ Y M^a LUISA ARMINIO: <i>Matrimonio entre pasiegos I</i> <i>Endogamia/exogamia y consanguinidad en la población de los Montes de Pas 1880.1979</i>	pág. 77
SERGIO MARTÍNEZ MARTÍNEZ: <i>Pesaguero: un espacio lebaniego entre la tradición y la modernidad</i>	pág. 105
ARACELI GONZÁLEZ VÁZQUEZ: <i>Etnografía y toponimia. Vida tradicional y toponimia menor en Idías (Cantabria)</i>	pág. 155
MANUEL GARCÍA ALONSO: <i>El vino y las bodegas subterráneas en Liébana.</i> <i>(El caso de la cueva de Bollano-Cambarco)</i>	pág. 189
MARIO CRESPO LÓPEZ: <i>Los núcleos de población en la Cantabria que Jovellanos conoció. Percepciones ilustradas a finales del siglo XVIII</i>	pág. 245

BERNARDINO BLANCO RUIZ: <i>La influencia del pitero en el folklore montañés</i>	pág. 275
PEDRO CASADO CIMIANO: <i>Terminología empleada en Cantabria en lo referente a la elaboración artesanal de derivados de la leche</i>	pág. 291
VIRGILIO FERNÁNDEZ ACEBO JUAN MANUEL ACEBO GÓMEZ: <i>Los topónimos Horna y Haya en Cantabria</i>	pág. 313

PRESENTACIÓN

Con la edición de este volumen XV del libro *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore “Hoyos Sáinz”*, hemos llegado, a mi juicio, a la fase de consolidación -de cara al futuro- de las publicaciones de la mencionada institución.

Este Centro de Estudios Montañeses no puede por menos que felicitarse por éxito conseguido al asegurar la continuidad de las actividades de este Instituto que tanta importancia tiene para el conocimiento del patrimonio etnográfico y folklórico de nuestra región.

Tenemos que agradecer la decidida apuesta del Instituto de Estudios Cántabros en el objetivo de revitalizar esta institución de estudios etnográficos y su aportación a la publicación del presente volumen.

Y por último, tenemos que lamentar la pérdida de su director y buen amigo, Modesto Sanemeterio Cobo, que tanto contribuyó a que estas publicaciones volvieran a ser una realidad. A él dedicamos el logro que supone la publicación de este libro.

Santander, octubre de 2001

LEANDRO VALLE GONZÁLEZ-TORRE
(Presidente del Centro de Estudios Montañeses)

PRÓLOGO

Apenas dos años después de que saliera de la imprenta el número precedente de las *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore “Hoyos Sáinz”* ve la luz uno nuevo, que hace el número XV de la serie. De esta manera, se da cumplimiento en tiempo y en forma a la promesa de continuar con la publicación de esta señera revista de las letras regionales, nacida hace más de tres décadas con el ánimo de canalizar el caudal investigador en el ámbito de la antropología y de la etnografía. Con la misma cabecera que entonces, con idéntico formato, con igual color en la portada y con la sobriedad del primer número, la revista se honra en seguir respondiendo con imperecedera ilusión a la fidelidad que los lectores depositaron en ella en aquel lejano año de 1969.

El inconfundible sello del Centro de Estudios Montañeses, que estampa la cubierta y la portada de esta revista, constituye la feliz expresión de la vitalidad de una institución que desde hace cerca de siete décadas ha ocupado un lugar de privilegio en la vida cultural de Cantabria. Extendiendo su manto protector sobre aquellas publicaciones periódicas que en otro tiempo cobijó la Institución Cultural de Cantabria, el Centro de Estudios Montañeses ve complacido cómo desde sus entrañas afluyen sin parar los libros y las revistas que guardan la rica producción investigadora de muchos esforzados estudiosos de los diversos ámbitos de la cultura regional.

En los dos años transcurridos desde la última entrega han tenido lugar hechos de enorme significación dentro del panorama cultural. Si por aquel entonces nos enorgullecíamos de contar desde diciembre de 1998 con la *Ley del Patrimonio Cultural de Cantabria*, tan esperada como deseada, ahora nos complace ver cómo a lo largo del año en curso se han hecho realidad la *Ley de Bibliotecas* y la *Ley de Museos*. Representan sueños largamente anhelados por los ciudadanos cántabros que por fin se hacen realidad. La *Ley de Museos* permitirá organizar la compleja maraña que se teje sobre el mundo de unas colecciones que a menudo se parapetan tras el nombre de museos, mientras que estos últimos contarán con unas normas que resultaban imprescindibles.

En el campo de la antropología y de la etnografía se advierte cómo la institucionalización ha adquirido un carácter que en otro tiempo resultaba insospechado. En la Universidad de Cantabria la Antropología y la Etnografía se ense-

ñan desde hace más de una década, como materias que forman parte de los planes de estudios de las titulaciones de Historia y de Geografía. Más recientemente, la Antropología de las Regiones de España ha cobrado, igualmente, carta de naturaleza. El Aula de Etnografía de la Universidad de Cantabria ostenta un puesto de relieve en este impulso antropológico, gracias a las actividades y publicaciones que genera. Sin salir del panorama universitario, la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, con el patrocinio de la Fundación Marcelino Botín alberga desde hace cerca de una década la Escuela de Antropología Social, dirigida por el Profesor Lisón Tolosana, por la que pasan cada verano docenas de estudiantes de todas las regiones españolas y de diversos países extranjeros.

Fuera de la Universidad, numerosas asociaciones culturales se afanan en la defensa, y en su caso en el estudio, del patrimonio cultural, unas veces apoyadas por los ayuntamientos o por otras instituciones y otras sin más ayuda que la proveniente del auxilio económico que les prestan sus miembros. En ellas, individuos de distintas formaciones y vocaciones se unen para dar vida a iniciativas de diversa índole. Todas estas asociaciones se han federado, al objeto de hacer más intensa y efectiva la defensa del patrimonio, dando lugar sus siglas a la denominación de ACANTO.

Asimismo, y en términos generales, se advierte una progresiva institucionalización del voluntariado cultural, que sin duda deparará tantos beneficios como los que está produciendo ya en otras regiones, a imagen y semejanza del protagonismo que posee en numerosos países de nuestro entorno. Por su parte, el resto de agentes involucrados en todos aquellos quehaceres que supongan estudio, protección, conservación, defensa, difusión, gestión y en las múltiples tareas relacionadas con el tratamiento del patrimonio cultural, cumplen con la indispensable labor que les ha sido asignada.

Añadidamente, el estudio del patrimonio cultural cuenta con sus propios órganos de expresión, algunos de los cuales poseen una clara especificidad. Este es el caso de las *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore "Hoyos Sáinz"*, dedicadas por entero al conocimiento del patrimonio etnográfico. El presente volumen contiene diez trabajos, los cuales totalizan una extensión que supera los tres centenares de páginas. Algunos de sus autores, como Pedro

Gómez y Pedro Casado, vienen publicando sus trabajos en la revista desde hace varios lustros. Otros, como Araceli González, María Luisa Arminio, Bernardino Blanco Ruiz, Virgilio Fernández Acebo, Juan Manuel Acebo Gómez, Mario Crespo y Sergio Martínez, se incorporan a la revista en este número. Mientras que Manuel García Alonso, Ana María Rivas y quien firma estas líneas colaboraron también con sus respectivos artículos en el número anterior. A la alegría que supone para mi haber concitado el interés de este espléndido grupo de colaboradores, se une la enorme satisfacción de acoger entre ellos a quienes años atrás fueron queridos alumnos en las aulas y hoy comparten conmigo idénticas inquietudes: Sergio Martínez, Araceli González y Mario Crespo.

Todos estos autores pasan revista a temas como el de la gestión del patrimonio etnográfico, la ecología cultural, el análisis del matrimonio entre los pasiegos a través de la documentación histórica, el cambio cultural, la toponimia, la percepción antropológica de los hechos históricos, la cultura asociada a la elaboración del vino en Liébana, el léxico relativo a la cultura de los derivados lácteos, o la utilización de un instrumento tan característico de la música popular como el requinto. Precisamente, el volumen que ahora ve la luz incluye en sus páginas el trabajo que lega a título póstumo este último autor, Bernardino Blanco Ruiz, cuya investigación le ocupó los últimos días de su vida.

Una nota más de amargura la pone el fallecimiento de quien fue director de nuestra revista y querido amigo, Modesto Sanemeterio Cobo, que nos dejó para siempre en los días finales del año 2000. Su sólida formación, adquirida al abrigo de los grandes maestros franceses de su tiempo, le permitió estar al tanto del desarrollo de la antropología europea y firmar trabajos de mérito que dieron honra a las *Publicaciones del Instituto "Hoyos Sáinz"*. Compaginando su quehacer de clérigo con su labor de catedrático de Enseñanza Secundaria, tuvo tiempo igualmente para dirigir con acierto la revista que un día puso en mis manos. por muchas razones, su vida se ha convertido para todos los que formamos parte del Instituto y del Centro de Estudios Montañeses en imperecedero recuerdo. Que descanse en paz Modesto Sanemeterio.

La Consejería de Cultura de Cantabria por intermedio del Centro de Estudios Montañeses y del Instituto de Estudios Cántabros pone al servicio de

los lectores este nuevo número de las *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore "Hoyos Sáinz"*. La variedad de los temas elegidos y la diversidad de enfoques que se convirtieron en la mejor expresión del volumen precedente consiguen resplandecer también ahora, cumpliendo de esta manera con aquel objetivo que inspiró la creación de esta revista. La publicación del presente número lleva implícita la renovación del propósito de satisfacer a nuestros lectores en breve espacio de tiempo, con la publicación de un nuevo volumen que superando los errores agrande los aciertos.

Santander, 18 de octubre de 2001, festividad de San Lucas.

ELOY GÓMEZ PELLÓN

Director de las Publicaciones del Instituto
de Etnografía y Folklore "Hoyos Sáinz"

LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO ETNOGRÁFICO

por

Eloy Gómez Pellón
(Universidad de Cantabria)

Introducción

En las dos últimas décadas se ha generado en España una abundante normativa en materia de patrimonio cultural, emanada tanto desde la Administración estatal como desde las Comunidades Autónomas. Tal normativa ha sido la consecuencia directa de las previsiones contenidas en la Carta Magna de 1978, y muy especialmente en su artículo 46 destinado a garantizar la conservación y el enriquecimiento del patrimonio cultural de los pueblos de España. La nueva configuración del Estado que con este texto constitucional nacía daba lugar a que éste cediera a las Comunidades Autónomas una larga serie de competencias, y entre ellas las relativas al patrimonio cultural, tal y como se recoge en diversos apartados del artículo 148, aunque el propio Estado se reservaba algunas atribuciones con carácter exclusivo en materia, por ejemplo, de exportación y expoliación. Aquellas competencias cedidas a las Comunidades Autónomas habrían de ser reguladas en los correspondientes Estatutos, de modo que en caso contrario permanecerían bajo la tutela del Estado. Eso significaba que, una vez promulgados los correspondientes Estatutos, el derecho del Estado, en el ámbito del patrimonio cultural, se convertía en supletorio del producido por las Comunidades Autónomas. De este modo, los Estatutos de las diez y siete Comunidades Autónomas aprobados entre 1979 y 1983, juntamente con los de las ciudades de Ceuta y Melilla sancionados en 1985, reclamaron para sí las competencias previstas en materia de patrimonio cultural, a la vez que creaban el marco de la posterior concreción legislativa.

A partir del año 1990 buena parte de los parlamentos regionales han aprobado leyes reguladoras del patrimonio cultural, bien con esta denominación o bien con la de patrimonio histórico. Asimismo, algunas de las Comunidades han procedido a desarrollar el articulado legislativo por medio de reglamentos o de conjuntos normativos referidos a diversas materias, entre las cuales, algunas como los museos y las bibliotecas han ocupado un lugar preferente. El avance que representa la existencia de un marco normativo que, ciertamente, es incompleto desde el punto de vista administrativo, no oculta la enorme dificultad que supone la gestión eficaz de un patrimonio, como es el cultural, cuya característica fundamental es su complejidad.

Toda la producción normativa que se ha generado en torno al patrimonio cultural, y que ha ido a la zaga de la producida por los organismos internacionales, empezando por la Organización de las Naciones Unidas y siguiendo por la U.N.E.S.C.O. y el Consejo de Europa, entre otros, no es sino el resultado de una sensibilidad que trasciende la acción de los legisladores. A medida que transcurría la segunda mitad del siglo XX crecía en los ámbitos intelectuales la preocupación por un patrimonio que, siendo la expresión misma de la cultura, estaba siendo allanado por la filosofía del utilitarismo que parecía estar imponiéndose, de forma que las medidas legales venían a ser la respuesta efectiva a un problema que comenzaba a adquirir grandes proporciones. No en vano, la Conferencia General de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, en su decimoséptima reunión celebrada en París en 1972 puso al frente del acta correspondiente la siguiente constatación: “Que el patrimonio cultural y el patrimonio natural están cada vez más amenazados de destrucción, no sólo por las causas tradicionales de deterioro sino también por la evolución de la vida social y económica que las agrava con fenómenos de alteración o de destrucción aún más terribles” (1).

Pero no se debe perder de vista que la sensibilidad hacia el patrimonio sigue estando limitada en buena medida, aún en el presente, a los círculos intelectuales, mientras que en el resto de la población el interés por el mismo sigue siendo exiguo. Más todavía, la producción de normas que intentan contener la desaparición del patrimonio y la desidia por su conocimiento, no constituye el antídoto adecuado por sí misma, sino que necesita de una gestión adecuada por

parte de los poderes públicos, la cual será tanto más eficaz cuanto mayor sea la persuasión ejercida sobre los ciudadanos en cuanto al valor y a los usos del patrimonio, y cuanto mejor satisfaga los requerimientos demandados por la ciudadanía.

1. Administrar, organizar y coordinar

En un trabajo precedente (2) he tenido la ocasión de mostrar el valor y el significado del patrimonio etnográfico. Entonces pude explicar cómo en la segunda mitad del siglo XX fraguó una nueva concepción del patrimonio cultural que, por lo que se refiere a España, tiene su reflejo en la Ley del Patrimonio Histórico de 1985. Poco a poco, y merced a la nueva visión que se impone en los países de nuestro entorno, al igual que en España, se admite que el patrimonio cultural posee una magnitud incomparablemente mayor que la que se le había atribuido tradicionalmente (3). Los bienes culturales, según esta concepción, han sido reunidos a lo largo de muchas generaciones por la sociedad entera, lejos de la vieja vitola noble, eclesiástica, o burguesa, que los distinguía hasta bien avanzado el siglo XX. Frente a la tradicional percepción estamental o clasi-sista del patrimonio se imponía otra mucho más democrática y universal que constituía una auténtica novedad.

Ahora se aceptaba que el patrimonio etnográfico se hallaba integrado no sólo por bienes de índole material, sino también por otros de orden inmaterial, al incluir entre los elementos integrantes del patrimonio etnográfico las costumbres, las tradiciones, los rituales y todos aquellos aspectos que, sin tener consideración tangible, nutren la cultura. Dicha apreciación, por sí sola, era suficiente para otorgar al patrimonio esa adjetivación de cultural que sustituía a la condición histórica que en el pasado le había sido atribuida al patrimonio. En consecuencia, el patrimonio etnográfico no sólo se incorporaba al dominio del patrimonio cultural, como no lo había hecho nunca en el pasado, sino que además lo hacía en toda su amplitud, ocupando una vasta porción del mismo. En suma, el patrimonio etnográfico adquiría carta de naturaleza en el ámbito legal, al tiempo que reclamaba una atención hasta entonces insospechada.

El patrimonio etnográfico, a la vista de lo dicho, no era un patrimonio menor, sino que era reconocido como una parte muy notable del patrimonio cul-

tural. Las creaciones en el ámbito de este patrimonio etnográfico tienen un profundo sentido identitario, en tanto que a menudo su construcción involucra a la generalidad del cuerpo social o a gran parte del mismo, por cuanto incluye gentes de toda clase y condición. No se trata de un patrimonio sublime y sofisticado, fruto de la acción creativa de las elites, sino de un patrimonio marcadamente expresivo e igualmente creativo, cuya complejidad no es menor que la del patrimonio reunido por esas mismas elites. Realmente éste es el núcleo fundamental de una discusión de gran calado. Porque, sin embargo, las agencias encargadas de transmitir los saberes, y de modo singular la escuela, no han valorado en su justo término los contenidos del patrimonio etnográfico. En un conocido artículo de N. García Canclini (4) se pone el dedo en la llaga cuando se dice que generalmente existe una jerarquía de capitales culturales, de modo que, por ejemplo, vale más el arte que la artesanía o la cultura escrita que la tradicional.

El mismo autor mencionado reflexiona en el citado trabajo acerca de las razones que han conducido a esta forma de percibir el patrimonio. Y descubre que los distintos grupos sociales se han apoderado del patrimonio de forma muy desigual. No hay duda de que las clases subalternas han contribuido a la producción del arte, desempeñando oficios y desarrollando ideas que resultaban indispensables para el buen logro artístico. Pero tampoco hay duda de que, por lo común, la contribución de estas clases ha sido subordinada a una idea previa, según la cual lo artesano era subsidiario de lo artístico. Al mismo tiempo, en aquellos ámbitos en los cuales las clases subalternas han creado el patrimonio sustantivamente, y la artesanía o la literatura oral pueden ser claramente representativas, el valor patrimonial de los bienes resultantes era considerado de orden inferior, dentro de las relaciones de supraordinación y de infraordinación trazadas en el contexto del capital simbólico que representa el patrimonio cultural.

Las ideas que se acaban de poner de relieve se entienden claramente comprendiendo que la noción de patrimonio cultural tan sólo ha tomado cuerpo en un puñado de sociedades, occidentales, democráticas y prósperas económicamente, mientras que en el resto no pasa de ser, aún en nuestros días, una ficción. Aunque supuestamente se da a entender que los bienes que integran el patrimonio cultural han sido acumulados durante generaciones por el conjunto de la

sociedad, más bien parece que cada grupo integrante de la sociedad posee su propio patrimonio, de manera que estos patrimonios no se confunden. Más todavía, el valor de los bienes patrimoniales de los distintos grupos decrece en la medida que se descende en la escala económica y social, de modo que con cierta frecuencia se considera escaso el rédito de los producidos por los grupos que ocupan los últimos puestos. De acuerdo con este esquema, el patrimonio generado por las clases populares termina por ser considerado como ínfimo, modesto o menor. Como es sabido, esta producción patrimonial “modesta” ha sido asimilada al patrimonio etnográfico, que precisamente es el último de los incorporados al capital simbólico del patrimonio cultural.

Podría deducirse, en consecuencia, que el patrimonio etnográfico es de rango menor, al carecer del prestigio y del rédito que parece acompañar a otros ámbitos del patrimonio cultural. Y, sin embargo, una mirada detenida al mismo, como ya he tenido ocasión de explicar, nos descubre un vasto y valioso patrimonio que es mal conocido, y que lleva aparejada la natural dificultad de su administración. Por de pronto, el campo de la cultura es inmenso si se considera que es todo lo que han construido los seres humanos a lo largo del tiempo y todo lo que siguen construyendo, como resultado de la aplicación de sus conocimientos y no del instinto. Lo que nosotros consideramos como patrimonio cultural es un conjunto de logros, de adquisiciones, de conocimientos, de pautas y de conductas que nos ayudan a entender lo que somos y lo que hemos sido.

Dentro de la masa de bienes culturales, una parte de éstos tienen un carácter general, por cuanto no son propios necesariamente de un contexto geográfico. Al revés, otros han adquirido su desarrollo y su significación en un ámbito geográfico determinado, en tanto que sirven para definir y comprender la cultura de las gentes que viven en ese ámbito. El conjunto de los bienes patrimoniales depende de la gestión de unos administradores que, de acuerdo con la casuística, desempeñan su labor en el marco de los distintos contextos administrativos. En el caso de España, como ha quedado dicho, el Estado ha cedido la mayor parte de la gestión patrimonial a los entes regionales, dotados de la autonomía política y administrativa capaz de garantizar la gestión de las competencias que les han sido atribuidas, y sin menoscabo de aquellas competencias que correspondan a la Administración del Estado y a la Administración local (5).

En el seno de este patrimonio cultural se encuentra, formando parte del mismo, el patrimonio etnográfico, integrado a su vez por bienes materiales e inmateriales que son o han sido expresión de la cultura del Estado o de la región correspondiente, entendiendo por estos últimos conocimientos y actividades que, hallándose arraigados culturalmente, han sido transmitidos por vía consuetudinaria. Pues bien, de esta manera estamos haciendo mención de una vasta parte del patrimonio cultural, puesto que hace referencia a una larga nómina de bienes muebles, inmuebles e inmateriales. A su vez, estos últimos acogen todo tipo de actividades, usos, costumbres, creencias, ritos, valores, juegos, canciones, bailes y, en suma, toda la parte de la cultura que ha sido transmitida oralmente, y que, por cierto, representa una enorme porción de la cultura. La normativa emanada de las Comunidades Autónomas entra a menudo en todo tipo de detalles acerca de la naturaleza del patrimonio etnográfico, al amparo de la relación de proximidad que se establece entre el legislador y la cultura a la que se dirige la producción legal.

Mas se trata de un patrimonio vasto y complejo que debe ser administrado por parte de los poderes públicos, de modo que su uso y su disfrute pueda proporcionarles a los ciudadanos el camino seguro hacia el conocimiento de su propia cultura. Ello supone la existencia de órganos especializados dentro de la Administración que se encarguen de su gestión. De hecho, la Administración posee el deber moral y la obligación legal de crear una estructura orgánica que permita que distintos órganos y unidades se encarguen de cumplir eficazmente las funciones de definición, preservación y difusión del patrimonio. Es así que en nuestros días las Administraciones Regionales, a través de las Consejerías de Cultura, acogen una serie de Servicios especializados, de los cuales a menudo uno se halla dedicado de forma exclusiva a la gestión patrimonial. Los jefes de estos Servicios están situados orgánicamente por debajo de un Director General de Cultura, que es el encargado de coordinar la gestión de todos ellos. Este Director General depende, a su vez, del titular de la Consejería.

Es habitual que los distintos Servicios de las Consejerías de Cultura tramiten un volumen de trabajo muy por encima de sus posibilidades, lo cual refrena manifiestamente la gestión. Los Servicios de Patrimonio han de encargarse de la elaboración de expedientes, de la incoación y de la declaración de bienes

culturales, de las intervenciones en estos bienes, de la puesta en funcionamiento de comisiones y, en suma, de una larga nómina de actividades difícilmente soportables. Esta situación, lejos de experimentar un decrecimiento se halla en pleno progreso, como resultado de la alta valoración que han adquirido las materias relativas al patrimonio cultural en una sociedad moderna como la nuestra, propiciando una demanda en la gestión que no guarda proporción con la de épocas precedentes.

Si la eficacia en la gestión del patrimonio cultural supone la optimización de los recursos existentes en beneficio del uso y disfrute de los mismos por parte de la ciudadanía, estos órganos de gestión que se acaban de señalar no podrían desempeñar sus funciones si no fuera con el concurso de los correspondientes órganos asesores, “por razones de estricta competencia, especialidad y operatividad”. Tales órganos han de estar integrados por personas que por su labor profesional conozcan todo lo relacionado con los bienes culturales, y por lo tanto han de incluir profesores universitarios, personal gestor de los museos, investigadores, miembros de fundaciones y patronatos, representantes de organismos políticos regionales y municipales, personal de los Servicios de Patrimonio o de otros Servicios afines, responsables de las Consejerías de Cultura, etc. Como no podría ser de otra manera, la composición de estas Comisiones no contradice la necesaria renovación de las personas que las integran en la medida que estas últimas cambian de actividad o de función. La amplitud del patrimonio cultural, en general, hace que estas comisiones hayan de hallarse especializadas, de modo que, en lo que se refiere al patrimonio etnográfico, al menos una de ellas se ocupe en exclusiva de los bienes culturales que le son propios (6). No obstante, debe haber un experto en patrimonio etnográfico en las comisiones correspondientes al patrimonio edificado o inmueble y al patrimonio mueble, e incluso en otras comisiones que guarden relación con los bienes etnográficos, tales como las de patrimonio científico y tecnológico y otras si las hubiera (7).

En ocasiones, la administración y gestión de ciertos bienes culturales, destacados por su singularidad, por el aprecio social o por el beneficio de su puesta en valor, da lugar a que la comisión asesora pueda adquirir una personalidad nueva, como es la de un patronato o la de un órgano especializado. En el mismo han de concurrir representantes de las diversas Administraciones implicadas en

la gestión del bien o de los bienes, así como otras personas pertenecientes a entidades públicas o privadas que también se hallen relacionadas con la búsqueda de las soluciones que se demandan de acuerdo con lo establecido en el régimen estatutario. Estos órganos especializados, bien con el nombre de patronato o con cualquiera otro, han de acoger asimismo la presencia de estudiosos y expertos que puedan prestar su asesoramiento, y que con su quehacer se conviertan en auténticos portavoces de la opinión pública.

La reunión periódica de estas comisiones, que con carácter ordinario suele ser quincenal, mensual o trimestral y con carácter extraordinario cuando lo demande la urgencia de los asuntos pertinentes, no oculta la necesidad que las Administraciones regionales poseen de contar con informes a corto plazo, cuya colaboración viene motivada por la continua toma de decisiones en asuntos extraordinariamente delicados como son muchos de los relativos a los bienes culturales. Por eso, estas Administraciones cuentan por lo común con el consejo de entes consultivos de tipo profesional, empresarial, político o de otra índole. Tal auxilio, cuando es adecuadamente prestado y cuando se dan las circunstancias oportunas para que sea recabado, puede garantizar una mayor eficacia en la gestión.

No cabe duda de que las Comunidades Autónomas han de colaborar muy estrechamente con las demás Administraciones, sean del ámbito que fueren, incluidas las supraestatales, a fin de mejorar la gestión del patrimonio que se les ha encomendado. Pero su colaboración ha de ser particularmente intensa con los municipios que integran la Comunidad, a partir de los derechos y deberes comunes que atan a ambas Administraciones.

En este sentido, y ello es bien evidente tratándose del patrimonio etnográfico, la eficacia en la gestión sugiere la necesidad de que existan actividades de cooperación, las cuales podrían desarrollarse mediante los imprescindibles convenios-marco. Estos convenios han de contar con el impulso de una comisión mixta, constituida en auténtico órgano de asesoramiento, que integre a representantes de la Administración Autónoma y de las Administraciones locales juntamente con otros miembros. Esta misma forma de colaboración en la gestión por medio de órganos coordinadores la podemos extender asimismo a la cooperación con otras entidades locales, tanto de carácter inframunicipal como

de carácter supramunicipal, siendo claros ejemplos de estas últimas las mancomunidades de municipios.

De nuevo, la necesidad de colaboración se trasluce en el importante patrimonio cultural compartido por las Comunidades Autónomas y la Iglesia Católica. La Administración Autónoma y la de la Iglesia deben contar con órganos de coordinación, por medio de alguna comisión mixta. La Iglesia, que posee con un notable patrimonio en las diversas Comunidades Autónomas, incluye en el mismo bienes de gran interés etnográfico, en lo que se refiere al ámbito de las creencias, los rituales, los valores o de cualquiera otro relacionado con la espiritualidad. Ese mundo espiritual se hace manifiesto en la experiencia religiosa de múltiples maneras, y también por medio de un ámbito material que incluye construcciones, objetos y bienes de muy diversa índole.

Ahora bien, las competencias de las Comunidades Autónomas en materia de patrimonio cultural, de acuerdo con las atribuciones señaladas en la Constitución vigente, recogidas por expreso en los correspondientes Estatutos Autonómicos y en los ulteriores desarrollos de éstos, no ciegan la autonomía administrativa de otros entes dotados de capacidad de gestión y obligados a colaborar con las Administraciones Públicas Autonómicas, al amparo de la responsabilidad de estas últimas en el ámbito patrimonial. De ahí que la obligación que poseen tanto las Administraciones Locales como la Iglesia Católica de colaborar con las Administraciones Autonómicas, no ha de interferir en la obligación que estas mismas administraciones tienen de velar por su propio patrimonio. En el caso de la Iglesia Católica se trata de un amplio patrimonio reunido a lo largo de los siglos y que, independientemente de la religión que profesan los ciudadanos, se halla íntimamente unido a la cultura occidental.

En lo que respecta a los municipios, las Corporaciones Locales cuentan con deberes y derechos encaminados a la salvaguarda y la difusión del patrimonio cultural que tienen encomendado, en consonancia con los principios de descentralización y proximidad de los bienes e intereses que han de ser gestionados. La gestión del patrimonio por parte de los municipios llevará aparejada no sólo la defensa pasiva del patrimonio mediante la adopción de medidas cautelares de todo tipo, sino también el control de las intervenciones sobre los bienes culturales, la formulación y tramitación de los planes especiales de protección

de los conjuntos históricos, la inspección y vigilancia de las actividades urbanísticas, la creación y el funcionamiento de los museos municipales que pudieran existir, así como la cooperación necesaria con la Administración Autonómica, según se ha explicado más atrás.

En suma, la eficacia en la gestión del patrimonio por parte de las Comunidades Autónomas, como responsables directas de la defensa y difusión de los bienes culturales, supone que éstas han de contar con órganos especializados, capaces de ejercer una tutela efectiva de las tareas que tienen encomendadas. Estos órganos de gestión se complementan con otros de coordinación, encargados de canalizar la colaboración entre la Administración Autonómica y otras Administraciones implicadas en la conservación del patrimonio. Por otro lado, la necesidad de garantizar la atención a esferas o ámbitos prioritarios da lugar a la existencia de entes instrumentales de la gestión patrimonial, cual es el caso de los patronatos.

Pero, la gestión del patrimonio requiere, asimismo, el establecimiento de una relación indispensable entre las Administraciones, tanto autónomas como municipales, y las asociaciones ciudadanas dedicadas a velar por el uso y el disfrute del patrimonio, las cuales son muy numerosas en el presente, como corresponde a una sociedad democrática cuyas libertades demandan múltiples derechos en relación con los bienes culturales, imponiendo al mismo tiempo diversas obligaciones. La sensibilidad existente hacia el ejercicio de tales derechos y hacia el cumplimiento de las obligaciones derivadas es, precisamente, la razón que empuja a estas asociaciones a llevar a cabo una labor intensa de denuncia y concienciación que explica los movimientos de protesta que, en torno al patrimonio, se están produciendo en muchas partes (8).

Más todavía, la gestión del patrimonio cultural en general, y del etnográfico en particular, requiere una gran atención a la ciudadanía, dando audiencia a los denunciantes siempre que ello sea posible. Una gestión eficaz hace crecer en la ciudadanía la preocupación por los bienes patrimoniales, de modo que entre la Administración y los administrados se crea una interrelación beneficiosa. El aprecio del patrimonio cultural por parte de los ciudadanos encuentra su respuesta en la adecuada información proporcionada por la Administración, así como en la movilización de los necesarios recursos económicos por parte de esta

última. Cuanto mejor responda la gestión a los requerimientos de la ciudadanía, mayor será la armonía existente en el diálogo que se ha de producir entre administradores y administrados, lo cual evita el riesgo de frustración que en caso contrario embargaría a unos y a otros.

2. Definir, describir y documentar

Parece indiscutible que la eficacia en la gestión del patrimonio tenga como punto de partida el mejor conocimiento posible del patrimonio cultural. No es posible tomar decisiones acerca de los bienes culturales cuando están ausentes los necesarios instrumentos descriptivos. Los textos legales referidos al patrimonio cultural distinguen por lo general entre una variedad de estos instrumentos cuyo valor técnico y científico se halla sobradamente contrastado. Así, en efecto, algunos ámbitos del patrimonio cultural cuentan desde hace lustros, e incluso décadas, con sistemas descriptivos que permiten contar en la actualidad con un significativo *corpus* de conocimientos, por mínimo que pueda ser en ocasiones. Así sucede con el patrimonio arqueológico, con el patrimonio histórico-artístico, con el patrimonio documental y bibliográfico, etc. En ello ha resultado determinante el hecho del valor atribuido por el legislador desde hace mucho tiempo a los contenidos de estas esferas patrimoniales que, según el articulado de los textos legales, ha venido siendo reconocido como monumental (9).

Por tanto, en el caso del patrimonio etnográfico, en general, faltan instrumentos descriptivos que nos permitan valorar su contenido, a la vez que dificultan o impiden la toma de decisiones. Hasta el presente ha sido muy escaso el esfuerzo realizado en beneficio de la documentación rigurosa de este patrimonio, de modo que resulta difícil el acercamiento a lo que fue este patrimonio en un pasado reciente. Al mismo tiempo que se generaba un gran cambio cultural en nuestro país, especialmente después de mediados del siglo XX, se producía una destrucción masiva de dicho patrimonio, que resultaba ser tanto mayor en el ámbito inmaterial debido a la fragilidad de los bienes que lo integran. De esta manera, muchas actividades, conocimientos, costumbres, rituales, valores, creencias, etc. desaparecieron dejando escasos o nulos registros, y por supuesto sembrando de dudas y de sombras la investigación posterior.

A falta de estos registros imprescindibles, la investigación actual se ve obligada a cubrir su vacío con las contribuciones de individuos carentes de la formación adecuada, cuyos trabajos están presididos por un sorprendente diletantismo. La ausencia de un conocimiento científico fue cubierta frecuentemente con elucubraciones y suposiciones que invalidan el uso de los trabajos que las contienen. Mas en todo caso, tampoco sus trabajos habían sido concebidos como instrumentos descriptivos, entre otras cosas porque no había brotado la imprescindible sensibilidad social a favor de la protección y conservación del patrimonio etnográfico.

Sólo a partir de mediados de los años ochenta del siglo XX, coincidiendo con la entrada en vigor en 1985 de la Ley del Patrimonio Histórico Español, se produjo una incipiente preocupación por la elaboración de instrumentos descriptivos, en forma de guías, inventarios y catálogos, que se fue incrementando al mismo tiempo que las distintas regiones autónomas redactaban sus correspondientes leyes patrimoniales desde comienzos de los años noventa. Con todo, al empezar el siglo XXI el resultado no pasa de ser muy modesto, y sólo algunas regiones, como Cataluña, el País Vasco, Navarra, Galicia y Andalucía se encuentran en una situación ligeramente ventajosa con respecto al resto. Por fortuna, es cada vez más notorio el interés por el conocimiento de los bienes patrimoniales, y en aquellas regiones que habían quedado más rezagadas también se registra una actividad creciente en la preparación de inventarios y catálogos, impulsados desde las distintas esferas de las Administraciones regionales.

El inventario constituye un instrumento descriptivo de valor fundamental en la gestión del patrimonio (10). Su significado es fácilmente apreciable si se piensa que está inspirado en el que posee el inventario del patrimonio de una persona física o jurídica, y que a su vez resulta de gran valor jurídico y económico. Al igual que sucede con el inventario personal, el inventario del patrimonio cultural constituye una nómina o un listado, efectuado con la mayor precisión, de un conjunto de bienes, con el objeto de documentarlos y poderlos conocer de manera concreta. Análogamente a como los museos cuentan con los inventarios de los bienes que albergan (11), las distintas entidades administrativas de una región han de contar con los inventarios de sus bienes, cuya organización depende del criterio elegido a la hora de confeccionarlos. Así hablamos

de inventarios del patrimonio arqueológico, del documental, del histórico-artístico, etc. Y también hablamos de inventarios de los distintos territorios administrativos, de los diferentes espacios geográficos, etc. Es obvio que son numerosas las clasificaciones del patrimonio cultural en general, o del etnográfico en particular, que pueden ser adoptadas.

El catálogo constituye un instrumento descriptivo de primer orden, al igual que el inventario, que se halla indisolublemente unido a la tarea de documentación patrimonial, pero con una orientación marcadamente investigadora que, complementariamente, es administrativa también. El inventario, por definición, es somero, mientras que el catálogo para que sea tal ha de poseer un carácter acusadamente analítico. Ya no se trata de construir una nómina de bienes, evaluando su categoría, sino más bien de elaborar una descripción pormenorizada de cada uno de estos bienes. Si la información contenida en el inventario es general, la que alberga el catálogo es de carácter especializado. Al revés que en el inventario, en el catálogo se desciende al detalle, al objeto de aprehender toda la información de un bien patrimonial. Por eso, así como el inventario toma como referencia el conjunto de bienes patrimoniales, al que convierte en unidad de descripción, el catálogo toma como referencia el bien patrimonial, al cual particulariza en un contexto geográfico o temático, con un carácter que puede ser sistemático, crítico, etc.

La diferencia entre inventarios y catálogos se halla muy arraigada en el quehacer de los archiveros, los bibliotecarios, los museólogos y, en general, de los especialistas en la descripción de los bienes culturales. Sin embargo, no sucede lo mismo en otros países de nuestro mismo entorno, empezando por Francia, donde el concepto utilizado habitualmente es el de inventarios, si bien distinguiendo un tipo de inventarios que allí se denominan analíticos, y que coincide con la idea del catálogo que se emplea en España. Es evidente que el inventario pormenorizado se convierte en un auténtico catálogo. Ahora bien, mientras que en otros países europeos existe una gran variedad de inventarios, en España se hace una clara separación entre los inventarios propiamente dichos y los característicamente analíticos que son los que reciben el nombre de catálogos.

Más todavía, cabría añadir que los inventarios y los catálogos constituyen tareas de un mismo proceso, de manera que a la tarea inicial de inventariado de

los bienes culturales, en este caso de un determinado espacio geográfico, e incluso de un determinado ámbito patrimonial -arqueológico, histórico-artístico, etnográfico, etc.-, ha de seguirle una labor de catalogación. Consecuentemente, si imprescindible es el inventario, igualmente imprescindible ha de ser el catálogo. Uno y otro constituyen instrumentos descriptivos de valor primordial como se ha señalado.

La legislación autonómica relativa al patrimonio cultural se refiere con frecuencia a la utilización de estos instrumentos descriptivos que se acaban de señalar, pero tan sólo desde un punto de vista administrativo. Quiere decir ello que la existencia de un Catálogo General y de un Inventario General en una Comunidad determinada posee un valor jurídico de extraordinario valor a efectos de protección del patrimonio cultural, aunque carente de valor para el investigador. Por el contrario, la elaboración por parte de los investigadores de catálogos e inventarios correspondientes a las distintas áreas geográficas o lugares no se halla movida por una pretensión jurídica o administrativa, sino científica, aunque complementariamente posean un carácter documental que resulta igualmente útil a la Administración, no sólo porque ayuda a conocer mejor el patrimonio sino también porque contiene indicios del patrimonio más vulnerable y del más necesitado de protección.

De hecho, una gran parte de los registros descriptivos, es decir, de los inventarios y de los catálogos realizados con ánimo investigador son realizados, precisamente, a instancias de la Administración o subvencionados por ésta. Diputaciones y municipios son las entidades más interesadas en la realización de inventarios y de catálogos, tanto porque de esta manera contribuyen a satisfacer una demanda social, como porque fomentan un importante sentimiento identitario. También se comprende que por esta razón de patronazgo, dichos registros nazcan por lo general con unos objetivos dados previamente. Así ha sido posible que en los últimos años haya tenido lugar en todas las regiones españolas la elaboración de todo tipo de registros descriptivos relacionados con el patrimonio cultural, los cuales en ocasiones se han visto publicados en soporte de papel o de otro tipo de material.

El estímulo por parte de la Administración para la realización de inventarios y de catálogos por vía de las subvenciones contribuye, consecuentemente,

a la eficacia en la gestión del patrimonio cultural. Tales registros descriptivos permiten conocer mejor el patrimonio, documentándolo rigurosamente. Pero, al mismo tiempo, facilitan la toma de decisiones ante posibles intervenciones ulteriores. Por lo que respecta al patrimonio etnográfico, un volumen de información adecuado y preciso constituye la mejor garantía en materias de protección y conservación de bienes. Estos bienes, como es sabido, pueden ser tanto materiales como inmateriales. Y no cabe duda de que si importante es la documentación de los primeros, tanto o más lo es la de los segundos, dada su vulnerabilidad y las dificultades de constatación posterior. En un siglo como el que acaba de terminar, en el que los grandes cambios económicos y sociales han sido tan grandes, y la movilidad humana tan intensa, la desaparición del patrimonio basado en la tradición oral y en la transmisión verbal de conocimientos ha sido una de las notas distintivas.

La frase de Hampaté Bâ, que dice “en África un anciano que muere es una biblioteca que desaparece”, resulta sobradamente expresiva de cuanto se acaba de explicar (12). La UNESCO viene haciendo hincapié en la preservación de este inmenso patrimonio que es intangible o inmaterial. Las tradiciones de los pueblos se transmiten en buena medida de forma oral y gestual, y se modifican con el transcurso del tiempo a través de un proceso de recreación colectiva. “Para muchas poblaciones (y especialmente para los grupos minoritarios y las poblaciones indígenas), el patrimonio intangible representa la fuente vital de una identidad profundamente arraigada en la historia. La filosofía, los valores, el código ético y el pensamiento transmitido mediante las tradiciones orales, las lenguas y las diversas manifestaciones culturales constituyen los fundamentos de la vida comunitaria”.

Pero como muy bien se ha puesto de relieve reiteradamente, los inventarios y los catálogos también cumplen una clara función como instrumentos de valorización del patrimonio. Conociendo el patrimonio, el ciudadano aprende a concederle el valor que realmente tiene, y en consecuencia a estimarlo. Sólo este objetivo justifica sobradamente cualquier proyecto que trate de plasmar documentalmente en los correspondientes instrumentos descriptivos el patrimonio de un espacio geográfico. La ausencia de una sensibilidad generalizada hacia el patrimonio etnográfico puede mostrar a las claras la importancia de los inventarios y los catálogos.

Acaso el gran problema en la gestión del patrimonio por parte de los poderes públicos viene dado por la frecuente superposición de iniciativas políticas originadas en las diferentes Administraciones. A pesar de que todavía el estímulo administrativo es insuficiente, el creciente interés experimentado en los últimos tiempos por el conocimiento del patrimonio da lugar a que sobre un mismo espacio recaigan iniciativas de origen distinto pero de propósito idéntico. Un mismo objetivo de inventario o de catálogo puede verse impulsado por una o varias Consejerías del Gobierno Regional y por algún Ayuntamiento. Más aún, en ese mismo espacio puede concurrir la iniciativa privada de una asociación cultural o de otra índole que alberga un objetivo similar y que cuenta con una subvención pública. En definitiva, una buena gestión del patrimonio obliga a que cualquier iniciativa considere otros proyectos pasados o presentes, concluidos o inconclusos, a fin de optimizar el empleo de unos recursos económicos que por definición son limitados.

3. Preservar, proteger y conservar

La abundante legislación generada sobre el patrimonio cultural, en cualquier lugar del mundo donde exista la suficiente sensibilidad para que se creen normas acerca del mismo, siempre tiene entre sus objetivos primordiales la protección y la conservación. Hasta hace bien pocos lustros, en el mundo occidental, donde la preocupación por el patrimonio cultural ha sido mayor, cualquier iniciativa se limitaba a la conservación de aquellos bienes que se consideraban de un valor superior a los demás y que, por tanto, eran elevados a la categoría de reliquias. Se suponía que los valores estéticos o históricos que representaban eran indiscutibles. Sin duda, esta filosofía ha cumplido una función importante, y gracias a ella se han conservado bienes patrimoniales que, de otra manera, habrían resultado destruidos.

La protección y la conservación se llevaban a cabo mediante procedimientos pasivos, complementados en su caso con el uso de la coacción, de forma que los contraventores de esta máxima eran castigados, aunque salvo excepciones muy discretamente. Esas excepciones se referían a aquellos casos de grave atentado contra alguno de los bienes elevados a la categoría de reliquias. La idea del delito en esta materia era tan débil que por lo común no se

consideraba como tal. Téngase en cuenta que el delito se construye social e históricamente, y ha debido transcurrir mucho tiempo para que acabara cristalizando esta conciencia delictiva. Ese tiempo ha sido largo, puesto que es a mediados del siglo XIX cuando en Europa empieza a haber un interés, apenas perceptible entonces, por la conservación del patrimonio. Pero sólo desde mediados del siglo XX el cumplimiento de las penas por daños hacia aquello que se consideraba como bien patrimonial se fue haciendo realidad cada vez más decididamente.

Esta última observación es importante. Como he tenido ocasión de señalar con anterioridad (13), y también en este mismo artículo, el patrimonio etnográfico no ha logrado ser reconocido como auténtico patrimonio hasta fecha bien reciente, aunque a veces hacemos enormes esfuerzos por verlo reflejado en la legislación española a partir de los años veinte. Esta presencia del patrimonio etnográfico era tan escasa en los códigos normativos que apenas resultaba apreciable antes de los años ochenta del siglo XX, y sólo en contadas ocasiones se descubría bajo la máscara del pintoresquismo. Por tanto, ha de quedar bien claro que los delitos contra el patrimonio etnográfico, desde cualquier punto de vista, y por tanto también desde el de la protección y la conservación, no han existido hasta hace pocos años. La cesura, siempre difusa, se hace más acusada en el año 1985, cuando se promulga la ya citada Ley del Patrimonio Histórico. Hasta ese momento fue destruido el patrimonio etnográfico indiscriminadamente, tanto en el ámbito de la cultura material como en el de la inmateral. Hoy, cuando se sigue destruyendo este patrimonio, aunque se haya progresado mucho en su conservación, nos damos cuenta de que hemos perdido referencias notables de nuestra cultura sin que haya quedado rastro de ellas. La insensibilidad, la desidia y la falta de una normativa proteccionista han sido las causas de esta lamentable pérdida.

La Ley 16/1985 del Patrimonio Histórico Español trazó un modelo inicial de protección jurídica que han encontrado su desarrollo y profundización en la legislación de las distintas Comunidades Autónomas. La Ley del Patrimonio Cultural de Cataluña enuncia una serie de niveles de protección para sus bienes culturales, reservando para el primero de los mismos, el que acoge a los más relevantes, el nombre de Bienes Culturales de Interés Nacional, los cuales se

hallan inscritos en el correspondiente Registro. El segundo nivel de protección es el que acoge a los denominados bienes de interés local, es decir, a aquellos que “pese a su significación e importancia, no cumplan las condiciones propias de los bienes culturales de interés nacional”, los cuales serán incluidos en el Catálogo del Patrimonio Cultural Catalán. Finalmente, el tercero de los niveles de protección, el menos severo, acoge a los restantes bienes integrantes del Patrimonio cultural de Cataluña (14).

Más explícita aún resulta la Ley del Patrimonio Cultural de Cantabria, la cual traza igualmente tres niveles de protección, la primera de las cuales, la que acoge a los más sobresalientes, es la de los llamados Bienes de Interés Cultural, que se incorporarán al Registro General de Bienes de Interés Cultural. Una segunda categoría es la referida a los llamados bienes catalogados, que serán aquellos que pasen a formar parte del llamado Catálogo General de los Bienes de Interés Cultural de Cantabria. Por último, los demás bienes culturales de la región, que sin alcanzar la significación de los precedentes merezcan una protección explícita, formarán parte de un Inventario General de los Bienes del Patrimonio Cultural de Cantabria (15).

De este modo, la Ley del Patrimonio Cultural de Cantabria dibuja los distintos instrumentos descriptivos que se vienen señalando. Al mismo tiempo que crea un registro para los bienes patrimoniales más destacados, instituye un Catálogo para incluir a los bienes que precisan una protección también notoria, reservando el Inventario para aquellos otros que gocen de una protección más general. Esta previsión legal obliga a la Administración regional a efectuar una descripción minuciosa de todo el patrimonio situado bajo su jurisdicción, el cual habrá de ser incluido dentro de alguno de los instrumentos previstos. Precisamente, la buena gestión del patrimonio cultural impele a efectuar esta tarea con la mayor precisión posible en el menor tiempo, considerando que las decisiones han de quedar supeditadas a la satisfacción de los trámites pertinentes, los cuales se inician con la incoación del expediente oportuno.

Estas mismas figuras de protección asimiladas a la construcción de Registros generales, de Catálogos generales y de Inventarios generales las hallamos en las leyes de otras Comunidades con idéntico sentido a las ya citadas, como es el caso de Galicia (16). Pero también las encontramos con un carácter

muy parecido en Comunidades como el País Vasco (17) o Andalucía (18). En el caso de la primera, se contempla la existencia de un Registro General y de un Inventario General, mientras que en el caso de la segunda la ley prevé la elaboración de un Catálogo General.

Y si la filosofía instalada en nuestra cultura era tan poco respetuosa en el pasado con el patrimonio cultural, en general, y tan insensible con el etnográfico, estaba aún más lejos de preocuparse por el fomento, por la documentación o por la educación de los ciudadanos en el aprecio por el patrimonio. En el apartado precedente hemos visto cómo en el pasado era frecuente intervenir en aras de la conservación del mismo, aunque fuera sin contar con la documentación adecuada que permitiera una toma de decisión en este sentido. En el ámbito del patrimonio material se puede ver cómo hasta nuestros días han llegado formas arcaicas y residuales de este patrimonio, tras múltiples intervenciones en el mismo, a menudo carentes de significado o con un contenido insuficiente en tanto que expresión cultural. La cultura es un sistema, y cuando conservamos alguno de sus elementos tras modificarse las condiciones que lo generaron, éste sólo tiene sentido en cuanto sea capaz de transmitirnos la función que cumplía y el simbolismo que albergaba.

La preocupación por la conservación del patrimonio se fue agrandando sin parar en la segunda mitad del siglo XX. Después de la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar un acelerado fenómeno de urbanización, que en el contexto occidental supuso la despoblación del medio rural, y a su zaga el fenómeno alcanzó progresivamente a otras partes del mundo. Al mismo tiempo que se producía un gigantesco trasvase de población desde el campo a la ciudad, se desatendían unas culturas rurales que había tenido un gran peso específico en el pasado. Al abandonar las casas y sus entornos, se olvidaban también los modos de vida, las costumbres, las creencias y el universo de valores que había orientado las actitudes de las gentes durante siglos de historia. Se perdía la forma de transmisión de los conocimientos, la tradición oral y, en suma, la vida de unos habitantes que pasaban a engrosar la población de unas urbes recorridas por una fuerte mezcla cultural, con modos de enculturación y agencias de socialización muy diferentes de los conocidos hasta entonces por los recién llegados.

Por si ello fuera poco, los raudos procesos de urbanización provocaban a su vez el arrasamiento de la tradición urbana. Nuevas calles, nuevos barrios y nuevas necesidades de equipamiento han provocado que muchas ciudades con calles, plazas y barrios históricos, insertas en un secular plano urbano y con añosos espacios de sociabilidad, se vieran transformadas por el efecto de la nueva situación. Por tanto, la destrucción del mundo rural encontraba su prolongación en una urbanización incontrolada, al mismo tiempo que ambas se acompañaban de lamentables contradicciones ecológicas, y todo ello abocaba a la pérdida de los bienes patrimoniales reunidos durante muchas generaciones. Por todo ello, la UNESCO no ha dudado en proclamar que “un desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es un crecimiento sin alma. El florecimiento pleno del desarrollo económico forma parte de la cultura de un pueblo” (19).

En los últimos años del siglo XX ha prendido la preocupación por la conservación del patrimonio en algunos sectores de la sociedad, aunque de manera muy heterogénea y por razones muy diferentes. Por desgracia, estamos aún lejos de que esa preocupación se generalice y la sociedad entera adquiera un sentimiento de defensa del patrimonio. Como explicaré más adelante, ello se halla relacionado con la educación de los ciudadanos, la cual no ha creado el necesario estado de conciencia acerca del patrimonio en algunos sectores de la sociedad. Pero también es cierto que en aquellos grupos sociales en los que se ha desarrollado esta conciencia lo ha hecho por motivos muy distintos. Aún está muy presente en nuestra sociedad la idea del culto al objeto, cuya valoración es tanto más alta cuanto más destacados sean determinados atributos, tales como la antigüedad, la singularidad, la belleza, etc.

A menudo, la fuerza contenida en la llamada del exotismo es suficiente para despertar la pasión por la conservación de bienes materiales de cualquier tipo. En el contexto etnográfico, y dentro del ámbito material, los atributos que se acaban de señalar reclaman por sí solos la conservación de los bienes que los ostentan. Pero en el ámbito inmaterial sucede lo mismo, y aquellas tradiciones o costumbres que rememoran un pasado lejano y único son admiradas *per se*. Ciertamente que la rareza y la curiosidad ejercen por ellas mismas tal fascinación que no sólo inducen a la conservación de los bienes que estos atributos poseen, sino que impelen a muchos individuos a coleccionarlos cuando son tan-

gibles, a convertirlos en la medida de lo posible en un patrimonio individual que lleve aparejado tanto el apoderamiento de los mismos, como su uso y disfrute en soledad. Por lo tanto, esta veneración de lo singular y de lo arcaico como forma de culto hacia los valores que supuestamente descubren sus valedores en determinados bienes, no sólo se halla muy alejado del sentido real que ha de tener la conservación del patrimonio sino que a menudo degenera en idolatría. Si bien es cierto que muchos bienes culturales han llegado hasta nuestro días mediante este mecanismo, no es menos verdad que otros muchos se han perdido para siempre por la misma razón.

Más todavía, muchos de los conservados no resultan accesibles al público en general. De ahí que la legislación existente en materia patrimonial obligue por lo general a poner al alcance del público, al menos con determinada periodicidad, este patrimonio. La contravención de esta norma, por acción o por omisión, niega la adecuada gestión del patrimonio cultural. Las Administraciones deben esforzarse para que tal disposición sea explícita y también para que su cumplimiento sea observado por aquellas entidades y personas que custodian dichos bienes.

El mercantilismo moderno ha desarrollado también formas de conservación del patrimonio orientadas hacia el lucro, y que se hallan igualmente alejadas de los verdaderos motivos que deben aconsejar la salvaguarda del patrimonio. En estos casos la conservación del patrimonio supone una forma de explotación que produce jugosos beneficios. Así sucede con las casas que pueblan los cascos viejos de muchas de nuestras ciudades, o de las juderías y morerías que a modo de *ghetos* han perdurado en muchas poblaciones españolas. La restauración de estas casas revaloriza hasta extremos inusitados los solares que ocupan y por esta vía se produce el desplazamiento de las clases humildes que las ocupaban en beneficio de grupos sociales minoritarios dotados de poder y de influencia. Constituye un fenómeno éste tan habitual que explica gráficamente la realidad de la conservación del patrimonio en muchos lugares, aunque haya que añadir como en el caso anterior, que por esta misma razón no han sido pocos los conjuntos históricos que han sido conservados. Y a ello es preciso añadir que han sido conservados a fuerza de adulterar y de pervertir la idea de la salvaguarda del patrimonio.

Este hecho no es muy diferente del que está teniendo lugar en el mundo rural. Las viejas viviendas, los antiguos molinos, las rudimentarias cabañas y cualesquiera otras edificaciones son transformadas en nuevas viviendas que ya no son campesinas o artesanas, y por tanto ya no cumplen la función para la que fueron creadas. Esas nuevas viviendas, concebidas a menudo como segunda residencia de las gentes de la ciudad son de este modo revalorizadas y convertidas en un patrimonio personal, carente en muchos casos de significación cultural en el ámbito espacial en el que se encuentran enclavadas, y por lo tanto desgajadas de su contexto. Se conserva el patrimonio cultural como beneficio individual más que con una pretensión social o general.

Mas éste no es el inconveniente más grave, puesto que es la manera en que un patrimonio, que de otra manera habría desaparecido, puede seguir existiendo. Quizá el problema más grave es que ni siquiera por esta vía se logra la conservación del patrimonio. Con frecuencia la intervención en el patrimonio arquitectónico, siguiendo con el ejemplo esbozado, es acompañada de modificaciones del volumen, de ruptura de las alineaciones, de atentados contra la armonía de la construcción o, en su caso, contra el entorno. De ahí que la gestión del patrimonio en este contexto suponga la autorización adecuada a cargo del órgano correspondiente para efectuar exclusivamente la intervención solicitada. Los Gobiernos regionales, a través de las correspondientes Consejerías, y los Ayuntamientos tienen una gravísima responsabilidad en la gestión patrimonial, tanto mayor considerando que a menudo estas intervenciones no son susceptibles de recomposición.

Esta situación lleva a aconsejar a los gestores del patrimonio cultural la necesidad de contar con servicios de inspección en los Gobiernos regionales que garanticen el buen uso de los bienes culturales, y no solamente en el ámbito del patrimonio edificado, que es el más protegido, aunque también el más agredido. Los titulares de los bienes patrimoniales han de conocer sus derechos, pero también sus deberes acerca de los mismos. Un bien patrimonial es el resultado no de la acción de un individuo, sino de un grupo social, y en definitiva es el efecto del sistema cultural que le da vida. El conocimiento, el uso y el disfrute deben ser, en consecuencia, no potestad de un individuo sino de una colectividad. Eso significa que esa labor inspectora de la Administración no sólo debe realizarse

a petición de individuos o de grupos sociales sino también de oficio, tratando de velar en todo momento por el cumplimiento de unas normas jurídicas que no son otra cosa que la expresión del cuerpo social. Bien entendido que la coacción que supone la existencia de tales normas es la consecuencia de la repulsa social que causa la pérdida de los bienes culturales.

Pero la pregunta que subyace en toda esta argumentación es qué debemos conservar. Es evidente que cada generación no conserva la totalidad de los bienes que hereda de la generación precedente, ni tan siquiera los que ella misma crea. Como ya es sabido, cada generación se ve obligada a efectuar una elección, y así mientras hay bienes que son reiteradamente seleccionados por sucesivas generaciones, otros son excluidos de la herencia cultural. Ninguna cultura renuncia a la selección, puesto que ello supondría la incapacidad de los integrantes de esa cultura para abarcar el conocimiento de la misma, lo cual degeneraría en la despersonalización de esa cultura. Por poner un ejemplo, cualquiera de nosotros puede darse cuenta de lo absurdo que resultaría coleccionar indiscriminadamente objetos que posteriormente no pueden ser debidamente conocidos y estudiados debido a la limitación temporal que supone la vida humana.

No se olvide que vivimos en una sociedad postindustrial en la que muchos grupos sociales parecen haberse sumergido en una filosofía en la cual lo importante es conservar, cual si de un imperativo categórico se tratara. Es una postura surgida, a menudo, por oposición a otra postura muy arraigada en el pasado en nuestras sociedades en las cuales lo importante era crear cosas nuevas, prescindiendo de las viejas, con el argumento de que aquéllas eran superiores a éstas por ser más modernas. Y conservar por el solo hecho de conservar es tan absurdo como destruir por el sólo hecho de hacerlo. Es absurdo porque supone una oposición al imprescindible cambio que ha de haber en toda sociedad. Una sociedad dinámica ha de ser innovadora, y en ella las ideas y las cosas han de dejar su paso a otras nuevas cuando se vean inservibles y más todavía cuando supongan una rémora para el imprescindible progreso. De lo viejo han de quedar únicamente aquellos bienes y conocimientos que sirvan para que las generaciones presentes y las venideras puedan entender esa cultura. Estos testigos del pasado han de ser conservados como logros que, discurriendo entre las generaciones, nos alienten para seguir conquistando otros nuevos. Así se entiende la

cultura y así se comprende la importancia de la defensa y del estudio del patrimonio cultural.

La idea de la conservación del patrimonio no debe conducir, por tanto, al paroxismo de la defensa a ultranza de elementos que no resultan determinantes para comprender la cultura que representan. Tampoco esta defensa debe llegar a poner en riesgo modos de vida dependientes de los bienes que se intenta proteger. Por añadir un nuevo ejemplo, muchas de las culturas pastoriles van asociadas a la caza y al uso de trampas como maneras de preservar su actividad, con las correspondientes implicaciones ecológicas. Cuando estas viejas culturas pastoriles son acosadas por la drástica aplicación de normas que impiden el desarrollo de sus actividades, sus protagonistas son expulsados de la cultura que les ha protegido durante mucho tiempo.

La defensa obstinada de un patrimonio natural, en este caso, entra en clara contradicción con la conservación del patrimonio cultural. No son pocos los casos de este tipo de protecciones, o de otras, del patrimonio que se podrían aducir, y todas ellas muestran la certeza de una aguda precisión de Néstor García Canclini: “la preservación de bienes no debe ser más importante que las personas que los necesitan para vivir” (20).

La defensa del patrimonio se halla unida con mucha frecuencia a la actividad de movimientos sociales que, en general, ha resultado fundamental para concienciar a la sociedad de la importancia de los bienes patrimoniales. La sociedad está muy necesitada de tales movimientos, puesto que contribuyen a crear la imprescindible sensibilidad hacia el valor de los bienes patrimoniales. De otra parte, y más allá de este objetivo concreto, se hallan de grupos que amalgaman a personas de clases y de actitudes muy distintas, por lo que se convierten en catalizadores de la vida social. Por desgracia, no suelen ser movimientos muy duraderos y finalizan su quehacer al concluir la crisis que los motivó: la construcción de la autopista, la construcción del ferrocarril, la construcción del pantano o la de cualquier otra infraestructura. Tampoco es difícil que a partir del atractivo social que ejercen estos movimientos terminen por cristalizar en una postura política, tanto más teniendo en cuenta que para canalizar sus objetivos necesitan del apoyo de formaciones no sólo políticas, sino también sindicales o de cualquiera otra índole.

Por su parte, también el Estado y las Administraciones regionales y municipales se valen de la defensa del patrimonio para unir a los ciudadanos en objetivos comunes. Es bien conocida la utilidad de esta defensa para crear o consolidar identidades. Pensando en el patrimonio etnográfico, determinadas construcciones rurales han llegado a constituirse en verdaderos símbolos identitarios. No digamos nada de las devociones, la mitología, las tradiciones, las danzas, etc. La exaltación de cualquiera de estos bienes patrimoniales ha servido en numerosas ocasiones, y sigue sirviendo, para unir a las gentes que desarrollan su vida en un territorio. Por eso es frecuente que los poderes públicos contribuyan a la conservación de este patrimonio en aras de la persecución de unos fines que podemos considerar políticos.

Sucede, sin embargo, que, en el afán por la conquista de esta identidad, los bienes culturales, lejos de conservarse, sean adulterados y transformados en otros nuevos. Muchas devociones marianas, que hoy representan fenómenos identitarios, no son sino el resultado de una intervención política que hizo de una devoción, en principio neutra, el símbolo de un patronazgo (21). Ello lo apreciamos en ámbitos administrativos de todo tipo. Pero, aun en este último caso, el fenómeno identitario se ha producido a partir de un hecho real que ha permitido la conservación de un aspecto cultural que, ciertamente, puede presentarse muy transformado. Si observamos el caso de las mitologías regionales nos daremos cuenta de que esta adulteración es, por lo general aún mayor, puesto que sus elementos constitutivos fueron con cierta frecuencia una creación romántica, trasladada desde los países centroeuropeos donde proliferaban entonces las obras de autores interesados por el tema.

Si de estos aspectos pasamos a los fenómenos representados por el uso de las lenguas o de los derechos, apreciaremos fácilmente el valor identitario de los bienes patrimoniales, y también la defensa que las Administraciones públicas hacen del mismo. La propia producción de normas relativas a la protección y conservación del patrimonio persigue el logro del ideal que aúne a los ciudadanos bajo unos determinados símbolos. Pero también hemos de darnos cuenta de que para que todo esto suceda tiene que existir una empatía entre los órganos productores de las normas y la propia ciudadanía. Los poderes públicos producen con frecuencia aquellas normas que aspiran a poseer los ciudadanos, tal vez

por compensación con otras normas que no desearían tener y que, por otras razones, se ven obligados a aceptar. El derecho, en las sociedades democráticas, no es sino el resultado de las aspiraciones sociales y jamás al revés.

Una vez más, la gestión eficaz del patrimonio obliga, como se ha dicho, a garantizar la protección y conservación del patrimonio. Y esa gestión, que por definición ha de ser política, debe hallarse lo más alejada posible de los intereses mercantiles, de los puramente partidistas y de cualesquiera otros que conculquen el buen propósito que supone la custodia de los elementos integrantes de la cultura, o del patrimonio cultural si se prefiere. Por eso, aunque esta custodia pueda estar encomendada a personas o a entidades, públicas o privadas, tal y como sucede con muchos de los bienes culturales que forman parte de nuestro patrimonio, la responsabilidad última compete exclusivamente a los poderes públicos.

4. Estudiar, difundir y educar

A pesar de todo lo dicho hasta aquí, no debemos olvidar que la protección del patrimonio y la conservación no constituyen fines en sí mismos. Por el contrario son los medios que permiten educar mejor a los ciudadanos, enseñándoles cómo la cultura es diversa pero también cómo algunos elementos de las culturas son universales o, en su caso, generales. Permite, asimismo mostrar a los ciudadanos cómo unas culturas no son superiores a otras, sino que por el contrario los elementos que forman un sistema cultural tienen sentido dentro de ese sistema. Por lo tanto, el conocimiento del patrimonio cultural constituye la manera de explicar lo que es el relativismo cultural, y cómo el etnocentrismo comporta un peligroso error.

Por eso, es deber ineludible de los administradores del patrimonio garantizar la investigación del patrimonio. En otro apartado de este trabajo se ha aludido a la importancia de los instrumentos descriptivos del patrimonio, esto es, de los inventarios y de los catálogos. En efecto, y aunque el investigador necesite recurrir, siempre que ello sea posible, a los bienes culturales directamente, tal y como han llegado a nosotros, el instrumento descriptivo se puede llegar a convertir en una ayuda indispensable. Siguiendo con el caso del patrimonio etnográfico, es obvio que los catálogos culturales constituyen unas referencias

de enorme utilidad para orientar al investigador que desea acercarse a una realidad. Piénsese en algo tan conocido para los antropólogos españoles como fue la gran encuesta realizada por el Ateneo madrileño entre los años 1901 y 1902 en relación con los llamados ciclos vitales, o con lo que posteriormente pasó a denominarse como ritos de paso tras publicar Van Geneep su conocida obra en 1909.

De la misma manera podemos pensar, a nivel más localizado, en la documentación recogida en distintos momentos históricos, y muy especialmente en el siglo XX, de una manera más o menos sistemática, en relación con costumbres, con tradiciones, con instituciones jurídicas, con la literatura oral o con cualquiera otro aspecto. Tales documentos, sin llegar a constituir, por lo general, auténticos inventarios o catálogos, resultan de una innegable utilidad. Algo parecido se puede decir a propósito de los registros realizados en relación con el patrimonio edificados o con el patrimonio mueble. Se trata siempre de una documentación que se convierte en referencia de los investigadores que se acercan a estudiar un problema, aunque sea para criticarla y, en su caso, desmentirla.

Es evidente que para el antropólogo la documentación contenida en estos instrumentos descriptivos resulta por lo común insatisfactoria. El antropólogo realiza su trabajo viviendo y conviviendo con los actores sociales que son los que le muestran su cultural. Sin trabajo de campo no hay antropología posible. El trabajo de campo nos permite conocer cómo se hallan imbricados los distintos elementos culturales, la organización social, las costumbres, los valores, etc. Sin trabajo de campo no se podría distinguir la diferencia entre lo que los actores hacen y lo que éstos dicen que hacen. No se podría apreciar la diferencia entre las dimensiones *etic* y *emic* de la cultura. Y tampoco se podría percibir algo tan importante para un antropólogo como es el cambio cultural. La cultura, por definición, es cambio y cualquier transformación, por nimia que sea, en alguna de sus partes afecta a las demás.

Pero, tampoco cabe duda de que cuando los instrumentos descriptivos de una cultura que se ponen al alcance de los investigadores están contruidos rigurosamente, los mismos se convierten en un referente ineludible en los comienzos de la investigación y aún con posterioridad. Si estos instrumentos están con-

feccionados por especialistas, su utilidad será siempre innegable. De todo ello se deduce que los inventarios y los catálogos que tanta utilidad poseen en relación con la conservación del patrimonio a la hora de la toma de decisiones, también la poseen en relación con el trabajo del investigador. La ausencia generalizada de estos instrumentos en el pasado, en el ámbito del patrimonio etnográfico, ha impedido hacer un uso sistemático de los mismos. En el caso del cambio socio-cultural, es evidente que la transformación, que se contrasta mediante investigaciones longitudinales, encuentra un ineludible complemento en estos registros documentales.

En otras ocasiones he mencionado la importancia de las guías, los inventarios y los catálogos en los museos (22). Las razones que avalan su realización son idénticas a las señaladas a propósito de otros ámbitos del patrimonio cultural. Si es errado pensar que sustituyen el trabajo de campo del investigador, no es menor error despreciarlos, puesto que al hacerlo se prescinde de su valor complementario en ese mismo trabajo de campo. De hecho, el uso de los registros descriptivos se ha venido realizando en los museos antes que en otras esferas del patrimonio cultural. La gestión de los museos, más abarcable que la de otras esferas del patrimonio cultural, ha demostrado a lo largo de los años su imprescindible utilidad. Y también, como sucede por desgracia con frecuencia, han sido los museos etnográficos los últimos en incorporarse a esta metodología. La falta de personal, la escasez de medios y las carencias de todo tipo constituyen las razones que explican esta realidad.

Realmente, la gestión del patrimonio es adecuada cuando pone al servicio de los investigadores todos los medios posibles. Si es importante que éstos cuenten con los registros descriptivos que favorezcan el conocimiento de los diferentes sectores del patrimonio cultural, no lo es menos la diligencia con que la Administración debe garantizar el acceso de los investigadores a la consulta de los archivos, de las bibliotecas, de los museos y, en fin, a cualquier lugar donde se custodien bienes culturales. Aunque el acceso público, según se ha explicado, está garantizado a través de las normas que han ido produciendo las Administraciones, el acceso de los investigadores supone el uso de unos medios y la inversión de un tiempo que, sobre todo tratándose de bienes custodiados por particulares, personas o entidades, se halla más alejado de este control.

La gestión en materia de investigación obliga a las Administraciones a fomentar el estudio de una manera efectiva, recurriendo para ello a becas, subvenciones, ayudas y dotaciones que favorezcan el conocimiento del patrimonio. En los últimos años se ha producido un incremento de las convocatorias que tratan de mejorar la situación de la investigación del patrimonio, aunque las mismas son todavía insuficientes. Se trata de inversiones que, por lo general, redundan en beneficio de la propia Administración, puesto que sus autores han de entregar una copia de su trabajo al final del período de investigación. Esta restitución que los estudiosos efectúan constituye una muestra más de la eficacia en la gestión del patrimonio. Dicha eficacia se ve corroborada, asimismo, por el hecho de que las peticiones de los investigadores hayan sido sometidas previamente a las decisiones de las comisiones designadas al efecto por los órganos correspondientes de las Administraciones.

La Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura celebrada en 1972, y que hemos mencionado en este mismo artículo, teniendo presente el mandato que estipula su misión de contribuir a la conservación, al progreso y a la difusión del saber, estableció en su artículo 5 que, con objeto de garantizar una protección y una conservación eficaces y revalorizar lo más activamente posible el patrimonio cultural y natural, procuraría en lo posible “desarrollar los estudios y la investigación científica y técnica y perfeccionar los métodos de intervención que permitan a un Estado hacer frente a los peligros que amenacen a su patrimonio” (23).

Cada vez es más habitual, asimismo, que las Administraciones que ponen al servicio del investigador los medios materiales para realizar su trabajo, y no necesariamente monetarios, soliciten del mismo el beneficio de su investigación. De esta manera, un ejemplar de cada trabajo que se publica pasa a engrosar el patrimonio de la entidad que lo ha cobijado, aunque haya sido de manera parcial. Una manera más de gestionar la contribución de esa investigación es solicitar del estudioso conferencias u otras actividades que permitan que su conocimiento sea comunicado, bien con ánimo científico o bien con ánimo divulgativo. Aunque los ciclos de conferencias destinadas al gran público constituyen una actividad común a muchas entidades públicas o privadas que estimulan el interés general por temas que, de otra manera, pasarían desapercibidos,

los seminarios que reúnen a especialistas en un determinado ámbito contribuyen a menudo a unificar criterios de investigación y crear nuevas líneas de estudio.

La divulgación debe contar, además, con otras vías de acercamiento al gran público. Una de éstas es la publicación de folletos y de textos que difundan el interés por el patrimonio. La Administración debe encontrar entre los investigadores la colaboración necesaria para la elaboración de dichos textos, en tanto que son los mejores conocedores de los temas que se pretende difundir. La publicación de todo tipo de opúsculos dirigidos a escolares, adultos, turistas, o personas interesadas en general, constituye una fuente de comunicación de excelentes resultados. De igual manera, la difusión de noticias y de informaciones relativas al patrimonio cultural a través de la radio y de la televisión coadyuva a la optimización del uso de estos canales de comunicación en las sociedades de nuestro tiempo. De ahí, la recomendación de la UNESCO sobre la salvaguardia de los bienes culturales cuando solicita de sus Estados miembros que estimulen “una mayor difusión del material de la cultura tradicional y popular en la prensa, la edición, la televisión, la radio y en otros medios de comunicación de masas nacionales y regionales”.

Los libros escolares comportan un medio más de propagar el conocimiento del patrimonio (24). En la actualidad las distintas editoriales incluyen páginas sobre el patrimonio cultural que difieren según las regiones autónomas. Aunque el esfuerzo es loable, el mensaje se distorsiona con frecuencia al ser presentadas las distintas regiones como compartimentos estancos, sin considerar lo necesario que el patrimonio cultural trasciende las fronteras autonómicas para unir a quienes viven en ellas, y no para separarlos (25). La utilización del patrimonio con fines partidistas o en beneficio de una ideología distorsiona la esencia misma del patrimonio, pervirtiéndola cuando se trata de comunicar su significado a escolares que no han desarrollado aún el imprescindible sentido crítico.

La reflexión que se acaba de hacer para el caso de las regiones autónomas de un Estado como es el español, no es distinta de la que cabría hacer tratándose de fronteras administrativas de cualquier tipo. A menudo, el celo de los administradores del patrimonio a la hora de comunicarlo y de difundirlo les lleva a efectuar drásticas separaciones entre municipios, carentes de todo sentido, sin

explicar debidamente que la relación entre los seres humanos y la creación de patrimonio por los mismos a lo largo del tiempo rebasa cualquier encasillamiento fronterizo, particularmente en un mundo moderno recorrido por las lides de la arbitrariedad administrativa.

En la actualidad existen medios para mostrar el conocimiento del patrimonio que ningún gestor del mismo debe desconocer. Esos medios vienen dados por el uso de las nuevas tecnologías. La utilización de dichas tecnologías puede poner al alcance de los investigadores toda la información disponible, tanto en el nivel básico como en el más complejo. Esa misma tecnología informática puede difundir el conocimiento del patrimonio cultural con toda la riqueza posible de contenidos, incluyendo no sólo imágenes y sonidos, sino utilizando toda la imaginación posible para transmitir el significado de los bienes culturales. La generalización en el uso de las nuevas tecnologías que la sociedad postindustrial ha experimentado garantiza el éxito de los gestores del patrimonio en la canalización de la información a través de tales medios.

Después de todo, el objetivo de la protección y de la conservación del patrimonio es alcanzar la mejor educación posible de los ciudadanos. Conociendo los logros de la cultura en la que viven, éstos podrán darse cuenta del esfuerzo que han realizado las sucesivas generaciones hasta llegar al presente, y podrán compararlos con las conquistas de su tiempo y con los de otras culturas. Para que eso sea posible, es necesario que los ciudadanos hayan sido educados de acuerdo con una visión comprensiva y crítica del patrimonio, en la que los bienes no sean producto de la monumentalidad y la grandeza de su nación o de su región, sino que sean la expresión de la realidad cultural en la que viven. En suma, los ciudadanos han de haber aprendido que los bienes que se protegen y se conservan no tienen tanto valor por sí mismos, sino por lo que representan, es decir, porque contribuyen a explicar la vida y la evolución de la cultura de forma expresiva. Y al hacerlo crean entre los ciudadanos un sentimiento de aprecio que les induce a su salvaguarda.

Eso significa que los bienes culturales, para que sean tal, no deben responder a la elección que hace un grupo social determinado, sino a la que efectúa la sociedad entera de una manera democrática. El patrimonio es tanto más sentido y apreciado cuanto más democráticas son las sociedades. Cuando por el

contrario el patrimonio es la muestra de las conquistas de un grupo social dominante y es impuesto de una manera despótica, el efecto que se produce es de rechazo y de repulsa. Al revés, cuando el patrimonio cultural representa a la sociedad entera, porque los bienes que lo integran han sido conquistados generación tras generación por mucha gente perteneciente a grupos sociales muy diferentes, el patrimonio es elevado a la más alta significación.

Las sociedades europeas y democráticas en las que vivimos han ido ensanchando el concepto de patrimonio cultural, y de venir representado por un conjunto de bienes que exaltaban las grandezas de la patria y la unidad de la misma, ha pasado a acoger bienes de muy diversa índole, incluidos los etnográficos. Hace tan sólo unos lustros era impensable pensar en un patrimonio cultural que acogiese bienes inmateriales, y sin embargo en el presente son admitidos sin reservas. Una sociedad cada vez más participativa ha incrementado el elenco de bienes heredados de las generaciones precedentes con otros de muy diversa condición. Ciertamente que la selección es siempre compleja al dejar la decisión en manos de ciudadanos con una educación heterogénea y pertenecientes a grupos con distinto acceso a los recursos, con diferentes creencias y con escalas de valores muy alejadas entre sí. Pero cuando la misma es participativa, en aras de la fuerza de la mayoría, la selección es asumida por el grupo social en general, convirtiendo al patrimonio cultural en motivo de aprecio y de admiración.

5. Encauzar, entusiasmar y poner en valor

El patrimonio etnográfico, a comienzos del siglo XXI, sigue siendo insuficientemente conocido, acaso, según se ha dicho, por haberse incorporado aún recientemente al conjunto del patrimonio cultural. Continúa siendo identificado por algunos sectores sociales como un conjunto de bienes pintorescos, rústicos, arcaicos y residuales. Es asociado exclusivamente con modos de vida fenecidos y ligados a la actividades del campo, de la artesanía y de la mar, aunque en ocasiones, desde esta perspectiva equivocada, puede englobar otros bienes siempre y cuando cumplan ese requisito de pintoresquismo folklórico. En consecuencia, para la gente que lo contempla de este modo, el patrimonio etnográfico posee un marchamo romántico, por cuanto devuelve a un pasado más imaginado que

real, dulcificado e idealizado por la literatura y por los eruditos locales. Es frecuente que los gestores de los museos etnográficos contribuyan a difundir esta idea del patrimonio, cuando muestran objetos que constituyen retazos de un pasado descontextualizado, en el que éstos son venerados por su rareza y por su singularidad como auténticos trofeos. Tales museos conciben los materiales que exponen para ser idolatrados, tanto más si no existen en ningún otro lugar y si se muestran como fruto del rescate del torbellino de un progreso que avanza implacable. De esta manera, no son pocos los visitantes de los museos que sitúan a la cabeza de sus preferencias aquellas salas que reúnen un número mayor de estos objetos singulares, expresivos de modos de vida olvidados y, al poder ser, únicos también.

Todo ello conduce a pensar que el patrimonio etnográfico está lejos de ser suficientemente conocido. Es necesario, como se ha dicho más atrás, que los libros escolares expliquen lo que es y lo que representa el patrimonio cultural, y que en sucesivas etapas de la educación los alumnos se vayan adentrando en sus contenidos. Es imprescindible que el alumno sepa que el patrimonio etnográfico es parte indisoluble del cultural, aunque convencionalmente este último se parece a efectos de una mejor comprensión. Esta parcelación responde a una clasificación, según la cual los bienes se agrupan atendiendo a sus características. El patrimonio etnográfico, precisamente, presenta como característica que los bienes que lo integran no sólo provienen de culturas muertas, sino que también forman parte de culturas vivas. Desgraciadamente, una de las contradicciones de muchos museos etnográficos es la de contener objetos muertos, mientras que a cambio falta el necesario soplo de vida que poseen las culturas del presente.

Sin contar con otra gran contradicción de los museos etnográficos. Por lo general, olvidan que la cultura se halla muy mal representada en los objetos materiales que muestran. Esos objetos son el producto de unas ideas, de unas normas, de unos valores y de unas formas de entender la vida que, por lo regular, son los grandes ausentes de los museos etnográficos. El patrimonio etnográfico es presentado, así, bajo el signo de un reduccionismo que no hace sino distorsionar la realidad hasta extremos insospechados. La sociedad que es la creadora de los objetos que se muestran se halla al margen de los museos etnográficos.

ficos, de lo que se sigue la ineptitud de éstos para llevar al visitante la significación que potencialmente albergan. La gestión del museo etnográfico debe ser lo suficientemente eficaz como para difundir en la sociedad que lo acoge el gusto y la pasión por esta parte del patrimonio cultural. Pero aún no lograría su propósito sino ejerce la necesaria persuasión sobre los investigadores, que deben convertir al museo etnográfico en un referente de sus estudios.

También la eficacia en la gestión del patrimonio etnográfico debe prestar atención a los medios de comunicación. La imagen que, a menudo, transmiten éstos, y por muchas de las razones expuestas, dista mucho de responder a la realidad del patrimonio cultural en general y del etnográfico en particular. El lenguaje mediático equipara el patrimonio etnográfico con una gran diversidad de manifestaciones culturales, en las cuales ocupan el primer lugar las más rústicas, las más arcaicas y, en definitiva, muchas de las que se engloban en el ámbito del pintoresquismo, o del folclorismo si se prefiere. En consecuencia, la idea que la prensa escrita, la radio y la televisión, y cualquiera otro de los medios de comunicación empleados en nuestro tiempo transmiten al espectador, no hace sino introducir una confusión que, cuando menos, podemos calificar de desafortunada. Las razones, sin duda, hay que buscarlas en una falta de instrucción y de educación en el conocimiento de este apartado de la cultura.

La imprescindible investigación del patrimonio etnográfico juntamente con una adecuada divulgación han de generar la sensibilidad necesaria para otorgar al patrimonio cultural el significado que realmente tiene. La buena gestión del patrimonio por parte de los poderes públicos debe involucrar a todas las instituciones sociales en tan loable objetivo. La enorme responsabilidad de estos poderes no niega el hecho de que una gran parte de los bienes culturales escapan de la titularidad pública. La magnitud que el patrimonio cultural ha ido adquiriendo a lo largo del tiempo hace que el uso de muchos de estos bienes culturales se halle en manos de particulares, sin merma de la responsabilidad que los poderes públicos tienen en la gestión de los mismos. La gestión de estos bienes no sometidos al control directo de los poderes públicos supone contar con la colaboración de los particulares, si no se quiere renunciar a su disfrute y conocimiento (26). Un viejo ingenio hidráulico puede ser mostrado por su titular, con tanto mayor interés cuanto más evidente sea la recompensa, en forma de exen-

ción fiscal o de cualquier otra contraprestación, que la Administración entregue a cambio.

Tampoco resulta fácil para la Administración conservar tan inmenso patrimonio, dada la magnitud del mismo. La política de subvenciones y de ayudas de todo tipo no puede, en muchos casos, sino ejercer una cuidado paliativo de los bienes culturales. Es necesario que en esta conservación del patrimonio, legado de nuestros antepasados, se vean involucrados todos los sectores sociales, y muy especialmente los más favorecidos económicamente. Más todavía, la Administración Pública tiene grandes dificultades para conocer el estado de su dilatado patrimonio. Es por ello que la Administración debe ser capaz de comprometer a todos los ciudadanos, para lograr su colaboración en la vigilancia de ese patrimonio, a fin de que no se vea agredido ni menospreciado. El aprecio que debe despertar el patrimonio cultural ha de ser suficiente para lograr este objetivo.

Sin embargo, esta vigilancia del patrimonio ejercida con especial intensidad por algunas personas debe encontrar el agradecimiento y el premio de la Administración. Algunas de las leyes del patrimonio cultural producidas por las Comunidades Autónomas y algunos de los reglamentos vigentes en otras reconocen una figura tan valiosa como es la del voluntariado cultural. Se trata de una institución que pretende hacer de la solidaridad y del interés por la conservación del patrimonio y la difusión de la cultura la razón de un quehacer en el que puedan participar todos aquellos que libremente lo deseen. Su actividad se dirige a todas y cada una de las esferas del patrimonio cultural, así como a otros ámbitos de la acción y de la animación cultural. Estos voluntarios culturales, aceptados y designados como tales, forman parte de un registro creado por los Gobiernos regionales.

Al mismo tiempo que los voluntarios efectúan un acto de entrega en beneficio de una causa y al servicio del buen fin que persiguen, la Administración se beneficia de la gratuidad de su servicio, del carácter altruista de su quehacer y de su actividad en beneficio del patrimonio cultural o de cualquier otra causa igualmente cultural. De este modo han nacido Asociaciones de Voluntarios Culturales que se han dotado de diversos y valiosos programas de actuación, y que se benefician de la independencia que les proporciona su desvinculación

orgánica de los poderes públicos. Entre estos programas se encuentran los destinados a la vigilancia y protección del patrimonio, los correspondientes a las actividades de difusión y de enseñanza del patrimonio, los propios de la información, guía y atención al público y algunos otros más.

En consecuencia, el voluntariado cultural ha de constituir una institución sumamente eficaz en la gestión del patrimonio cultural, en tanto que representará el compromiso de la sociedad con la protección, la conservación y el fomento del mismo, como expresión más elevada de la cultura que es. Las Administraciones regionales, por medio de los servicios de Acción Cultural, deben ilusionar a la sociedad mostrándola el provecho y los beneficios de esta institución que es el voluntariado cultural.

Se acaba de poner de relieve la enorme magnitud del patrimonio cultural, como resultado del esfuerzo de las generaciones precedentes y de las actuales. Y a lo largo de las presentes líneas se ha señalado la dificultad que encuentra nuestra sociedad para conservar ese patrimonio. En este sentido, la defensa del patrimonio efectuada por los poderes públicos y el compromiso de la sociedad para conservarlo y engrandecerlo resultan imprescindibles. También se ha explicado cómo las Administraciones deben esforzarse por gratificar a aquellos particulares que contribuyen al uso, al disfrute y al conocimiento del patrimonio, efectuando una labor que a menudo es desinteresada y que se evidencia no sólo en el voluntariado cultural sino también en aquellos individuos que, siendo titulares de bienes patrimoniales, contribuyen a su difusión y a su investigación, más allá de las obligaciones que les imponen las normas emanadas de las Administraciones.

Pero ahora es necesario mostrar cómo una de las maneras más eficaces que existen de conservar el patrimonio cultural y de fomentar su conocimiento es la que se refiere a la puesta en valor. Desde el punto de vista del patrimonio etnográfico existen muchas y afortunadas experiencias al respecto en otros países, y muchas menos en el nuestro. Esta puesta en valor es un imperativo de un desarrollo sostenible que se está extendiendo con la fuerza que otorga el sentido común por los países occidentales. De este modo es posible poner en valor elementos de nuestra arquitectura vernácula que, de otra manera, difícilmente podrían resistir el reto del paso del tiempo. Es posible la puesta en valor de ofi-

cios y actividades cuya producción tiene pleno sentido en la sociedad actual (27). En unas sociedades como las occidentales en las que el tiempo dedicado al ocio y al turismo ha crecido extraordinariamente, la puesta en valor del patrimonio cultural en general y la del etnográfico en particular puede conferir al tiempo libre de los ciudadanos una impronta de calidad. Dicho de otro modo, el turismo cultural ha de constituir una alternativa poderosa frente a otras formas de turismo más simples y monótonas (28). La UNESCO, organización de las Naciones Unidas encargada de velar por el fomento de la educación, la ciencia y la cultura, y que presta una especial atención al patrimonio cultural, ha insistido en los últimos años, a través de sus diferentes conferencias, en potenciar entre sus Estados miembros el desarrollo del turismo cultural, al considerar que el mismo comporta “una actividad pluridisciplinaria a escala mundial, que comprende dimensiones de orden económico, social, cultural, científico, educativo y, en particular, ético”. Con ello se pretende “influir en los proyectos y las políticas relacionados con el turismo, mediante actividades de investigación, formación y sensibilización que promuevan la cultura como factor de paz y desarrollo” (29).

Tratándose del patrimonio etnográfico, el gran riesgo se halla en el fraude caracterizado por la puesta en valor de lo que no son más que pobres subterfugios mercantiles para atraer la atención de los visitantes menos informados, a partir de la presentación de un pintoresquismo ingenuo que es el mismo que se ha puesto de manifiesto en las líneas que anteceden. Inventando la tradición o adulterándola, se caracterizan escenarios festivos, prácticas consuetudinarias, actividades, creencias o valores que no existen más que en la imaginación de sus creadores. A menudo se trata de representaciones históricas o de creaciones imaginativas ajenas a la realidad y motivadas por un impulso comercial,

El hecho de que las iniciativas destinadas a la puesta en valor del patrimonio dependan a menudo de diversas Administraciones, y aún dentro de la misma Administración de diferentes órganos, explica muchos de los problemas que se crean en torno a los intentos de rentabilización de los bienes culturales. Al caso habitual de que la Administración municipal y la autónoma incidan sobre la custodia y el control de los mismos bienes patrimoniales, se une la convergencia que en ellos se produce en ocasiones de distintas Consejerías de un

mismo Gobierno Regional. Así, es común que mientras la Consejería de Ganadería de una Comunidad Autónoma determinada tiene cometido en el desarrollo de ciertas costumbres agrarias, tales como las ferias y mercados de esa región, por poner un ejemplo, la de Industria ejerza control sobre actividades artesanas de muy diversa índole. O que la de Educación se encargue del fomento de actividades vinculadas con el conocimiento del patrimonio. Así se podría alargar una nómina que no haría sino poner de relieve la necesidad de que las Consejerías de Cultura, con este u otro nombre, ejerzan el control efectivo de los bienes patrimoniales que el Gobierno regional le ha encomendado, asumiendo además la tarea de coordinación del resto de las Consejerías.

A lo largo de las últimas décadas, los organismos internacionales han generado un amplio número de directrices tendentes a la protección y conservación del patrimonio cultural. A su vez, las Administraciones estatales e infraestatales han creado en los últimos lustros cuerpos de normas que han cubierto buena parte del inmenso vacío legal que históricamente ha existido, en relación con lo que en el presente denominamos bienes culturales. Estas normas, y otras que ulteriormente vengan a complementarlas, constituyen el fundamento de una imprescindible gestión del patrimonio, la cual ha pasado de ser una mera utopía a presentar rasgos de eficacia. La administración de los muchos recursos que giran en torno al patrimonio cultural, y que no son sólo patrimoniales, sino que también son humanos y económicos, es una tarea tan imprescindible como delicada. La gestión del patrimonio atañe a la sociedad entera, puesto que han sido las generaciones precedentes y las actuales las que lo han creado, pero además la propia sociedad es la beneficiaria de su uso, de su conocimiento, de su disfrute y de su beneficio. Es por ello que, al mismo tiempo que los poderes públicos han de estimar las precauciones que hacen posible la gestión del patrimonio cultural, los gestores han de poner al servicio de su tarea no sólo la eficacia que requiere el asunto, y la voluntad que ha de acompañar a cualquier propósito humano, sino también toda la carga ética que sea posible. De este modo será posible que un patrimonio cultural, cada vez más engrandecido, esté al servicio de una sociedad más libre y democrática.

NOTAS

(1) Texto de la *Convención sobre la protección del patrimonio mundial, cultural y natural* (París, 1972). Resultan muy expresivas las dos primeras consideraciones de este documento: “Considerando que el deterioro o la desaparición de un bien del patrimonio cultural y natural constituye un empobrecimiento nefasto del patrimonio de todos los pueblos del mundo”. “Considerando que la protección de ese patrimonio a escala nacional es en muchos casos incompleto, dada la magnitud de los medios que requiere y la insuficiencia de los recursos económicos, científicos y técnicos del país en cuyo territorio se encuentra el bien que ha de ser protegido”, etc

(2) E. GÓMEZ PELLÓN (1999), “Valor y significado del patrimonio etnográfico de Cantabria”, en *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore “Hoyos Sainz”*, XIV, pp. 19-62.

(3) Vid. La definición por extenso del llamado desde entonces “patrimonio cultural” que incorpora el artículo I de la Convención, reunida en 1972, y ya citada en la nota 1, en la que se incluye la dimensión etnológica o antropológica.

(4) N. GARCÍA CANCLINI (1999), “Los usos sociales del patrimonio cultural”, en E. AGUILAR CRIADO (coord.), *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*, Junta de Andalucía y Comares Ed., Granada, pp. 16-33.

(5) Vid. J. M. ALEGRE ÁVILA (1994), *Evolución y régimen jurídico del patrimonio histórico*. Civitas, Madrid. M.R. ALONSO IBÁÑEZ (1992), *El patrimonio histórico: destino público y valor cultural*. Civitas, Madrid.

(6) En el caso de Cantabria, el Decreto 7/2000 regula la composición y el funcionamiento de las llamadas “Comisiones Técnicas” del Patrimonio Cultural. En el artículo I del mismo se fija la existencia de seis comisiones, que son las siguientes: Comisión Técnica de Patrimonio Arqueológico y Paleontológico, Comisión Técnica de Patrimonio Mueble Artístico y Museos, Comisión Técnica de Patrimonio Edificado, Comisión Técnica de Patrimonio Documental y Bibliográfico, Comisión Técnica de Patrimonio Etnográfico y Paisaje y Comisión Técnica de Patrimonio Científico y Tecnológico.

(7) En el caso de Cantabria, no deja de resultar sorprendente que el artículo 9 del Decreto 7/2000, de 2 de Marzo, que regula la composición y el funcionamiento de las

Comisiones Técnicas en materia de Patrimonio Cultural, señale como representante de la Universidad de Cantabria en la Comisión Técnica de Patrimonio Etnográfico y Paisaje a “un especialista en Geografía, elegido por los órganos rectores de la Universidad”, vetando de esta manera la presencia de un antropólogo. Es evidente que el error de redacción debe ser subsanado de inmediato, diciendo que el representante en dicha Comisión será “un especialista vinculado a la Facultad de Filosofía y Letras”.

(8) Vid N. GARCÍA CANCLINI (1999), *op. cit.*, pp. 21-22. Nótese el jugoso comentario del autor, en parte siguiendo a C. Monsiváis, en referencia al tradicional olvido, hasta épocas muy recientes, de los temas de patrimonio cultural por parte de la cultura política en general y de la progresista en particular.

(9) Vid. E. GÓMEZ PELLÓN (1999), *op. cit.*, pp. 25-31.

(10) Vid. J AGUDO TORRICO (1999), “Patrimonio etnológico e inventarios. Inventarios para conocer, inventarios para intervenir”, en E. AGUILAR CRIADO (coord.), *op. cit.*, pp. 52-69. También, vid. en esta obra colectiva el trabajo de C. RIOJA LÓPEZ (1999), “La catalogación del patrimonio etnográfico como medio de protección”, pp. 84-93.

(11) Vid. en este sentido L. ALONSO FERNÁNDEZ (1998), *Museología. Introducción a la teoría y práctica del museo*, Istmo, Madrid.

(12) Vid. al respecto, E. GÓMEZ PELLÓN et al. (1999), *Tradición oral*, universidad de Cantabria y Sendoa Ed., Santander.

(13) Vid. E. GÓMEZ PELLÓN (1999), “Patrimonio cultural, patrimonio etnográfico y antropología social”. En E. Fernandez de Paz y J. Agudo Torrico (coords.), *Patrimonio cultural y museología*, Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español, Santiago de Compostela, pp. 17-29.

(14) Ley 9/1993, de 30 de septiembre, del Patrimonio Cultural Catalán, tit. 1, arts 7 al 20.

(15) Ley 11/1998, de 13 de octubre, del Patrimonio Cultural de Cantabria, tit 2, arts 13 al 37.

(16) Ley 8/1995, de 30 de octubre, del Patrimonio Cultural de Galicia, tit. 1, arts. 8 al 23

(17) Ley 7/1990, de 3 de julio, del Patrimonio Cultural Vasco, tit. 2, arts 10 al 19.

(18) Ley 1/1 991, de 3 de julio, del Patrimonio Histórico de Andalucía, tit. 1, arts I al 14 .

(19) 155ª reunión (octubre-noviembre de 1998)

(20) Vid. N. GARCÍA CANCLINI, *op. cit.*, pp. 28-29.

(21) Vid E. GÓMEZ PELLÓN (2000) “Religiosidad e identidad: antropología del fenómeno de las devociones en Cantabria”, en R. MARURI VILLANUEVA (ed.), *La Iglesia en Cantabria*, Obispado de Santander, pp. 461-497.

(22) E. GÓMEZ PELLÓN (1993) “El papel de los museos etnográficos”, en L. PRATS I CANALS y M. INIESTA I GONZÁLEZ, *El patrimonio etnológico, Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español*, Santa Cruz de Tenerife, pp. 119-139. También, E. G GÓMEZ PELLÓN (1996), “Museos etnográficos y museografía en Cantabria”, en *Anales del Museo Nacional de Antropología*, 2, pp. 95-117.

(23) 17ª Reunión de la Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (París, 1972).

(24) Vid. el texto de la *Recomendación sobre la salvaguardia de la cultura tradicional y popular emitida por la Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura*, reunida en París, 1989.

(25) Vid. M. INIESTA I GONZÁLEZ (1999), “Museos locales, patrimonios globales”. En E. AGUILAR CRIADO (coord.), *op. cit.*, pp. 110-129. Asimismo, vid. el trabajo de la misma autora, “Museos, naciones, fronteras”, en E. FERNÁNDEZ DE PAZ y J. AGUDO TORRICO (coords.), *op. cit.*, pp.59-72.

(26) Vid. F. PLATA GARCÍA (1999), “La gestión administrativa del patrimonio etnográfico. Análisis actual y perspectivas futuras”, en E. AGUILAR CRIADO (coord.), *op. cit.*, pp.70-83.

(27) Vid. en E. AGUILAR CRIADO (coord.) (1999), *op. cit.*, los artículos de la propia E. AGUILAR CRIADO, “Entre la tradición y la modernidad: las artesanías, una propuesta de análisis”, pp. 130-155, y E. FERNÁNDEZ DE PAZ, “La documentación y protección de las artesanías como actuaciones sobre el patrimonio etnográfico”, pp. 170-191.

(28) Vid. J. FELIU FRANCH (1998), *Patrimonio cultural: gestión y recursos turísticos*, Universidad Jaume I, Castellón.

(29) Vid. el texto de la 25ª sesión de la Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, celebrada en París en 1989.

RITUALES Y ECOLOGÍA CULTURAL EN CANTABRIA

por

Ana María Rivas Rivas
Universidad Complutense

En este artículo voy a tratar de ofrecer una interpretación de algunos de los rituales que se celebran en la región de Cantabria a partir de su contextualización eco-cultural. Es decir, se trata de descubrir, evidenciar, la variabilidad y diversidad de significados y sentidos de los rituales en función del contexto ecológico y cultural en el que tienen lugar. Para ello voy a comparar la estructura y dinámica ritual en dos zonas de la región que presentan notables diferencias en relación a las siguientes variables: hábitat, distribución espacial de la población, organización del trabajo, uso y aprovechamiento de los recursos económicos, unidades sociales más significativas y marcos de interacción social.

Los dos rituales escogidos “correr los carros” y “repasar las cruces” forman parte del entramado cultural de dos comarcas representativas de la región: la zona costera, la más llana y conocida por los habitantes del interior como “la montaña” o “la marina” y los valles del sur, donde la región se hace más abrupta y presenta mayores elevaciones, conocida como “la meseta”.

“La montaña” o “marina”, que ocupa la franja costera y los valles intermedios, destaca por la dispersión de la población que fragmenta el *continuum* paisajístico de praderas, pastizales y tierras de cultivo o mieses y por la diseminación de los elementos que constituyen la casa como unidad de explotación, especializada desde mediados del siglo pasado en la ganadería bovina para la producción de leche, a la que se han incorporado actualmente otras fuentes de ingresos procedentes de la industria, los servicios, la construcción, la recogida de algas y el marisqueo.

En torno al edificio principal que sirve de morada a los miembros de la familia, hallamos una serie de espacios contruidos o no, pero claramente identificados por su función económica: la cuadra, el estercolero, el corral, el cobertizo o tejavana, el huerto, la huerta, el cerrado o “cerrao”, el bebedero, el picadero de la leña, la caseta del pan, los silos, las hacinas, los prados o “praos de junto a la casa” y el puesto de la leche. Fuera del recinto más próximo a la vivienda y a una cierta distancia que puede variar según los casos, pero cuyo acceso requiere ya el carro, el tractor o el coche, encontramos el resto de las propiedades familiares: “el monte”, principalmente de eucaliptos que se vende a las fábricas de papel; “los cierros” o cerramientos arbitrarios, en su origen terrenos comunales que unas veces fueron repartidos entre los vecinos y otras ocupados por éstos y convertidos en praderías, con alguna cabaña para el ganado; las praderas naturales o “praos” y por último, “la mies”, que ocupa la zona más llana y baja de los pueblos dedicada al cultivo del maíz, la patata o de alguna planta forrajera como el vallico, la alfalfa o los nabos.

Estos elementos, aparentemente dispersos, se hallan, sin embargo, agrupados y ordenados en torno al que es el principio básico de estructuración social de estas comarcas: la casa. Es en esta zona donde encontramos algunos de los rasgos de lo que Sanmartín (1993) ha definido como “síndrome casal”: familia extensa, herencia indivisa y sucesión unipersonal, aunque con algunas variaciones, que asemeja más el caso cántabro al “mejorado” gallego y asturiano que al “heredero” vasco, aragonés o catalán. Sin embargo y pese a estas diferencias, el caso cántabro participa plenamente de la ideología de la casa al erigirse ésta en unidad social básica generadora de identidad.

La importancia de la casa, como nivel de adscripción social, se traduce en el deseo de autonomía e independencia del grupo doméstico frente a los otros grupos vecinos con los que limitan sus propiedades y bienes. Pese a los cambios producidos en el entorno económico que hace inviable ya el régimen de autarquía como principio orientador de la economía familiar, el ideal de autosuficiencia permanece todavía vigente en el sistema de valores de los habitantes de estas comarcas, como expresan estas citas:

“Aquí están todas las casas diseminadas, porque es lo más práctico para la ganadería, para la ganadería una parcela muy grande con una casa independiente es lo más grande que hay, no perjudicas a nadie, ni tienes que andar entre callejos de vecinos, el tener una finca independiente es lo más grande que hay”. (Hoz de Anero, Ribamontán al Monte).

“Lo que pueden hacer los de casa no se busca fuera, no es que no seamos amigos de hacer favores, es que sería un caso tener que ir al vecino todos los días a que te ayudara teniendo la familia en casa”. (Anero, Ribamontán al Monte).

“Aquí el que necesita dinero va al banco antes de pedirselo al vecino, así luego no se lo tienes que agradecer a nadie, cuando puedas lo pagas y se acabó, de la otra manera se lo tienes que estar agradeciendo toda la vida al que te dejó el dinero”. (Langre, Ribamontán al Mar).

Sin embargo, pese a esta valoración ideal de la autosuficiencia, la familia como unidad económica no puede evitar el contacto con las otras familias del lugar dado el tipo de actividades que desarrolla: en el prado segando, en la mies labrando, cuando se va en el carro, cuando se llevan las vacas a beber o cuando se suben al cierro..., difícil es que en estas ocasiones los vecinos no coincidan. La familia vive en un continuo trajín que se desarrolla la mayoría del tiempo fuera de la vivienda (a excepción de cuando están en la cuadra y esto relativamente, porque siempre está la puerta abierta o entreabierta), por lo que no es fácil escapar a la mirada ajena.

Incluso los olores y los ruidos traicionan la privacidad de la vivienda familiar al ser portavoces de lo que acontece en ella: cuando se oye mugir a una vaca insistentemente, los vecinos distinguen si es que va a parir, si es que la han separado del resto, si es que tiene hambre, si está enferma o es que ha llegado la hora del ordeño y no están sus dueños. Lo mismo cabe decir de los olores: cuando un vecino abre el silo antes de tiempo porque se le ha acabado la hierba, enseguida se enteran los demás, y por la procedencia del olor se puede adivinar quién ha sido; igualmente, se distingue por el olor el abono que produce el ganado en verano y en invierno, así por el uso que hace un ganadero durante más tiempo de uno u otro, se puede saber si todavía tiene verde o ya ha empe-

zado a dar al ganado el seco almacenado. Incidencias que afectan a la marcha de la economía familiar que de esta manera, se convierten en un tema de conocimiento público, lo quiera o no la casa.

Además, dada la precariedad de mano de obra del grupo doméstico, no queda más remedio que recurrir a los vecinos cuando se trata de faenas que superan las disponibilidades de la familia: cuando llega el verano y hay que atropar la hierba rápidamente en caso de lluvia, en la época de ensilar, cuando se presenta mal el parto de una vaca, en la construcción de una cuadra, pajar o casa, en caso de incendio o de entorcamiento del carro o del ganado...

A pesar de ello, el grupo dispone de recursos y estrategias para proteger la intimidad familiar y conseguir una cierta independencia del resto de los vecinos. Donde el hábitat es especialmente disperso, la lógica de la privacidad exige un mínimo de discontinuidad marcado por barreras y límites entre unas casas y otras. Los bienes patrimoniales de la familia, descritos anteriormente, son los que en este caso van a actuar a modo de barreras, en un proceso de privatización simbólica del espacio.

La casa-vivienda se constituye en el centro de la explotación familiar, en torno a la cual están la huerta, el huerto, el estercolero, los silos, las hacinas, el cerrao, el prado, la caseta del pan y el puesto de la leche. Para llegar a la vivienda, hay que cruzar una serie de barreras que protegen celosamente la intimidad de la familia. Desde que se deja el camino vecinal hasta llegar a la casa, el espacio se halla salpicado de pistas indicativas de los diferentes niveles de privacidad por los que vamos pasando ("el corral", "el portal", "el piso"), y que componen el escenario identificador para todo el que llega de fuera: las vacas y el caballo o yegua paciendo en el prado, el carro cargado de verde, los arreos del animal de tiro, montones de hierba delante de la cuadra, los rastrillos y dalles por el suelo, los calderos de ordeñar, los tajos..., nos señalan la llegada al "corral". La presencia de los chanclos, las albarcas o botas, paraguas, palos, ropa de trabajo, sombreros, campanos, colodra, arcas, nos están avisando de que estamos en "el portal", antesala de la cuadra y la vivienda, cuyo acceso ya presupone una invitación a entrar y una categorización como amigo, vecino o

pariente. La escalera, el fuego, los bancos, los pucheros, anuncian la estancia central del “piso”: “la cocina”, a la que sólo llegan los vecinos “mejor avenidos” y los parientes más cercanos por representar el nivel de mayor intimidad familiar.

El resto de los bienes de la explotación, praderas y tierras de labor, se hallan también claramente deslindados de las propiedades de otros vecinos, por medio de mojones o piedras de límites que reciben el nombre de “isos” o “cabidos”. Para el amojonamiento de los “cierros” o “suertes” (antiguos terrenos comunales ahora privatizados) se utiliza otro sistema a base de cavar en la tierra y amontonar capas de césped a un lado, hasta levantar una especie de tapia que será la línea divisoria y que se conoce con diferentes nombres según las localidades, “el vallao” (Ribamontán al Mar), “el arca del vallao” (Ribamontán al Monte) o “cárcaba” (Solórzano, Meruelo, Arnuelo y Bareyo). Cuando el deslinde se hace con hitos, para demostrar su validez, se colocan unos “testigos” o señales que demuestran que se trata de una piedra de límite y no de una piedra cualquiera. Los “testigos” tienen que estar debajo de la piedra y pueden ser trozos de teja, que al unirlos resulta una teja completa (Ribamontán al Monte, Ribamontán al Mar, Bareyo) o trozos de leña quemada o “carbonada” (Junta de Voto). La línea divisoria en la que se colocan los hitos se llama “riego” y la que se traza de piedra a piedra para saber por dónde va el límite “la pisada”. La importancia que los habitantes de estas comarcas dan a estos cabidos queda suficientemente expuesto en comentarios como éstos: “el cabido es sagrado”, “mover un cabido es como un sacrilegio”, “hay que estar loco para mover un cabido”, “aquí el cabido se respeta como una vida humana”.

La importancia de marcar y señalar los linderos entre las heredades es una necesidad dada su excesiva parcelación y reducido tamaño, así como una manera de prevenir a los potenciales infractores que podrían sentirse tentados de aprovecharse de lo ajeno. Una finca bien delimitada es un modo de evitar conflictos y tensiones entre los propietarios. Así se recoge por ejemplo en algunos de los dichos populares de la zona: “tranca tu puerta y alaba a tu vecino”, “a puerta cerrada el diablo se vuelve”, “mal va el perro donde no le llaman”. (1) Ya

sea a través de fronteras reales o de fronteras simbólicas, el grupo doméstico crea discontinuidad donde sólo parecía existir continuidad, reagrupa lo que en principio se mostraba disperso, jerarquiza lo que aparentaba ser uniforme, en una palabra, proyecta en el espacio su concepción social y cultural dotándolo de significados que orientan la acción de los individuos y los grupos. Este conjunto de líneas divisorias, reales o imaginarias, indican la posición que corresponde a cada uno, su lugar en el entramado social de la casa y la comunidad de vecinos.

Es en este contexto cognitivo donde tiene sentido uno de los rituales más característicos de esta zona, que no encontré en otras comarcas de la región: “correr los carros”. Así me lo describían algunos informantes:

“Si hay dos vecinos en el barrio que no se llevan, cogen el carro tuyo y se lo llevan a la casa del vecino que no te llevas y te lo dejan allí, -si, yo por ejemplo, no me llevo contigo y eres mi vecina y vienen otros y me llevan el carro a tu casa y el de tu casa lo traen a la mía, entonces al día siguiente al ver que no está, tenemos que encontrarnos al ir a buscarlos”. (Galizano, Ribamontán al Mar).

“Cuando vino la Guardia Civil, fue cuando el asunto de los isos con el difunto..., se los corríamos y cambiábamos porque se llevaban mal y al otro día, los ponía otra vez en su sitio y a las dos o tres noches íbamos y los volvíamos a cambiar. Esto se hacía entre gente que no se interesaba, que se llevaban mal; si esto es mío y esto tuyo y yo me llevo mal contigo, pues éstos venían y cambiaban los isos y al otro día, venía el amo y decía éste se me ha metido en lo mío y a llamar a la Guardia Civil y quién había sido, pues no había sido él, que eran los mozos, -igual que la pared por la que tenía la entrada el prao de..., íbamos por la noche y le abríamos la barrera allí alante y cerrábamos la otra, cambiábamos las paredes de un lao a otro, le cerrábamos la entrada en un lao y se la abríamos en otro”. (S. Miguel de Meruelo, Meruelo).

“Correr los carros” o “correr la gallina” según las localidades, consiste en cambiar las estacas de las fincas, mover las tapias de un sitio a otro, alterar los cabidos, trasladar de una casa a otra las ollas de la leche, las albarcas, los carros, carretillos, ordeñar las vacas de los vecinos, entrar en las huertas, coger alguna gallina del corral ajeno, etc. Acciones todas ellas que tienen en común la trans-

gresión y quebrantamiento de los límites que franquean la explotación familiar y por lo tanto, la unidad doméstica. Veamos los elementos que forman parte de la acción ritual.

En primer lugar, el traslado de los objetos se realiza entre vecinos enemistados, que “no se llevan”, que “están rozaos” (Suesa), que “están de punta” (Hoz de Anero), que “tienen un mal querer” (Vierna), que “no se interesan” (S. Miguel de Meruelo), que “están encontraos” (Arnuero) o “enconaos” (Mirones), por causas, la mayoría de las veces, relacionadas con pasos de servidumbre, cierre de caminos, traspaso de los linderos al segar o arar...

“El día de Nochevieja se llevan el carro del vecino a casa de otro, los carretillos, lo que pesquen, -a enemigos, -si yo me llevo mal con ella, para reirse al día siguiente, a ver con qué cara va fulano al corral del otro a por el carro, que no se trata con él”. (Ajo, Bareyo).

“A mi casa me trajeron un carro de un vecino que no se relacionaba conmigo, porque sabían que no nos llevábamos”. (Castillo, Arnuero).

En segundo lugar, los infractores son los mozos, “los chavalones”, el grupo de edad que comprende a los jóvenes que habiendo abandonado la infancia todavía no han alcanzado la madurez o estado social que legitima la plena incorporación a la comunidad: el matrimonio y la constitución de una familia.

En tercer lugar, es importante destacar la fecha en la que se celebran estos rituales, generalmente, la última noche del año, el día de Nochevieja.

Por último, están los objetos que se “corren” o se mudan de sitio: carros, carretillos, ollas, albarcas, cuévanos, cestas, gallinas, fruta, leche, ropa tendida, etc. ¿Qué tienen en común los diferentes elementos de este ritual? Principalmente su condición liminal tanto a nivel temporal como espacial. La liminaridad, definida por Turner (1988) como “situación interestructural”, cuyas características son la neutralidad y la ambigüedad, propicia este tipo de transgresiones rituales del orden establecido.

Los protagonistas del ritual son, por un lado, los jóvenes: su condición de transitoriedad les convierte en los actores más idóneos para este tipo de celebraciones, puesto que la falta de formalidad y disciplina justifica sus acciones

frente a la comunidad. Por otro lado, los vecinos “mal avenidos” son también los protagonistas en la medida que sufren la acción juvenil. Ellos participan de algún modo de la naturaleza ambigua de las situaciones liminales: cuando dos vecinos no se hablan se ignoran, es como si no existieran, sólo en casos de extrema necesidad se echarán una mano sin que ello signifique restablecer las relaciones, es decir, son vecinos pero no son vecinos, puesto que no es la proximidad territorial sino la densidad de las relaciones sociales la que otorga el *status* de vecino.

La fecha en la que tiene lugar el traslado de los objetos, el último día del año, es una fecha muy conocida en el calendario popular por ser el momento elegido en muchas sociedades para este tipo de rituales de transgresión.

En cuanto a los objetos que se corren, todos ellos son significativos como representación metonímica del patrimonio familiar: la tierra y el ganado. Se corren estos objetos porque son importantes para la casa, si no fuera así no tendrían prisa en recuperarlos y muchos no se molestarían ni tan siquiera en ir a por ellos, con tal de evitar entrar al corral del vecino. Son objetos comunes a todas las casas de labranza, sin embargo, son singulares en cuanto que pertenecen a una familia en particular y denotan su *status* socioeconómico.

En un contexto de dispersión y segmentación socioespacial como el que encontramos en toda la costa y valles intermedios, el ritual deviene el escenario idóneo donde se resuelve la contradicción entre la concepción ideal del grupo y su experiencia cotidiana. El ideal de autosuficiencia e independencia familiar lleva a la confrontación de intereses, expectativas y aspiraciones y por consiguiente, es fuente de conflictos y tensiones vecinales. Pero al mismo tiempo, por el tipo de actividades predominantes en la zona y la escasez de mano de obra, la familia necesita frecuentemente de la ayuda de los vecinos.

Es esta dialéctica entre lo ideal y lo real, entre la necesidad y la suficiencia, entre la solidaridad y la rivalidad, lo que se escenifica en el ritual de “correr los carros”. A través de la acción ritual se resaltan las diferencias, las dualidades, las oposiciones entre las unidades domésticas, precisamente para identificarlas y poder así integrarlas, neutralizarlas y hacer posible la convivencia. El

ritual exacerba las oposiciones para luego mejor superarlas. Junto a este ritual de transgresión de fronteras en la franja costera, nos encontramos otro tipo de ritual en los valles del interior también relacionado con límites que se conoce como “repasar las cruces”.

Según vamos descendiendo hacia el sur de la región, los asentamientos de población van siendo cada vez más concentrados, hasta desaparecer esa continuidad del hábitat, tan característico de la franja costera. En los valles del interior, la población se asienta en torno a un centro espacial representado por la plaza, donde está la iglesia y la casa rectoral, las escuelas, la casa-concejo, la fuente, la bolera o “carrejo” y la tienda-cantina. Alrededor de la plaza, se distribuyen las distintas calles configurando un núcleo muy compacto, de manera que el espacio acasariado se diferencia claramente, del espacio dedicado a las labores del campo y a la ganadería. Esta densidad espacial se corresponde también con la intensificación de las relaciones sociales de estos pueblos, organizados corporativamente a través de la Sociedad de Vecinos y Sociedad Ganadera. Aquí la unidad de referencia territorial va a ser “el pueblo” en su conjunto y no las casas como entidades espaciales autónomas.

Así como el centro del pueblo se distingue del resto de las viviendas apiñadas en torno a la plaza, ambos se destacan de la zona conocida como “las afueras del pueblo”, en donde están los corrales para las ovejas y las cabras, las antiguas eras, los almacenes para guardar el grano o las pacas de hierba seca, las herramientas y los tractores, y también se encuentran en esta zona los huertos familiares. Viviendas, corrales, cuadras, huertos y eras forman el casco urbano alrededor del cual, se extienden las mieses, las praderas particulares y los terrenos comunales. Entre éstos hay que distinguir las tierras de labor o “roturos”, que son trabajadas en común por los vecinos y cuyo fruto se reparte luego entre todos a partes iguales, y la zona de pastos más cercana al pueblo, reservada a las vacas de labranza, que se utilizaban en la recolección de la hierba y el cereal, por lo que no eran enviadas a los puertos de verano con el resto del ganado.

A medida que nos vamos alejando del núcleo habitado, el terreno se hace más abrupto e irregular, desapareciendo las propiedades particulares y aumen-

tando los bienes del común, conocidos con el nombre de “ejido” cuando se trata de sierra y “las cuestas”, cuando son las laderas del monte. Por último, los “puertos de verano”, los más alejados y altos, propiedad de cada pueblo, donde en verano sube a pastar el ganado bovino. La orografía y el clima de estos valles dificultan la explotación intensiva del ganado para la producción de leche y en su lugar los vecinos se han dedicado al ganado de carne, principalmente de raza tudanca y pardo-alpina, muy resistentes a las condiciones tan adversas de esta parte de la región. Este tipo de ganadería plantea, sin embargo, algunos problemas que en una zona montañosa como ésta se traducen en la escasez de pastos y la vigilancia continua para que los animales no traspasen los límites de cada localidad. Problemas que los habitantes de estos valles han sabido solucionar hábilmente a través del aprovechamiento común de sus montes. Según los derechos y el número de pueblos afectados, nos encontramos con diferentes tipos de asociaciones.

En primer lugar, están los “alcances” entre pueblos limítrofes, sean o no del mismo ayuntamiento. Por esta fórmula los ganados pueden traspasar los límites del monte vecino hasta determinado lugar. Hay dos clases de alcances: aquellos que dan derecho a beber, pastar y “midiar” (sestear) y aquellos que sólo dan derecho a pastar pero no a “majadear” (hacer noche), por lo que los ganados deben pernoctar en sus respectivos pueblos. Estos derechos de alcances duran todo el año, aunque sólo se aplican en primavera, verano y parte del otoño, cuando el tiempo permite subir el ganado al monte.

En segundo lugar, existe la “mancomunidad de pastos”, que a diferencia de los “alcances”, hace referencia casi siempre a los pastos más altos y da derecho a pastar y a majadear. Hay dos tipos de “mancomunidades”: la que se establece entre pueblos colindantes y la que se establece entre pueblos no colindantes. Cuando la mancomunidad es entre pueblos no fronterizos, suele establecerse generalmente entre pueblos bajos de “marina” y pueblos altos de “montaña” y su objetivo es poder aprovechar los pastos de modo recíproco. Concordias de este tipo existen en la región desde el siglo XV, por las que los “pueblos bajos” o “gajucos”, como son llamados en las ordenanzas y reglamentos, tienen dere-

cho a subir sus ganados durante el verano a los puertos de los “pueblos altos” o “de montaña” y éstos a su vez a bajar los suyos a la “marina” en época de invierno.

El segundo tipo de mancomunidad es el formado por pueblos colindantes pertenecientes o no al mismo ayuntamiento, que aprovechan de manera común sus pastos de montaña. Cuando se da el caso de que algunos pueblos forman parte de varias mancomunidades, cada uno de ellos tiene su fecha de entrada y salida de cada puerto, así como su propio “sel” o “majada”. Todo ello queda recogido en unas Ordenanzas, que son las que regulan el derecho de pasto de los ganados de los pueblos partícipes de la concordia.

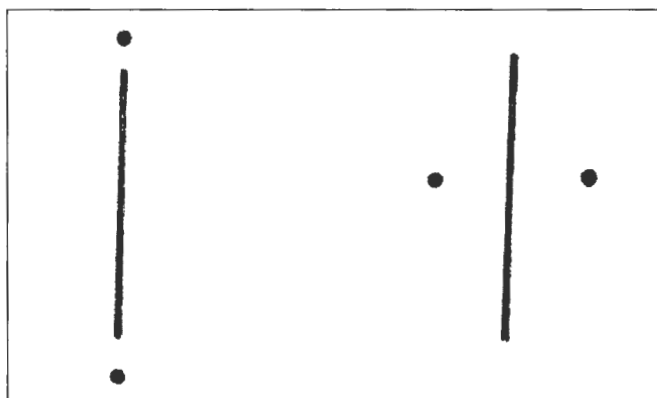
Además de los “alcances” y las “mancomunidades”, hay un tercer tipo de concesiones entre pueblos limítrofes que comprenden varias clases de derechos: “derecho al suelo”, es decir, sólo al pasto; “derecho al suelo y al vuelo”, al pasto y a la leña; derecho a beber pero no a pastar, por lo que la tradición cuenta que en estos casos los vecinos “tienen que ir arreando las vacas al paso de una mujer hilando con la rueca y el huso”, de modo que no puedan detenerse y comer la hierba por donde pasan. Si bien la mayoría de estas mancomunidades tienen su origen en el aprovechamiento común de los pastos, en algunas de ellas también se concede derecho a madera, caza y pesca.

El problema de la escasez de pastos afecta por un igual a los pueblos bajos y a los altos, sin embargo, las estrategias utilizadas por unos y por otros difieren considerablemente. Mientras que los habitantes de “la marina” defienden celosamente sus propiedades de los vecinos reforzando los linderos, ya sea con barreras simbólicas o reales, los habitantes de los pueblos altos eliminan temporalmente los límites mediante un proceso de autoexpropiación voluntaria. No es de extrañar por lo tanto, que las estrategias rituales que acompañan a estas diferentes formas de adaptación al medio sean también inversamente similares. Es decir, si en la franja costera la excesiva fragmentación y dispersión socioespacial se neutraliza con un ritual que pretende precisamente reforzar los lazos sociales transgrediendo los límites, en estos valles del interior nos encontramos con un tipo de ritual, cuyo objetivo principal es reafirmar la identidad local con-

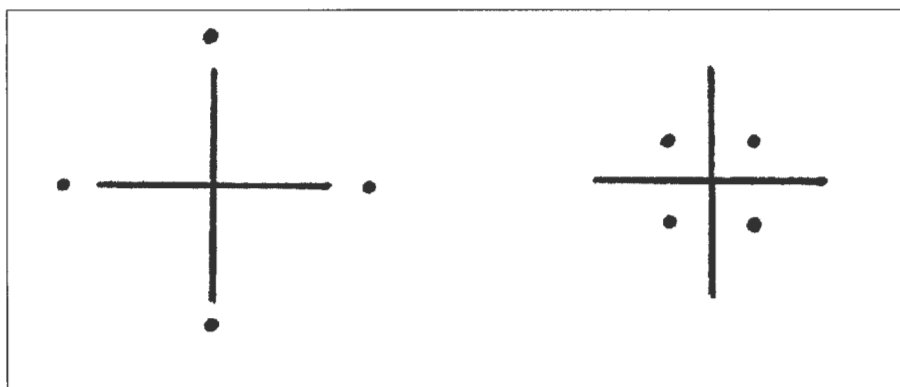
solidando los límites de cada pueblo frente a los pueblos colindantes. Ritual que recibe diferentes denominaciones según las localidades: “renovar las cruces” (Cuenca), “revisar las cruces” (La Quintana), “andar las cruces” (Bustillo del Monte y Navamuel), “andar la mojonera” (Sobrepeña, Villamoñico), “andar las mojollas” (Valdeprado, Hormiguera), “repasar los hitos” (Reocín) o “ir a cruces” (La Aldea de Ebro).

En esta zona los límites territoriales de cada pueblo están claramente indicados por medio de piedras, que reciben diferentes nombres: “mojones” en Valderredible, “mojollas” en Valdeprado del Río, “deslindes” o “comuneros” en Campó de Suso e “hitos” en Las Rozas. Para asegurar que se trata de una piedra de límites locales y no de propiedades particulares se colocan unos “testigos” especiales, que varían según se trate de alcances (una línea vertical y un hoyo por cada pueblo que comparte los derechos), de mojones divisorios de pueblos (una cruz y un hoyo por cada pueblo limítrofe) o de hitos divisorios de términos municipales (una cruz con las iniciales de cada uno de los ayuntamientos colindantes) como queda recogido en las siguientes representaciones gráficas:

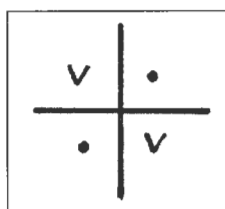
“Hitos de alcances”



“Hitos divisorios de pueblos”



“Hito divisorio de municipios”



“V”: Valdeprado
del Río.

“V”: Valderredible.

La identificación del hito por los testigos (hoyos, cruces, líneas), al igual que su función delimitadora, queda recogida en el siguiente adagio popular:

Zarza, espino, testigo si pasas de aquí te castigo (2)

Además de estas señales identificatorias, cada mojón tiene un nombre propio que hace referencia a algún accidente del terreno o acontecimiento que ha tenido lugar por allí cerca, como el mojón de Vallejondo, de la Mata, del Portillo, de la Quebrantada, de los Eriones, de Tierrasola, de Casitoalto, de San Pelayo, de las Tres Marías...

La trascendencia de estos hitos de separación se manifiesta en la revisión anual que los vecinos hacen de ellos. Cada año, se acude a los límites locales junto con los del pueblo colindante para verificar los hitos de separación.

Durante el recorrido, se limpian de maleza y se cuentan para ver si falta alguno. La costumbre ordenaba que al acto acudieran dos vecinos de cada pueblo, el más viejo y el más joven, para que el primero enseñara al segundo y siempre hubiese alguien que supiera dónde estaban los hitos del término local. Para tener validez la ceremonia, han de acudir representantes de los pueblos colindantes, de modo que sean testigos de que no se comete infracción alguna por correr los mojones o cambiarlos de sitio. En caso de no asistir una de las partes interesadas, como sanción se le impone correr con “el gasto” que hacen los otros en la cantina una vez finalizado el recorrido. La época más propicia para llevar a cabo la revisión de las cruces es la primavera, sobre todo el mes de mayo, cuando los ganados empiezan a subir a los puertos y pueden producirse las “prendadas” de animales en caso de traspasar los límites permitidos de alcances y mancomunidades. Así me lo describieron algunos informantes:

“Los mojones hay que andarlos todos los años, porque es el terreno que es de todos, el terreno baldío, porque las mis fincas o las del otro tenemos que tener cuidao nosotros, porque no es lo mismo la finca de éste que la mía que el terreno del pueblo, porque la finca de éste con la mía las tenemos que diferenciar éste y yo, pero las fincas del pueblo las tenemos que diferenciar todos, porque es de todos”. (Sobrepeña, Valderredible).

“Eso se solía hacer por el mes de mayo, antes de que saldría la hoja, porque como las cruces están un poco enterradas entonces la broza sube y tapa la piedra consignada y para eso tenían que ir los vecinos de La Aldea, Reocín, Loma y Los Carabeos que son los límites de este pueblo. Nos juntamos dos vecinos de cada pueblo y se iba por el límite de los pueblos y se limpiaban las cruces, se quitaba el musgo y se hacía un hoyo en cada lado de la cruz. Iba casi siempre una persona mayor que lo conocía y otra joven para que aprendiese, y después que terminaban de andarlo todo, iban a la cantina y eso corría por cuenta de los pueblos” (La Aldea de Ebro, Valdeprado del Río).

Este ritual ha desaparecido de la mayor parte de los pueblos debido al despoblamiento de esta zona, una de las más castigadas de la región y que afecta principalmente al grupo de los jóvenes. El abandono de este ritual por la ausencia de una de las partes protagonistas, los más jóvenes, evidencia el simbolismo

de la ceremonia. A través de la revisión de las cruces la comunidad se representaba a sí misma como grupo compacto, reconociendo no sólo los límites territoriales sino también los generacionales. Igual que los mojones fijan la discontinuidad espacial, los grupos de edad aseguran la continuidad temporal, tan necesaria una como otra para la supervivencia del grupo: sin tierras no hay medio de sobrevivir, pero sin jóvenes no hay forma de perpetuarse. Dilema que subyace a la pregunta tantas veces formulada por los más viejos de estos valles: ¿para qué queremos las tierras si no hay jóvenes que las trabajen?

He intentado describir y analizar dos rituales de límites cuyo significado y sentido varían de acuerdo a la contextualización ecológico-cultural de cada una de las zonas donde se celebran. Mientras que en la franja costera el ritual disuelve, provisionalmente, las fronteras levantadas por los grupos domésticos allí donde no existían, en los valles del interior, el ritual reconoce periódicamente las fronteras allí donde los pueblos las habían ignorado. Pero en uno y otro caso, el ritual gracias a su naturaleza simbólica, a su versatilidad y flexibilidad semántica, permite a los grupos dotar de coherencia y unidad a su experiencia cotidiana, dando respuesta a las necesidades más inmediatas de la vida sin abandonar por ellos sus valores y aspiraciones. En un caso sirve para conjugar la independencia familiar con la dependencia vecinal, y en otro la autonomía local con la interdependencia supralocal, sin renunciar a ninguna de ellas.

NOTAS

(1) En estos dichos, el término “puerta” se utiliza como recurso analógico en la doble acepción metonímica y metafórica: como representación metonímica de la casa y del patrimonio doméstico y como representación simbólica de la separación entre lo público y lo privado.

(2) Aquí la imagen de “la zarza” y “el espino” guardan cierta semejanza estructural con “la puerta” de los dichos costeros, en cuanto a su función metafórica y metonímica: al mismo tiempo que representan metonímicamente las fronteras de los bienes de la colectividad, son el símbolo de los límites de pueblo, hasta donde está permitido el paso a los ganados forasteros.

BIBLIOGRAFÍA

A.A.V.V. (1988). *Antropología Social sin fronteras*. Madrid: Instituto de Sociología Aplicada.

FERNANDEZ DE ROTA, J.A. (1984). *Antropología de un viejo paisaje gallego*. Madrid: C.I.S.

LEACH, Ed. (1976). *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: S.XXI, 1978.

LISÓN TOLOSANA, C. (1986). *Antropología y Hermeneutica*. Madrid: F.C.E.

SANMARTÍN ARCE, R. (1993). *Identidad y creación. Horizontes culturales e interpretación antropológica*. Barcelona: Ed. Humanidades.

TURNER, V. (1967). *La selva de los símbolos*. Madrid: S.XXI, 1980. (1969). *El proceso ritual*. Madrid: Taurus, 1988.

ULLMANN, ST. (1962). *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*. Madrid: Aguilar, 1987.

MATRIMONIO ENTRE PASIEGOS. I.
Endogamia/exogamia y consanguinidad
en la población de los Montes de Pas 1880-1979.

por

Pedro Gómez Gómez (1) y M^a Luisa Arminio Macho.
(1) Laboratorio de Antropología. Dep. de B.O.S.
Uníversidad de Oviedo.

1- Situación y características de la población de los Montes de Pas.

Los tres municipios cántabros de Vega de Pas, San Pedro del Romeral y San Roque del Río Miera tienen sus territorios en la vertiente norte de la Cordillera Cantábrica en las cabeceras de los valles de los ríos Pas y Miera. El municipio de la Vega ocupa los valles de las fuentes del río Pas, en el fondo del valle se sienta la Villa y más o menos próximos los seis barrios que conforman el ayuntamiento. Río abajo por su margen izquierda, llegan tres pequeños afluentes tributarios del Pas, en cuyos valles se encuentran la villa y ocho barrios más que forman el municipio de San Pedro del Romeral que limita por el Norte y Oeste con el anterior. En la cabecera del río Miera el municipio de San Roque colindante por la zona montañosa de la cabecera en el S-O. con el de Vega de Pas. Este último lo componen tres unidades poblacionales: La Pedrosa, que es la capital, y los barrios de La Concha al Sur en el fondo del valle y Merilla al Norte en la ladera izquierda del río (Fig. 1). Estos municipios limitan por el Sur con las merindades castellano-burgalesas de Sotoscuevas, Valdeporres y la de Espinosa de los Monteros.

El territorio pasiego abarca además de esos tres municipios la margen derecha del alto Miera, en la que se ubican el lugar de Valdició en el municipio de Soba y la aldea de Calseca en el de Ruesga. El barrio de Pisueña situado en la cabecera del río del mismo nombre y perteneciente al municipio de Selaya, limita por el Sur con el municipio de Vega de Pas y con el de San Roque por el Este. En la vertiente meridional de la Cordillera, dentro del municipio de

Espinosa de Monteros al Noroeste de la de la capital, los habitantes del alto Trueba y sus tres afluentes: Lunada, Lasia y Rioseco, que limitan por el Norte con los municipios de Vega de Pas, San Roque del Río Miera y territorios de Soba.

La denominación de pasiegos no se refiere tanto a los habitantes de los valles de la cabecera del río Pas en la vertiente norte de la Cordillera, de los que toma el nombre, como a todos aquellos que practican un determinado estilo de vida y forma característica de trashumancia ganadera. Los Montes de Pas, según Terán (1947), conforman una unidad paisajística, cuya personalidad y delimitación depende, en mayor grado, de las condiciones humanas que de los factores físicos.

Las características físico-geográficas y climáticas de la Cordillera Cantábrica favorecen una explotación ganadera de alternancia y diversos sistemas de pastoreo, prácticamente todos los tipos existentes en Europa (ver Berezowski, 1971). Coinciden en ella desde la trashumancia de largo recorrido -rebaños ovinos que llegan avanzada la primavera desde Extremadura y Andalucía a donde regresan en el otoño- hasta la trashumancia de valle, alternancia entre pastos de altura en los puertos de montaña durante el verano y prados de bajura en el fondo del valle durante el invierno. Dentro de estos tipos de referencia se desarrollan distintas formas, algunas tan características y sobradamente conocidas como la pasiga en Santander-Burgos -que sería una forma de trashumancia de valle con características específicas- y la de los vaqueiros de Alzada en Asturias, intermedia entre la de valle y la de larga distancia.

La trashumancia pasiega y la vaqueira son dos prototipos que tienen un proceso de desarrollo histórico bastante paralelo y en parte convergente en el modo y en el tiempo, pero que difieren en varios aspectos de la propia trashumancia y en los sistemas y técnicas ganaderos. El aprovechamiento tradicional de los comunales de pastos abiertos, que se mantiene actualmente -más o menos modificado- en otras zonas cantábricas, da paso desde finales del siglo XV o principios del XVI, en ambas comunidades de los Montes de Pas y Brañas del Centro-occidente de Asturias, a una forma de explotación exclusivamente privada y que se realiza mediante la “cerrada” o los “cerramientos” por parte de ganaderos o agricultores. La cerrada consiste en la delimitación o cerca de espa-

cios dentro del terreno comunal con la finalidad de apropiación, en contra de los intereses generales y, consecuentemente, con la oposición tenaz de los tradicionales beneficiarios, que no eran otros que los grandes monasterios y la nobleza local. Este proceso lleva consigo un cambio que es tanto de orden jurídico como técnico de explotación. Desde el punto de vista jurídico es la apropiación de un individuo, o grupo de individuos, de un espacio público. El proceso que se inicia, como terminamos de indicar, a finales del siglo XV o principio del XVI. El sistema técnico se halla ya definido en sus rasgos más esenciales en el siglo XVII, aunque administrativamente su identidad no es reconocida hasta finales de ese siglo o principios del siguiente (Ortega, 1977; García, 1988).

Como consecuencia de dichos cerramientos, hoy, las laderas de la comarca pasiega se encuentran dominadas por un paisaje de prados cercados de muros de piedra y de hábitat disperso. Cada prado cuenta con su respectiva cabaña de funciones múltiples: albergue temporal, como residencia de personas y establo de ganado, a la vez, que se utiliza como henil.

En el nivel más bajo del valle se sitúan las “vividoras”, que son las viviendas o cabañas principales entre todas. El conjunto de vividoras constituyen el barrio. El barrio no es propiamente un núcleo concentrado de población, comparable a los de otras áreas rurales cántabras, las vividoras se hallan diseminadas en una amplia zona en el fondo del valle, y presidiendo este paisaje de cabañas dispersas encontramos las tres villas pasiegas. Los habitantes del casco de las villas descendientes, salvo excepciones, de antepasados transhumantes, abandonando la transhumancia, se dedican en su mayoría al comercio como dueños o empleados del mismo; a estos se unen antiguos transhumantes que viven de rentas y residen en el casco o próximos a él. Las diferencias culturales y barreras sociales existentes entre los pasiegos de los barrios y los de las villas han sido estudiadas y detalladamente descritas en Pas por Tax. S. (1977).

La extensión de los tres ayuntamientos pasiegos cántabros aquí estudiados, abarca, aproximadamente, unos 171 kilómetros cuadrados, con unas diferencias de altitud que oscilan entre los 358 y los 1400 metros. Los prados se hallan escalonadamente distribuidos a distinta altura en la ladera de la montaña. Cada grupo o unidad familiar se traslada “muda”, con su ganado y su equipo imprescindible de utensilios caseros y útiles de trabajo, de una finca a otra de su

propiedad o usufructo, en una doble dirección: ascendente desde finales del invierno hacia el verano -la familia con sus ganados pasa la estación estival arriba en los prados de los puertos de montaña- e iniciando el descenso en el otoño para llegar a albergarse la temporada más dura del invierno en sus vividoras en el fondo del valle.

Una forma, sin duda singular, de la explotación ganadera pasiega es el régimen de estabulación de su ganado, que refuerza más el aislamiento entre familias y personas. La muda se produce sucesivamente de una finca a otra al agotarse, con la siega, el forraje en cada una de ellas. La falta de coordinación entre las unidades familiares para la muda, hace que la coincidencia de dos familias en fincas vecinas sea casual y esporádica ya que normalmente no se hallan programadas entre las mismas y se cambia de vecinos en cada finca. Este trasiego continuo -cada familia cambia alrededor de unas 20 veces al año- impide un contacto permanente con otros vecinos y con el núcleo de población. El aislamiento de la familia y la falta de contactos prolongados con vecinos específicos tienen notables efectos sociales (Tax 1970, 1976). Los pasiegos, muy especialmente los de los barrios, no disponen de tiempo ni de demasiadas oportunidades para el desarrollo de las relaciones propias de una vida social de comunidad más allá del círculo familiar más próximo.

Por otro lado los límites exteriores de aislamiento de una morfología montañosa se hallan reforzados por la propia ideosincrasia del pasiego que le lleva a actuar y a sentirse así mismo como diferente del resto de los montañeses y, reciprocamente, es considerado por estos como distintos tanto por sus costumbres como por su origen. No obstante la formación y su conciencia diferencial, como grupo, es reciente. Según Ortega, ya citado: *“La percepción de su identidad se pefila en el tiempo como una trayectoria que transforma los pastores-campesinos de las aldeas del valle de Espinosa y jurisdicciones inmediatas de las Montañas de Burgos, que recorren los pastizales de los Montes de Pas en Pasigos. Es decir, en ganaderos independientes. Esta procedencia del pasiego es evidente en la documentación disponible del siglo XVI Y XVII”*. En consecuencia, a parte del proceso de formación y nacimiento de la conciencia de identidad diferencial pasiega, es interesante destacar la procedencia meridional de la Cordillera y el origen común burgalés de los pasiegos del Norte y del Sur.

Falta un estudio sistemático serio de las características biotipológicas propias de la población pasiega, que, con frecuencia, fueron exageradas y sacadas de contexto sin una base de análisis objetivo suficiente. Estas diferencias, indudablemente, son más culturales que físicas o biológicas. Las exigencias peculiares de su transhumancia y la adaptación progresiva a ella se hallan en la base de las mismas. Ciertamente desde el punto de vista biológico los procesos adaptativo-selectivos al medio concreto, no parecen haber contado con un periodo de tiempo suficientemente largo para ese tipo de adaptaciones. El periodo puede abarcar, como máximo, entre 15 ó 20 generaciones; en cambio hay que tener muy presente los posibles procesos genéticos debidos a fenómenos de deriva, a los que, indudablemente, el azar debió proporcionar un papel importante, merced al tradicional aislamiento reproductor favorecido por las propias estructuras endogámicas de emparejamiento de esta reducida población, subdividida, a su vez, en pequeñas unidades reproductoras de valle con un aislamiento importante entre ellas, como luego veremos.

Pasado el tiempo muy pronto, al pasiego, el marco geográfico de los Montes de Pas le va quedando más y más estrecho, y ante la imposibilidad de ampliar el terrazgo, algunos pasiegos con sus familias buscan su oportunidad fuera de Pas. Ya en el siglo XVII, se produce un movimiento colonizador desde Pas hacia valles próximos como los valles de Soba (ver Ortiz, A.; 1990), Carriedo, Toranzo e incluso Trasmiera en Cantabria e igualmente ocurre con los pasiegos burgaleses del alto Trueba, primero salen hacia el Sur y después rumbo Sur-Sureste siguiendo el cauce del río Ebro. Actualmente es posible contemplar explotaciones pasiegas, más o menos aisladas, con sus estructuras y construcciones típicas en zonas geográficamente próximas a Pas, y en otras no tan próximas, entorno a núcleos de poblaciones no pasiegos.

A parte de la anterior movimiento colonizador, han existido tradicionalmente en los Montes de Pas otras emigraciones -temporales o permanentes, individuales o familiares- a lugares de dentro y de fuera de Cantabria: Es conocida la presencia pasiega en Madrid y en otras ciudades y lugares peninsulares, en algunos casos, incluso, fuera de la Península Ibérica; de algunas de ellas queda constancia en las propias actas matrimoniales. Esta emigración es una constante histórica en esta comunidad.

Según el censo de 1960 los tres ayuntamientos de la Vega de Pas, San Pedro del Romeral y San Roque del Río Miera sumaban 4.000 habitantes en total. A los anteriores hay que añadir, según Susana Tax, 1495 más que se hallan incluidos en el censo de otros municipios geográficamente próximos y vecinos. La distribución, junto con la correspondiente a cada uno de los tres municipios, sería la siguiente:

Cuadro n° 1: Habitantes pasiegos

San Pedro del Romeral	1.165
San Roque del Río Miera	977
Vega de Pas	1.858
Soba	200
Pisueña	304
Cuatro Ríos Pasiegos (Espinosa de los Ms.)	955
<hr/>	
Total	5.459

Quedan fuera de este cómputo, como mínimo, los ganaderos trashuman-tes al estilo pasiego que residen en otros valles o municipios cántabros -como en el de Luena geográficamente próximo y vecino de San Pedro del Romeral-, conviviendo con ganaderos estantes y agricultores (Susana Tax, 1975).

2- El material y los métodos.

Para este estudio hemos revisado las actas de matrimonios de las tres parroquias pasiegas: la de Vega de Pas, San Pedro del Romeral y San Roque del Río Miera que se corresponden con los tres municipios, más la aldea de Calseca y el barrio de Valdició, próximos geográficamente a San Roque del Río Miera, cuyos libros de actas se hallaban incorporados al archivo parroquial de San Roque. Salvo en este último caso en los otros dos los límites parroquiales coinciden con los municipales.

El periodo de estudio en este trabajo abarca un siglo que va desde 1880 hasta 1979, excepto en la parroquia de San Pedro del Romeral cuyo periodo se inicia una década después, en 1891, por falta de documentación anterior destruida por el fuego en un incendio.

Dejando de lado otros datos y notas, que no vienen al caso para este trabajo concreto, junto a los nombres de los contrayentes se tomaron los datos siguientes: Parroquia donde se celebra el matrimonio. naturaleza y vecindad de los padres y contrayentes, las dispensas con el grado de parentesco entre los mismos. Como es sabido el matrimonio entre parientes en grado próximo estaba prohibido, bien por ley natural, matrimonios en línea directa -padres con hijos, abuelos con nietos etc...- bien por la Iglesia Católica en línea colateral. Los grados sobre los que gravita, o gravitó, la prohibición eclesial son los de 1° con 2° (1/2), es decir, tío (a) con sobrina (o); 2° con 2° (2), primos hermanos o carnales; 2° con 3° (2/3), primos en grado desigual; 3° con 3° (3), primos segundos; 3° con 4° (3/4), primos en grado desigual alejados; y 4° con 4° (4), primos terceros. La dispensa previa del parentesco vetado por la Iglesia es imprescindible para la licitud y validez del matrimonio canónico. El cumplimiento del requisito de dispensa se hace constar en las actas de dichos matrimonios y de ellas hemos recogido dicha información.

Por otra parte el grado de impedimento de parentesco que requiere dispensa ha ido cambiando a lo largo del tiempo: hasta 1918 con la entrada en vigor del *Codex Juris Canonici*, la obligación de dispensa que incluía hasta cuarto con cuarto en línea colateral, según la denominación de ley canónica vigente entonces, se reduce a tercero con tercero, es decir, de primos terceros pasa a primos segundos, y desde la reciente reforma de 1985 la obligación se restringe a segundo con segundo, es decir, a primos hermanos o carnales y grados más próximos. Estos cambios nos obligan a especificar y considerar el tiempo y el grado de parentesco que se incluye, cuando se trata de frecuencias, índices o coeficientes de consanguinidad.

En este trabajo las frecuencias relativas o índices de endogamia las expresamos normalmente en frecuencias porcentuales: Número de matrimonios entre individuos del mismo origen por cien, dividido por el total de matrimonios contraídos en las parroquias de estudio en esas mismas fechas, e igualmente en el

caso entre parientes. El coeficiente - “F” o “alfa de Berstein”- de consanguinidad de la población es la suma del producto de las frecuencias relativas de matrimonios consanguíneos por el coeficiente de consanguinidad individual de cada uno de ellos correspondiente a cada grado de parentesco. El coeficiente tiene un valor mayor cuanto más próximo es el grado de parentesco.

3- Resultados y discusión.

3a- La endogamia.

Entendemos, aquí, por endogamia y hablamos de matrimonios endogamos en aquellos casos en los que los dos miembros de la pareja pertenecen al mismo lugar de origen geográfico, comunitario o étnico, es decir, originarios de la misma entidad poblacional, parroquia, municipio, comarca, pueblo o etnia. Reiteradamente se ha afirmado que los pasiegos sólo se casan con pasiegos. Penny (1969) escribe: “*En cuestión de endogamia multiseccular nosotros podemos aportar el testimonio moderno de que son contadísimos los casos de matrimonio entre pasiegos y montañeses*”.

En este apartado estudiaremos la endogamia a tres niveles: en el primer nivel se analiza la endogamia de valles o parroquias de la Vega de Pas, S. Pedro del Romeral y S. Roque del Río Miera individual y separadamente; en el segundo analizamos el valor de la endogamia dentro de las tres comunidades en su conjunto y la comunicación y flujo entre ellas, y en tercer lugar intentamos valorar la frecuencia de matrimonios entre los habitantes oriundos de los Montes de Pas dentro del ámbito pasiego, que incluye, como ya hemos indicado, territorios más allá de los tres ayuntamientos tanto en el Norte como en el Sur de la Cordillera de esta zona cantábrica, así como los pasiegos nacidos fuera del territorio de Pas.

La normativa canónica obliga a contraer matrimonio en la parroquia donde la novia es residente en cuyo libro de casados se registran las actas del matrimonio, salvo excepciones en las que se autorice expresamente la celebración en la parroquia del contrayente o en cualquiera otra distinta de aquellas. Lógicamente faltan de los libros de casados de las respectivas parroquias las

actas de matrimonio de los varones nacidos y residentes en la misma que buscan pareja y se casan fuera de la suya y una vez casados vuelven a vivir con su esposa al lugar de su domicilio anterior; sin embargo esta falta queda compensada en estos casos, desde el punto de vista estadístico, con los varones de fuera que se casan en la parroquia y no establecen su residencia de casados en la misma.

En los Montes de Pas, salvo que los contrayentes de distintos lugares o parroquias procedan ambos de familias de práctica trashumante pasiega, raramente debían establecer su residencia en Pas, en principio pensamos que es muy difícil para una mujer adulta montañesa, o ajena al medio pasiego, adaptarse a ese tipo de vida, e igualmente el varón que no sea practicante con anterioridad de la trashumancia. Consecuentemente creemos que la casi totalidad de los matrimonios de pasiego con foráneo, fuera varón o mujer, no se quedaban a residir en Pas, y menos en los barrios. Además de que este hecho puede tener su trascendencia en la variación azarística de frecuencias genéticas de las reducidas poblaciones de los valles, desde el punto de vista reproductivo, su descendencia no cuentan en dicha comunidad, lo que significaría que la endogamia real es superior a la aparente deducida de las actas de matrimonios.

Las frecuencias porcentuales medias e índice de endogamia parroquial varía de una parroquia a otra: En la parroquia de la Vega de Pas el 68,36% del total de los 1.669 matrimonios fue contraído en el periodo antes indicado entre pasiegos nacidos en la parroquia; las frecuencias son ligeramente más bajas en la de San Pedro del Romeral que en la anterior, con unos valores porcentuales del 66,08% sobre un total de 802 matrimonios, y en la de San Roque, incluidos los barrios de Calseca y Valdició, las frecuencias alcanzan niveles más altos que las dos anteriores, llegando hasta el 75,59 % de los 1094 en total anotados en las actas. El promedio parroquial de las tres parroquias pasiegas en su conjunto se sitúa aproximadamente en el 70,07%.

En un segundo nivel, dentro del ámbito conjunto de los valles de las tres parroquias, los emparejamientos matrimoniales entre individuos oriundos de distinta parroquia no consiguen alcanzar el 5% -170 de los 3.565 estudiados, de ellos 154 se realizaron entre oriundos de las parroquias de La Vega y de S.Pedro, 16 entre contrayentes procedentes de la Vega de Pas y S. Roque y sólo 1 entre

las de S. Roque y S. Pedro-. Estos valores son reflejo del reducido nivel de comunicación e intercambio reproductor entre las comunidades de los valles o parroquiales, especialmente, entre las de S. Roque y las de S. Pedro. El grado de endogamia parroquial e interparroquial se puede estimar aproximadamente en el 75,07% de los matrimonios. Por tanto la mayor aportación proviene de la endogamia de valle o parroquia, en este caso la endogamia parroquial es unas 14 veces superior a la interparroquial.

Para un cómputo completo de los matrimonios contraidos entre pasiegos a las anteriores frecuencias endogámicas, habría que añadir los enlaces realizados entre parejas, en las que uno de los miembros es pasiego residente en cualquiera de las tres parroquias anteriores y el otro es hijo de pasiegos nacidos en Pas y emigrados, y que vuelve a casarse a Pas, o ,también, los procedentes de barrios o lugares de municipios vecinos en los que siempre se ha practicado la trashumancia pasiega: como el barrio de Pisueña en el de Selaya -los de Valdició y Calseca que ya han sido incluidos en la parroquia de San Roque- o los descendientes de familias pasiegas emigradas en generaciones anteriores pero que conservan sus raíces y tradiciones pasiegas.

Debido a la dificultad práctica de conocer con seguridad por las actas matrimoniales la naturaleza pasiega del contrayente originario de la zona montañesa próxima del entorno vecino a las tres parroquias de referencia, después de calcular y estudiar las distancias entre los lugares de origen de todos los contrayentes, hemos elegido un área circular de 15 kms de radio sobre el mapa con centro en la villa de Vega de Pas, como área predominante de ámbito e influencia pasiega. En el 83,47% de los casos de los matrimonios estudiados ambos cónyuges nacieron dentro de ese espacio circular geográfico.

A las anteriores frecuencias debemos añadir un 6,50% más, correspondiente a los matrimonios en los que el miembro de la pareja nacido fuera de Pas, era hijo de padres oriundos de cualquiera de las tres parroquias y emigrados posteriormente más allá de ese radio de 15 Kms; algunos procedían de otras comarcas de Cantabria y otros, aunque dejaron atrás los límites regionales, sus hijos volvieron a casarse a Pas. Calculamos, basados en estas estimaciones, que los matrimonios entre pasiegos se hallan en torno, e incluso por encima, del 90% de todos los estudiados durante este periodo.

Los matrimonios entre pasiegos del Norte y del Sur de la Cordillera (oriundos de los tres parroquias y los del alto Trueba en el municipio de Espinosa de los Monteros), suponen el 2% del total de los matrimonios; dato que confirma que el nivel de flujo entre los distintos valles pasiegos de referencia no es alto. La mayoría de dichos matrimonios se celebraron en la parroquia de la Vega -53 de 64- que totalizan el 3,12% de los habidos en ese periodo en dicha parroquia; de los 11 restantes, 7 se contrajeron en la parroquia de San Roque y 4 más en la de San Pedro, frecuencias en bastante medida condicionadas por el grado de vecindad geográfica.

Simplemente señalar aquí, según se deduce del análisis de las actas matrimoniales, que la presencia de hospicianos en Pas fue muy poco frecuente. A diferencia de lo ocurrido en algunas otras poblaciones aisladas significativas, como las Hurdes cacereñas por ejemplo (García-Moro, 1986), en Pas sólo 18 de los 7.130 contrayentes, correspondientes a los 3.565 matrimonios estudiados eran hospicianos -10 mujeres y 8 varones-. Las fechas de sus matrimonios en todos los casos eran anteriores a 1936. De los 18: 12 se casaron en la parroquia de San Pedro, 5 en la de La Vega y 1 en la de San Roque. Por tanto la aportación y flujo externo, por este concepto, es estadísticamente escaso, apenas supone un 0,25% del total. De la comparación con otras poblaciones rurales del entorno cantábrico -obsérvese el cuadro nº 1- se deduce que el valor de la endogamia en Pas supera ampliamente el valor de las comarcas palentinas de la Pernia, -se trata de una población tradicionalmente ganadera, aunque recientemente también llegó a adquirir importancia minera; esta comarca se halla situada en la vertiente sur cantábrica, al O. de la zona pasiega y en el norte de la provincia de Palencia, haciendo límite con la de Santander- y de la de Ojeda -de tradición predominantemente agrícola, y situada en la transición entre la zona de la montaña y la meseta en la misma provincia castellana (Santo Tomás, 1989).

El nivel de la endogamia dentro de los límites de los tres parroquias cántabropasiegas de referencia es parecido, incluso algo inferior si tenemos en cuenta los límites del periodo de estudio, al de los Maragatos (Bernis, 1974), o al del valle leonés de Valdeón (Gómez, 1977) dentro del marco de los Picos de Europa y que limita con la comarca santanderina de la Liébana y algo superior, en cambio, al de las frecuencias del concejo asturiano de Cabrales en la misma

zona (Díaz y Gómez, 1988), y, desde luego, los valores de frecuencias de matrimonios endógamos son inferiores a los hallados en las comarcas de Cabrera y Sanabria (Blanco, 1998; Álvarez Edo, y Caro, 1980). Ambas comarcas se hallan más alejadas del entorno geográfico y cultural pasiego que las anteriores: La Cabrera está situada al Sudoeste de la provincia de León, y la de Sanabria al Noroeste de la de Zamora, limitando entre ellas.

Cuadro nº2: Endogamia comarcal.

(Los dos miembros de la pareja nacidos en la misma comarca)

La Ojeda (Palencia)	1875-1985	52,29%
La Pernía (Palencia)	1875-1985	56,45%
Pas (V.P,S.P.R.,S.R.M.)	1880-1979	73,69%
Maragatería (León)	1900-1970	71,47%
Cabrales (Asturias)	1882-1957	72,14%
Valdeón (León)	1918-1967	73,30%
La Cabrera (León)	1880-1989	85,47%
Sanabria (Zamora)	1875-1974	90,25%

(V.P.: Vega de Pas. S.P.R.: San Pedro del Romeral. S.R.M.: San Roque del Río Miera)

A lo largo del periodo de estudio existe prácticamente en todas las poblaciones estudiadas una tendencia general al descenso de la endogamia y, consecuentemente, al crecimiento de la exogamia con el aumento de matrimonios mixtos entre nativo y foráneo. En La Pernía los matrimonios endógamos bajan desde el 73,75% en el quinquenio 1875-79, al 23,08 en el de 1980-85; y en la de Ojeda, en los mismos quinquenios, pasan del 66,32% al 21,05, la tendencia descendente se mantiene a lo largo de todo el periodo con puntuales excepciones; igualmente ocurre con los maragatos, leoneses de los Ancares, Babia o Cabrera, aunque partiendo de diversos niveles y a distinto ritmo dependiendo de las circunstancias concretas de la población. Los valores en Sanabria desde unas frecuencias excepcional y llamativamente altas -97,75%- en la década 1880-89,

disminuyen gradualmente pero manteniéndose por encima del 75% hasta la década 1960-69, en la siguiente década se acentúa la tendencia, bajando a unos niveles por debajo de los pasiegos con frecuencias del 58,06%.

En el segundo nivel de estudio, dentro de los límites del conjunto de las tres parroquias pasiegas de referencia, las frecuencias de matrimonios entre individuos originarios de este espacio pasiego siguen igualmente la ruta de un descenso progresivo -desde el 84,23% entre 1880 y 1889, primero lentamente en las cinco décadas siguientes, se mantiene por encima del 75% para continuar más aceleradamente después, el valor mínimo -61,92%- se consigue en la última década estudiada -1970 a 1979-, indudablemente, en fechas posteriores debe continuar dicha tendencia a la baja, para mayor ilustración ver la gráfica nº 2. Salvo la última década, los valores pasiegos se mantienen con un valor intermedio entre los zamoranos de Sanabria por una parte y los leoneses de Babia y palentinos de la Pernía por la otra.

Los niveles de endogamia parroquial tienden a disminuir en Pas desde el principio del periodo de estudio aunque a distinto ritmo en cada parroquia: primero, desde 1950, en la Vega de Pas, y después en San Pedro con una evolución temporalmente paralela, y posteriormente en San Roque del Río Miera, geográficamente más aislado que las dos anteriores (Arminio y Gómez, 1987).

Se patentiza, pues, en las comarcas del mundo rural cantábrico, un descenso generalizado de los matrimonios endógamos, con el correlativo aumento de la exogamia y apertura de las poblaciones rurales aisladas. Este proceso en algunas poblaciones se inicia ya a mediados del siglo XIX y en otras algo posteriormente, pero se acelera en la segunda mitad del XX. El éxodo rural, la exogamia o apertura de poblaciones aisladas afecta prácticamente a todas las poblaciones cantábricas y peninsulares y son, entre otros, testimonios fehacientes de las profundas crisis que afectan a todas las estructuras del mundo rural. La comunidad pasiega *“a pesar de su carácter intensivo, de la mentalidad moderna en que se sustenta, el sistema pasiego no deja de ser tradicional. Y como a todo el mundo rural tradicional le ha llegado también el viento de crisis que recorre el campo”* (Ortega, 1975). La apertura se realiza más gradualmente y con algo más de pausa en la población pasiega que en otras poblaciones geográficamente próximas. El retraso y más lenta apertura hacia el exterior respec-

to a otras poblaciones cantábricas, pienso puede deberse entre otras causas, a la resistencias a desprenderse de hábitos, costumbres y mentalidades fuertemente arraigadas en la comunidad pasiega, que constituyeron durante estos últimos siglos el escudo protector y refugio para la defensa de la vida individual y comunitaria pasiega, y junto a ellas la falta de preparación y desentrenamiento en las relaciones sociales *-existe un elevado número de analfabetos, sobre todo mujeres y una ignorancia grande de las modas de la vida moderna* (Tax, S., 1970)-. Lo afirmado pienso que no se contradice en nada con el espíritu indudablemente emprendedor del pasiego, como lo demuestran la lucha de siglos y empeño en el proceso de formación de la comunidad pasiega, la colonización de tierras fuera de Pas, la emigración e iniciativas innovadoras de los pasiegos dentro y fuera de los Montes de Pas.

3b. Matrimonios entre parientes -Matrimonios consanguíneos.

La utilización inapropiada en la literatura antropológica de matrimonios consanguíneos para referirse a matrimonios entre parientes, es debido, posiblemente, al equívoco originado por la versión castellana del término inglés *consanguinity* cuyo equivalente en nuestra lengua no sería consanguinidad sino parentesco. El parentesco nace desde la vertiente biológica por la herencia genética compartida por dos o más individuos que poseen un legado común transmitido por un mismo antepasado. La consanguinidad supone un paso más, es el reencuentro en un mismo individuo por vía paterna y materna de la parte correspondiente de ese legado idéntico; por lo tanto, es una característica individual propia del hijo nacido de un matrimonio entre parientes, por lo que hablar de matrimonios consanguíneos resulta inapropiado; no obstante el uso común en antropología ha consagrado la expresión que justifica su empleo, y nosotros así lo hacemos.

Por otra parte la variedad del medio físico y la diversidad de costumbres y leyes que regulan el matrimonio y su evolución a lo largo del tiempo, y por otro lado, los factores económico-sociales y biológicos que lo condicionan, hacen del estudio un problema complejo con posibilidad de múltiples enfoques y perspectivas.

El interés de la consanguinidad en antropología biológica y genética de poblaciones humanas no es, o al menos no prioritariamente, el análisis de la misma como elemento básico de las estructuras de alianzas matrimoniales de los sistemas elementales o complejos, objeto del estudio del antropólogo social o cultural. Para el genético humano y bioantropólogo se trata de un estudio previo o explicativo de la aparición de elevadas frecuencias de homocigosis, es decir, de individuos con una alta coincidencia de características genéticas iguales entre sí, debidas a que una parte de sus genes son copias idénticas heredadas de antepasados comunes. Como es sabido estas uniones reiteradas de parientes llevan a un empobrecimiento del patrimonio genético de poblaciones aisladas de reducido efectivo, como es el caso de la población pasiega y como consecuencia se produce una reducción de la diversidad de tipos en la población. Serviría, por lo tanto, para un conocimiento básico y una posible explicación de la existencia y aparición reiterada de algunas características tipológicas iguales o similares en los distintos individuos que componen la población, y de oscilaciones bruscas en las frecuencias alélicas o genéticas de la población e incluso de la aparición de algunas patologías genéticas dentro de las mismas.

Las discusiones entorno a los matrimonios entre parientes deben considerarse, según Bestar (1991) como la expresión de un debate político que enfrenta dos concepciones opuestas: como un medio favorecedor de la unión de parentelas fuertemente solidarias entre sí, o como instrumento de creación de nuevos principios de solidaridad social más allá del propio círculo de parientes.

En el primer caso en los estudios realizados en Europa los distintos autores insisten en que en el matrimonio entre parientes se busca un doble efecto: La protección del patrimonio o la reunificación del mismo disperso en generaciones anteriores de un lado, y la consolidación de las redes familiares del otro. En el primer sentido son ya clásicos los estudios de Trumbach (1978) sobre la aristocracia inglesa del siglo XVIII, el de Fox (1978) en la isla norirlandesa de Tory, el de David (1973) en la zona rural italiana de Pistichi o el trabajo realizado por Mira (1971) en un pueblo de Valencia de herencia divisible. Mersario (1981), en otro trabajo en la diócesis italiana de Como, insiste en la importancia de estos matrimonios entre parientes para el mantenimiento y fomento de las relaciones sociales dentro de dicho círculo.

El matrimonio como instrumento de nuevos vínculos entre las familias ajenás con objeto de abrir los círculos de relación entre parientes, es la defendida por la Iglesia Católica, de ese concepto parcial del matrimonio surge la prohibición de matrimonios entre parientes en determinados grados más o menos próximos para la licitud y la validez canónica del mismo. En consecuencia el círculo de parientes es concebido básicamente más como una unidad de relación exogámica que de interrelación o cohesión del propio grupo. Godoy (1983), no obstante, insiste en que los matrimonios entre parientes con necesidad de dispensa no deben ser considerados como una excepción, sino como un rasgo común dentro de nuestra cultura mediterránea.

La prohibición canónica se ha ido progresivamente debilitando con el tiempo mediante la reducción de los grados de parentesco que impiden la validez y licitud del matrimonio ante la Iglesia, y relajando, por otro lado, los controles con una mayor permisividad y facilidad en la concesión de dichas dispensas. La permisividad eclesial coincide en el tiempo, con la apertura de las sociedades tradicionalmente aisladas y el descenso de matrimonios entre parientes, a la vez que el matrimonio pierde fuerza como lazo de unión y aglutinante de grupos sociales.

Las excepciones en la aplicación de la norma canónica, *causas de dispensa*, aun cuando sólo atienden al remedio de circunstancias individuales y concretas de cada caso, en una de ellas hace referencia a la *estrechez del lugar*, es decir, a la dificultad por parte de la mujer para encontrar en su medio otro varón de iguales condiciones con el que poder contraer matrimonio. Esta causa de dispensa debe, indudablemente, afectar en mayor grado a las poblaciones pequeñas y aisladas del medio rural, facilitando en ellas la concesión de dispensas y el grado de proximidad consanguínea dentro de la comunidad.

Cuadro nº3:
Frecuencias medias de consanguinidad

Liébana (Cantabria)	1970-1979	7,68%
La Ojeda (Palencia)	1875-1985	7,87%
La Pernía (Palencia)	1875-1985	12,52%
Valdeón (León)	1918-1967	13,95%
Pas (V.P.S.P.R.,S.R.M)	1880-1979	14,22% (16,16%)
Vaqueiros (1)	1826-1976	14,74%
Maragatería (León)	1900-1949	17,99%
La Cabrera (León)	1880-1989	22,80%
Sanabria (Zamora)	1875-1974	27,77%

Como ocurría con los valores de endogamia de las poblaciones de las comarcas de La Cabrera y la de Sanabria, especialmente esta última, los valores de consanguinidad son excepcionalmente altos, como hemos dicho, estas comarcas se hallan más alejadas geográfica y culturalmente de Pas que el resto de las poblaciones cantábricas citadas.

Los niveles de consanguinidad evolucionan, así mismo, dentro del periodo de estudio a distinto ritmo en cada población, consecuentemente consideramos necesario remarcar los límites temporales de cada periodo en cada una de las poblaciones de referencia: así en el caso de los maragatos, aun cuando las frecuencias anotadas en la tabla nº 3 son más altas que las de los pasiegos, sin embargo, si consideramos periodos con límites de tiempo similares en uno y otro caso -de 1900 a 1949- las frecuencias pasiegas son equivalentes a las maragatas: 17,11% frente a 17,99%; idénticamente ocurre con el valor de frecuencias de los leoneses de Valdeón, ya que si acotamos un periodo de tiempo similar en Pas -desde 1920 a 1975-, el nivel de consanguinidad es de 13,93%, valor prácticamente idéntico al de Valdeón.

(1) El periodo de estudio de la parroquia de Sta. M^a del Puerto de “Vaqueiros de Alzada” (Cabo, Gómez et al., 1996-97) excede en 50 años al de Pas, no obstante el número de matrimonios es reducido -156-, poco más de un matrimonio por año. No

obstante debido a la dificultad de diferenciar por las actas matrimoniales en el resto de parroquias en las que conviven y se casan vaqueiros y “xaldos”, es decir, ganaderos transhumantes y ganaderos estantes y agricultores, esta parroquia, a pesar del corto número de matrimonios celebrados en la misma, tiene un valor representativo clave para el estudio de la población vaqueira, por dicha razón es empleada como término de referencia en este apartado.

Dejando de lado las frecuencias de consanguinidad de leoneses de Valdeón y Maragatos de los que ya hemos tratado antes; los valores generales de frecuencias de matrimonios entre parientes en la población de los Montes de Pas tienen niveles superiores a los hallados en la población de la comarca, también cántabra, de Liebana, e igualmente respecto a las poblaciones palentinas de la Ojeda y la Pernia. Si alargamos el cómputo hasta primos terceros (4° con 4°) -para una comparación más precisa con los palentinos de las comarcas de la Pernia, la Ojeda, los zamoranos de Sanabria, o leoneses de la Cabrera, que los incluyen en sus cálculos, el valor de frecuencias en Pas se eleva del 14,22% al 16,16%, valor que aleja más a los pasiegos de los lebaniegos, palentinos de referencia y, también, de los Vaqueiros de Alzada del Santa Maria del Puerto de Asturias cuyos cálculos también incluyen hasta dicho grado de consanguinidad y los acercan a los leoneses de la Cabrera y zamoranos de Sanabria, aunque las diferencias son todavía muy significativas e importantes.

Como ya hemos apuntado antes, en líneas generales en todas las poblaciones estudiadas se aprecia una fuerte tendencia al descenso. En Pas se refuerza esta tendencia a partir de 1960, en el último década estudiada (1970-79) las frecuencias de matrimonios consanguíneos sólo alcanzan el 2,35% del total de matrimonios (figura 3).

3c- Grados y tipos de parentesco e índice de consanguinidad.

De los 507 matrimonios entre parientes, incluyendo hasta primos segundos, 463 son de grado simple y 44 múltiple, -31 de ellos son de primos carnales, 1 caso de tío con sobrina por una parte y primos carnales por la otra, 3 casos de primos carnales dobles, y en el resto hasta 31 son de primos carnales reforzados con otros grados de parentesco más alejados (ver cuadro nº4)-. Los matrimonios de parentescos múltiples representan el 1,23% del total de matrimonios,

frecuencias inferiores a las halladas en la comarca palentina de La Pernía - 3,38%- , pero similares a las de La Ojeda -1,32%- y poco inferiores a las de los leoneses de Valdeón -1,76%-. Salvo con La Pernía, las diferencias con otras poblaciones centro-cantábricas son poco importantes y no significativas, no parece que en este caso la población pasiega difiera en estrategia de las poblaciones rurales dentro de esta zona.

En la distribución de los grados de parentesco simple, las frecuencias de matrimonios entre tío (a) con sobrina (o), aunque no se evitan totalmente, en buena medida se rehuyen, sólo encontramos 4 casos en S. Roque y 2 en Vega de Pas:- 6 de los 507 -1,10% de los matrimonios habidos entre parientes-, valores parecidos a los de La Ojeda o La Pernía, pero frecuencias comparativamente bajas frente al 5,07% de Sanabria, por ejemplo, y especialmente respecto al 7,55% de otra población mucho más próxima a Pas como es la cántabro-lebaniega. En la población de Liébana hemos comprobado la existencia de un factor relacionado con la emigración a América, que prima este tipo de enlaces (Gómez, 1985), factor hallado en otras poblaciones asturianas y descrito en poblaciones gallegas y que no encontramos en Pas.

La distribución de frecuencias de los otros grados simples de parentescos en las tres parroquias pasiegas no presenta diferencias con significación estadística entre ellas ($0,5 > p > 0,3$). Los valores más altos de los distintos tipos de parentesco corresponden en Pas a primos carnales estos matrimonios alcanzan en el conjunto el 47,14% de los consanguíneos frente al 40,43% de los primos segundos.

La comparación estadística de la distribución de frecuencias de grados de parentescos con otras poblaciones rurales, tanto dentro del ámbito cantábrico como fuera del mismo, nos dan en todos los casos diferencias estadísticas altamente significativas. Los reiterados matrimonios entre primos carnales pasiegos, con frecuencias mucho más altas de lo esperado, superando, incluso, a las de primos segundos, son la causa básica de estas diferencias.

La relación entre el valor de frecuencias de matrimonios de primos segundos frente al valor de los habidos entre primos carnales muy raramente alcanza o se acerca al valor teórico esperado; salvo en la población rural de la Sierra de Gredos y en la Jara con valores respectivamente del 4 y 3,92 -comarcas situadas

en el centro y centro-sur de la zona occidental de la geografía peninsular, alejadas, por tanto, geográficamente de los Montes de Pas-. En la región cantábrica, los valores más altos de esta relación y más próximos a los teóricos los encontramos en los asturianos de Somiedo (-3-) y en la población pixueta de pescadores de Cudillero después (-2,18-), también asturiana. En todos los casos de poblaciones rurales estudiadas hasta ahora, aunque el valor de dicha relación se halla habitualmente muy por debajo del valor esperado, en ninguno de los casos tan bajo como en Pas -0,89-, en todas las poblaciones rurales, aquí nominadas, el valor supera siempre la unidad: 1,56 en la Pernía, 1,36 en Liébana, 1,80 en los vaqueiros de Asturias etc. Valores por debajo de la unidad son normales en zonas urbanas: Oviedo con 0,33; León con 0,76; Guadalajara -0,93-, incluso en esta pequeña ciudad castellanomanchega, como podemos comprobar, el valor de la relación supera al hallado en Pas (Fuster et al. 1996; Calderón, 1984; Gómez, 1982; Moro y Gómez 1987).

En consecuencia de lo comentado en el párrafo anterior en las comarcas de la zona rural cantábrica es clara la tendencia preferente a elegir pareja dentro del círculo más estrecho de primos carnales sobre el de cualquier otro tipo de parientes. Tendencia que aleja notoriamente las frecuencias reales de las teóricas, más marcadamente en el medio urbano, pero también en el rural. La relajación de los vínculos familiares más allá del círculo familiar próximo debido a la vida de desarraigo social del pasiego trashumante, indudablemente, ha favorecido en Pas este tipo de relaciones matrimoniales entre familiares más próximos. Por otra parte, como ya hemos comentado anteriormente, diversos autores hacen incapié en la función del matrimonio entre parientes, además de como factor de estructuración social dentro del círculo, como instrumento de consolidación o reunificación de propiedades familiares dispersas en generaciones anteriores. Marta González (1988), en un trabajo sobre el tema, analiza como los mecanismos de división y reunificación de herencias favorecen en el medio rural burgalés estos enlaces entre primos carnales y de como, en dicho medio, las relaciones familiares prevalecen sobre las vecinales. El tipo de relaciones, ya descritas entre los pasiegos, sería un ejemplo patente y extremo de prevalencia de lo familiar sobre lo vecinal o comunitario. Tal vez convenga recordar, aquí, el origen burgalés de los antepasados pasiegos, llegados a tierras cántabro-pasie-

gas del norte de la Cordillera, procedentes del municipio burgalés de Espinosa de los Monteros. En consecuencia pensamos que el aislamiento social en el que vive la familia pasiega, e, indudablemente también, los mecanismos y factores relacionados con la herencia encierran la mayor parte de las causas explicativas de este fenómeno pasiego.

El valor del coeficiente de consanguinidad confirma con su elevado valor la preponderancia estadística de matrimonios entre familiares próximos dentro de la comunidad pasiega, es decir, de primos carnales sobre primos segundos: El valor de dicho coeficiente en Pas ($61,00 \times 10^{-4}$) es casi el doble que el de la Liébana ($31,85 \times 10^{-4}$), La Pernía ($32,59 \times 10^{-4}$) y tres veces superior al de La Ojeda ($20,50 \times 10^{-4}$) y, así mismo superior al de otras poblaciones rurales aisladas del norte cantábrico, como Valdeón ($45,21 \times 10^{-4}$), Sajambre ($47,84 \times 10^{-4}$), Maragatería ($44,64 \times 10^{-4}$), los leoneses de los Ancares ($38,96 \times 10^{-4}$), los de Babia ($21,04 \times 10^{-4}$), los Vaqueiros de Alzada de Santa. María del Puerto ($35,06 \times 10^{-4}$) aunque inferior a los de Sanabria ($73,85 \times 10^{-4}$) y la Cabrera ($92,81 \times 10^{-4}$).

Resumiendo lo comentado en este último apartado, excluidas las dos últimas poblaciones de Sanabria y Cabrera, igual que en anteriores ocasiones, y una vez realizados los ajustes oportunos respecto al periodo de estudio, el valor del coeficiente de consanguinidad de Pas supera al del resto de poblaciones indicadas. Le siguen en orden descendente de valores las dos pequeñas poblaciones leonesas aisladas en la zona de los Picos de Europa -Sajambre y Valdeón-, los maragatos, leoneses de los Ancares, Vaqueiros asturianos, etc., es decir, es superior al resto de las poblaciones estudiadas en la zona centro y oeste de la Cordillera Cantábrica.

Agradecimientos:

Deseamos expresar aquí nuestro agradecimiento a D. José Ramón Lisaso Real, párroco, en su día, de Vega de Pas, por su inestimable ayuda en la consecución de documentación para este trabajo; a D. Joaquín González Echegaray por sus orientaciones y apoyo constante, así mismo a D. José Luis Casado Soto por su ayuda e información sobre la histona de Pas; a M^a del Carmen González Echegaray por la información sobre hidalgos y pasiegos; y, así mismo, a D. Jesús Cuesta Bedoya, Archivero de la Catedral y a Monseñor José Fernández Gómez, Responsable del Archivo General Diocesano de Santander.

BIBLIOGRAFÍA:

ARMINIO, M.L.; GÓMEZ, P. (1978): "Niveles de endogamia y consanguinidad en la población de lo Montes de Pas (Cantabria, España)". *Actas del V Congreso español de antropología Biológica*. León, pp.275-284.

BEREZOWSKI, S. (1974): "Typologie des migrations pastorales en Europe et méthodes de leurs études", en *L'aménagement de la montagne. Compte rendu du III Colloque franco-polonais de géographie*. Warszawa, pp. 165-174: (Citado por Ortega, J. 1975).

BERNIS, C. (1975): *Estudio biodemográfico de la población maragata*. Publ. De la Facultad de Cienc. Unív. Complutense. Madrid.

BERSTAD, J. (1991): "La estrechez del lugar y la protección patrimonial: El significado social de los matrimonios consanguíneos en Formentera", en *Antropología de los pueblos de España*, II,26. pp. 444-449. Ed. Taurus Universitaria.

BLANCO, M. J. (1998): *Biodemografía y estructura biológica de la Cabrera*. Tesis doctoral. Facultad de Biología. Universidad de León.

CABO, L.; GÓMEZ, P. et alii (1997): "Xaldos, Vaqueiros y Somedanos un estudio de consanguinidad". *Bol. Cien. Nat. R.I.D.E.A.*, 44: pp. 119-144.

CALDERÓN, R. (1970): "Niveles de consanguinidad y densidad de población en la comarca natural de la Jara". *Act. II Simp. Antrop. Biol. De España*. Oviedo.

CALDERÓN, R. (1982): "Estudio de la consanguinidad en poblaciones urbanas y semiurbanas del arzobispado de Toledo (España)". *II Coloquio de Antrop. Juan Comas*. Mexico.

CARO; L y EDO; M:A. (1981): "Consanguinidad en la comarca de Sanabria". *Bol. De la Soc.de Antrop. Biológica*, 2:17-26.

DAVIS, J., (1973): *Landn and Family in Pisticci*. Alththone. Londres.

DÍAZ, M. A.; GÓMEZ, P. (1988): "Endogemia y consanguinidad en el concejo de Cabrales (Picos de Europa, Asturias)". *Bol. Cien. I.D.E.A.*, nº 39: 3-18.

EDO; M:A. Y CARO; L (1980): "Estudio endogémico del valle de Sanabria". *Act. II Simp. Antrop. Biol. España*: 14-23. Oviedo.

FOX, R. (1979). *The tory islanders*. Cambrige University Press. Cambrige.

FUSTER,V. Et alii. (1996): "Inbreeding Pafferns in the Gredos Mountain Range (Spain)". *Hum. Biol.*, 68,1:75-93.

GARCÍA, A. (1988): *Los Vaqueiros de Alzada de Asturias*. Ed. Servicio de Public. Del Principado de Asturias.

GARCÍA-MORO, C., (1986): *Entre brezos y colmenas. (La población de Casares de las Hurdes en los siglosXVII al XX)*. Editora Regional de Extremadura.

GODOY, J., (1983): *The velopement of de family and marriage in Europe*. Cambrige University Press. Cambrige.

GÓMEZ, P. (1977): "Bioantropología e influencia geográfica en el N.E. de León". *Inst. Fray Bernardino de Sahagún, C.S.I.C.*, León.

GÓMEZ, P. (1985): "Análisis de la consanguinidad en la zona cantábrica de los Picos de Europa. Liebana, Cantábrica", en *Actas IV Congr. Esp. Antrop. Biol.*, Barcelona, 53-62.

GÓMEZ,P. (1989): "Consanguinity: geographical variation and temporal evolution in the Norfh of the Iberian peninsula, 1918-1968 (León, Spain)". *Intern. Journal of Anthropol*, 4,1-2: 119-124.

GONZÁLEZ, M. (1988): "Niveles de identidad en el mundo rural burgalés", en DÍAZ, L.: *Aproximación antropológica a Castilla y León*. Ed. Anthropos. Barcelona.

MIRA, J. (1971): "Marriage et famille dans une communauté rarale du pays de Valence (Espagne)". *Etudes Rurales*, 42: 105-119.

MORO, M.D.; GÓMEZ, P. (1987): "Estudio de la evolución de la consanguinidad y endogemia, en el periodo 1882-1982, en la ciudad de Oviedo". *Actas del V*

Congreso español de antropología Biológica. León. pp. 365-374.

ORTEGA, J. (1975): "Organización del espacio y evolución técnica en los Montes de Pas". *Estudios geográficos*, 140-141: 863-899.

ORTIZ, A. (1990): *Padrones de hidalguía del valle de Soba 1605-1642*. Santander (Por referencia).

PENNY, R. J. (1969): *El habla pasiega: Ensayo de diactología montañesa*. Tamesis Books. London.

RODRÍGUEZ OTERO, H. (1984): *Bioantropología de los Ancares leoneses*. Inst. Fray Bernardino de Sahagún, C.S.I.C., León.

SÁNCHEZ, E. (1987): *Biodemografía y estructura Antropogenética de la comarca de Babia (1850-1979)*. Tesis doctoral. Facul. De Cienc., Univ. De León.

SANTO TOMÁS, M.J. (1989): *Biodemografía de las comarcas de la Ojeda y la Pernía*. Tesis doctoral. Facul. de Cienc., Univ. De León.

TAX, S. (1970): "Notas sobre transhumancia pasiega". *Publ. Inst. Etnogr. y Folkl.*, 11:163-170.

TAX, S. (1975): "Pasiegos y pasieguería". *Publ. Inst. Etnogr. y Folkl.*, VII: 9-33.

TAX, S. (1976): "Maneras de ser pasiegos", en Tolosa, L. *Temas de antropología española*, pp. 223-241. Ed. Akal. Madrid.

TAX, S. (1979): *The Pasigos Spaniards in no Man's Land*. Univ. Chicago Press, Chicago.

TERÁN, M. (1947): "Vaqueros y cabañas en los Montes de Pas". *Estudios Geográficos* 28:493-536.

TRUMBACH, R. (1978): *The Rise of the Egalitarian Family*. Academy Press.

Tipo de matrimonio	1/2 +2	1/2	2d +3	2d	2+ 3d	2+3	2	2/3d	2/3 +3	2/3	3d	3	n	%	$\alpha \cdot 10^{-4}$	N
1850-84				2			10			3		6	21	16'65	84'53	126
1885-89							9			1	1	12	23	17'16	60'76	134
1890-94	1					1	20		1	4	1	11	39	16'88	82'07	231
1895-99		3				5	15			8		9	40	18'51	97'25	216
1900-04		1				1	14			2	2	17	37	19'17	76'28	193
1905-09						2	11		1	2	14		30	18'46	63'67	182
1910-14					1	1	12			3		4	21	14'89	76'64	141
1915-19					2					2		10	26	19'69	87'72	132
1920-24						14				3	2	13	34	18'68	68'78	182
1925-29			1		1	2	14		2	3		8	31	16'40	84'55	189
1930-34						3	12			6		8	29	14'14	63'51	205
1935-39							7				1	8	16	14'28	53'09	112
1940-44			1				18			1	3	18	41	21'57	88'17	190
1945-49						1	8		1	2		14	26	15'29	54'38	170
1950-54							8	1		3		11	23	11'91	43'85	193
1955-59							9	1		3		15	28	13'14	44'87	213
1960-64							10			3		7	20	10'98	45'64	182
1965-69							8			1	1	2	12	5'21	25'89	230
1970-74							4			1		1	6	3'44	17'11	174
1975-79									1	1		2	4	2'35	6'53	170
1880/1979	1	5	1	3	4	16	215	1	5	51	13	192	507	14'22	61'0038	3565
Tipo	1/2			2				2/3			3					
% Tipos	1'18			47'14				11'24			40'43					
	(6/507)			(239/507)				(57/507)			(205/507)					

Cuadro n°4. Frecuencias de consanguinidad en las tres parroquias pasiegas

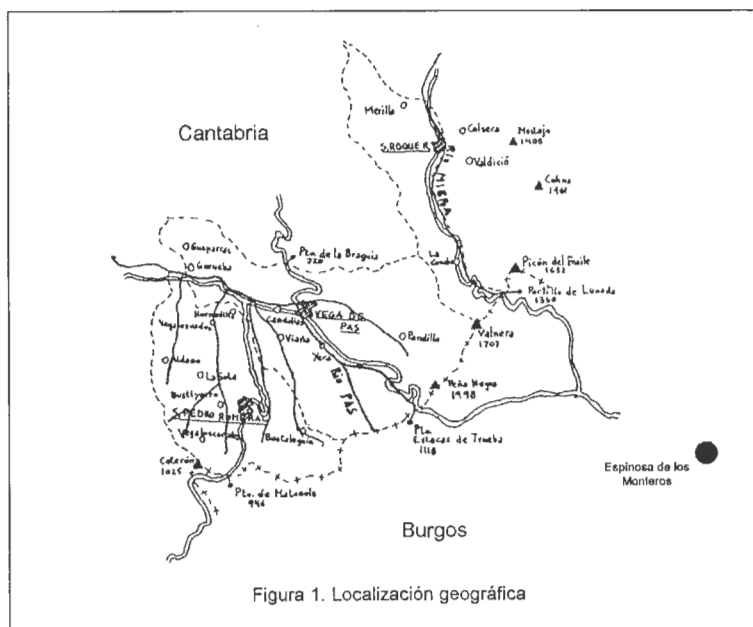


Figura 2. Evolución de la endogamia

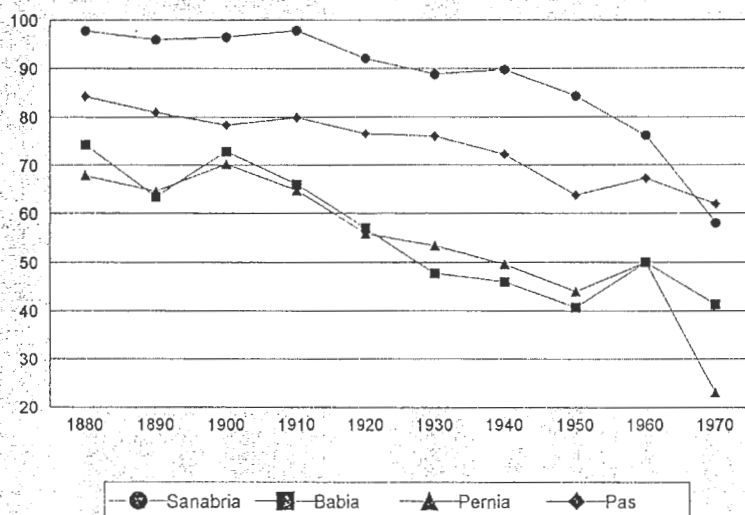
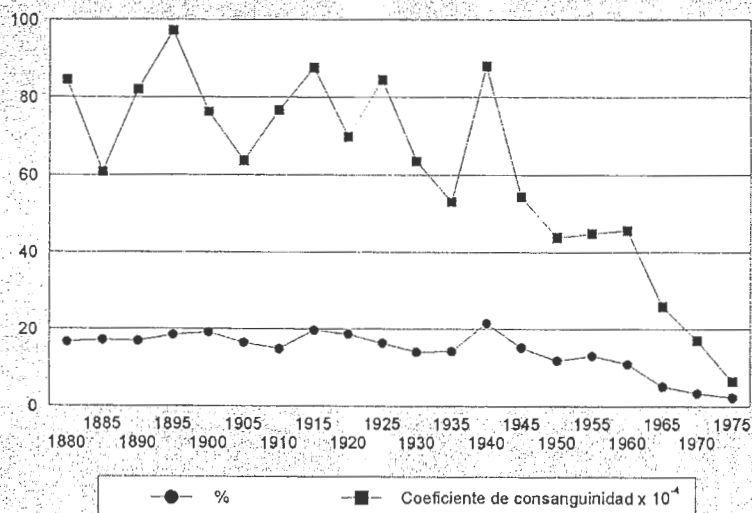


Figura 3. Frecuencia e índices de consanguinidad de Pas



PESAGUERO: UN ESPACIO LEBANIEGO
ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD

por

Sergio Martínez Martínez
(Universidad de Cantabria)

Este estudio supone un acercamiento antropológico a un espacio cántabro muy poco conocido pero de gran interés para el conocimiento de los modos de vida de las comunidades rurales tradicionales: Pesaguero. Este municipio presenta en la actualidad una profunda desestructura social nacida del traumático paso de la tradición a la modernidad en los años centrales del siglo XX. Describir las prácticas del pasado e interpretar los cambios vividos en estos últimos años ha sido el objetivo que ha guiado la investigación, así como el deseo de que las coordenadas que regían aquella cultura no queden condenadas al olvido por falta de quien las recoja.

Antes de dar paso al estudio, no quiero dejar de expresar mi agradecimiento a todos aquellos informantes que recordaron para mí el modo de vida tradicional del municipio, al profesor Dr. Eloy Gómez Pellón por su continuo apoyo en la labor investigadora y, en general, a todos los habitantes de Pesaguero, que con esfuerzo y tesón construyen cada día un paraíso para todos.

I. EL ÁMBITO GEOGRÁFICO

En el extremo suroccidental de Cantabria se encuentra la comarca de Liébana, lindando con las provincias de Palencia, León y Asturias. Liébana es, sin duda, uno de los ejemplos más representativo y manido de región geográficamente cerrada, definida y microclimática. Los altos murallones que la rodean, Los Picos de Europa, La Cordillera Cantábrica y la Sierra de Peña Sagra, encierran a la comarca y dificultan en gran medida su comunicación con el exterior. Liébana ocupa una extensión de 570 km² e internamente está

dividida en cuatro valles principales: Valdebaró, regado por el Deva, Cereceda, por el que fluye el Quiviesa, Valdeprado, por el que descende el Bullón, y Cillorigo, resultante de la unión de los tres ríos con el ya único nombre de Deva. Fuera de este ámbito tan cerrado se encuentra otra entidad de población lebaniega: Tresviso.

Administrativamente, Liébana se halla dividida en siete municipios: Camaleño, Potes, Vega de Liébana, Pesaguero, Cabezón de Liébana, Cillorigo y Tresviso. El municipio objeto de este estudio es Pesaguero, situado en la parte más alta del valle de Valdeprado. Se trata de un municipio de 70 km² nacido de la división del antiguo valle de Valdeprado en los municipios de Pesaguero y Cabezón de Liébana en el año 1822. Los pueblos que lo componen son diez: Valdeprado, Avellanedo, Cueva, Pesaguero-Laparte, Caloca, Vendejo, Barreda-Dosamantes, Obargo, Lerones y Lomeña-Basieda. Por este valle discurre en sus primeros kilómetros el río Bullón que, nacido en Piedrasluengas, desaguará en el Deva tras 24 km de recorrido y 800 m de desnivel salvados. Cerca del curso del río se asientan el conjunto de las aldeas salvo Caloca y Vendejo que lo hacen a la vera de uno de sus afluentes (el Vendejo). La comunicación del Valle se hace siguiendo el curso del río: la carretera descende desde el puerto de Piedrasluengas (1.345 m) en dirección a Potes.



La peculiar configuración geográfica convierte a Liébana en un espacio microclimático separado del conjunto del clima atlántico al que por su situación debería pertenecer de lleno. Las elevadas montañas que bordean la comarca evitan la entrada de los frentes cantábricos y permiten disfrutar de un clima más seco y caluroso que el del resto de Cantabria. Hay que puntualizar, sin embargo, que a pesar de ser ciertos estos rasgos mediterráneos en el fondo de los valles, igualmente es cierto que las precipitaciones aumentan de forma acusada según ascendemos, superándose por lo general los 1.000 mm y hasta los 2.000 mm en las zonas altas de la Cordillera, pluviosidad que raramente se alcanza en ningún otro punto de Cantabria (1). Este enorme volumen de lluvias que se recoge en las zonas altas compensa la escasez de las zonas bajas y permite la existencia de unos cursos fluviales relativamente muy caudalosos.

El paisaje vegetal de Pesaguero está dominado por el elemento omnipresente en Liébana: el bosque. Los montes lebaniegos ocupan aproximadamente el 80% del territorio, siendo una enorme fuente de riqueza ecológica y potencialmente también económica. Aproximadamente el 75 % de estos montes son de frondosas autóctonas (2), el resto son pastos de altura, árboles frutales y pequeñas manchas de plantaciones de pinos. Pesaguero presenta las características anteriores pero de forma aún más marcada. Junto con Vega de Liébana forman los dos municipios con mayor presencia del bosque. En Pesaguero un 86,57% del territorio está ocupado por montes comunales en los que conviven los pastos y el bosque con gran primacía del segundo elemento.



Las zonas bajas, hasta los 700 m aproximadamente, están dominadas por la encina (*Quercus ilex*). A partir de los 700 y llegando incluso hasta los 1.500 m se extiende el dominio del roble, principalmente de las variedades albar (*Quercus petraea*) y tocio (*Quercus pyrenaica*), conviviendo por encima de los 1.000 metros con los enormes bosques de hayas (*Fagus silvatica*); en el piso arbóreo más alto, por fin, aparece el abedul (*Betula pendula*).

Otras especies que aparecen en el sotobosque son el acebo (*Ilex aquifolium*) y el tejo (*Taxus baccata*), éste último reducido a ejemplares aislados en zonas muy agrestes. Como especie endémica y favorecida por el clima mediterráneo de las zonas bajas de Liébana se encuentra el alcornoque (*Quercus suber*), rarísimo en todo el norte peninsular pero abundante en Liébana. En las riberas de los ríos son frecuentes los chopos (*Populus nigra*) y los avellanos (*Corylus avellana*), así como los manzanos silvestres (*Malus sylvestris*). Las especies frutales son muy variadas: castaños (*Castanea sativa*), manzanos (*Malus pumila*), perales (*Pyrus communis*), ciruelos (*Prunus domestica*), melocotoneros (*Prunus persica*), y sobre todo nogales (*Juglans regia*). Los matorrales están formados fundamentalmente por brezos (*Erica arborea*) y argomas (*Ulex europaeus*).

II. LA DEMOGRAFÍA.

El municipio de Pesaguero ha sufrido una evolución demográfica parecida al resto de municipios de Liébana, con la excepción de Potes, y similar también a la de muchos municipios rurales de montaña de Cantabria (3). En 1850, según el *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico* de Pascual Madoz, la población del conjunto de Pesaguero era de 872 almas y 221 vecinos (4). En el libro de Ildefonso Llorente Fernández *Recuerdos de Liébana* aparece un nuevo recuento, del año 1882, en el que se recoge la existencia de 275 vecinos en el municipio (5), con lo que la población podría haber aumentado ya a algo más de un millar de habitantes, utilizando un cálculo de 4 habitantes por casa que era el existente en 1850 y que será común también con posterioridad hasta los años sesenta del siglo XX.

años	habitantes	casas	hab/casa
1850	872	221	3,9
1882	1080 (aprox)	275	
1900	1285	347	3,7
1910	1343	267	5
1920	1323	278	4,75
1930	1268	305	4,1
1940	1310	315	4,1
1950	1227	299	4,1
1960	980	251	3,9
1970	702	239	2,9
1981	497	259	1,9
1991	410	240	1,7
1996	415 (provisional)	179	2,3

Al comenzar este siglo la población alcanzaba los 1285 habitantes, llegando a su techo máximo en 1910 con 1.343, aunque con un significativo descenso del número de hogares, que se situó en 267. A partir de 1910 la población del municipio sufre un estancamiento que durará hasta 1950, año en el los datos arrojan un total de 1.227 almas, tan sólo 116 menos que en 1910.

Sin embargo, la década de 1950 marcará el inicio del desplome demográfico de Pesaguero. De entonces a esta parte el descenso de la población ha sido tremendo; actualmente la población del municipio supone únicamente un 33,4% de la que era en 1950. Los descensos más pronunciados fueron los de las décadas de 1960 y 1970 con un 28,4% y un 29,2% respectivamente. La década de los ochenta, a pesar de sufrir también un fuerte descenso, significó, sin embargo, la ruptura de esta tendencia de descenso creciente hacia una nueva situación de estancamiento demográfico. A modo de aproximación, el nomenclátor de 1996 refleja un saldo de 415 habitantes, con lo que el municipio habría ganado un total de 5 vecinos en los últimos 6 años. Las cifras de densidad demográfica de 1991 sitúan a Pesaguero en niveles bajísimos de ocupación del territorio (5,85 habitantes por km²), sólo superado en Liébana por Tresviso (4,13

h/km²) y en Cantabria por unos pocos municipios, entre ellos Valderredible, Las Rozas, Los Tojos, Polaciones o Lamasón (6).

Las causas de la evolución demográfica de Pesaguero responden en la primera fase de crecimiento a la situación general de España en esas fechas. La población española, y en general la de los países latinos, comenzó a crecer de forma significativa a partir de 1880 gracias, especialmente, al descenso de la mortalidad, sobre todo la infantil. La mejora en la distribución de alimentos evitando las hambrunas, el avance en las medidas sanitarias e higiénicas provocaron el descenso de la mortalidad. La natalidad también descendió, pero en menor medida, por lo que se dio una fase de crecimiento sostenido.

Pesaguero sufre también un crecimiento sostenido hasta 1910, año en el que alcanza su techo demográfico. Por estas fechas mantiene una estructura social y un sistema de producción que le permite sostener una alta población que en líneas generales practica el autoabastecimiento. La época de estancamiento en el municipio de Pesaguero entre los años 1910 y 1950 se aleja ya de la tónica demográfica española, que sufre en estos momentos su fase de mayor crecimiento, cerca del 0,82 anual. La mejora de las comunicaciones y la integración progresiva en la economía española comienzan a hacer mella en el régimen autosuficiente lebaniego. En cualquier caso, los desastres de la Guerra Civil y la lenta recuperación de los cuarenta ayudan a Pesaguero a mantener durante algo más de tiempo su insostenible sistema económico autárquico.

Efectivamente, la década de los cincuenta supone la integración en un marco netamente capitalista en el que la estructura productiva del municipio de Pesaguero, y de Liébana en general, sucumbe ante la mayor productividad agraria de otras regiones. E, inevitablemente, Pesaguero debe modificar tal estructura, pasando de la primacía de la agricultura a la de la ganadería.

Esta década supone la transformación de las tierras de labor en prados, mientras los sesenta serán la década de la consolidación de la nueva orientación económica. Pero este cambio no será suficiente para mantener la población del municipio. El fin del aislamiento acaba con un sistema capaz de sostener una población estable y autosuficiente. Ahora no será posible el autoabastecimiento y la población de Pesaguero se verá obligada a emigrar fuera de su tierra en busca del trabajo que no puede dar la ganadería. Sólo aquellos pueblos de

antigua vocación ganadera, fundamentalmente Caloca, hicieron frente al temporal en mejores condiciones que el resto, aunque han terminado por sucumbir en fechas más recientes.

Desde 1950 a 1981 asistimos, pues, al desplome demográfico del municipio. Los jóvenes emigraron en busca de trabajo anulando así la posibilidad de los sucesivos relevos generacionales. Sin embargo, entre 1981 y 1991 la población, aun descendiendo, lo hace en mucha menor medida que entre 1960 y 1981. ¿Puede hablarse de una nueva situación de estabilidad demográfica? En realidad, no. El actual estancamiento se debe a un factor principal: la población susceptible de emigrar, los jóvenes, ya lo han hecho en su mayor parte. Por ello, ya no es probable que la comarca experimente caídas como la de la segunda mitad del siglo XX. Más factible es un descenso lento pero continuo si la diversificación económica que se está produciendo en los últimos años en relación al turismo y los servicios en general no consigue ofrecer una salida laboral estable a los pocos jóvenes que quedan en la comarca.

III. LA TRANSFORMACIÓN EN LOS MODOS DE VIDA.

En el municipio de Pesaguero fueron muy notables los cambios ocurridos en las décadas de los años 50 y 60 del siglo XX. La entrada de la comarca en circuitos plenamente capitalistas vino a modificar totalmente las coordenadas de la vida tradicional, produciéndose un profundo cambio en las estructuras económicas y sociales.

El resultado ha sido la conversión de una sociedad estructurada y viva en una sociedad en la que, como se verá, no existen modelos fijos: ni existe un tipo común de familia, ni una forma específica de heredar, ni una predominancia clara del matrimonio exogámico o endogámico...; es, en resumen, una sociedad desestructurada, que se mantiene a duras penas resistiendo con mayor o menor fortuna todos los avatares que se ciernen sobre su futuro.

III. 1. El poblamiento y la organización familiar.

III. 1. 1. El poblamiento.

El poblamiento del valle de Pesaguero está caracterizado, como lo estuvo tradicionalmente, por una gran cantidad de núcleos de pequeñas dimensiones,

siendo insignificante el hábitat disperso; puede denominarse, por tanto, como poblamiento concentrado polinuclear. Se diferencia así del poblamiento disperso de la mitad oriental de Cantabria, del ultradisperso del alto Pas y alto Miera y se acerca al poblamiento concentrado del resto de Cantabria.

Una característica de la región lebaniega en general, es el que los núcleos de población no siempre se encuentren en las zonas más bajas sino que en ocasiones aparezcan a media ladera, a pie de monte o en cumbre (7). Estos últimos son los que han estado más ligados tradicionalmente a las actividades ganaderas (Caloca, Valdeprado), mientras los localizados más cerca del valle han sido los de vocación fundamentalmente agrícola o agrícola-ganadera (Lerones, Barreda-Dosamantes...). El poblamiento de Pesaguero mantiene la misma tipología que ha tenido tradicionalmente. El turismo no ha conseguido aún desvirtuar el poblamiento concentrado polinuclear como ha hecho en otros lugares, donde la segunda residencia se construye fuera del pueblo. Si alguna modificación se ha producido ha sido la de la proliferación de chalets y casas prefabricadas en vez de las tradicionales casas de piedra y madera; pero este aspecto se verá con más detalle en el apartado de la arquitectura popular.

III. 1. 2. La organización familiar.

III. 1. 2. 1. El matrimonio.

En Liébana fue muy frecuente hasta los años sesenta del siglo XX el matrimonio endogámico. En principio, las dificultades de comunicación con otras comarcas, especialmente con La Marina hasta la apertura del desfiladero de La Hermida en 1873, “obligaban” a los lebaniegos a casarse entre sí. Entre los años 1600-1850 más de dos tercios de los lebaniegos que se casaban lo hacían en su parroquia, un 87% lo hacía en el ámbito del valle y hasta el 96% en el conjunto de Liébana (8), si llevamos el concepto de endogamia geográfica a los matrimonios celebrados entre habitantes de la comarca.

En el caso de Pesaguero, la excepción a la endogamia era el casamiento con gentes de Pernía (Palencia) o Polaciones, con los cuales las relaciones eran relativamente más sencillas a través de los pasos de Sierra de Albas, hacia Pernía, y de Piedrasluengas, más tarde, hacia Pernía y Polaciones. Era muy frecuente que los curas de las parroquias lebaniegas fueran castellanos que

traían consigo a familiares que casaban con lebaniegos y lo mismo a la inversa. No en vano hay que recordar que Liébana perteneció hasta mediados de este siglo a la diócesis de León. De igual modo, la hidalguía castellana y lebaniega sentían una estimación recíproca que les llevaba con frecuencia a contraer matrimonio entre ellos (9).

En cualquier caso, la regla era el casamiento entre lebaniegos y, dentro de esto, lo común era que se casasen las gentes del mismo pueblo o de pueblos cercanos. Así, en Pesaguero eran frecuentes los matrimonios con vecinos de Lamedo o Yebas, aldeas pertenecientes a Cabezón de Liébana. Si pensamos que Yebas únicamente tiene carretera con Lomeña y que se encuentra sustancialmente más cerca de este pueblo que de ningún otro de Cabezón se entiende que la facilidad para mantener relaciones con Pesaguero fuese mayor.

Un hecho que enuncia con claridad la fuerte endogamia lebaniega es el referido a la salida de los hombres a la corta de madera a Asturias y especialmente a Vascongadas a partir del auge de la industria vasca. Los lebaniegos, experimentados en la corta y trabajo de la madera, permanecían durante largas temporadas fuera de sus pueblos pero muy raramente contraían matrimonio con mujeres vascas. Es posible que existiese cierto rechazo de la población vasca a los lebaniegos, pero también es muy cierto el deseo de los lebaniegos por volver a su tierra a casarse; como ejemplo, valga el dicho lebaniego: *Me eché una novia en Vizcaya/ mientras dure la madera/ pero después que se acabe/ yo la quiero lebaniega*.

Sin embargo, actualmente ha cambiado el ámbito de relaciones y los habitantes de Liébana encuentran pareja en otros lugares: las mejoras en las comunicaciones y el continuo éxodo a la ciudad para acceder a los estudios universitarios, en busca de trabajo y también de las comodidades propias de la vida urbana, han propiciado que los lebaniegos se relacionen con gente de fuera y que, consecuentemente, se casen con ella.

Desde los años sesenta se ha notado un acusado descenso de la endogamia por las razones antedichas. Si el que salía a la madera a Vascongadas guardaba el anhelo de un pronto regreso a su pueblo para casarse, el que se marcha ahora sueña con tener un empleo en la ciudad, casarse y regresar a su pueblo en vacaciones.

En general, es más frecuente que sean las mujeres las que salgan y los hombres los que se queden, por lo que se da un alto índice de soltería masculina. Los hombres se mantienen más apegados a los trabajos del campo mientras las mujeres prefieren salir a encontrar otro tipo de trabajo y, como no, también marido.

III. 1. 2. 2. La familia y la herencia.

Los importantes cambios sufridos en el municipio de Pesaguero y, en general, en el común de la comarca lebaniega, han venido a cambiar de manera sustancial las estructuras familiares por las que la sociedad lebaniega se regía secularmente, estructuras que, por otra parte, también estuvieron sujetas a su propia evolución.

Desde los primeros momentos de la Edad Media hasta el siglo X y sobre todo el XI se produce la paulatina sustitución en Liébana de la familia extensa por la familia nuclear. Este proceso, general en toda Cantabria, se dará con mayor fuerza y prontitud en Liébana (10) que en otras comarcas, al amparo del afán colonizador que ponía frente a los montañeses una cierta abundancia de tierras.

La familia nuclear, especialmente indicada en esta etapa de abundancia de tierras, será así el elemento fundamental de la organización social en el ámbito lebaniego. Desde este primer momento debió producirse un reparto de tierras en parcelas de reducidísimo tamaño en búsqueda de una armonía ecológica (11) que permitiese diversificar al máximo las propiedades para disfrutar en la mayor medida posible de las ofertas naturales del medio (altura-bajura, frescor-sequedad, llano-cuesta...). En menor medida, los repartos familiares también debieron contribuir a este proceso de división de las tierras.

Esta estructura de familia nuclear iba unida a un tipo de herencia en “hijuelas” consistente en el reparto igualitario a todos los hijos, sistema que es frecuente en las zonas en las que los comunales son muy amplios y permiten que, a través de su aprovechamiento, puedan las familias sobrevivir aún contando con pocas parcelas en propiedad. Parece ser que este fue el medio de reparto fundamental en Liébana hasta el siglo XVIII aproximadamente. Pero, a partir de aquí comienzan a operarse cambios de consideración.

Desde finales del siglo XVII comienza un cierto crecimiento demográfico, que será más apreciable en el XVIII y que lleva a poner en serias dificultades el sistema de herencia dividida, pues de difícil manera podrían sobrevivir las familias nucleares con una cada vez menor disponibilidad de tierras. Sin embargo, como antes se indicó, el enorme peso que ejercían los comunales en Liébana debió suavizar en cierta medida este proceso respecto al resto de Cantabria, tendiéndose más bien hacia el sistema de mejora de quinto y tercio a un único hijo (12). Aunque no debe olvidarse que en muchas ocasiones tal sistema de mejora no hacía sino ocultar la realidad de un heredamiento único disimulado y la conversión de la familia conyugal en troncal, parece ser que en Liébana el modelo de herencia única no fue el más querido, a excepción de la nobleza, que lo hizo al amparo de la institución del mayorazgo.

El acusado crecimiento del siglo XIX, especialmente en su final, debió, sin embargo, acentuar la importancia de la familia troncal y la herencia mejorada, aunque buscándose siempre la posibilidad de que todos los hijos dispusiesen al menos de un pedazo de tierra para sobrevivir apoyados en el aprovechamiento del monte.

El descenso demográfico iniciado ya desde principios de la segunda década del siglo XX, y acelerado desde los cincuenta, no ha parado desde entonces a nuestros días y ha supuesto un nuevo rumbo en la organización familiar de Pesaguero: las crecientes dificultades del municipio para sostener a su población obligaron a los habitantes a abandonar sus hogares en busca de mejores perspectivas, ausencia que podía ser temporal, como se vio en el caso del trabajo de la madera, o definitiva hacia los centros industriales en auge. Esto introducía de nuevo la posibilidad al acceso a la tierra, lo que podría haber abierto de nuevo un ciclo de familia nuclear que, sin embargo, no se produjo. ¿Por qué?

Fundamentalmente porque a partir de los años cincuenta no nos encontramos con una situación de estabilidad demográfica ni de colonización, sino ante un desplome tremendo de la población que hace reducir de forma drástica y rapidísima el número de habitantes. Ante esto la existencia de la familia nuclear no se presenta como una mala opción sino como algo innecesario ante el hecho de que, por lo general, no suele ser más de un hijo,

cuando no ninguno, el que permanece en el pueblo, por lo cual no es razonable que se vaya a vivir fuera de casa pudiendo hacerlo en ella. Hay que resaltar el hecho de que en muchos de los casos en que el hijo no permanece bajo el mismo techo que el padre podemos seguir hablando de familia troncal pues, por lo general, se traslada a vivir a pocos metros de sus padres y permanece fuertemente unido a ellos. La herencia, por su parte, continuó siendo tendente a la mejora y aún con más razón que antes, pues parece poco coherente dar tierras a los hijos que no van a trabajarlas, por lo que solía asignárseles su parte de la herencia en metálico. Como se ve, se tiende a no repartir en exceso las tierras y repartir el monetario y bienes muebles.

Así las cosas, la situación actual se presenta de un enorme interés desde el momento en que la familia troncal ya no es la ideal sino la única factible. Cabe cuestionarse, por tanto, si realmente estamos ante un predominio de la familia troncal como ideal, sobre todo cuando los propios habitantes que la practican no parecen tender a ella como modelo sino como algo natural e inevitable.

Concretando, el actual estado de la familia en Pesaguero sugiere la idea de un edificio desmoronado; la familia en Pesaguero trata de adaptarse a las dificultades que genera el creciente rechazo de la juventud a permanecer en un espacio que les resulta tremendamente agradable y querido para pasar unos días pero indeseable para vivir en él. Ante estas perspectivas, se puede decir que la organización familiar en Pesaguero se basa en la predominancia de tres modelos: uno, el de familias troncales tendentes a conyugales cuando mueran los abuelos, otro, el de familias conyugales resultantes de lo anterior y, por último, el de familias sin estructura: viudos o viudas sin hijos o con hijos solteros. En todos ellos, con muchísima frecuencia, falta el relevo generacional que asegure la continuidad.

III. 2. La economía.

El sistema económico en una sociedad constituye uno de los aspectos fundamentales de su vida y organización. Si con una palabra tuviéramos que definir lo que ha acontecido en el sistema económico del municipio de Pesaguero en el último siglo, esa palabra sería, sin duda: “cambio”; pero con ese

término no quiere señalarse sólo modernización, ni adecuación, ni transformación, sino un cambio, en todo el sentido de la palabra, dramático y profundo, al que el municipio no ha podido responder, lo que le ha llevado a una profunda desestructuración social.

III. 2 . 1. La agricultura.

Hasta 1950 aproximadamente, la agricultura fue el medio de vida fundamental de los habitantes de Pesagüero. Salvo Caloca, que por su situación debió ser desde un principio un emplazamiento dedicada a las actividades ganaderas, el resto de pueblos tenía a la agricultura como modo de sustento o, al menos, como parte importante de tal sustento en los pueblos más altos, como Avellanedo, Vendejo, Valdeprado o Cueva. En el resto de pueblos la ganadería no dejaba de ser un complemento de la actividad agrícola, que consumía casi la totalidad del esfuerzo campesino. Es de notar, por tanto, el tremendo retraso que sufría Pesagüero a mitad del siglo XX frente a otras zonas de Cantabria donde ya desde principios del siglo XIX se había optado por una sustitución progresiva del cultivo agrícola por cultivos pratenses para la alimentación del ganado. En el caso que nos ocupa, parece ser que la vocación agrícola se mantuvo por dos aspectos: en primer lugar, por las mejores condiciones climáticas que en otros lugares de Cantabria para los cultivos agrícolas, aunque a la larga la dificultad del cultivo en terrenos tan montañosos como los de Liébana determinó su inevitable menor rentabilidad, y en segundo lugar por la situación de aislamiento que Liébana sufrió hasta los años 20 de este siglo, determinando un modo de vida basado en la casi absoluta autosatisfacción de las necesidades económicas. Finalmente, el mantener la agricultura se manifestó como algo completamente inviable y hacia los años cincuenta empieza una rapidísima sustitución de las actividades agrícolas por las ganaderas, que hacia comienzos de los años sesenta ya estaba completada.

El cultivo del *trigo*, junto con la *cebada* y la *avena*, fue una de las bases fundamentales de la agricultura lebaniega desde la Edad Media. A partir del siglo XVIII, sin embargo, el maíz o borona se impuso sobre los cereales tradicionales pues estaba en mejor posición “ecológica” frente al trigo y sus rendimientos eran sustancialmente más altos. A pesar de ello no se dió un

solapamiento total de las zonas de producción del maíz sobre el trigo pues mientras el trigo se cultivaba en las tierras más secas, el maíz se cultivaba en lugares algo más húmedos. Con todo, fue quizá Liébana junto con Campoo y Los Valles el lugar de Cantabria en el que durante más tiempo se mantuvo el cultivo del trigo por su mejor posición relativa frente a las otras comarcas cántabras.

Así, el cultivo de cereales se dio en Pesaguero de forma común hasta la década de los 50 del siglo XX cuando fue sustituido su espacio para uso ganadero, dada la imposible competencia con otras tierras mejor dotadas, como Castilla. Ninguno de los cereales cultivados, sin embargo, era producido en tal cantidad como para permitir el autoabastecimiento, debiendo recurrir los pueblos de Pesaguero, por tanto, a la importación de grano de Castilla, intercambiándolo fundamentalmente por ruedas de carro, carros y aperos de labranza de madera.

En relación con el cereal tenía gran relevancia la existencia de los molinos. En Pesaguero existían 20 molinos harineros hacia mediados del siglo XIX según el Diccionario de Madoz: 3 en Barreda-Dosamantes y Obargo, 6 en Pesaguero, 3 en Avellanedo, otros tantos en Vendejo y 5 en Cueva (13). Los últimos que se mantuvieron en funcionamiento fueron el del Puente de Lomeña, que quebró ya antes de la Guerra Civil, el de La Fría (Molín Viejo) que desapareció en los años cincuenta y el del Rovellón que cesó su producción en los años sesenta.

Un segundo grupo importante de cultivos agrícolas es el de las *verduras* y *hortalizas*. El cultivo de éstas en Pesaguero, de manera similar al resto de Cantabria, se daba en los huertos, siendo de producción intensiva. Estaban próximos a las casas, en muchas ocasiones aprovechando banales o terrazas artificiales para salvar los desniveles. Los huertos eran terrenos pensados para el aprovechamiento exclusivamente familiar y tenían una producción escasa, si bien en momentos puntuales de exceso de producción las verduras y hortalizas podían venderse en los mercados y obtener otros productos o cierta cantidad de dinero en metálico. Cebollas, berzas, pimientos y en menor medida tomates eran los productos que se cultivaban tradicionalmente en los huertos de las aldeas de Pesaguero. En la actualidad, la producción de verduras y hortalizas se ha

desplazado aún más hacia el consumo familiar, siendo escasísimos los espacios destinados a su cultivo. En el municipio lebaniego de Cillorigo se siguen vendiendo con asiduidad las nombradas cebollas de Bedoya, pero en el resto de municipios lebaniegos no existen prácticamente verduras u hortalizas que se lleven al mercado.

Por lo que respecta a las *legumbres*, las más cultivadas en Pesaguero eran la alubia y el garbanzo. La primera era cultivada junto al maíz para que sus débiles tallos se apoyasen en los tallos fuertes del cereal, evitando así tener que clavar estacas o palos. El garbanzo era la legumbre más cultivada y se hacía en tierra de labor de suelo más bien seco. Aún hoy se conoce una variedad de garbanzo llamado “garbanzo lebaniego” de reducidísimo tamaño y gusto exquisito, pero muy difícil de encontrar en el mercado ante su escasa producción. Al igual que ocurrió con el cereal, la producción lebaniega de garbanzo se vio desplazada frente al mucho más rentable garbanzo castellano. Sólo en reducidos espacios se mantiene el cultivo de garbanzos, entre ellos un pequeño terreno en Dosamantes y otro en Valdeprado.

Hasta bien entrado el siglo XIX la *patata* no gozó de la aprobación popular para ser incluida en el menú familiar. Los campesinos desconfiaron de un producto desconocido y, por su parte, la Iglesia se oponía a un producto nuevo que, por el hecho de serlo, podía escaparse del pago de diezmos. A finales del siglo XIX con la supresión de los diezmos y la aprobación para su consumo por parte de los campesinos, la patata pasó a formar parte de la dieta de los campesinos. Actualmente, la patata es un producto ampliamente cultivado en Pesaguero para el consumo familiar, siendo de una finura y dulzura ciertamente apreciables. Raramente se comercializa.

La *vid* es, probablemente, el cultivo que más diferencia a Liébana del resto de Cantabria. La situación abrigada de los valles lebaniegos, especialmente en las partes más bajas, favorecía su cultivo para la producción de vino a la vez que los monasterios de Santo Toribio y Santa María de Piasca demandaban tal producción para los usos litúrgicos (14). Pesaguero no fue, ni es, la excepción al cultivo de la vid en Liébana. De ello da prueba la toponimia que mantiene en algunos prados el recuerdo de la anterior dedicación vinícola: La Viñona, La Viña Lenguas...

Más que el vino, el principal producto derivado de la uva producido en Liébana es el orujo, que se ha venido haciendo de modo tradicional en muchos hogares lebaniegos hasta hace bien poco. Para conseguir el orujo, una vez sacado el mosto se recogen los restos (pieles, huesos y racimos) denominados *brujo* y se pasa a la alquitara. Ésta, es un gran recipiente de cobre compuesto por tres partes principales de abajo arriba: caldera, capotillo y copa. En la alquitara se consigue la destilación del alcohol, calentándola con fuego de leña de manera continuada durante unas doce horas aproximadamente. Vertiendo agua fría en la copa se produce la condensación del alcohol. El alcohol obtenido es de una pureza extraordinaria y así es reconocido en el mercado como un producto de gran calidad. Actualmente, su producción está restringida a empresas autorizadas, estando prohibido su realización artesanal en las casas.

Los *cultivos práticos* tienen la particularidad de ser un cultivo agrícola que se da principalmente en las zonas de predominancia ganadera y no agrícola. De este modo, hasta mitad del siglo XX los prados ocuparon una pequeña extensión entre los cultivos de Pesaguero, pues la cabaña bovina era muy reducida y no se necesitaba de espacios muy amplios para su alimentación. Los prados se protegían desde comienzos de febrero en los pueblos más bajos y desde abril en los más altos para evitar la entrada de los animales antes de la siega. De mitad del siglo XX a esta parte, la situación se ha invertido y la actual predominancia ganadera exige amplias extensiones de prados que se utilizan para el alimento de la cabaña bovina.

Los prados de siega pueden considerarse verdaderos cultivos y reciben un trato atento y continuo de sus propietarios. No en vano los prados son los receptores del abundante abono animal que producen las bestias mientras permanecen en los pueblos, pues en su estancia en el monte son ellos los abonadores naturales de las praderías. Los prados más abonados y regados pueden dar dos cortes al año, cuando lo normal es un único corte, utilizándose después como pasto para los animales. La siega se comienza a mediados de junio en los pueblos más bajos y algo más tarde en los más altos, cuando la hierba empieza a secar.

El ciclo de la hierba requiere un especial trabajo en este momento de la siega; tras segarse los prados (con segadoras mecánicas salvo en las zonas más

abruptas en que se utiliza guadaña) se pasa al *atropé* de la hierba, haciéndose a veces necesario voltear antes la hierba para que seque mejor, ya que es de especial importancia que la hierba pierda toda la humedad para que no se pudra. El trabajo de atropar se hace con *rastrós* y *horcas* y en ocasiones también ayudándose con la segadora. La hierba atropada se reúne en *montonas* de mayor o menor tamaño. Una vez hecho se puede llevar a los pajares en alpacas o suelto, según el espacio del que se disponga. En los veranos en los que el tiempo acompaña, se puede terminar la hierba a principios de julio si se disfruta de sol y calor. En otras ocasiones la labor puede extenderse hasta incluso el mes de septiembre.



La otra utilización que se puede dar a los prados es la de cortarlos en verde. El *verde* suele obtenerse de los prados antes nombrados que dan dos cortes. Para segar *verde* se suele utilizar la guadaña, pues realiza un corte más bajo que la segadora aprovechándose al máximo un recurso que, debido a la

mayor sequedad de la comarca lebaniega frente a otras partes de Cantabria, resulta de una gran importancia, especialmente para alimentar a las vacas lactantes que necesitan de *verde* para incrementar su producción de leche.

Otro apartado agrícola fundamental es el de los *árboles frutales*. Los frutos de los castaños, nogales, avellanos, almendros, manzanos, perales, ciruelos, nispereros y guindos venían a completar la dieta campesina en la economía tradicional. Los árboles podían estar en terreno particular o común, pero aunque estuviera en terreno común su aprovechamiento era individual. Ese modo de aprovechamiento se mantiene hasta la fecha en Pesaguero.

Antiguamente, en ocasiones la producción de fruta permitía la exportación. Así se recoge en el Diccionario de Madoz en el que se dice que en el pueblo de Lerones había “frutales como perales, manzanos cuyas frutas extraen para Castilla con harto trabajo y poco provecho por falta de caminos” (15).

Por último, es necesario referirse a las *plantas textiles*. El cultivo de lino era común en la economía tradicional de Cantabria. Además de la hilatura, el lino también tenía utilidad para la obtención de aceite de linaza para aplicar a las maderas. Pesaguero no fue la excepción y el cultivo del lino también fue frecuente, existiendo al menos tres tejedores de lino en Lerones hacia mitad del siglo pasado según el Diccionario de Madoz (16). De cualquier modo, más que el lino, la materia más utilizada para el vestido debió ser la lana.

III. 2. 2. La ganadería.

En la economía tradicional de Pesaguero la ganadería jugaba el papel de complemento de la actividad fundamental, que era la agricultura. Hasta mediados del siglo XX la ganadería mantuvo este papel subordinado a la agricultura, pero a partir de estas fechas se constituyó como la respuesta competitiva de Pesaguero ante la entrada de la economía lebaniega en los circuitos del mercado y la salida de un autoconsumo inviable. Este cambio no fue la panacea, pero sí dio una orientación más sensata al aprovechamiento de los recursos de Pesaguero.

Hasta mediados del siglo XX la *ganadería bovina* estuvo dedicada especialmente al aporte de fuerza de trabajo para las labores agrícolas como

animal de tiro de carros, rastros y arados. También era fundamental su función para el arrastre de troncos en el monte. La especie dominante era la autóctona lebaniega, que se extinguió en los años cuarenta, absorbida por su raza hermana, la tudanca. La vaca lebaniega era utilizada como productora de carne, leche y trabajo aunque sin estar especializada en ninguna de las funciones. La tudanca, por su parte, era especialmente apta para el trabajo. A partir del auge de la ganadería como actividad primordial en Pesaguero, estas especies fueron sustituidas rápidamente por otras más rentables para la producción de leche y especialmente de carne.

Actualmente el ganado bovino es el dominante en Pesaguero y dentro de él destaca abrumadoramente la especie parda-alpina (suiza), seguida de lejos por la charolesa y limusina, siendo muy poco abundantes la tudanca y la pinta. Estos datos nos sitúan ante el hecho de que la cabaña bovina en Pesaguero está destinada casi absolutamente a la producción de ganado de abasto, pues es la vaca suiza la más adecuada para la producción de carne y la que se halla mejor adaptada a las condiciones climáticas de Pesaguero, pudiendo aprovechar los extensísimos pastos alpinos y prealpinos mejor que otras especies como la pinta. A efectos de la producción de leche la especie más rentable es, precisamente, la pinta u holandesa que es la especie bovina mayoritaria en Cantabria, pero debido a la frecuencia de las sequías estivales, no resulta rentable alimentar a una cabaña pinta para la producción de leche, pues debería hacerse con *verde* o alfalfa de los que se carece por la falta de lluvias. No se carece, sin embargo, de hierba seca y de grandes superficies de pastos, con los cuales sí puede alimentarse a las vacas para su engorde.

Es sin duda Liébana el área actual de más arraigo de la especie pardo-alpina en Cantabria. Según el censo de la raza parda-alpina en la región cántabra en el año 1982, de las 12.512 cabezas, 6.763 se localizaban en Liébana, lo cual supone el 54% del total regional (17). El régimen de explotación del ganado vacuno es fundamentalmente extensivo. Sólo algunos pequeños propietarios optan por un sistema extensivo-intensivo combinado, manteniendo algunas vacas en el pueblo durante el verano. La norma, sin embargo, es llevar el ganado a los puertos entre junio y noviembre o algo más, dependiendo en buena medida la duración de su estancia en los puertos de las condiciones meteorológicas,

bajándose en invierno a los establos. Al no ser aprovechado el ganado para leche, se puede mantener durante el verano dejando que engorde libremente.

A pesar de la existencia en el municipio de extensísimos pastos de alta montaña, lo cierto es que Pesaguero presenta una ocupación ganadera del espacio muy reducida, pues únicamente soporta alrededor de 0,3 cabezas de ganado mayor por hectárea, con lo cual se corre el peligro de que los pastizales desaparezcan convirtiéndose en matorrales (18). Sin duda, Pesaguero, junto con otras amplias zonas del suroeste de Cantabria (resto de Liébana, Polaciones, Tudanca...) son en potencia la “gran despensa” del vacuno de carne regional, pero para ello haría falta no sólo proteger los pastizales frente al avance del matorral, sino también contar con empresarios-ganaderos dispuestos a afrontar el reto de la modernización y expansión del sector, lo cual, por desgracia, es de suma dificultad ante el imparable avance de la emigración a la ciudad en busca de otras perspectivas.

En relación al cuidado del ganado bovino tiene gran importancia la labor del vaquero encargado de velar el ganado durante los meses que este permanezca en los puertos. Los vaqueros solían y suelen estar en los Puertos de Pineda (en su mayoría en tierras palentinas aunque propiedad en gran medida de lebaniegos) entre principios de junio y principios de septiembre. En Caloca se daba la práctica de la *vecería* par el ganado vacuno hasta fechas recientes, no siendo tan frecuente en el resto del municipio, donde era más común para el ganado menudo.

Hasta los años 50 de este siglo el *ganado lanar y cabrio* fue el más abundante en Pesaguero por su mejor adaptación para el aprovechamiento del monte. La escasez de prados de siega hacía inviable la existencia de una ganadería bovina abundante, pero no impedía que la ovina y caprina sí lo fuera.

Una institución que gozó de gran vitalidad hasta mediados de este siglo fue la *vecería*, sistema por el que los vecinos de los pueblos, además de contratar a un pastor para el cuidado de los animales, subían también a cuidarlos según el número de estos que tuvieran, cumpliendo así su *vez ó corruda*. Los corderos y cabritos también eran subidos al monte turnándose los vecinos en el cuidado junto a los pastores, denominándose esta práctica *vecería de la recilla*. Los días que el vecino debía subir al monte ayudaba al pastor en su cometido y además

se encargaba de preparar al pastor su comida. El pastor descansaba por las noches en cabañas en el monte. En Pesaguero la *vecería* podía ser de un día por cada 6-12 animales.

Este sistema duró aproximadamente hasta 1955, si bien ha pervivido de manera reducida en Caloca debido al mayor tamaño de sus rebaños por la disponibilidad de numerosos y fertilísimos prados.

El *ganado porcino* fue tradicionalmente mucho más abundante de lo que lo es ahora, constituyendo para las familias campesinas una de las fuentes principales, junto a las ovejas y cabras, del aprovisionamiento de carne. Los cerdos se echaban al monte en primavera, se volvían a los pueblos en verano por la ausencia de alimento en el monte, y eran de nuevo llevados al monte en otoño, consistiendo su alimentación en estos meses en las bellotas de roble y encina cuya cantidad aumentaban los aldeanos a través del vareado de los árboles. En casos de deterioro excesivo del monte se podía suspender la práctica del vareado para permitir la repoblación natural del bosque. Por las noches, los cerdos se metían en chozos existentes en el monte a tal efecto. La *vecería* del cerdo fue muy rara y puede darse por extinguida hacia 1945-50 en el municipio de Pesaguero. El cuidado de los cerdos era, por tanto, personal.

En la actualidad, la cabaña porcina es reducidísima, se tiene en las cuadras de los pueblos y por lo general no se cría, sino que se compra en verano para engordarlo y matarlo en invierno. El procedimiento de la matanza comienza entrando en la cuadra o *chonera* donde el cerdo, al que se ha dejado sin comer el día anterior para que tenga el intestino lo más limpio posible, se resiste tenazmente a salir. Una vez fuera de la cuadra, se conduce al animal a la mesa de matanza, baja y alargada, y se le tumba de costado. Entonces, mientras tres o cuatro personas sujetan al cerdo, al que se le han unido una pata trasera y otra delantera con una cuerda para reducir su movilidad y se le ha atado otra cuerda en el hocico para que no muerda, el matarife introduce el cuchillo, largo, de hoja estrecha y afilado, por la parte inferior del pescuezo. La sangre del cerdo se recoge en un caldero, removiéndose con un palo de madera para que no se coagule. Cuando el cerdo deja de sangrar se cierra la herida con una estaca de madera que sustituye al antiguo *garajo* de maíz. A continuación se rocía con alcohol de quemar y se le prende fuego raspando la piel con un palo de madera

con cuidado de que no se queme o *pase* la carne. Luego se lava con una manga y se raspa con cuchillos o tejas hasta dejarlo lo más limpio posible. Una vez limpio se abre con una doble incisión desde el pescuezo al rabo quitándose una tira central de grasa para sacar las víceras e intestinos. Ya vaciado, se cuelga del techo con una sogá que se le hace pasar por la mandíbula.

Lo primero que se consume es el hígado, que puede cocinarse el mismo día de la matanza en la cena. Al día siguiente el cerdo se *estaza* o despieza; se realiza una incisión a cada lado del espinazo y se sacan en primer lugar los solomillos y los lomos. Posteriormente los jamones, que se salan y se untan de pimentón para su conservación, y a continuación el resto de la carne que, por lo general, se guarda en el frigorífico para su posterior consumo salvo lo que se utiliza para hacer los chorizos.

La sangre también se utiliza para hacer morcillas y boronos; estos últimos se consiguen agregándole a la sangre pan, algo de arroz, orégano, perejil y sal. Se hacen porciones ovaladas y se introduce en el centro un poco de grasa a lo que se le llama *alma del borono*. Peculiar de Liébana es hacer los *merdosos* a base de sangre de cerdo, algo de cebolla, harina, leche y huevo batido formándose una especie de papilla que se fríe en la sartén consiguiéndose unas tortitas finas que se comen con azúcar o miel. También común en Liébana es la realización de los *bolos*, hechos con harina, agua y sal, que se fríen en la grasa del cerdo y se untan en azúcar.

A los que ayudan en la matanza se les invita a comer el mismo día en señal de agradecimiento.

Los *caballos* fueron utilizados como animales de monta y de tiro en las labores agrícolas, sin ser utilizada su carne. En la actualidad, la cabaña de caballos es una reducida porción de lo que fue antaño y sólo unos pocos ganaderos los crían en Pesaguero para su venta. Por lo general, se tienen en estado semisalvaje en las altas praderías y no se meten en invierno a no se que nieve mucho. La escasa cabaña se localiza mayoritariamente en Caloca y Valdeprado. Los *burros*, como sucede en el resto de España, se encuentran en franco proceso de desaparición. Su número en el municipio es escasísimo.

Las *gallinas*, hoy como ayer, son animales abundantes en la mayoría de los pueblos de Pesaguero, utilizándose tanto para el aprovechamiento de carne,

como de huevos. Los *conejos*, antes abundantes, son ahora más bien escasos. Por mi parte, sólo he podido documentar su existencia en Dosamantes.

La *miel* fue uno de los productos fundamentales en la producción tradicional de la comarca lebaniega. Hoy en día, la miel sigue produciéndose en los pueblos de Liébana de forma artesanal, si bien se han adoptado las innovaciones que facilitan su obtención. Antigüamente se colocaban troncos de madera vaciados o *dujos* para que las abejas construyeran sus celdillas. En otoño se recogía la miel apretando la mezcla de cera y miel para que ésta última saliese a través de una tela llamada *talego*, separándose así ambos productos. Tras ello se calentaban los restos de cera para obtener la miel que pudiese quedar. La cera obtenida tras sacar la miel era aprovechada para hacer velas.

En la actualidad, la miel se obtiene por un proceso parecido pero con ciertas modificaciones. Los *dujos* se han sustituido por colmenas artificiales de tablas de madera en las que se introducen placas de cera artificial con las celdillas ya hechas, para evitar a las abejas el tener que construirlas. Al llegar el otoño, se sacan las placas de las colmenas y se meten en una máquina extractora que por movimiento centrífugo hace salir la miel de las celdillas. Esta máquina no suele estar en posesión de los aldeanos sino que, llegado el momento de extraer la miel, se llama a los operarios especializados para que realicen la labor de extracción, alquilándoles el trabajo y la maquinaria. Una vez que se ha obtenido de forma mecánica el grueso de la miel, se obtiene el resto por el antiguo procedimiento de precipitación, aunque ahora ya no se utilice la aplicación de calor. La cera, por su parte, no suele aprovecharse en la actualidad.

III. 3. Los aprovechamientos comunales: el monte.

Los espacios comunales en Liébana, y dentro de ella aún con mayor relevancia los de Pesaguero, son extraordinariamente amplios en relación con el total del espacio comarcal. El monte constituye no sólo un espacio de enorme interés ecológico sino también un importantísimo recurso económico en potencia.

Hoy como ayer los vecinos de Pesaguero tiene derecho al aprovechamiento de pastos y, en ocasiones, también del fruto de los árboles, así

como de la corta para leña (por lo común de ramas de encina). Otro aprovechamiento algo más en desuso actualmente es el de la *hoja*: se trata de la corta de bien pobladas ramas de fresno, roble, encina, arce o incluso sangricio agrupadas en *coloños* que se dan a comer a cabras y ovejas en los días más crudos del invierno para evitarse la molestia de tener que pastorearlas. Estos aprovechamientos suelen englobarse bajo el nombre de “pastos y leña”.

Para aprovecharse particularmente de la corta de árboles hay que pedir permiso a la Consejería de Ganadería sean los árboles de propiedad comunal o privada. Por otro lado, están las subastas para corta de madera. Éstas son pedidas por la Junta Vecinal y, si se conceden, la Consejería envía a unos operarios para marcar los árboles que deben cortarse. Una vez cortada la madera se anuncia en el B.O.C. y se subasta a pliego cerrado al mejor postor, dándose un plazo máximo para que la madera sea retirada del monte. Hasta hace unos años las subastas eran pedidas por el Concejo Abierto del pueblo, sustituyéndose después sus funciones por las Juntas Vecinales.

Otro de los aprovechamientos del monte es el de la caza. Antiguamente los animales del monte eran cazados para entrar a formar parte de la dieta campesina. Aunque algún caso se da todavía, lo normal ahora es la caza deportiva. La pesca, por su parte, ha seguido parecido camino. De su aprovechamiento como parte fundamental de la dieta (pescándolo a mano, a manga, con butrones o con veneno de *hoja mora* y *tagarnio*) se ha pasado a su aprovechamiento para usos fundamentalmente deportivos.

Pues bien, a pesar de la enorme riqueza potencial de los montes lebaniegos, éstos se hallan en estado de subexplotación. La causa de esta situación es la aplicación de un régimen jurídico totalmente equivocado que lleva a impedir a los vecinos de los pueblos un más completo aprovechamiento de los recursos a los cuales tienen derecho. Recurro a las palabras de Eduardo García de Enterría, jurista lebaniego, para explicar la situación (19): “En este momento la arbitrariedad del régimen jurídico de montes públicos que se ha impuesto a estos montes implica que las entidades locales menores en que se han convertido forzosamente a los pueblos, hacen de ellos Administraciones (sin ninguna otra función sustantiva que la de gestión de esos bienes) opulentas, sumamente ricas, como propietarias de ingentes patrimonios forestales, en tanto

que sus vecinos son completamente pobres y se ven obligados con toda normalidad a la emigración. Hay ya casos de pueblos vacíos de vecinos o abandonados que continúan siendo titulares abstractos de esos grandes patrimonios, ya sin explotación posible, lo cual es una verdadera reducción al absurdo, si fuera menester, del tratamiento jurídico del caso. La conversión de estos montes en vecinales entregaría la explotación de éstos a los vecinos, que se lucrarían directamente de la misma”.

El campesino es, sin duda, el mejor guardián posible del monte; si se le obliga a considerar el monte como un espacio que debe cuidar pero del que no puede aprovecharse, se está convirtiendo al monte en su enemigo, y eso no puede llevar más que a su destrucción. El uso excesivo del monte puede llevar, sin duda, a su progresiva degradación: cortas masivas sin entresaca, pastoreo excesivo que acaba con la repoblación natural... pero con algo de sentido común se podría llegar a una situación de aprovechamiento que evite el despoblamiento de los pueblos lebaniegos y a la vez permita la conservación de sus montes.

III. 4. Los mercados.

En la sociedad tradicional de Pesaguero y, en general, del conjunto de Liébana, el sistema productivo tendía hacia la satisfacción de las propias necesidades de consumo. Todo el sistema baculaba en torno a la necesidad de producir la mayor cantidad y diversidad de bienes para evitar tener que acudir a comprarlos al mercado con un dinero que, la mayor parte de las veces, no se tenía. Tras retirar la parte de la cosecha necesaria para la nueva siembra, para el consumo propio y para el pago de impuestos, poco era lo que le quedaba al campesino. Sucedió, sin embargo, que en ocasiones las buenas cosechas proporcionaban a los aldeanos un excedente comercializable que les permitía conseguir algo de dinero para los impuestos en metálico, el pago de deudas o la adquisición de bienes complejos de los que no podían proveerse. El mercado se constituía, así, como un espacio accesorio al sistema económico autosuficiente.

En Liébana el lugar de intercambio, tanto en la sociedad tradicional como en la moderna, fue fundamentalmente Potes. Dejando aparte los intercambios que los vecinos de Pesaguero hiciesen por cambio directo (y que fueron fundamentalmente con las gentes de Pernía: trigo castellano por útiles de

madera de Pesaguero), lo cierto es que la capital lebaniega tuvo siempre la primacía en la labor de servir como lugar de celebración de mercados y ferias de ganado. Hasta la década de los cincuenta los aldeanos bajaban sus productos (trigo, maíz, patatas, legumbres...) al mercado que, desde la Edad Media, se viene celebrando en Potes cada lunes. En él los vecinos obtenían cierta cantidad de dinero metálico y se hacían con los productos de los que eran deficitarios. Era además el mercado un momento para disfrutar con la conversación, el encuentro con amigos de otros pueblos, etc.

En cuanto a las ferias ganaderas, su importancia ha crecido en la comarca lebaniega desde los años cincuenta a raíz del paso a primer plano de la actividad ganadera frente a la agrícola. En Potes las ferias se realizaban, y se realizan, coincidiendo con las festividades del 1 de mayo y de *Los santos* (1 de noviembre); la feria de primavera servía a los aldeanos para la compra de ganado que inmediatamente se subía a los puertos, donde disfrutaban de abundantes pastos para su engorde, mientras la de otoño era el momento de vender los terneros o *jatos* nacidos en el monte durante el verano, liberándose así de la pesada caga de tener que alimentarlos durante el invierno en los pueblos.

En la actualidad, los mercados han perdido buena parte de su antigua significación y sólo esporádicamente se observa la venta de algunos productos agrícolas como cebollas de Bedoya, algunas patatas, nueces y, en menor medida, castañas por *Los Santos*, miel...

El mercado semanal de los lunes en Potes convoca especialmente a vendedores ambulantes de calzado, chucherías, productos agrícolas y embutidos de otros lugares, cintas magnetofónicas, etc. No ha perdido, sin embargo, su vieja vocación como ámbito de sociabilidad: el mercado de los lunes es muy frecuentado por los habitantes de Liébana para olvidarse del trabajo diario y disfrutar paseando por Potes, charlando con los amigos, comprando algún capricho o tomándose una copilla.

Las ferias de ganado en Potes, especialmente la de *Los santos*, no sólo no han perdido vigor como lugar de compra y venta de animales, sino que concitan en su celebración la afluencia de numerosísimas personas, tanto tratantes de ganado como simples curiosos. No en vano, la ganadería fue el puente para la

entrada de Liébana en los circuitos mercantiles capitalistas, constituyendo en la actualidad la principal fuente de ingresos de la comarca junto al turismo.

III. 5. El turismo.

El turismo ha venido a ser la salvación económica de la región lebaniega. En 1981, Liébana presentaba el más alto índice de plazas turísticas de la comunidad cántabra (87,6 plazas por 1.000 habitantes) (20). Sin embargo, hay que señalar que no todos los municipios se han beneficiado por igual de este fenómeno, pues mientras los municipios de Potes, Camaleño y Cillorigo concentran la casi totalidad de las plazas turísticas, en los demás y, especialmente, en Pesaguero y Tresviso esa oferta es muy reducida. El turismo en Pesaguero, a diferencia de los citados municipios, no ha logrado sustituir a la ganadería como actividad económica fundamental.

El turismo en el municipio, como en el resto de Liébana, tiene una cierta estacionalidad, aunque mucho menor que la de otras zonas especializadas en turismo de playa o de invierno; la máxima afluencia de turistas se produce en verano y Semana Santa y ocasionalmente en Navidad. El resto del año la ocupación es baja, lo que obliga a los dependientes de los ingresos turísticos a sacar el mayor partido posible de los períodos vacacionales.

La potencialidad turística de Pesaguero está, sin duda, muy lejos de haber alcanzado su techo pero, como en otros muchos aspectos, faltan personas deseosas de invertir e innovar. La población envejecida del municipio no es la más indicada para este menester. Los amplios espacios naturales del municipio son un reclamo turístico de consideración que no se puede dejar escapar si se persigue el desarrollo de este espacio lebaniego aquejado de problemas tan graves como la creciente despoblación del territorio. Las ayudas europeas para el desarrollo de actividades complementarias a las agrícolas pueden ser el motor de esta necesaria renovación.

IV. LOS COMPONENTES MATERIALES DE LA CULTURA.

IV. 1. La tecnología popular y su evolución.

IV. 1. 1. Tecnología agrícola.

En el modelo tradicional de producción en Pesaguero la fuerza de trabajo era fundamentalmente animal y, en gran medida, también humana. Para cada uno de los cometidos de la vida diaria existían unos útiles imprescindibles.

El ciclo del trigo era el que atraía la mayoría parte de los mismos. Entre ellos destacaban en primer lugar los carros, contruidos en madera y tirados por parejas de bueyes. Primero fueron del tipo *carro chillón* o *carro del país*, para ser sustituidos más tarde por el carro de caja rectangular, del que se observan aún algunos ejemplos en el municipio. Sus funciones eran múltiples: cargar grano, transportar abono, llevar personas, recoger la hierba... El arado era otro de los aperos fundamentales; el tipo *arado romano* fue el que acompañó a los campesinos en sus tareas hasta el fin de la producción cerealística en los años cincuenta. Los arados de tipo *bravant*, si no desconocidos, eran muy poco utilizados en el municipio por esas fechas. La deficiente estructura de los arados *romanos* para abrir la tierra mantenía a la agricultura de Pesaguero en una baja capacidad productiva y, por tanto, también competitiva.

Tanto para labrar los campos con el arado como para mover los carros se hacía necesario el uso del *yugo*. Es probablemente uno de los elementos que en mayor número se conserva en el municipio, generalmente arrinconado en el fondo de los desvanes o de los pajares. El yugo utilizado en Pesaguero era de tipo cornal, ajustado a la base de los cuernos de los bóvidos y no yugal o descansando sobre el cuello de la bestia. Para ajustar el yugo a los cuernos se utilizaban unas tiras de cuero llamadas *sobeu*.

Otro útil agrícola fundamental eran el *rastro*; éste cumplía la función de allanar la tierra después de arada. Estaba completamente hecho en madera y necesitaba de la fuerza humana para cumplir su función (una o dos personas se subían al rastro para hacer peso y facilitar así el allanamiento de la tierra mientras los animales tiraban de él).

A la hora de la recogida se utilizaba la *hoz* para segar el trigo. A continuación se ataba en manojos con espigas del propio trigo. Tras ello se

calentaban los manojos al sol y se procedía a majarlos: una vez secos se les golpeaba contra el *majón*, que era una especie de mesa con sólo dos patas a uno de los lados y que por su disposición inclinada conseguía una primera separación de la paja y el trigo al rodar éste por la superficie del *majón*. El siguiente paso hacia la limpieza del trigo consistía en la introducción del trigo, aún con algo de paja, en la *beldadora* que, a través de un sistema de aspas movidas por una manivela, dejaba pasar el trigo que entraba por la *tolba* aventando la paja, que se separaba del grano y salía volando. Antes de la introducción de este artilugio, la labor de separar la paja y el trigo se realizaba aventando directamente el trigo al aire con los *horcones*, consiguiéndose que la paja volase mientras el trigo caía. En cualquiera de los casos, hecho esto el trigo quedaba listo para su consumo.

La paja, por su parte, tenía su propio proceso: tras soltar los haces gopeados contra el *majón*, se pasaba sobre ellos el *trillo* (tabla con incrustaciones de sílex o pedernal en su parte inferior) en la que se solía sentar alguna persona para hacer más peso y, a la vez, para llevar el *perico*, que era un especie de orinal para evitar que las boñigas de los animales cayeran sobre la paja. Una vez suavizada la paja con la trilladora estaba lista para el consumo animal. El actual abandono de la producción del trigo en Liébana ha convertido estos útiles en piezas de museo o en decoración para las casas. Su única utilidad actual es la estética.

En cuanto a las hortalizas y legumbres, reducidas como vimos a pequeños espacios, no necesitan más que de un escaso y rudimentario utillaje que se resume principalmente en la azada tanto ahora como antes. En el caso de las legumbres, era utilizada además la *sillata*, compuesta por una vara larga de madera a la que se unía otra más corta en su parte superior por medio de una tira de cuero. Su función era la de golpear las legumbres para separar la alubia y el garbanzo de sus correspondientes cáscaras.

IV. 1. 2. Tecnología ganadera.

La actividad ganadera, que como vimos toma protagonismo hacia mitad de siglo, es la que concentra en la actualidad la práctica totalidad del tiempo y esfuerzo de los aldeanos en Pesaguero. Y, del mismo modo, concentra la mayor

parte de los útiles agrarios. Los carros, al igual que en la agricultura, también tenían mucha importancia en relación con la ganadería. Los carros eran utilizados para llevar la hierba segada de los prados a los pajares y para cargar el abono animal, funciones que cumplieron en algunos casos hasta la década de los setenta. Hoy su cometido ha sido sustituido por la acción de los motocultores, prácticamente indispensables en cualquier explotación agrícola de medianas dimensiones.

Como se señaló en el apartado relativo a los cultivos práticos, los útiles empleados en el trabajo de la hierba, amén del motocultor, son la segadora, la guadaña o *dalle*, los *rastros* y las *horcas*. La segadora ha sustituido casi por completo a la guadaña, que ha quedado relegada al corte de verde o de hierba en lugares donde la primera no es capaz de entrar. Los *rastros* sirven para la labor del *atope*. Actualmente los rastros de *pinos* o puntas de madera están siendo sustituidos por otros más ligeros de *pinos* de plástico. El palo es siempre de madera. Por su parte las *horcas* se utilizan para hacer y deshacer las montonas, cargar y descargar el motocultor, meter la hierba en la empacadora y echar de comer la hierba al ganado. Son siempre de palo de madera y puntas (de dos a cuatro) de hierro.

Otro instrumento de uso generalizado es el *picayo* o palo de madera con punta en forma de arpón utilizado para *mesar* la hierba en los pajares; en las alpacas se aprieta de tal modo la hierba que se hace necesario este instrumento para deshacerlas, introduciéndolo en las alpacas y sacando la hierba que se queda en el reborde delantero.

IV. 1. 3. El trabajo de la madera.

Antiguamente, tras cortar los árboles en el monte, se trasladaban a los pueblos con la ayuda de una *rabona* tirada por bueyes. Una vez rebajados los troncos con el *hacho* hasta dejarlos cuadrados se procedía a cortarlos en el *serradero*. Para trazar las líneas por donde debía realizarse el corte se utilizaba una cuerda o hilo muy delgado que se untaba con ceniza de paja mojada: se tensaba la cuerda, se levantaba con un dedo y se soltaba para que marcara la línea de corte. Tras ello, se cortaba la madera con la sierra. Las maderas utilizadas con mayor frecuencia fueron: el roble (por su excepcional resistencia

a la humedad) especialmente en las vigas y otras partes de las viviendas, así como para los arcones; el haya para marcos, ventanas y suelos; el chopo para los cierres y el castaño y el nogal para los muebles.

Una vez cortada la madera, se pasaba a realizar los trabajos menores destinados a convertir la madera en objetos de uso para la familia. Además de la utilización para la construcción de las viviendas, se construían los carros, los arados, los muebles, las medidas: emina (6 kg), media emina, cuarto (cuatro eminas) y maquilo (1 kg), los *horcones*, las *sillatas*...

Para estos trabajos se utilizaban una gran variedad de utensilios. El *tronzador*, el *hacha* y el *serrote* eran empleados para las primeras labores de corte más bastas. Con la *azuela* se daba la primera forma a la madera, con la *garlopa* se rebajaba y con el *cepillo* se afinaba. El *barreno* servía para hacer agujeros redondos, al igual que el *barbiquí*, y el *formón* para hacerlos cuadrados. El *mazo* se utilizaba para ajustar las puntas de madera. El *bramil* tenía la función de hacer rayas sobre la madera para fijar el lugar de corte. La *escuadra* servía para marcar los ángulos rectos. El *gato* era un gancho de metal utilizado par sujetar la madera al serrarla. Finalmente, en el trabajo más fino de la decoración se empleaban la *gubia*, el *cincel* y la *escofina*.

Entre todos los objetos fabricados en madera resulta interesante detenerse en uno peculiar: el *escaño*. Se trata de un conjunto de mesa y banco adosados a la pared con la peculiaridad de que la mesa permanece alzada pegada a la pared, bajándose, mediante bisgaras, en el momento de las comidas y quedando apoyada sobre los brazos del banco. Esta mesa permite mantener la cocina desocupada mientras no se come o se realiza alguna labor en la mesa. Es un elemento muy común en la casa lebaniega siendo pocos los hogares que no la poseen.

Pero la madera no era utilizada únicamente para la realización de muebles. Uno de sus usos más importantes era la fabricación de albarcas. Este calzado de madera, que alcanza en Cantabria un nivel artístico extraordinario, se fabricó en el municipio hasta mediados de siglo aproximadamente. Probablemente en todos los pueblos debió haber albarqueros antiguamente, pero tal actividad aparecía a mediados de siglo constreñida a muy pocos centros, entre los que estaban Valdeprado y Dosamantes. Actualmente ya nadie las hace

en Pesaguero. Las que se hacían no debían diferir mucho, sin embargo, con las fabricadas actualmente en Lamedo por lo que se puede afirmar que las albarcas hechas en el municipio responderían al tipo llamado albarca del *picu* lebaniega, denominado así por poseer un *pico* muy desarrollado y elevado. En el *flequillo* cuenta, además, con un resalte en forma de cubo (*garbanzo*) que es utilizado para atar los *barajones* (especie de esquíes rudimentarios de madera) cuando nieva. Las maderas preferidas son el abedul y el haya, siendo mayoritaria la fabricación en el segundo material.

Hoy las albarcas siguen constituyendo un calzado de uso generalizado en los pueblos de Pesaguero por su enorme versatilidad: mantiene el pie caliente y limpio, tiene un peso relativamente liviano y se quitan con gran facilidad, quedándose uno con las zapatillas de casa puestas. No son, sin embargo, las albarcas de Lamedo las utilizadas, sino que se suelen comprar en Potes albarcas de pie bajo con tarugo de goma, más eficaces para andar por las hormigonadas aldeas. Son albarcas hechas a máquina con dibujos de nulo valor artístico, pero tienen la indiscutible ventaja de costar por término medio un cuarto de lo que cuestan las artesanas de Lamedo. Habrá que conformarse, al menos, con que no se pierda el bello sonido de las albarcas al caminar.

IV. 1. 4. La lana.

La lana fue el material más empleado en la confección del vestido de los habitantes del municipio en el modelo de vida tradicional. El lino debió ser también de una importancia fundamental en la vestimenta de los aldeanos, pero parece ser que llegado el siglo XX cedió abundante terreno frente a la lana, desapareciendo ya antes de los años treinta aproximadamente. Su recuerdo se pierde hasta en los lugareños más ancianos.

Tras esquila la lana a tijera, se lavaba concienzudamente en el río para limpiarla de toda la suciedad. Una vez limpia la lana, se pasaba a cardarla con dos *cardas* hasta que la lana quedaba lo suficientemente suelta; a esta lana se la denominaba *lueta*. La *carda* era una pala de madera con alambres salientes para desenredar la lana. Con la lana cardada se procedía al hilado con *huso* y *rueca*. En caso de que se quisiese obtener un hilo más grueso, se procedía al *torcido* del hilo, uniéndose dos hilos en un sólo ovillo. Con ambos procesos se conseguía

un hilo preparado ya para tejerlo en la propia casa o mandarlo al telar existente en Cabezón de Liébana para los trabajos de mayor envergadura. Sin embargo, el tejido resultante tenía aún una textura demasiado recia, por lo que convenía proceder a *abatanarlo*. Este proceso se realizaba en la *pisa* o *batán*, artilugio que movido por la fuerza del agua del río golpeaba el tejido con unas palas hasta hacerlo más suave y delicado. Debido a la complejidad de la *pisa* no debió ser muy numeroso su número en la comarca lebaniega. No hay constancia de su existencia en el municipio pero sí se mantienen dos pisas en el conjunto de Liébana: la de Aniezo (Cabezón de Liébana) y la de Ledantes (Vega de Liébana).

Entre las curiosidades del trabajo de la lana cabe resaltar el empleo de la lana de las ovejas negras para la confección de los escarpines, especie de calcetín muy grueso utilizado para calzar las albarcas.

IV. 3. La arquitectura popular.

La casa popular lebaniega no difiere en grandes rasgos de la construcción denominada casa o casuca montañesa extendida por la mayor parte de Cantabria. Esta casa cuenta con dos plantas más desván, un zaguán abierto en la planta baja y un balcón corrido o *solana* en la parte superior. La fachada principal está orientada al sur para aprovechar al máximo la luz y el calor solar. Es en la fachada donde se desarrolla la *solana* que nació con la función de poner a secar el maíz cuando este cereal se difundió por el territorio cántabro (21). La cubierta se hace generalmente a dos aguas con caballete paralelo a la fachada y dejando sobresalir un ancho alero que protege la solana. Las tejas tradicionales son de tipo árabe.

La comarca lebaniega presenta ciertas peculiaridades que la diferencian de alguno de estos aspectos. En primer lugar, debido a la mayor insolación recogida en Liébana con respecto a otras comarcas de La Montaña, se hace prescindible la *solana*, que aparece con menor frecuencia en las casas lebaniegas que lo que es común en Cantabria. Es singular de la comarca lebaniega que a la *solana* se acceda en ocasiones por un patín exterior adosado a la pared. En Pesagüero era común que la planta baja estuviese ocupada por las cuadras para los animales, mientras que la superior se dedicaba tanto a vivienda

como a pajar al que se podía llegar desde el exterior. La actual despoblación del municipio ha convertido muchas antiguas viviendas en cuadras y pajares dedicados exclusivamente a tales menesteres, ocupando los aldeanos las casas en mejores condiciones sin el acompañamiento de los animales y el heno.



Hoy en día, las casas han sustituido el fuego en el centro de la cocina por la *trébede*, estructura rectangular que contiene un receptáculo interior para el fuego y que se adosa a una de las paredes de la cocina, proporcionando calor a ésta y algo también al resto de la casa. En una parrilla situada sobre la lumbre se colocaban antiguamente las cacerolas para hacer la comida. También se utilizaba un saliente sobre la boca de la *trébede* para colgar una gran cacerola de cobre en la que se cocían las morcillas y los boronos cuando llegaba la matanza. Esta última es la única utilidad de cocina que se mantiene en la actualidad.

Sin duda es la cocina la pieza fundamental de la casa de Pesaguero y del conjunto de Liébana. Por tener la *trébede* en la que se prende la lumbre, la cocina es la sala más caliente de la casa, realizándose en ella la práctica totalidad

de las labores diarias cuando el frío arrecia. En verano, por el contrario, se agradece el frescor de la cocina por ser los suelos y las paredes de azulejo.

Un elemento moderno y común en las casas de Pesaguero es la conversión de parte de la *solana* en habitación cerrada que es ocupada por el baño. Hasta no hace mucho eran inexistentes los aseos en las casas rurales, por lo cual al imponerse las nuevas costumbres higiénicas se decidió construir el aseo en la *solana* para no robar espacio a la habitación superior de la casa.

Por último, uno de los aspectos más singulares de las casas del municipio es la permanencia en algunas edificaciones de los modelos constructivos medievales basados en el desarrollo de la fachada principal en el hastial (22). Este tipo de casa se mantiene en la actualidad en algunos pueblos del municipio como Avellanedo, Dosamantes y especialmente Cueva donde los ejemplos, además de singulares, son de una extraordinaria belleza. Frente a los tipos tardomedievales con una sólo planta (23), estas casas presentan dos alturas más desván, por lo que difícilmente se tratará de las casas originales sino, más bien, de reconstrucciones que han mantenido el antiguo modelo constructivo. Por ello, podemos considerarlas como el más antiguo tipo de casa lebaniega presente en el municipio.

Por lo que se refiere a las edificaciones actuales, tanto las prefabricadas como las que conservan la secular relación entre vivienda y medio natural a través de la utilización de la madera y la piedra como materiales constructivos principales, carecen de espacio inferior dedicado a establo, de pajar en la parte superior y han sustituido por lo general la teja árabe por la moderna teja doble de notable menor efecto estético.

Para finalizar, hay que señalar la presencia en el municipio de Pesaguero de otro elemento fundamental en el conjunto de la arquitectura popular del norte peninsular: el hórreo. Es el hórreo un granero aéreo, generalmente de planta cuadrada, que se levanta sobre cuatro pilares de madera de roble (*pegollos*), sobre los que se asienta la estructura o cámara de madera resguardada con un tejado a dos o cuatro aguas de teja árabe. El acceso se suele realizar por una escalera de piedra situada frente a la entrada de la cámara.

En Pesaguero existen dos hórreos, uno en Avellanedo y el otro en Valdeprado. Ambos presentan cubierta a dos aguas, lo que les acerca al tipo de

hórreo leonés, separándoles del tipo de hórreo astur-gallego con cubierta a cuatro aguas y que viene a ser el común en otros lugares de Liébana; como ejemplo, el de Mieses, trasladado desde Las Ilces, en Camaleño (24).

En Liébana fue común otro tipo de granero, en este caso formando parte de la casa: el *bargareto*. Se trata de un cuarto que sobresale de la fachada de la casa, construido en madera y con tejado de teja árabe. Si antes pudieron ser frecuentes, en la actualidad su número es escasísimo. Los hórreos y los bargaretos cumplieron la función de resguardar la cosecha agrícola de la humedad y los roedores.

V. LOS COMPONENTES IDEOLÓGICOS DE LA CULTURA.

V. 1. La identidad grupal y el imaginario étnico: la idea del “nosotros.”

Debido a la peculiar situación geográfica de Liébana, enclaustrada entre macizos murallones pétreos, su relación con otras comarcas fue extremadamente dificultosa hasta el presente siglo. De este modo, entre los lebaniegos tendió a aplicarse el principio de identidad para diferenciarse de los habitantes de la Marina, o costa de Cantabria; la dureza del medio natural en Liébana, con toda la carga de esfuerzos y sufrimientos que conllevaba arrancarle el sustento al duro terreno montañoso, hacía sentirse a los lebaniegos con una superioridad moral frente a otros individuos que, según ellos, no guardaban sus rígidos principios de austeridad. Sin embargo, con los habitantes de otras comarcas de montaña cercanas, el sentimiento de los lebaniegos era más bien el de ipseidad: con los aldeanos de Riaño, Pernía, Polaciones o Cabrales se desvanecía el fuerte sentimiento de identidad, haciéndose mucho más suave, ante la contemplación de unos modos de vida que se asemejaban en gran medida a los suyos.

Hoy en día, y sobre todo gracias a la apertura del paso del desfiladero de La Hermida en 1873, los lebaniegos se sienten más cercanos al resto de cántabros que a los habitantes de otras comarcas castellanas o asturianas. La dependencia de centros de salud como Valdecilla o Sierrallana, el contacto directo con la capital para resolver asuntos administrativos, la inclusión de sus

parroquias en el Obispado de Santander, la afluencia masiva de turistas, la atracción ejercida por Santander y Torrelavega hacia sus centros industriales, la creación de la Universidad de Cantabria, la continua labor de las instituciones y los medios para unificar las costumbres en torno a un sentimiento autonómico a partir de 1981, han venido a disolver el fuerte sentimiento de identidad cultural que se vivía en el conjunto de la comarca lebaniega con anterioridad. Pero, a pesar de la disolución de la fuerte identidad cultural lebaniega, ello no es óbice para que se mantenga en la comarca un imaginario étnico que permite a los habitantes de Liébana seguir hablando de un “nosotros”.

El imaginario étnico se muestra desde sus dos perspectivas, la psicoanalítica y la histórica. La perspectiva psicoanalítica se muestra en la necesidad de los habitantes de la comarca por sentirse unidos en torno a una personalidad común (habla, modos de vida, religiosidad...); mientras, la perspectiva histórica muestra el deseo de mantenerse en un lugar en el que han vivido sus antepasados y al que consideran poderosamente suyo (de manera más sensible que el habitante de ciudad considera suya su calle o su ciudad). Afirma García de Enterría que en Liébana “el viejo apotegma jurídico de que las cosas *pro domino suo clamant* tiene [...] un realidad emocionante” (25).

Este fenómeno, por otra parte universal, lleva a los lebaniegos a considerar que viven en el mejor de los sitios posibles, que no hay tierra más bella que la suya. Este sentimiento que, como digo, no conoce fronteras (así los nuer consideran que su sabana es la tierra más fértil del mundo) (26), se presenta quizá aquí de forma acentuada por el hecho de que los visitantes que se acercan a la comarca no suelen cesar de repetir a los lugareños que aquel lugar es un paraíso.

De este modo, a pesar de la tremenda desestructuración vivida en la sociedad lebaniega a partir de la década de los cincuenta, lo cierto es que la identidad cultural mantiene su cometido como fuerza unificadora de un “nosotros” que se resiste a desaparecer, “nosotros” que, por otra parte, en ocasiones alude a un campo mucho más reducido que la comarca y que es el del pueblo o incluso el barrio. En cualquier caso, se observa que ni el valle ni el municipio desbancan en el sentimiento del lebaniego la idea de ser de su pueblo y de su comarca.

V. 2. La religiosidad popular y las fiestas.

En el Pesaguero de ayer y no tanto en el de hoy, la religiosidad y las fiestas han ido íntimamente unidas, por lo cual es adecuado agruparlos en un único epígrafe. Las dos manifestaciones de la cultura han llevado, además, una dirección pareja en los últimos años hacia su progresiva disolución. En el modo de vida tradicional la religión impregnaba buena parte de la vida diaria de los aldeanos. Además de la misa dominical, se realizaban misas en días señalados, amén del día de la fiesta del pueblo. Para acudir a la misa se realizaban tres toques de campanas. Entre los ritos realizados en la celebración de la misa se encontraba el del rezo del rosario en la misa dominical y el rezo de los hacheros.



Los hacheros eran maderos con espacios destinados a poner gruesas velas o *hachas* para el rezo a los muertos, colocándose a la izquierda de cada uno de los bancos en los que se sentaban las diferentes familias. Al acabar la misa, el cura se dirigía a los hacheros y rezaba junto a ellos dándole cada familia un dinero por ello. Esta tradición parece derivar de la costumbre de enterrar a los

difuntos en las iglesias; para rezarles se colocaría el hachero sobre la lápida o losa que lo cubriese. Actualmente es una práctica que no se realiza en absoluto.

Sin embargo, no era el domingo ni los días de fiesta los únicos en los que se debía rezar, sino que el rezo era una obligación diaria en dos momentos del día: a mediodía se rezaba el *angelus* y por el atardecer la *gloria*. La invitación al rezo se realizaba a través del tañir de las campanas, que no eran necesariamente tocadas por el sacristán sino que podía hacerlo cualquier campesino que a la hora señalada pasase por delante de la iglesia.

Eran estas misas, y lo siguen siendo, un momento de encuentro para los campesinos que, además de dedicarse a los rezos, gustaban de conversar e intercambiar impresiones. Pero si las misas eran un ámbito de sociabilidad destacado, más aún lo eran otras celebraciones como los bautizos o las bodas a las que solía acudir todo el pueblo. El posterior banquete solía convocar a un grupo ya más reducido de familiares y personas allegadas.

La muerte de alguno de los aldeanos, del mismo modo, convocaba una gran cantidad de asistentes a su funeral, incluso en número más grande que a las bodas o los bautizos. Era tradición que la familia del difunto llevase a la iglesia la *oferta*, que consistía en un pan con un agujero en el centro en el que se ponía una *perra gorda* (10 céntimos) para la iglesia. Tal *oferta*, constituía, en ocasiones, un gran quebranto económico para aquellas familias que no tenían ni qué llevarse a la boca.

Salvo el caso de Barreda-Dosamantes y Obargo, que comparten iglesia parroquial, el resto de pueblos del municipio de Pesaguero cuenta con iglesia propia. Los dichos pueblos comparten la iglesia parroquial de la Santa Cruz de Barreda (21 de julio); Obargo cuenta además con una ermita dedicada a Santa Cecilia (22 de noviembre). Lomeña-Basieda cuenta con la iglesia parroquial dedicada a San Juan (24 de junio), Pesaguero-Laparte a San Pedro Alcántara (22 de febrero), Lerones a Santiago (25 de julio) además de las ermitas de San Roque y San Martín, ahora caída. Avellanedo cuenta con la iglesia de Santa Eulalia (10 de diciembre), Cueva con la de San Esteban (26 de diciembre), Valdeprado con la consagrada a Nuestra Señora (15 de agosto), al igual que Vendejo, que cuenta además con la ermita de San Roque. Por fin, Caloca rinde culto a Santiago.

Lo común fue celebrar la fiesta del pueblo el día de la festividad del santo local. Por la mañana se celebraba la misa y tras ello se sacaba la imagen sagrada, bien adornada de flores, en procesión alrededor de la iglesia. Por la tarde era el momento para los aspectos más lúdicos y profanos y menos sagrados: carreras de cintas, bailes (acompañados antiguamente por gaiteros y posteriormente por acordeonistas), chocolatadas... Entre las fiestas celebradas tradicionalmente en el municipio cabe destacarse sobre todo las de Barreda y las de Vendejo.

La fiesta de Barreda (que celebraban también Dosamantes y Obargo) fue una de las fiestas principales de la comarca lebaniega hasta más allá de los años sesenta de este siglo. Celebrada en principio en la Venta Encinas (junto a la carretera a Piedrasluengas) la fiesta se desarrollaba alrededor de la celebración del día del Carmen (16 de julio) y no en torno a la Santa Cruz.

La fiesta tenía una duración de ocho días a lo largo de los cuales no se dejaba de oír la música. A ella asitía gente de toda Liébana participando en carreras de cintas, de burros, de caballos, de sacos, bailes, tiro de cuerda, tiro de palo... Paulatinamente la fiesta fue perdiendo vigor a la par que se perdía el vigor humano del municipio. Los jóvenes emigraron y la fiesta se dejó de celebrar. Actualmente la celebración se reduce a la misa y a las buenas intenciones de los que pretendan celebrar algo.

Otro pueblo que contó con fiestas singulares fue Vendejo. El día de San Roque se hacía una procesión en la que se bajaba la virgen de Caloca y se subía la de Vendejo hasta la ermita de San Roque, a medio camino de los dos pueblos. Tal encuentro era celebrado por los aldeanos con juegos y bailes en los que se entonaban cancioncillas como ésta: *Qué ganas tengo que llegue/ la fiesta de San Roque/ para probarme el vestíu/ que me cortaste anoche.*

Pero no eran las fiestas del pueblo el único momento en que se daba rienda suelta a los aspectos lúdicos. Al llegar el domingo de Ramos era común en los pueblos hacer una procesión con la cruz y los ramos alrededor de la iglesia, siendo custodiada la imagen por dos monaguillos y dos mayordomas.

El Viernes Santo era costumbre en todos los pueblos apagar las luces y tocar las carracas, a lo cual se le llamaba *las tinieblas*. Después se exponía al Santísimo y algunas personas se quedaban velándolo toda la noche. En general la Semana Santa era un momento de profunda religiosidad pero a la vez de

esparcimiento, en el que las gentes disfrutaban adornando la iglesia con flores y velas y conversando entre ellas.

La Navidad era el momento de colocar el belén en la iglesia y rezar junto a él. El día de Navidad se rezaba la misa de gallo y se cantaban villancicos. También era común cantar los aguinaldos que comenzaban con la copla: *Aguinalderos somos, ¿cantamos, rezamos o qué hacemos?* Según las preferencias de los vecinos se cantaba o se rezaba, siendo común la recitación de los mandamientos.

¿Qué queda ahora de los aspectos religiosos y lúdicos del pasado? El despoblamiento de los pueblos de Pesaguero ha sido un factor condicionante del paso del predominio de lo religioso a lo profano, acentuando la tendencia común en Occidente hacia la primacía de una sociedad más laica. Una vez que los pueblos comenzaron a derrumbarse demográficamente se hizo inviable la permanencia del párroco, pasándose así de celebrar las misas al menos cada domingo a hacerse a lo sumo cada dos semanas.

Entre los jóvenes del municipio se observa, mucho más que entre los mayores, un gran alejamiento de la religión, al menos en el campo de la práctica, siendo infrecuente verlos acercarse por la iglesia el día de misa, salvo cuando se trata de alguna celebración especial como Semana Santa, Navidad, la fiesta del pueblo, los difuntos... Son los adultos los que más apegados permanecen a las prácticas religiosas tradicionales hacia las que los jóvenes sienten cada vez menos afecto.

En cuanto a los aspectos lúdicos, se comprueba que la evolución sufrida a partir de los años cincuenta ha llevado a la separación entre la diversión y la religión, produciéndose de nuevo el triunfo de lo profano sobre lo sagrado: los jóvenes encuentran otros ámbitos de diversión que suplen a los religiosos como es el partido de fútbol, las cartas..., ya no es necesario realizar las fiestas en torno a la celebración de actos religiosos sino que la fiesta religiosa y la profana se han distanciado considerablemente.

Cabe resaltar también que estas diferencias quedan quizá empujadas ante el hecho de que la fiesta del pueblo constituye ya, por lo general, un suceso de poca trascendencia que no suele convocar a demasiada gente. Los jóvenes no encuentran en la fiesta el momento de disfrutar y olvidarse de los trabajos,

porque estos trabajos se han hecho menos duros que los soportados por sus padres y encuentran otros ámbitos de sociabilidad en los que se divierten más: salir los sábados a los bares de Potes, salir en Santander, acudir a fiestas más grandes y con más renombre como San Mateo en Reinosa, La Cruz en Potes...

El cambio de un aspecto de la cultura lleva aparejado el cambio de toda la cultura. En el caso de la religiosidad popular y las fiestas el cambio no sólo se ha producido, sino que lo ha hecho además de forma extraordinariamente acusada.

VI. CONCLUSIÓN.

En los años cincuenta del presente siglo asistimos a un profundo cambio en las estructuras productivas del municipio lebaniego de Pesaguero y, en general, del conjunto de Liébana. La economía en el municipio entra en una acelerada fase de integración en mecanismos netamente capitalistas que hace inviable la existencia de una economía autosuficiente. Ante esta situación, la economía del municipio responde con la adopción de la ganadería como actividad fundamental, abandonando la autosuficiencia por el acceso a los circuitos mercantiles.

Sin embargo, a pesar de este cambio de la agricultura a la ganadería, ésta no se muestra capaz de absorber a la población del municipio. La ganadería no constituye un milagro, sino únicamente una tabla para no hundirse, por lo que la población joven debe salir fuera de la comarca para acceder a los puestos de trabajo que la ganadería no ofrece.

La atracción de centros industriales y de servicios como Torrelavega y Santander no hace sino acelerar el rapidísimo proceso de emigración que se vive en la comarca lebaniega a partir de los años cincuenta. Pero, por si el factor económico fuera poco, las amplias perspectivas sociales y culturales de la ciudad (ámbito más amplio de relaciones, teatros, cines, espectáculos deportivos, bullicio ciudadano) suponen un aliciente más para provocar la salida de la población joven del municipio.

El cambio en el sistema económico, tras provocar el descenso poblacional del municipio, modifica las estructuras de organización familiar por las que la sociedad rural de Pesaguero se había venido rigiendo. La tecnología popular se

vio también modificada por la aparición de instrumentos mecánicos que venían a sustituir el esfuerzo humano y animal. La arquitectura pasaba, por su parte, de estar constituida por casas-establo a ser meramente casas para la habitación, situándose los establos y cuadras en otras construcciones.

Por último, las manifestaciones ideológicas sufrían el proceso de cambio con similar dureza: la identidad a duras penas sobrevive frente a la aparición de formas de vida muy distintas a las propias de la comarca y la religiosidad se desvanece, triunfando lo profano sobre lo sagrado.

Como se observa, el cambio de un aspecto de la cultura, en este caso un aspecto de importancia primordial como es el sistema productivo, modifica la cultura entera. Lo rápido del cambio (en apenas diez años se sustituye la agricultura por la ganadería como actividad económica principal y se da paso a la economía de mercado) es un aliciente más para la tremenda desestructuración cultural de un espacio rural que a duras penas se adapta al proceso. Hoy en día, no parece muy halagüeño el futuro del municipio. La ganadería actual, con las trabas impuestas no sólo por la confusa legislación de montes sino también por las directrices de la política económica de la Comunidad Europea, encuentra serias dificultades para salir de su precaria situación. Sólo la adopción de actitudes empresariales de consideración que consiguieran revitalizar la actividad ganadera, podría hacer posible el establecimiento de una ganadería de calidad, abundante y verdaderamente competitiva. El turismo rural, en febril desarrollo en los últimos años, podría ser otro de los pilares en los que se apoyara el municipio. La rehabilitación de casas rurales con vistas a su alquiler, supone para los aldeanos una sustancial fuente de ingresos. Sin duda se trata de un campo abierto que está muy lejos de haber alcanzado su verdadera potencialidad; muy al contrario, se halla en unos niveles de subexplotación verdaderamente notables.

En resumidas cuentas, el traumático paso del modelo de vida tradicional al moderno ha supuesto para Pesaguero una profunda desestructuración cultural, nacida de la ineficacia de los mecanismos tradicionales para hacer frente a la modernización.

NOTAS:

(1) Datos obtenidos de MORENO, G.: “Pluviometría”, en *Gran Enciclopedia de Cantabria*, tomo VI, Ed. Cantabria, Santander, p. 259. (Período 1924-1976).

(2) GALÁN, C.: “Liébana”, en *Gran Enciclopedia de Cantabria*, tomo V, *Op. cit.* pp. 114-115.

(3) Los datos referidos a los años 1900-1991 se han obtenido de los censos de población del Instituto Nacional de Estadística en su apartado de Nomenclátor; las cifras de 1996, recogidas en el Ayuntamiento de Pesaguero, son provisionales en espera del censo que se realizará en el 2001.

(4) MADDOZ, P.: “Pesaguero” en *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Santander, Madrid, 1845-1850. Edición facsímil. Ámbito-Estudio. Valladolid. 1984. pp. 29, 55, 59, 67, 102, 134-135, 137 y 161-162.

(5) LLORENTE FERNÁNDEZ, I.: *Recuerdos de Liébana*, Madrid, 1882, p. 392.

(6) REQUES VELASCO, P.: “El cambio demográfico” en Moure Romanillo, A. y Suárez Cortina, M. (Eds.), *De La Montaña a Cantabria. La construcción de una Comunidad Autónoma*. Universidad de Cantabria, Santander, 1995. p. 361.

(7) REQUES VELASCO, P.: “Geografía humana” en V.V.A.A.: *Cantabria, Mediterráneo*, Madrid, 1992. p. 82.

(8) LANZA GARCÍA, R.: *Población y familia campesina en el antiguo régimen. Liébana, siglos XVI-XIX*. Estudio, Santander, 1988. p. 53.

(9) GARCÍA DE ENTERRÍA, E., *Liébana, tierra para volver*. Estudio, Santander, 1994. p. 21.

(10) GARCÍA SAHAGÚN, J., “Familia” en *Gran Enciclopedia de Cantabria*. tomo III, *Op. cit.* p. 277.

(11) GÓMEZ PELLÓN, E.: “La casa de labranza en Cantabria. Estructura y cambio” en Montesinos González, A. (Ed), *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra*. Universidad de Cantabria, Santander, 1996 p. 264.

(12) LANZA GARCÍA, R.: *Población y familia campesina... Op. cit.*, p. 152.

(13) MADDOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico... Op.cit.*, pp. 55, 163, 29, 59 y 102.

- (14) FERNÁNDEZ BENÍTEZ, V. (Coord): *La Sociedad rural tradicional. Cantabria*. tomo III. Universidad de Cantabria, Santander, 1994. p. 27.
- (15) MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico...* *Op.cit.*, p. 135.
- (16) *Id.Ibid.* pág. 135.
- (17) GARCÍA ÁLVAREZ, J. A.: “Parda-alpina” en *Gran Enciclopedia de Cantabria. Op. cit.* tomo VI, p. 150.
- (18) DE LA HERA, V.: “Ganadería” en *Gran Enciclopedia de Cantabria. Op. cit.*, tomo IV, pp. 94-95.
- (19) GARCÍA DE ENTERRÍA, E.: *Liébana, tierra para volver. Op. cit.* pp. 52-55.
- (20) GALÁN, C.: “Liébana, comarca de” en *Gran Enciclopedia de Cantabria. Op. cit.* tomo V, p. 116.
- (21) GÓMEZ PELLÓN, E.: “La casa de labranza en Cantabria. Estructura y cambio” en Montesinos González, A. (Ed): *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Op. cit.* p. 267.
- (22) DE LA LASTRA VILLA, A.: *Dibujos y comentarios sobre Arquitectura Montañesa Popular*. Doña Rosa Castro Canal ed., Santander, 1992. pp. 101-103.
- (23) GÓMEZ PELLÓN, E.: “La casa de labranza en Cantabria. Estructura y cambio” en Montesinos González, A. (Ed): *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Op. cit.* p. 266.
- (24) KRAEMER KOELLER, G.: “Horreo” en *Gran Enciclopedia de Cantabria. Op. cit.* tomo IV, p. 252.
- (25) GARCÍA DE ENTERRÍA, E.: *Liébana, tierra para volver. Op. cit.* p. 18.
- (26) EVANS PRITCHARD, E. E.: *Los nuer*. Anagrama, Barcelona, 1977. p. 67.

FUENTES:

-Instituto Nacional de Estadística. Censos de población del municipio de Pesaguero de los años 1900, 1910, 1920, 1930, 1940, 1950, 1960, 1970, 1981 y 1991 en forma nomenclátor.

-Ayuntamiento de Pesaguero. Nomenclátor de 1996 del municipio de Pesaguero.

-MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus*

posesiones de Ultramar, Santander, Madrid, 1845-1850. Edición facsímil. Ámbito-Estudio. Valladolid, 1984.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE BAZTÁN, A. (ed): *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. Marcombo, Barcelona, 1995.

ÁLVAREZ LLOPIS, M. E.: *Liébana medieval, siglos IX al XIII: instalación humana y actividades económicas*. Santander, 1993.

CARO BAROJA, J.: *Los pueblos de España*. tomo II, Istmo, Madrid, 1989.

DE LA LASTRA VILLA, A.: *Dibujos y comentarios sobre Arquitectura Montañesa Popular*. Doña Rosa Castro Canal ed., Santander, 1992.

ESTRADA SÁNCHEZ, M. y SÁNCHEZ GÓMEZ, M. A. (Eds.): *La Liébana, una aproximación histórica*. Instituto Jesús de Monasterio, Santander, 1996.

EVANS-PRITCHARD, E. E.: *Los nuer*. Anagrama, Barcelona, 1977.

FERNÁNDEZ BENÍTEZ, V. (Coord): *La Sociedad rural tradicional. Cantabria*. Universidad de Cantabria, Santander, 1994.

GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. y Díez HERRERA, C.: *La formación de la sociedad hispano-cristiana del Cantábrico al Ebro en los siglos VIII a XI*. Estudio, Santander, 1982.

GARCÍA DE ENTERRÍA, E.: *Liébana, tierra para volver*. Estudio, Santander, 1994.

GARCÍA RODRÍGUEZ, G.: *Cantabria, montes y valles*. Mediterráneo, Madrid, 1996.

GÓMEZ PELLÓN, E.: *Vida tradicional y proceso de cambio en un valle del oriente de Asturias. Estudio antropológico del Valle de Ardisana*. Ediciones Trea, 1994.

GÓMEZ PELLÓN, E.: "La casa de labranza en Cantabria. Estructura y cambio", en Montesinos González, A. (Ed): *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, cambios y procesos adaptativos*. Universidad de cantabria, Santander, 1995, págs. 257-290.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.: *Manual de etnografía cántabra*. Estudio, Santander, 1988.

LANZA, R.: *Población y familia campesina en el Antiguo Régimen: Liébana, siglos XVI-XIX*. Estudio, Santander, 1988.

LÓPEZ LINAJE, J.: *Antropología de la ferocidad cotidiana. Supervivencias y trabajos en una comunidad cántabra*. Madrid, 1978.

LLORENTE FERNÁNDEZ, I.: *Recuerdos de Liébana*. Madrid, 1882.

MOURE ROMANILLO, A. y SUÁREZ CORTINA, M. (Eds.): *De La Montaña a Cantabria. La construcción de una Comunidad Autónoma*. Universidad de Cantabria, Santander, 1995.

RAMÍREZ SÁDABA, J. L.: *Liébana: toponimia e historia*. Universidad de Cantabria, Santander, 1992.

V.V.A.A.: Jesús Pindado (dir): *Gran Enciclopedia de Cantabria*. Ed. Cantabria, Santander, 1985.

V.V.A.A.: *Diccionario de la naturaleza*. Espasa-Calpe, Madrid, 1993.

V.V.A.A.: *Cantabria*. Mediterráneo, Madrid, 1992.

V.V.A.A.: *Cantabria, ríos y costas*. Mediterráneo, Vizcaya, 1993.

ETNOGRAFÍA Y TOPONIMIA. VIDA TRADICIONAL
Y TOPONIMIA MENOR EN UDÍAS
(CANTABRIA)

Araceli González Vázquez
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Cantabria

La toponimia constituye un reflejo del devenir histórico y lingüístico de un territorio, por lo que se trata de una fuente de notable importancia para conocer el pasado. Su interés, en relación con la etnografía, es indudable. A lo largo de las páginas que siguen, explicaremos qué tipo de información etnográfica nos ofrecen algunos topónimos actuales y pretéritos que corresponden al territorio del valle de Udías (1). Agruparemos los topónimos menores del de Udías desde un punto de vista temático; comentaremos el origen histórico-lingüístico de algunos de los topónimos mencionados y relacionaremos estos topónimos con algunos rasgos de la vida tradicional del valle de los cuales nos informan las ordenanzas de los siglos XVI al XX.

Udías es un municipio del occidente de Cantabria que se encuentra situado entre los municipios de Comillas (N), Ruiloba (N), Alfoz de Lloredo (NE), Cabezón de la Sal (SE) y Valdáliga (O). La superficie total de Udías es de 52, 9 kms y se encuentra a una altitud media de 181 ms. Cuenta con nueve barrios y otros núcleos de población menores, propios de hábitat disperso que caracteriza esta área de Cantabria. Antiguamente -la segregación se produce a finales del siglo XIX-, este valle formaba un concejo propio denominado Concejo de Udías- y junto a los concejos de Cigüenza, Cóbreces, Comillas, Novales, Rudagüera, Toñanes, Ruiloba y Ruiseñada pertenecía al valle de Alfoz de Lloredo.

La toponimia menor de Udías nos proporciona un buen caudal de información etnográfica acerca de la vida tradicional de un espacio rural cantábrico. No en vano, los topónimos son nombres que reflejan la relación del hombre con el territorio. Con el concepto vida tradicional nos estamos refiriendo a una

forma de producción en la cual el autoabastecimiento ha ocupado un espacio tan importante de la economía que anula o reduce a la mínima expresión la producción mercantil (2). Las casas de labranza del valle son unidades de producción y de consumo, dado que producen todo lo necesario para la subsistencia de sus pobladores. La vigencia de este sistema de vida es amplia, ya que rige la vida del valle -como la de otras áreas de Cantabria- durante cuatro siglos hasta los años sesenta del siglo XX.

Nuestras principales fuentes de información son el Catastro del Marqués de la Ensenada (1753) (3), el Catastro de la Riqueza Rústica (1960) (4) y las Ordenanzas del Concejo de Udías (siglos XVI al XX) (5). Además, hemos tenido en cuenta algunos documentos medievales y algunos protocolos notariales de los siglos XVII y XVIII, así como otras fuentes de información diversas, correspondientes al siglo XX, que relacionamos en la bibliografía de este trabajo.

LA TOPONIMIA MAYOR DEL VALLE DE UDÍAS.

Los nombres de los nueve barrios de Udías -toponimia mayor o macrotoponimia- han sido estudiados por Alberto González Rodríguez en su *Diccionario etimológico de la toponimia mayor de Cantabria*, elaborado a partir de su tesis doctoral y recientemente publicado. Precisamente estos nombres nos dan una idea del vínculo que existe entre la toponimia y las actividades que se han desarrollado en el territorio al que se refieren los topónimos. No en vano, varios de los pueblos del valle portan nombres que se refieren a la actividad que tiene lugar en sus minas, explotadas desde una época tan temprana como la de dominación romana. Al contrario, otros lugares portan nombres que poseen un carácter descriptivo y hacen referencia a las cualidades del paisaje que les circunda. Otros son de carácter hagiográfico y reflejan las advocaciones religiosas del valle. **Canales** procede del latín *canalis-is*, “cañería, canal”, y según el autor se refiere a las canalizaciones pertenecientes a los lavaderos del mineral, dada la importancia de la minería en Udías desde época romana (6). **Cobijón** es aumentativo en -on (lat. *-one*) de *cobejo*, y se debe a la existencia junto al pueblo de una cueva de gran tamaño por donde se subsume el río que atraviesa el valle (7). **El Barrio de la Virgen** es un hagiotopónimo que se refiere a la advo-

cación de la Virgen de la Caridad (8). **El Llano** procede del latín *planus-a-um*, “llano”, con la solución castellana del grupo *pl-* inicial (9). **La Hayuela** puede proceder del término *haya* con el sufijo diminutivo *-ola*; no obstante, puede tratarse de un pseudofitotopónimo y proceder del lat. *fovea*, “hoya” (10). **Pumalverde** es un compuesto, formado por las palabras *pumar* y *verde*; significa “lugar de frutales, verde o feraz” (11). **Rodezas** puede proceder del latín *rota*, “rueda”, con el sufijo de materia *-iceas*, y puede estar relacionado con la existencia de minas en la zona y con la posible formación de escombreras en el lugar (12). **Toporias** es un compuesto formado por dos étimos; se desconoce el significado del primero *Top-*, aunque el segundo *-orias* puede referirse al adjetivo *oria*, “de oro”, o al sufijo locativo *-oria*, variante de *-ariu* o de *-oriu* (13). Alberto González afirma en su libro (14) que **Valoria** procede del latín **Valle aurea*, “valle de oro, dorado”. Sin embargo, la documentación histórica indica que, al menos, desde el siglo X al XIX el lugar se denomina Valobriga, con lo que la etimología propuesta por González Rodríguez no es correcta (15).

LA TOPONIMIA MENOR DEL VALLE DE UDÍAS.

Aunque la vigencia actual de gran parte de los topónimos que aparecen en el Catastro del Marqués de la Ensenada -y aún en algunos documentos medievales- es notable, muchos de ellos han desaparecido. La desaparición o transformación de las formas de vida tradicionales y los procesos de concentración parcelaria que transforman la estructura del espacio agropecuario son los responsables de la pérdida de buena parte del patrimonio lingüístico y toponímico de la región; un proceso que indudablemente se ha acelerado en las últimas décadas del siglo XX. No parece exagerado afirmar que al desaparecer las personas para quienes cumplían una función y transformarse los espacios a los que designaban, muchos de los topónimos menores se pierden irremediamente. A través de estas páginas, pretendemos destacar la importancia de los topónimos menores en la descripción etnográfica de las sociedades tradicionales y en el estudio de las formas de vida y actividades relacionadas con la explotación agrícola y ganadera del espacio.

Para elaborar este artículo hemos dado tres pasos:

A/ documentación: hemos elaborado una relación de los topónimos menores de Udías registrados en las fuentes documentales y de los topónimos menores que podemos conocer a través de la encuesta oral. Suman aproximadamente unos setecientos topónimos menores y variantes, de los cuáles buena parte proceden del Catastro del Marqués de la Ensenada, que para el valle de Udías cuenta con cuatro legajos de gran extensión.

B/ análisis temático: hemos agrupado los topónimos según las áreas temáticas a las que se refieren. Hemos establecido dos grandes bloques; de un lado los topónimos que nos ofrecen información sobre la geografía del territorio y de otro los topónimos que nos ofrecen información sobre el poblamiento y sobre las actividades agropecuarias, mineras, comerciales y mercantiles desarrolladas en el valle de Udías en el pasado.

C/ análisis histórico-lingüístico: hemos comentado algunos topónimos según la época histórica y área lingüística a la que nos remiten.

D/ análisis etnográfico: hemos puesto en relación algunos de los topónimos con la información etnográfica que sobre las actividades del pasado nos han legado las ordenanzas de época moderna y contemporánea del valle de Udías, sin perder de vista el marco más amplio de la sociedad rural tradicional cántabra.

No hemos podido obtener toda la información que los topónimos considerados nos pueden ofrecer, ya que no hemos comprobado *in situ* todas las formas y explicaciones que se dan a cada nombre (16) y tampoco hemos podido localizar espacialmente la mayor parte de los topónimos menores, en gran medida porque muchos de ellos proceden del Catastro del Marqués de la Ensenada, fuente que por sus características formales no facilita la ubicación de los topónimos, al contrario, la convierte en un trabajo excesivamente complejo y muy laborioso. No obstante, no hemos dejado completamente de lado la consulta oral, que nos ha permitido añadir un buen número de topónimos a la relación que habíamos elaborado a partir de las fuentes documentales y que nos ha permitido confirmar algunas de las explicaciones que ofrecemos sobre algunos topónimos.

GEOGRAFÍA DE UDÍAS

A lo largo del tiempo, los habitantes del valle de Udías fueron nombrando el territorio en el que vivían y en el que desarrollaban sus actividades de subsistencia. Los topónimos menores de los que nos ocuparemos bajo este epígrafe son los que surgieron del conocimiento y la descripción del espacio geográfico que habitaba el hombre; conocimiento de gran importancia en una sociedad rural tradicional ya que el medio geográfico posee un papel de primer orden en la organización del espacio productivo a través del tiempo (17).

1. MORFOTOPÓNIMOS

Los morfotopónimos son aquellos topónimos que se refieren a las formas del relieve. Los orotopónimos son los términos empleados para denominar las alturas y las elevaciones del terreno. Hacen referencia a las montañas los topónimos que incluyen la palabra castellana *monte*, del latín *mons*, *montis*, que según el DRAE se refiere a una “grande elevación natural del terreno” (aunque algunas veces es difícil de distinguir de un fitotopónimo) y los que incluyen la palabra *sierra* o el término dialectal *jerra*, sinónimo del anterior (presenta la palatalización de la /s/ propia de la zona occidental de Cantabria aunque no exclusiva de ella), que se refiere según el DRAE a una “cordillera de poca extensión” o a una “loma o colina”. Aparecen topónimos como **Monte Corona**, **Monte de los Anales**, **Peña Monteros**, **Monte del Robledal**, **La Sierra**, **La Sierra el Pente**, **El Santo de la Jerra**, **La Losa de la Jerra**, **Praos de la Jerra**, **La Cerrada de la Jerra**, **Lan de Jerra** o **Landijera**. Algunos topónimos incluyen la palabra *pernal*, que es la estribación de una montaña (18). Son **El Pernal**, **El Pernal de la Cueva** y **El Pernal del Fresno**.

No obstante, existe otra acepción para la palabra *pernal* -rama gruesa en que se divide el tronco de los árboles (19)- que también nos parece apropiada para interpretar estos topónimos, sobre todo **El Pernal del Fresno**. Los orotopónimos más claros son los que incluyen la palabra *alto*, como **El Alto de Llarna**, **El Alto de la Pedrosa**, y **El Alto de Peña Monteros**. Los orotopónimos más abundantes en Udías son los de raíz prerromana. Así, encontramos muchos topónimos que incluyen la palabra prerromana *cueto* -**El Cueto**, **Los**

Cuetos, Cuetón, El Cuetuco- o sus derivados *cotero* y *cotera* -**La Cotera, La Cotería, La Coterona, La Coteruca, El Coteruco-**. Son muchos los compuestos que incluyen los términos *cotera* y *cotero*, como **Cotera Mollano, Cotera la Roza, Cotera del Real, Cotera de Nava, Cotera de la Pila, Cotera de Trespando, El Coteruco de la Cotera, Coteruco de la Cueva, El Cotero de Nava** y otros. Este término *cotero* se refiere, según el DRAE, a un “cerro bajo pero de pendiente rápida”. Pueden también estar relacionados con estos términos *cueto*, *cotera* y *cotero* los topónimos **Cutajería y Cutalbo** -este último un compuesto formado quizá por las palabras *cueto* y *albo* (blanco)-. Algunos topónimos se deben al apelativo *peña* -del latín *pinna*, “almena” o del céltico *penno*, “cabeza”-, como son **Peña Monteros, Peña Castillo, Peña Muriel, Peña Rubia, Peña Mellera, Peña Taberna, La Peña, La Peñaza, La Peñona, La Peñuca, La Peñera, Bajo la Peña y Solapeña**. Los apelativos romances *pando* -del latín *pandus-a-um* “encorvado”, “cóncavo” y *loma* -del latín *lambus* “parte inferior y central de la espalda”, que según el DRAE se refiere a una “altura pequeña y prolongada”- aparecen en topónimos como **Pando, Panducu, Trespando, La Cotera de Trespando y La Loma**.

Otros apelativos como *otero* -del latín *altus*, que según el DRAE designa a un “cerro aislado que domina un llano”-, *colina* -del latín *collis*- y *maza*- del latín vulgar *mattea*- también están representados a través de topónimos como **Otero, Colina, Culina y Peromaza**. Algunos orotopónimos se deben al término *castro* -del latín *castrum*-, que hace referencia a un afloramiento de piedra pero también a un lugar elevado. Algunos son **El Castro, Tras el Castro, Castrajón y Castro la Morro**. Por último, debemos señalar que son también orotopónimos **La Espina, Pico Cornejera, La Cornejá, La Morro, La Cupina** -quizá del término *copa*-, y **La Curnillera**. Otros morfotopónimos se refieren a los declives del terreno y a los pasos entre montañas. Son bastante abundantes los topónimos que incluyen el término *cuesta* o *cuesto*, del latín *costa*, “costilla” que posee la acepción romance de “costado o lado de una montaña” o “terreno pendiente” (20) y que aparece en topónimos como **La Cuesta, La Cuesta de Canales, La Cuesta de Hoyos, La Cuesta de la Losa, La Cuesta la Meana, Prado de la Cuesta, Cuesta del Zapatero, El Cuesto, El Cuesto de Novalín, Cuestón y Cuesta el Sol** -éste último denominado también

Cuesta Sol o Costal Sol-. El topónimo **Costanuco** remite al término *costana*, que se refiere al lugar que está en cuesta, especialmente en las faldas de los montes cercanos a un río (21). Se refieren a los pasos entre montañas los términos *collado* y *collada* -del latín *collis*-, que encontramos en los topónimos **El Collado y Coyajón**.

Los morfotopónimos que sirven para designar los terrenos llanos son varios. La palabra *llano* -del latín *planus-a-um*- la encontramos en el nombre de uno de los barrios de Udías, **El Llano** -efectivamente, se halla emplazado en el fondo del valle, aunque no es un pueblo situado en terreno completamente llano- y en otros topónimos menores como **Llano, Llano Bardal, Llano de Bárcena, Llano de Hontanía, Llantojo, Llanuco y Llanío**. Aparece también el género femenino, *llana*, en los topónimos **La Llana, Llana de Atrás y Las Llanas**. El término prerromano bárcena -del étimo (i)bar-kena-, que se refiere al terreno llano que se extiende junto a un río, aparece en topónimos como **Bárcena y El Barcenal** y de hecho el primero es el nombre de una miés, entre El Llano y Cobijón, junto a la que discurre un río.

El apelativo *rasa*, que se refiere a un llano elevado sobre el valle, lo encontramos en el topónimo **El Bardal de la Rasa**. Procede del participio latino *rasus-a-um*, de *radere* “raer”, “afeitar” (22). Los morfotopónimos que se refieren a las depresiones del terreno son muy numerosos en Udías. Son apelativos usuales los términos castellanos *hoyo* y *hoya*, el latín *fovea*, que aparecen en topónimos como **La Hoya Bajera, La Hoya del Calero, Las Hoyas, Hoyo Cuetón, El Hoyo, Hoyos, Los Hoyos, Hoyoco Bajo, Hoyón, El Hoyo de Jumayor, El Hoyo de la Cotería, El Hoyo de la Tejera, El Hoyo de las Vacas** -que designaría una torca en la que se depositan los animales muertos, como es costumbre en el país- **El Hoyo de los Nozales, El Hoyo de San Juan, El Hoyo del Alba, El Hoyo del Agua y El Hoyo Mayor**. Alguno de estos topónimos, sobre todo aquellos que incluyen el término femenino *hoya* y el dialectal *joya*, podrían referirse a la elaboración de carbón vegetal. De hecho, las *Ordenanzas* del Concejo de Udías de 1714 mandan que “qualquiera persona que hiziere carbon, pague por cada oya (...) y tales hoyas, el que las hiziere, las buelva a tapar, so pena de que si no lo hiziere, sea castigado” (23) y las *Ordenanzas* de 1749, de la misma manera, establecen que cualquier vecino “que hiziese una oya de

carbón para venderlo fuera de este dicho concejo, le puedan prender (...) y hazerle tapar la joya; y los herreros del concejo puedan hazerlo libremente, de leña muerta y tapando las joyas” (24) (*vid. infra* los topónimos que incluyen *joya*). Probablemente el topónimo **El Ojo Negro** incluya en su término ojo un sinónimo de la palabra *hoyo*, aunque en la toponimia puede aparecer la palabra ojo en la acepción figurada “abertura o agujero”, recogido por el DRAE, y de lo cual existen algunas muestras en la toponimia menor de Carranza (25). No obstante, formas intermedias de este fenómeno dialectal las encontramos en las formas **Ujicárabu** y **Ujucárabo** -correspondientes a **Jucárabu**, **Hoyo del Cárabo**-.

Merecen especial atención los topónimos y variantes que presentan las formas dialectales *joyo/a*, *juy*, *juyo* y *ju*, compuestas, y relacionadas todas con la palabra *hoyo/hoya*. Son **La Joya**, **Las Joyas**, **El Joyaco**, **La Joyata**, **Joyo del Agua**, **Joyo San Juan**, **Joyo Viloña**, **La Joya de la Coterá**, **Joyolateja**, **Joyos**, **Los Joyos**, **Joyón**, **Joyoto**, **El Joyuco**, **Jucárabo** o **Jucárabu**, **Jucaque**, **Jucurtines**, **Julateja**, **Julatejera**, **Jumarel**, **Jumayor**, **Julojoyos**, **Jufresno**, **Junozales** o **Junuzales**, **Jusanjuán**, **Juyuco**, **Juyuco el Alba**, **Juicolalba**, **Juicortines**, **Juimayor**, **Juiportillo**, **Juisanjuán**, **La Molina de Juilateja**, **Juyo la Teja**, **Juyurín**. Relacionados con el adjetivo *hondo*, se hallan los topónimos **El Hondal** o **La Hondal**, **Cotajondón** y **La Jondul**. Según García Lomas (26) la *hondal* es la parte baja de un terreno en cuesta o una hondonada. Aparecen algunos topónimos -**Los Torcos**, **El Torcón**, **Las Torcajas**, **Las Torgas** y **Torcajes**- relacionados con los términos *torco* y *torca*. La *torca* es la concavidad formada en las montañas por la unión de unas peñas con otras, pero también se refiere el término a las fosas naturales en las que se entierra a los animales (27). El término *torco* es sinónimo de *torca*, pero también sirve para designar un hoyo pequeño en el que pueden atascarse las ruedas de la carreta (28).

Algunos topónimos incluyen los términos *valleja* y *vallejo* -del latín *vallis-is*, “valle, cañada”, que designan una hondonada en vertientes suaves por las que discurren los regatos en las avenidas (29). Son **La Valleja**, **El Vallejo**, **La Portilla de la Valleja** y **Mier de la Valleja**. Los topónimos relacionados con la existencia de cuevas -del latín arcaico *covus*- son varios, no en vano el de

Udías es un paisaje kárstico en el que abundan las grietas y las cavidades. Además del nombre de uno de sus barrios, **Cobijón** -ya explicado-, encontramos topónimos como **La Cueva, Las Cuevas, Cueva de las Cáscaras, Cueva del Rescaño, Cueva Palomar, Cueva Redonda, Cueva de los Franceses, El Pernal de la Cueva, Coteruco de la Cueva y Entre Cuevas.**

2. GEOTOPÓNIMOS.

Son los topónimos que se refieren al tipo, material y composición del terreno. Son muchos los apelativos que se refieren a la piedra -del latín *petra*-, como **La Piedra, La Piedra Blanca, La Pedraja, La Pedrosa, Alto la Pedrosa, La Sempedriz y La Zumpedriz.** Aparecen también topónimos relacionados con el terreno pedregoso que remiten al étimo prerromano **kar(r)*; entre ellos **Carriezo.** Probablemente también procede de esta misma raíz el apelativo *garma*, que encontramos en los topónimos **La Garma, Las Garmas, Garma Atravesada y La Garmona.** Por otro lado, el apelativo *gándara* -también prerromano- da origen a **La Gándara.** Los apelativos *losa* -del prerromano *lausa*, “piedra”, “pizarra”-, *canto* -voz prerromana de origen céltico- y *lastra* -de origen prerromano incierto-, aparecen en **La losa, La Losa de la Jerra, Fuente Losa, Traslalosa, Los Cantos, Trescantos y Las Lastras.** No obstante lo dicho, las palabras *losa* y *llosa* parecen ser sinónimas en Udías, con lo que la *losa*, del latín *clausa*, podría ser “el terreno dedicado a pastos o a otros aprovechamientos, tales como leña, despejado de accidentes, y al que suelen acudir los ganados o personas para su aprovechamiento, ya que suele ser cómodo, llano y próximo a las casas” (30). Las Ordenanzas de 1628 contienen esta acepción, ya que ordenan que “todas las losas partidas de las mieres, que son ejidos, los valuen sus dueños por sus sietos” y que “ninguno lleve una losa más de tres años” (31). El topónimo **La Lancha** se refiere a una piedra llana y delgada (32) -en las ordenanzas de época moderna se menciona la colocación de lanchas en los linderos de las heredades para evitar que el agua de los riegos entre en los prados colindantes-, y el topónimo **Los Longares** nos remite al término *longar*, que hace referencia a una piedra más larga que ancha (33). A las piedras fragmentadas y de pequeño tamaño o *cascajos* se refiere el abundancial **El Cascajal.** La *arena* -del latín *arena*- aparece en topónimos como **La Arena, Las**

Arenas y El Arnero. La *cal* da origen a **El Calero y La Calerona**. Relacionados con los humedales aparecen los topónimos que incluyen las palabras *molledo* o *molleda* -del latín *mollis-e*, “suave”, “blando”-; se refieren, por tanto, al barro o a terrenos de consistencia blanda (34) topónimos como **Molleda, Hoyo Molleda, La Fuente de Molleda y Molledo**. A terrenos húmedos nos remiten también los topónimos **La Poza, Pumallaguín y Mata de Llaguno** -estos últimos se refieren a un terreno lagunar-. Por último, el topónimo **Las Argayadas** hace referencia a un terreno con *argayos* o corrimientos de tierra.

3. HIDROTOPÓNIMOS.

Los hidrotopónimos son los topónimos que hacen referencia al agua. Incluyen la palabra castellana agua, del latín *aqua*, los topónimos **Aguarones, Aguaduchu, Pozo del Agua, Hoyo el Agua, Joyo del Agua, Julagua y Juylagua**. Los topónimos que nos remiten a la palabra *río* y por tanto a corrientes de agua son **El Río, El Río de Novalín, Rolapila, Rocanales o Rucanales y Rucanal**. Los topónimos **La Reguera, El Reguero o El Riguero** se refieren a los lugares húmedos en los que se suele formar un arroyal cuando llueve (35). Parecido significado tiene el topónimo **Los Regatos**. **La Meana** es el nombre de un prado cercano a un riachuelo e incluye la palabra *meana*, que designa a las “fuentes que manan poco agua”. A terrenos que se mojan, bien por el agua de lluvia o más probablemente por el agua que se desborda de los ríos se refieren los topónimos **La Mojadiza, La Redonda Mojadiza y Las Mojadizas**. Son varios los topónimos que se refieren a las surgencias de agua o a *fuentes*. Algunos son **La Fuente, Las Fontanillas, Fuente de los Pobres, Fuente del Llano, Fuente de Molleda, Fuente de Zumpica, Fuente del Sapu, La Fuente del Cura, Fuente la Teja, La Fuente los Regatos, Fuente Sabel, La Fuentona, La Fuente de Canales y Casa de la Fuente**. La importancia de las fuentes en una sociedad rural agrícola y ganadera como la de Udías es notable. Las ordenanzas de 1893 indican la imposición de una multa a quienes “ensuciaren las fuentes públicas o sus inmediaciones” y a quienes “lavaren en ellas ropas u otros efectos” (36) . El topónimo **Hontanía o Fontanía** se refiere al

lugar en el que hay muchas fuentes y manantiales (37). Aparece el término *hontanía* en algunos topónimos como **El Llano de Hontanía**, **La Pradera de Hontanía**, **La Portilla de Hontanía**, **Ontanía** y **Jontanía**. Otros topónimos relacionados con las fuentes son **La Jontana**, **La Juntana** y **Juntanillas**. Los topónimos que incluyen la palabra *pozo* pueden referirse al agua, pero también a la minería (*vid. infra*). Quizá relacionados con el agua tenemos **El Pozu**, **Pozu Hondu**, **El Pozo del Amu**, **El Pozo del Agua**, **El Pozo de María García** y **Prado del Pozo**. Algunos topónimos se refieren a las infraestructuras hidráulicas, como **La Presa**. Otros hacen referencia a las actividades relacionadas con el agua como energía mortiz, como los que incluyen la palabra *molino* (*vid. infra*). El topónimo **Aguaduchu** se refiere a la abertura o tragante abierto al nivel del suelo en las paredes de las fincas rústicas que lindan con carreteras destinado a dar entrada en aquellas a las aguas pluviales, para aprovecharlas como abono o como riego (38).

4. TOPONIMIA DEBIDA A LA SITUACIÓN RELATIVA.

Bajo este epígrafe incluimos aquellos topónimos que denominan a un lugar a través de su situación relativa en el espacio. Las formas *arriba*, *abajo/bajo*, *afuera/fuera* y *atrás* aparecen en los topónimos **La Huerta de Arriba**, **Miés de Arriba**, **El Molino de Abajo**, **La Huerta de Abajo**, **Casa de Abajo**, **Bajo la Peña**, **El Corral de Abajo**, **La Granjuca de Abajo**, **La Huerta de Afuera**, **La Huerta de Atrás**, **La Granja de Atrás** y **Llana de Atrás**. Algunos topónimos incluyen las preposiciones medievales *soma/so*, la primera del latín *summus* “el más alto”, que según el DRAE se refiere a “lo más alto de una cosa” o significa “encima de” y la segunda del latín *sub* “debajo de”, presentes en **Socarnero**, **Soma Ruias**, **Somavía**, **Somaviñas** y **Soñanes**. La posición también se indica con la palabra castellana *sobre*, en **Sobre el Molino**. Quizá la preposición *so* se encuentre también presente en los topónimos **Solamata** (“sobre el lugar denominado La Mata”), **Solalinde**, **Solaventa** y **Solapeña**. No obstante, los anteriores, junto con el topónimo **Solatorre**, pueden remitir a la palabra castellana *sola*, “única en el lugar”, “exenta”, o incluir la preposición de origen latino *sub*, “debajo de”. Con la palabra *allende* “del latín

5. **FITOTOPONIMOS.**

Son los topónimos que se refieren a la vegetación. Los topónimos que se refieren a las especies y masas arbóreas son bastante numerosos. Al *haya* nos remiten los topónimos **La Hayuela y Sel del Haya**. Se refieren al *roble* los topónimos **Monte del Robledal, Robredo o Robreu, La Rebolleda, La Rebolluca o Rebulluca, El Tocio o Tociu, El Tocial y Tucial**. Probablemente también se refiera al roble el topónimo **Albarias**, ya que *albar* es el nombre que recibe la cajiga de grandes dimensiones que no se ha podado nunca (39) y consta en los registros que se refieren al Monte Corona, pero también a otros montes de Udías como Oyaguin y Pilurgo, la existencia de la especie roble albar desde época moderna. Se refieren al *fresno* los topónimos **El Fresno, Pernal del Fresno y Jufresno**; al *cerezo*, **El Cerezo**; al *guindo*, **Los Guindales**; a la *encina*, **Suencina**; al *aliso* -voz de origen prerromano-, **El Alisar y El Alsar**; al *acebo*, **El Acebal, La Cebosa** (sic) -acebosa- y **Los Acebales**; al *peral*, *perujo* o *pirujo*, **El Perojal, El Perujal, El Pirujal, y Granjas del Pirucal**; al *nogal* o *nozal*, **Los Nogales, Los Nozales, La Nozalera, Junuzales, Hoyo de los Nozales** y otros; al *castaño*, **El Castañar o Castañal, Mata Castañar o Mata Castañal, Tierras del Castañar, La Castañera, los Castañeros y La Castañerona**; al *sauce*, **La Salceda y La Salcera**; y al *saúco*, **El Saúco, El Saú, El Sabugo y El Saúgo**. De la importancia del monte en la economía de este espacio rural cantábrico nos da idea una de las disposiciones de las Ordenanzas

5. FITOTOPÓNIMOS.

Son los topónimos que se refieren a la vegetación. Los topónimos que se refieren a las especies y masas arbóreas son bastante numerosos. Al *haya* nos remiten los topónimos **La Hayuela y Sel del Haya**. Se refieren al *roble* los topónimos **Monte del Robledal, Robredo o Robreu, La Rebolleda, La Rebolluca o Rebulluca, El Tocio o Tociu, El Tocial y Tucial**. Probablemente también se refiera al roble el topónimo **Albarias**, ya que *albar* es el nombre que recibe la cajiga de grandes dimensiones que no se ha podido nunca (39) y consta en los registros que se refieren al Monte Corona, pero también a otros montes de Udías como Oyaguin y Pilurgo, la existencia de la especie roble albar desde época moderna. Se refieren al *fresno* los topónimos **El Fresno, Pernal del Fresno y Jufresno**; al *cerezo*, **El Cerezo**; al *guindo*, **Los Guindales**; a la *encina*, **Suencina**; al *aliso* -voz de origen prerromano-, **El Alisar y El Alsar**; al *acebo*, **El Acebal, La Cebosa** (sic) -acebosa- y **Los Acebales**; al *peral*, *perujo* o *pirujo*, **El Perojal, El Perujal, El Pirujal, y Granjas del Pirucal**; al *nogal* o *nozal*, **Los Nogales, Los Nozales, La Nozalera, Junuzales, Hoyo de los Nozales** y otros; al *castaño*, **El Castañar o Castañal, Mata Castañar o Mata Castañal, Tierras del Castañar, La Castañera, los Castañeros y La Castañerona**; al *sauce*, **La Salceda y La Salcera**; y al *saúco*, **El Saúco, El Saú, El Sabugo y El Saúgo**. De la importancia del monte en la economía de este espacio rural cantábrico nos da idea una de las disposiciones de las Ordenanzas

de 1594 que dice que “en las penas del monte, cada acusador sea creydo, aunque sea hembra y pequeña” (40). Las *Ordenanzas* de época moderna del concejo de Udías nos ofrecen algunos testimonios acerca de la importancia de algunos de los árboles anteriormente mencionados, sobre todo de los castaños, robles y acebos. Las castañas -frutos del castaño- y las bellotas -frutos del roble y de la encina- formaban parte de la dieta diaria de los habitantes del valle, por lo que existen disposiciones acerca de la multa que debe pagar quién apañe landes -bellotas- o castañas montesinas en los términos del concejo o quién “derroque castañas aguenas (sic) y las apañe” (41). Por otro lado, son muchas las disposiciones acerca de la tala de árboles: las *Ordenanzas* de 1594 establecen una multa para el dueño del animal que “roya o rebiella algun arbol” (42); para quién derribe “una cajiga por el pie” sin permiso del concejo y establecen la obligación de plantar “por cada roble dos cajigas en el primer plantío” para quién derribe con permiso; prohíben que se derriben “vigetas de roble o de castaño montesino”, “carros de leña verde de roble o castañar montesino” (43); y prohíben que se pueda cortar “para anzeas y para leña, ni para madera, que hallare caída en nuestro termino propio, si la tal madera tubiere seis codos” (44). De la misma manera, establecen multas para quien “puniere fuego a cajiga” y para el que “quemare azevos” (45). La tala de acebos queda prohibida “dende el dia de Santo Thorivio de Abril arriba” (46). Las tres especies, castaños, robles y acebos, son objeto de protección en estas ordenanzas, hasta tal punto que uno de sus capítulos prohíbe que se siegue helecho en las dehesas y montes del concejo, especialmente debajo de roble o castañar (47). Sabemos que durante el siglo XVIII se talan árboles en los montes y dehesas de Udías para la Fábrica de Reales Bajeles y también que se saca corteza de los montes del concejo, pero además que el bosque proporciona alimentos y materias primas de gran relevancia para la vida de los pobladores del valle y de ahí viene la importancia de la reglamentación de los montes comunales.

Son varios los topónimos que se refieren al manzano y que remiten, bien al término castellano manzana bien al término latino *poma*, que parece ser algo más amplio y designar genéricamente al lugar en el que hay frutales -entre ellos el topónimo mayor **Pumalverde**, ya comentado-. Son **El Manzanal**, **Pumar**, **Pumaermor** -también denominado **Pumahermor**, **Pumalmor**, y **Pumaermón**-

y **Pumallaín** -también denominado **Pumallán, Pumallén, Pumallaguín y Pumalaín-**. Pueden referirse también al árbol que nos ocupa los topónimos *La Madilla* y *La Mailla*, ya que tal vez remitan al término dialectal *maella* o *mailla*, que sirve para designar a las manzanas silvestres (48). **La Piñera** puede referirse al fruto de los pinos, denominado *piña*. Se suele denominar *teja* al tilo silvestre (*Thilia europea* L.) (49) con lo que los topónimos **La Teja, Julateja, Julatejera, Juyo la Teja, El Canal de la Teja, Fuente la Teja** -que también pudiera referirse a la colocación de una teja árabe en el caño de salida-, **La Molina de la Teja y Prao Teja**, pueden referirse a ese árbol. Del mismo modo, el topónimo **El Regañal** puede remitir al término *regaña*, que sirve para designar a la endrina, pruna o fruta similar (50). No obstante lo dicho, existen otras hipótesis en torno a estos topónimos que podrían relacionarlos con otros términos no fitonímicos.

Algunos topónimos hacen referencia a las masas arbóreas; son los que incluyen las voces *monte* y *mata*, como **Monte Corona, Monte de los Anales, Peña Monteros, Monte del Robledal, Las Matas, Mata Castañar, El Matojo, Barrio de la Mata, La Mata de Llaguno, Solamata y El Matazano**. Los fitotopónimos que se refieren a los arbustos y a las herbáceas son también bastante numerosos. Aparecen representados el *escajo*, a través de los topónimos **Escajedo, Escajero, La Pradera de Escagedo, El Santo de Escajedo y El Helguero de Escajedo**, y el *tojo* -voz prerromana-, a través de los topónimos **El Tojo, El Tojorio, El Tojo Quemao y Llantojo**. No obstante lo dicho, debemos tener en cuenta que *tojo* es una palabra que sirve también para designar al árbol quemado o ahuecado por la cárcoma y al tronco grueso cortado (51). En lo que se refiere a los topónimos anteriormente comentados, no puede descartarse esta interpretación, sobre todo en el caso de **El Tojo Quemao**. Algunos topónimos se refieren al *helecho*, como **Las Helgueras, Los Helgueros, Los Ilgueros, El Helguero de Escajedo y La Jilguera** (La Helguera). No obstante, la palabra *helguero* designa también a los terrenos desiguales, sin cultivar, llenos de rozo o helechos (52) y a las parcelas de monte que se dedican al aprovechamiento de árgomas. De este aprovechamiento tenemos algunas noticias que nos proporcionan las Ordenanzas de época moderna. Las del año 1594 prohíben segar helecho en las dehesas y montes del concejo, sobre todo debajo de roble o castañar

(53); otras ordenanzas posteriores recogen similares disposiciones, hasta las de 1772 que “ordenan que ningun vezino o natural sea osado a segar rozo, helecho ni otra cosa en los montes, particularmente bajo de robles o azebos, con rozon alguno, por evitar el que no se estorbe el aumento de robles” (54). Además, las Ordenanzas de 1594 dicen que “... si alguno dejare de labrar o zerrar algún propio o elguero del concejo (...) para no le perder, baste qualquiera obra que en los tales propios hiziese, aunque no sea mas de una lan de elecho” (55). Otros topónimos se refieren a las *bardas* (zarzas), como **Llano Bardal y El Bardal de la Rasa**. Las *Ordenanzas* de 1594 dicen que “el que puniere fuego a un bardal, lo diga primero a su dueño; y si estubiere junto a tal bardal, árboles, o sieto, o si biada, so pena del daño que diere, y mas sesenta maravedis para el conzejo” y las *Ordenanzas* de 1893 señalan que “los que posean fincas lindantes con arroyos y riachuelos habrán de tener siempre al lado de dicha linde, limpio de toda clase de zarzas y maleza que pueda servir de obstáculo o entorpecimiento a la corriente de las aguas...” (56). A los frutos silvestres denominados *moras*, frecuentes en los zarzales o bardales, se refiere el topónimo **Los Morales**. A otra especie espinosa, el *rosal*, nos remite el topónimo **Rosaluco**. Si se trata de un fitónimo -y no de un litónimo-, debemos mencionar también aquí los topónimos que remiten a la voz *cándano* (de origen prerromano céltico) -**El Cándano, Los Cándanos**-, ya que podrían hacer referencia a los restos carbonizados o secos de materias arbustivas (57). Al *rozo*, según el DRAE “hierbas o matas que se obtienen de rozar un campo”, nos remite el topónimo **El Carro Rozo**, motivo principal de una historia transmitida por la tradición popular hasta el presente y recogida en la literatura por Juan Sierra Pando en 1915 (*vid.* bibliografía). Cuenta la historia que un vecino de Toporias fue a sacar un carro de rozo de aquel lugar (a pesar de que sus vecinos, por ser fiesta, le habían aconsejado que no unciera la pareja de bueyes) y que a la vuelta, cuando regresaba a casa maldijo a Dios y éste le envió un rayo que dejó petrificados al carretero, a su hija, a la pareja de bueyes, al carro cargado de rozo y a un perro. El lugar se llama **El Carro Rozo** porque los vecinos del valle afirman que aún puede verse el carro entre las piedras de aquel castro.

6. ZOOTOPONIMOS

Son los topónimos que se refieren a las especies animales. Algunos de ellos se refieren a las especies relacionadas con las actividades ganaderas y pastoriles. Son **Cubil de la Puerca**, **Mano los Bueis** (bueyes), **El Hoyo de las Vacas**, **Mina del Becerro**, **Carnero**, **Socarnero** y **La Cabriterera**. Otros se refieren a las aves y a otros animales salvajes. Así, **Jucárabu** se refiere al *cárrabo* (*Strix aluco*) o autillo; **La Bonita** a la *bonita* o comadreja (58); **Topín** o **Tupín** al topo y **Cueva del Palomar** a las palomas.

POBLAMIENTO Y ACTIVIDADES

La toponimia menor también refleja la estructura de poblamiento del Valle de Udías y sobre todo, nos informa de las actividades agrícolas, ganaderas, mineras, comerciales y mercantiles llevadas a cabo en su territorio a lo largo del tiempo.

1. TOPONIMIA DEL POBLAMIENTO

Al comienzo de este artículo, en el epígrafe que se refiere a la toponimia mayor, hemos incluido la explicación que ofrece Alberto González para los nombres de los barrios que conforman el actual municipio de Udías (*vid. supra*). Son nueve barrios; **Barrio de la Virgen**, **La Hayuela**, **Pumalverde**, **Cobijón**, **Rodezas**, **Canales**, **Toporias**, **Valoria**, y **El Llano**.

Se refieren a los núcleos de población los topónimos que incluyen el término *barrio*; entre ellos el topónimo mayor **Barrio de la Virgen**, y otros como **Barrio de Abajo**, **Barrio de la Iglesia** -que puede referirse al propio Barrio de la Virgen-, **Barrio de la Mata**, **Barrio de San Bartolomé** y **La Torre del Barrio**. Aparece también el término *aldea*, de origen árabe, en el topónimo **La Aldea**. De hecho, la palabra aldea aparece en las *Ordenanzas* de 1594, en el capítulo que ordena que deben elegirse “un cabrón para las cabras y un berraco para las puerkas y sean los mejores a la vista de rejidores y vezinos de tal aldea...” (59). Los términos *casa*, *granja*, *torre* y *castillo* aluden también al poblamiento y a la arquitectura; los encontramos en los topónimos **Casa de Abajo**, **La Casa de la Fuente**, **La Casa de la Pila**, **El Casar**, **Los Casares**, **Las**

Casas del Castro, Las Casas Nuevas, Casa Tierrosa, Junto a las Casas, Tras de Casa, Trescasa, La Casuca, La Torre, La Torre del Barrio, Prado la Torre, Solatorre, Traslatorre, Las Granjas, La Cerrada de la Granja, Las Granjas del Pirucal, Granja Manuel, La Granja de Atrás, La Granjuca de Abajo, Granjucas y Peña Castillo. Se refiere también a la arquitectura el topónimo **La Columna**. Al *solar*, según el DRAE, “terreno donde se ha edificado o que se destina a edificar en él” nos remite **El Solar**. Las *callejas* son los caminos estrechos entre las viviendas; aparece en los topónimos **La Calleja**, **La Calleja del Diestro** y **La Callejona**. Aunque estos topónimos pueden proceder del latín *callis*, “vaguada” y en este caso no tendrían por qué corresponder a una vía (60). El término *corral*, que se refiere a una estructura adosada a la casa o cercana a ella, lo encontramos en el topónimo **El Corral de Abajo**. Las *Ordenanzas* de 1594 establecen que “cada vezino que tubiere vacas corraliegas en casa, aga corral, a dicho de hombre, dende primero de Abril asta mieres abiertas” y establecen una multa para los dueños del “ganado que fuere allado de noche fuera de corral (...) salbo si se desmando de la guarda del pastor e no lo pudo recoger de las llosas o portadas” (61). A la edificación en la que guardaban sus aperos los peones camineros se refiere el topónimo **La Caseta**, que está enclavado en el Monte Corona.

2. COMUNICACIONES Y LÍMITES

Las comunicaciones son importantes porque conectan unos pueblos del valle con otros y dan acceso a los campos de cultivo y praderías de pastos. Por otro lado, los límites fijan el territorio del concejo, distinguen la propiedad privada de la comunal y el territorio de unos y otros barrios o pueblos. Las *Ordenanzas* de 1594 atribuyen a los alcaldes la capacidad de sentenciar en cualquier diferencia que hubiere en el concejo acerca de “zerrar heredades o propios o plantar o alargar caminos, callejas o salidas o canberas o pasajes con carros o a pie y otra qualquiera cosa semejante” (62) y a la vez que ordenan que los vecinos sean llamados “a aderezar caminos” y a “ir a prender a quien dañare nuestros términos (los del concejo de Udías)” (65). Los vecinos del concejo deben contribuir a la conservación de estos caminos; similares disposiciones a las de 1594 las encontramos en otras *Ordenanzas* de época moderna de Udías e inclu-

so en las *Ordenanzas* de 1927, en un artículo que dice que “todos los vecinos están obligados a trabajar o a contribuir equitativamente al pago de trabajo que sea necesario para la conservación y limpieza de los caminos vecinales que no estén al cuidado de la Diputación Provincial o el Estado...” (64).

Los caminos existentes deben ser conservados. Las *Ordenanzas* de 1594 establecen que “ninguno pueda pasar, de a pie ni cargado, por las heredades y prados, hiziendo por ellos caminos, ni en otra forma, sin que baygan por los caminos antiguos” (65). Parecidas disposiciones encontramos en otras *Ordenanzas* posteriores. Así, las *Ordenanzas* de 1772 establecen que “quando fuere combeniente de coger el fruto del maíz y demas frutos (...) los vezinos y naturales que entren a coger en las mieses maiores, no rompan (abran) cambera, sino que an de sacar la maíz al hombro o en la cabeza a las camberas conzejiles y a sus carros; y si estos tubiesen sus tierras lindando con cambera conzejil, puedan meter el carro en ellas, pero sin romper (abrir) cambera por heredad de algun otro vezino, aunque le deba cambera...” (66).

Las camberas no son caminos empedrados por lo que, en las *Ordenanzas* de 1772, encontramos algunas disposiciones encaminadas a su conservación. Así, el texto prevee castigar a “qualquiera que teniendo camberas para el cultivo de sus heredades, lo haga (entrar o salir) estando el tiempo llobioso (sic) y el campo mojado...”. Del mismo modo, su apertura y cierre posee gran importancia, ya que dan acceso a los campos de cultivo. Las mismas *Ordenanzas* establecen que todas las camberas de las heredades o prados de las mieses y praderías concejiles “se cierran y esten cerradas para el día veinte y quatro de abril, y se mantengan zerradas en dicha forma desde dicho veinte y quatro de abril hasta el tiempo que se heche la cosecha del maíz, y que entonces se buelban a abrir dichas canberas, para que cada uno, por donde la tenga, pueda sacar los frutos...” (67). Por otro lado, ya las *Ordenanzas* de 1594 señalaban que “los (vecinos) del conzejo ni los de fuera, quando entrarèn en la mier, vaygan cada uno por su canbera antigua y no hagan otra...” (68).

Puede referirse a un camino empedrado, *concha*, el topónimo **Miés de las Conchas**. Los caminos para carros se denominan *carrera* y *carrejo* -del latín vulgar *carrus*, de origen galo-; algunos topónimos relacionados con estos términos son **La Carrera, Las Carreras y Carrero**. Otros topónimos como **La**

Carrada, La Carrá y Las Carrás se refieren a la *carrada*, o servidumbre entre dos fincas (*hazas*) en que uno de los dueños tiene derecho a pasar una rueda del carro sobre la rueda vecina (69). Las *Ordenanzas* también se refieren a estos caminos. Así, las *Ordenanzas* de 1749 establecen que los regidores deben “mandar componer las callejas, carradas y caminos públicos, y que unos y otros estén bien linpios y compuestos y desocupados...” (70). Las voces que se utilizan para denominar a los pasos de los ríos son *punte* y *vado*. Aparecen en los topónimos **La Puente, Puente el Llano, Puente la Cueva, Río del Bao y Braña del Bao**. Encontramos también el topónimo **Boo** o **Bo**, voz derivada de *vado*. El topónimo **Las Cabadas** puede remitir al término *cava*, que se refiere al paso estrecho en un río, donde el cauce está excavado (71). Los topónimos que se refieren a los límites incluyen las palabras *linde* y *giso* -dialectal sinónimo de *hito*-; son **Solalinde y El Gisón**. A estos límites se refieren las *Ordenanzas* de 1893, en un artículo que dice que “nadie podrá destruir, variar o alterar los hitos o mojones con que se deslindan los terrenos de los barrios o aldeas entre sí, o con las heredades particulares” (72) y las *Ordenanzas* de 1927 a través de otro artículo muy similar, que señala que “está prohibido variar, alterar o destruir los mojones, hitos o estacas, que sirvan para delimitar los bienes de propios y comunales, los que delimiten terrenos de los pueblos o barrios y los generales que delimiten el término municipal...” (73).

Por último diremos que las *ventas* son establecimientos comerciales, también dedicados a atender al viajero y situadas al pie de los caminos, y que encontramos la palabra en topónimos como **Solaventa, La Venta y Prado de la Venta**.

3. ACTIVIDADES AGROPECUARIAS

Comentaremos bajo este epígrafe los topónimos relacionados con la actividad agrícola y ganadera en Udías. Se refieren globalmente a estas explotaciones agropecuarias los topónimos que incluyen el término *granja*, como **La Granja, Las Granjas, La Granja de Atrás, Granja Manuel, Las Granjucas, La Granjuca de Abajo, Las Granjas del Pirucal y La Cerrada de la Granja**. Son muchos los topónimos que se refieren a los tipos de terrenos y a sus características.

Son muy numerosos los que incluyen el calificativo *miés* o *mier*, del latín *messis* “cosechar” (especialmente cereales) y a su vez de *metere* “segar” (74). Algunos son **Miés de las Conchas, Mier de Novalín y Mier de Bárcena**, aunque son muchos los lugares que en el Catastro del Marqués de la Ensenada reciben el calificativo de *mieres* o *mieses*. Precisamente, en las *Ordenanzas* de 1628, a propósito de la derrota de las mismas se nombran “las mieres de Varzena y Las Conchas, Oyos, Novalin, Molleda, La Mojadiza, La Cotería, (y) de San Juan...” (75). Las mieses son terrenos de cultivo rodeados de cercas de piedra seca (*murios*) o de cerraduras vivas (*sietos*) que albergaron el policultivo cerealista tradicional en Cantabria -panizo en los siglos XVI y XVII- progresivamente sustituido por el maíz (76). A ellas atañe una institución de gran importancia para la economía tradicional, la derrota. Son muchas las disposiciones que en las *Ordenanzas* del Concejo de Udías regulan esta institución.

Las *Ordenanzas* de 1628 mandan que todas las mieses se *derrompan* el mismo día y que los regidores reúnan al concejo para que todos los ganados entren en ellas a la vez. Las *Ordenanzas* de 1714 mandan que las mieses se “derrompan a repique de campana para que las cabañas entren a gozar las derrotas, y las mieses pequeñas, se derrompan el día que se entre a coger en las mieses concejiles” (77). Los *Ordenanzas* de 1772 explican que “acabados de coger todos los frutos como son maíz, habas, paja, lino, retoño, se derrompan mieses pequeñas y maiores, labradas y por labrar y a repique de campana” (78).

La vigilancia de las mieses fue una de las claves de la vida campesina (79), ya que sus cultivos proporcionaban el sustento a las personas y al ganado. Hemos comentado con anterioridad que algunas ordenanzas fijan las normas que regulan el uso y conservación de los caminos que dan acceso a las mieses y más adelante (*vid. infra*) comentaremos algunas disposiciones que se refieren a las portillas que las guardan. De gran importancia, relacionada con todo ello, es la figura del *cotanero*. Se trata de un oficio, presente ya en las *Ordenanzas* de 1594, que consiste en “guardar” y hacer guardar los cotos o zonas acotadas, celando porque los dueños de heredades y praderías que tuvieran sus portillas, setos y cerraduras bien cerrados, con el fin de que nada ni nadie pudiera estropear los frutos del panizo, hierba, habas, lino, paja y retoños que crecen en las mieses y praderías concejiles” (80).

Al espacio de cultivo también se le denomina tierra; encontramos este término en los topónimos **La Tierra del Río y Tierras del Castañar**. El término **serna** nos remite a los sistemas medievales de explotación del terrazgo; **La Serna**. Con la palabra *haza* se alude a la forma alargada de las parcelas; lo encontramos en los topónimos **La Haza, Hazalarga, Haces** y en uno de los topónimos menores que más se ha transformado con el correr del tiempo; actualmente denominado **Cibillía o Cebillía**, aparecen documentadas las formas **Hazabellida, Hazabellido, La Hazabillía, y La Coterá Azavellida**. Los topónimos que nos remiten al término *era* y al término *ería* son **Las Heras, La Hería del Callejón y La Hiría de Solaventa**. El topónimo **El Biar** puede remitir al término *behar*, que es el terreno cultivado a orillas de un río. Los topónimos que se refieren a la *roza*, extensión de pradera formada a costa del bosque o simplemente tierra limpia de matas, son **La Roza, Las Rozas, Tras la Roza, Rozabañas, Roza Muñoz, Entre la Roza, Entrelasrozás, Coterá la Roza y Coterá las Rozas**. Los *prados, praderas y praderías*, del latín *pratium* proporcionan los pastos para el ganado; en ellas se hace la hierba y se siega el verde. Las *Ordenanzas* de 1603 regulan la venta de heno cuando dicen que “ninguna persona de dicho concejo sea osado a bender ningun sabano de yerba ni paja mas que, cada sabanado de yerba, a real, y la lande de paja, a maravedi, siendo el que lo vendiere del concejo” y las de 1714 establecen que “cualquier vezino que vendiere yerba o mayz fuera de este concejo sin aberlo publicado ocho días antes en este dicho concejo sea castigado en diez y ocho reales” (81). Parecidas disposiciones las encontramos también en las *Ordenanzas* de 1749. Son muy numerosos los topónimos a este respecto, entre ellos **La Pradera de Escajedo, La Pradera de Hontanía, La Pradera de Pumahermor, La Pradería, La Praderaza, Prado Capitán, El Prado de la Canal, El Prado de la Cerrada, El Prado de la Cuesta, El Prado de la Garmona, El Prado de la Venta, El Prado de la Viña, El Prado de Perico, Prado Llano, Prao Teja, El Praón, Praos de la Jerra, Praos del Medio, Praos de San Roque y Prao el Onzón**. Las *cerradas* son “los terrenos acotados en el monte común, generalmente usurpados” (82) o simplemente “fincas acotadas por pared o setos” (83). Los *cierros* son los prados que están en el monte común o lindantes con él. Ambos términos los encontramos en topónimos como **La Cerrada de la Granja, Prado de la**

Cerrada, La Cerrada de la Jerra, El Cierro Amor y Cierro Campanero. Los pasos entre las fincas son los *callejos*, término que podemos encontrar en los topónimos **Callejo, El Callejo, Callejón, El Callejón de Haza Vellida y La Hiría del Callejón.** Las entradas a las fincas -sobre todo a las mieses- son los *portillos* y *portillas*; los topónimos relacionados con estas palabras son bastante numerosos en Udías. Así, encontramos **La Portilla, El Portillo, El Portillo de Lucas, La Portilla Barbarizosu, La Portilla de Cobijón, La Portilla de Escajedo, La Portilla de Hontanía, La Portilla de la Coterá, La Portilla de la Miés, La Portilla de la Valleja, La Portilla del Lavandero, La Portilla del Medio, La Portilla del Sartal y Juiportillo.** Las disposiciones relativas al cierre de las portillas de las mieses o mieres son bastante numerosas en las *Ordenanzas* de Udías. Así, en las *Ordenanzas* de 1628 se dice que “qualquiera que entrare en la mier, con carro o sin él, la zierre luego tras de sí (la portilla), con la forma que estuviera vien zerrada para que no se aga daño” (84). Las *Ordenanzas* de 1594 nos explican que son los cotaneros quienes hacen “zerrar las mieres y zerraduras a dicho de hombre” y las *Ordenanzas* de 1749 que además deben tener “cuydado de hazer se pongan las portillas prinzipales y zierren las paredes, seturas y piazones de las mieses y praderías conzejiles por los dueños de dichas heredades y prados” (85). De la misma manera, en estas últimas ordenanzas se afirma que los regidores pueden multar a “qualquiera vezino o natural que tenga pensión de portilla o zerradura que no la tenga puesta y zerrada” y a cualquier vecino que “abriendo portillo o portilla para entrar o salir, no lo buelba a zerrar” (86). Las ordenanzas reflejan la importancia que tienen los cierres y las portillas, dado que evitan que los ganados dañen las siembras. La toponimia menor refleja también esa importancia, ya que resulta vital señalar cuáles son los límites y los espacios por los que se accede a las mieses y prados. El topónimo **Las Paseras** se refiere a las *paseras* o *pasaderas* de los portillos o portillas (87). El topónimo **Trancadoriu**, que incluye el sufijo locativo *-oriu*, se refiere al lugar en el que existe un cerramiento, a través de la palabra tranco, sinónima de pasera. Algunos topónimos nos informan sobre las especies vegetales cultivadas en el espacio agrícola. Se refieren a la cebada, en latín *hordeum*, topónimos como **Urdiales, El Hordío o El Urdío y Hordón.** Se refieren a la *viña* topónimos como **Las Viñas, La Viña de la Coterá, Las Viñeras y**

Somaviñas. Se refiere a la alubia o a la judía el topónimo **Miés de la Judía** y a las habas el topónimo **La Jabriega**. Son varios los topónimos que nos informan de la existencia de espacios dedicados al cultivo de hortalizas y verduras. Son **La Huerta, La Huertuca, La Huerta de Arriba, La Huerta de Abajo, La Huerta de Afuera/Fuera y La Huerta de Atrás**. Las *Ordenanzas* de 1594 establecen que cada vecino de Udías debe tener un huerto (88). El topónimo **Antojadoriu**, con el sufijo locativo *-oriu*, puede estar relacionado con la palabra *antojano*, que se refiere al abono hecho con rozo, y denominar el lugar en el que se deposita en las mieses -pudridero de abono-.

Algunos topónimos comentados anteriormente se hallan relacionados a su vez con las actividades ganaderas. Así, los topónimos que incluyen el término roza, pueden referirse a una práctica de quema asociada al pastoreo (89). Aparecen otros términos relacionados con los pastos, como son *braña* y *sel*, presentes en los topónimos **Braña Canales, Braña de la Iglesia, Braña del Bao, Braña Redonda, Braña Zapico, La Brañona, El Sel, Sel del Haya y Prado del Sel**. El topónimo **Breña** o **Briña** puede remitir al término *braña* -de *brañaía*, lugar en el que hay varias *brañas* o *brañiza/breniza*, prado de verano o cabaña de montaña-, pero también al término *brena*, que se refiere al segundo brote de hierba de un prado. Con esta actividad ganadera o pastoril debemos relacionar también el topónimo **El Invernal**, que se refiere a las cabañas situadas en las inmediaciones de los pueblos que son utilizadas para cobijar al ganado durante la invernada (90). Las *Ordenanzas* de Udías nos ofrecen algunos datos que atañen a las ganaderías vacuna, lanar y porcina. Las *Ordenanzas* de 1594 afirman que las vacas que regresan de los puertos en septiembre, nunca antes de San Miguel, deben entrar en un corral cerrado o en lo mancomunado del Alfoz y las *Ordenanzas* de 1714 afirman que cada vecino está obligado a tener dos cabras y dos ovejas al menos. Las *Ordenanzas* de 1749 afirman que las vacas deben ir a los pastos *primaverizos* y *veranizos* desde el día ocho de mayo hasta San Miguel y que los ganados *lanares*, *cabríos* y *cerdunos* se deben poner en guarda por vecería. Las *Ordenanzas* de 1749 dicen además que las cabañas de La Hayuela y Pumalverde tienen contratados los seles y majadas en Cabezón hasta el seis de junio y que los cerdos se deben jerrar (colocar una anilla en el hocico) desde mieses abiertas hasta el primero de marzo (91). Al lugar

en el que se guardan las reses porcinas se refiere el topónimo **Cubil de la Puerca**. La toponimia también nos informa sobre las especies animales relacionadas con la actividad ganadera que se desarrolla en Udías. Algunos son el ya citado **Cubil de la Puerca**, y otros como **Mano los Bueis**, **El Hoyo de las Vacas**, **Mina del Becerro**, **Carnero**, **Socarnero**, **El Ansar** y **La Cabritería**. Precisamente, **Mano los Bueis** es un monte de robles y el topónimo debe hacer referencia al uso de bueyes para extraer la madera o el rozo cortado y rozado en aquel. Muchas disposiciones de las *Ordenanzas* se refieren a los bueyes; los duendos (uncidos) no pueden entrar en las mieres cerradas, salvo si van los labriegos a trabajar y se ponen en guarda desde primeros de mayo hasta mieres abiertas según las de 1594 (92). Por último señalaremos que hay algunos topónimos que se refieren a la propiedad de la tierra; son **El Mayorazgo** y **El Amo**.

4. ACTIVIDAD MINERA, INDUSTRIAL, COMERCIAL Y MERCANTIL.

En las *Ordenanzas* de 1603 se mencionan algunos oficios -algunos de ellos relacionados con las actividades agrícolas y ganaderas- como las sayadoras, segadores, hiladoras, tejedoras, sastres y carpinteros. De la misma manera, se menciona la fabricación de cestos de distintas clases -trigueras, cestos de aro y cestos de celemín (93)- y la existencia de herreros que venden guadañas, hachas, azadas, hoces, zarcillos, rejas de arar, setorios y herraduras (94).

La existencia de minas en el Valle de Udías -constatada ya su explotación desde época romana (95)- se halla en el origen de algunos topónimos menores. La palabra mina aparece en los topónimos **La Mina**, **Las Mineras**, **Mina del Becerro**, **La Mina Inglesa**, **La Mina los Franceses**, **La Mina la Bonita**, **Mina de San Bartolomé**, **Mina del Sel del Haya** y **Mina de los Yagos**. Sirven también para denominar a algunas minas, aunque no incluyan este término, los topónimos **La Esmeralda**, **La Monda**, **Pelurgo** y **La Revueltona**. Algunos topónimos se refieren a las estructuras mineras; **Las Lavanderas**, **El Lavandero**, **El Lavadero**, **El Plano** y **Pozo la Cornejá**. El topónimo **La Herrera** puede referirse al hierro. Son varios los topónimos que nos informan sobre la existencia de molinos en Udías; **El Molino**, **Los Molinos**, **El Molino**

de Abajo, El Molino Cubón, El Molino de Alfonso, La Molina, La Molina de Juilateja y Sobre el Molino. Quizá se refiere a la obtención de harina de trigo o de maíz el topónimo **El Arinero**. El topónimo **La Presa** se halla relacionado con las infraestructuras hidráulicas. A la existencia de hornos, del latín *furnus*, nos remite el topónimo **Los Hornos**. De la existencia de *cal* nos informan los topónimos **El Calero** y **Miés de la Calerona**. La *calera* es, según el DRAE, la “cantera que da la piedra para hacer cal”. La existencia de colmenas en el Valle de Udías -ampliamente documentada en el Catastro de Ensenada- puede haber dado origen a un topónimo como **La Cruz Rufina**, ya que *cruz* es el nombre que recibe el armazón que se coloca en las colmenas para que apoyen en él su obra las abejas (96). No obstante, podría ser un topónimo de carácter religioso. Los topónimos que incluyen la palabra *venta* nos informan sobre las actividades comerciales en el valle; encontramos **La Venta**, **Solaventa** y **Prado de la Venta**. A este respecto, también son numerosas las referencias que aparecen en las *Ordenanzas* de Udías. Sobre todo, se regula el abasto de vinos y el precio que han de alcanzar en el mercado.

LA VIDA RELIGIOSA DEL VALLE DE UDÍAS

1. HAGIOTOPÓNIMOS

Los hagiotopónimos son los topónimos de carácter religioso. Algunos de ellos hacen referencia a las advocaciones religiosas que se veneran en los distintos lugares de Udías. Son **San Bartolomé**, **Mina de San Bartolomé**, **Ermita de San Bartolomé** (Canales, Cobijón), **Ermita de San Esteban** (Pumalverde), **San Juan** (Valoria), **Mier de señor San Juan**, **Jusanjuán** o **Jui San Juan**, **San Nicolás** (Rodezas), **Ermita de San Roque** (Toporias), **Ermita de Nuestra Señora del Carmen** (Valoria), **Santa Cruz**, **Santa María** (El Barrio de la Virgen), **San Miguel** (El Llano) y **San Pantaleón** (Canales). Algunos topónimos incluyen el término *santo* -**El Santo de la Jerra**, **El Santo de Escajedo**, **El Santo de Navas**- y se refieren, según los habitantes de Udías encuestados, a los lugares en los que hay o antaño hubo una ermita o un humilladero al pie del camino. A estos humilladeros se refiere también el topónimo **Las Ánimas**, ya

que es el lugar en que el se encontraba un *santucu*, entre Pumalverde y Rodezas. Otros topónimos de carácter religioso son **La Parroquia** o **La Parroquial**, **Carisma** (*Charisma*) o **Cuaresma**, **Fray Juan**, **La Iglesia**, **Barrio de la Iglesia**, **La Capellanía** (Canales), **Fincas de la Capellanía** (El Barrio), **La Virgen** (El Barrio de la Virgen) y **La Salve** (entre El Barrio y Pumalverde). Algunos de estos últimos designan a las tierras que pertenecen a la iglesia o a los terrenos cercanos a estos edificios.

LAS PERSONAS

1. ANTROPOTOPÓNIMOS

Los antropotopónimos son los topónimos de carácter onomástico. Aparecen representandos en la toponimia menor de Udías tanto nombres como apellidos. Algunos de ellos son **El Portillo de Lucas**, **Mariuca**, **Manuel**, **Granja Manuel**, **Roza Muñoz**, **Sierra Muñoz**, **Juanduña**, **Braña Zapico**, **Braña Juanico**, **Fuente Sabel**, **Martín**, **El Prado de Perico**, **El Prado de Toribio Pérez**, **El Pozo de María García**, **La Sinforosa**, **La Bajuela** -el apellido Bajuelo aparece con frecuencia en la documentación notarial de época moderna de Udías- y **El Cierro Amor** -este último denominado así porque su propietaria, en la primera mitad de este siglo, fue una mujer llamada Amor Fernández-.

CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas que anteceden a esta hemos agrupado los topónimos menores de Udías desde un punto de vista temático. Además, hemos comentado el origen histórico-lingüístico de algunos de los topónimos mencionados y hemos relacionado estos topónimos con algunos rasgos de la vida tradicional del valle de los cuales nos informan las *Ordenanzas* de los siglos XVI al XX. En lo lingüístico, merece la pena destacar la convivencia de topónimos de origen prerromano, latino y romance y la notable presencia de formas dialectales propias del occidente de Cantabria.

En lo que se refiere a la etnografía del valle de Udías, la toponimia nos informa sobre varias cuestiones de gran importancia. Eloy Gómez Pellón ha señalado, a propósito de Carmona, que “muchas de las normas que reglamentaban la vida cotidiana tenían a la mies por objeto”. Podríamos afirmar lo mismo respecto a Udías. Antes que los espacios dedicados al pasto -praderías-, las mieses (espacios de cultivo) son objeto de especial consideración, encaminada a la protección de las cosechas que en ellas se siembran, en las *Ordenanzas*. La toponimia nos ofrece algunos datos de interés en torno a los tipos de espacios que los hombres distinguen en relación a las actividades desarrolladas en ellos; sernas, erías, eras, hazas, prados, praderías, *mieres*, tierras, huertas y huertos, seles, brañas, cerradas, cierros... son algunos de ellos. De su importancia nos informa el hecho de que con frecuencia acompañen a otros nombres calificándolos. Además, nos ofrecen algunos datos acerca de los cultivos que se han llevado a cabo en el pasado; algunos topónimos nos informan acerca de la existencia de viñas y acerca del cultivo de cereales distintos del trigo y el panizo, como la cebada. Otros topónimos reflejan los intensos procesos de deforestación llevados a cabo en Udías o simplemente las actividades relacionadas con el aprovechamiento de los montes -rozas, rozo, helgueros-. Otros topónimos nos ofrecen el testimonio de las actividades llevadas a cabo en el pasado -molinos, hornos, caleros, ventas-. La fitotoponimia contribuye a formar nuestra imagen del paisaje vegetal del pasado así como la toponimia relativa a las comunicaciones y los límites nos puede dar una idea de la estructura viaria del valle. A través de los morfotopónimos, geotopónimos e hidrotopónimos podemos saber qué elementos del paisaje y en general, de la geografía de un territorio, resultaron significativos para el hombre en su relación cotidiana con él.

Con este estudio, en el que sin duda intentaremos profundizar más adelante, sólo hemos pretendido ofrecer algunas claves en torno a la importancia etnográfica de la toponimia y mostrar que se trata de un fiel reflejo de la relación histórica del hombre con el territorio que habita y que trabaja.

NOTAS

(1) Agradezco a Jesús González Celis su ayuda en la elaboración de este trabajo. A él va dedicado este artículo.

(2) Gómez Pellón, 1998: 21.

(3) Archivo Histórico Provincial de Cantabria. Sección Ensenada; legs. 985, 986, 987, 988.

(4) *Catastro de la Riqueza Rústica*. Consejería de Hacienda. Diputación Provincial de Cantabria/Ayuntamiento de Udías. Agradezco a los funcionarios del Ayuntamiento de Udías su amabilidad, al permitirme la consulta de los mapas y folios del catastro.

(5) *Las Ordenanzas del Concejo de Udías* han sido publicadas recientemente por J.A. Díaz y Pérez de la Lastra (*vid.* bibliografía). Corresponden a los siglos XVI (1594), XVII (1603, 1617, 1628), XVIII (1714, 1749, 1772), XIX (1893) y XX (1927).

(6) González Rodríguez, 1999: 109.

(7) González Rodríguez, 1999: 150.

(8) González Rodríguez, 1999: 408.

(9) González Rodríguez, 1999: 233.

(10) González Rodríguez, 1999: 189.

(11) González Rodríguez, 1999: 310, nota al pie nº 534.

(12) González Rodríguez, 1999: 329.

(13) González Rodríguez, 1999: 280.

(14) González Rodríguez, 1999: 280.

(15) González Vázquez; Hierro Gárate, 2000. A lo largo de las páginas de este artículo, los autores demuestran la existencia del topónimo mayor **Valobriga** a través de los documentos medievales y modernos que se refieren al Valle de Udías.

(16) Ramírez Sádaba, 1992: 9. Sin duda, este es un trabajo pendiente de gran relevancia que nos puede proporcionar un buen caudal de información de carácter lingüístico y etnográfico.

(17) Gómez Pellón, 1994: 134.

(18) García Lomas, 1966: 284.

(19) García Lomas, 1966: 284.

- (20) Echevarría Isusquiza, 1999: 79.
- (21) García Lomas, 1966: 162.
- (22) González Rodríguez, 1999: 318.
- (23) Díaz y Pérez, 2000: 133.
- (24) Díaz y Pérez, 2000: 163.
- (25) Echevarría Isusquiza, 1999: 113.
- (26) García Lomas, 1966: 223.
- (27) García Lomas, 1966: 337.
- (28) García Lomas, 1966: 337.
- (29) García Lomas, 1966: 345.
- (30) Díaz y Pérez, 2000: 337.
- (31) Díaz y Pérez, 2000: 121.
- (32) García Lomas, 1966: 238.
- (33) García Lomas, 1966: 243.
- (34) González Rodríguez, 1999: 260.
- (35) García Lomas, 1966: 305.
- (36) Díaz y Pérez, 2000: 224.
- (37) García Lomas, 1966: 223.
- (38) García Lomas, 1966: 87.
- (39) García Lomas, 1966: 90.
- (40) Díaz y Pérez, 2000: 67.
- (41) Díaz y Pérez, 2000: 90.
- (42) Díaz y Pérez, 2000: 83.
- (43) Díaz y Pérez, 2000: 91/95.
- (44) Díaz y Pérez, 2000: 92.
- (45) Díaz y Pérez, 2000: 93.
- (46) Díaz y Pérez, 2000: 94.
- (47) Díaz y Pérez, 2000: 94.
- (48) García Lomas, 1966: 249.
- (49) García Lomas, 1966: 333.
- (50) García Lomas, 1966: 305.
- (51) García Lomas, 1966: 336.
- (52) García Lomas, 1966: 221.

- (53) Díaz y Pérez, 2000: 94.
- (54) Díaz y Pérez, 2000: 203/204.
- (55) Díaz y Pérez, 2000: 78.
- (56) Díaz y Pérez, 2000: 94/ 229.
- (57) González Rodríguez, 1999: 28.
- (58) García Lomas, 1966: 123.
- (59) Díaz y Pérez, 2000, pág. 88. Cap. 53. 1594.
- (60) Echevarría Isusquiza, 1999: 86.
- (61) Díaz y Pérez, 2000: 84.
- (62) Díaz y Pérez, 2000: 79.
- (63) Díaz y Pérez, 2000: 75.
- (64) Díaz y Pérez, 2000: 256.
- (65) Díaz y Pérez, 2000: 120.
- (66) Díaz y Pérez, 2000: 196.
- (67) Díaz y Pérez, 2000: 181.
- (68) Díaz y Pérez, 2000: 120.
- (69) García Lomas, 1966: 144.
- (70) Díaz y Pérez, 2000: 146.
- (71) González Rodríguez, 1999: 123.
- (72) Díaz y Pérez, 2000: 229.
- (73) Díaz y Pérez, 2000: 279.
- (74) Echevarría Isusquiza, 1999: 367.
- (75) Díaz y Pérez, 2000: 124.
- (76) Gómez Pellón, 1998: 23.
- (77) Díaz y Pérez, 2000: 160.
- (78) Díaz y Pérez, 2000: 197.
- (79) Gómez Pellón, 1998: 23.
- (80) Díaz y Pérez, 2000: 35/36.
- (81) Díaz y Pérez, 2000: 137.
- (82) García Lomas, 1966: 152.
- (83) Sáiz Barrio, 1991: 67.
- (84) Díaz y Pérez, 2000: 118.
- (85) Díaz y Pérez, 2000: 79/147.

- (86) Díaz y Pérez, 2000: 149/150.
- (87) García Lomas, 1966: 279.
- (88) Díaz y Pérez, 2000: 87.
- (89) González Rodríguez, 1999: 38.
- (90) Gómez Pellón, 1998: 28.
- (91) Díaz y Pérez, 2000: 161.
- (92) Díaz y Pérez, 2000: 87.
- (93) Díaz y Pérez, 2000: 108.
- (94) Díaz y Pérez, 2000: 109.
- (95) Mantecón Callejo, 2000: 49.
- (96) García Lomas, 1966: 163.

FUENTES

-*Catastro de Ensenada*. Archivo Histórico Provincial de Cantabria. Sección Ensenada; leg. 985, 986, 987, 988.

-*Catastro de la Riqueza Rústica*. Consejería de Hacienda. Gobierno de Cantabria.

-SÁNCHEZ, A. (s.f. aprox. 1980-90): *Recuerdo de Udías* (inédito; 87 págs.).

-*Sección Alfoz de Lloredo*. Archivo Histórico Provincial de Cantabria.

-SIERRA PANDO, J. (1998): “Excursión sin accidentes”, en VILLEGAS LÓPEZ, R. (recop.): *Juan González Campuzano (Juan Sierra Pando), Cuentos de la tierruca, Cuentos de mi pueblo*. Colección Cuentos y Cuentistas de Cantabria. Torrelavega, 1998: págs. 61-66.

-SIERRA PANDO, J. (1998): “El carro de rozo”, en VILLEGAS LÓPEZ, R. (recop.): *Juan González Campuzano (Juan Sierra Pando), Cuentos de la tierruca, Cuentos de mi pueblo*. Colección Cuentos y Cuentistas de Cantabria. Torrelavega, 1998: págs. 81-86.

-*Ordenanzas del Concejo de Udías*.

-ZABALLA, Indalecio “Masio”; ZAVALA, Antonio (1993): *La última trova*. Editorial Sendoa, Oyarzun.

MONOGRAFÍAS

COROMINAS, J. (1976): *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid.

DÍAZ Y PÉREZ DE LA LASTRA, J.A. (2000): *Udías. Medio milenio de historia a través de sus Ordenanzas (siglos XVI-XX)*. Santander.

ECHEVARRÍA ISUSQUIZA, I. (1999): *Corpus de toponimia carranzana. Materiales para el estudio del castellano de Vizcaya*. Universidad del País Vasco, Bilbao.

GARCÍA LOMAS, A. (1966): *El lenguaje popular de la Cantabria montañesa*. Santander.

GÓMEZ PELLÓN, E. (1994): *Vida tradicional y proceso de cambio en un Valle del Oriente de Asturias. Estudio Antropológico del Valle de Ardisana*. Ed. Trea, Principado de Asturias. Oviedo.

GÓMEZ PELLÓN, E. (1998): *Carmona: patrimonio etnográfico y tradición cultural*. Aula de Etnografía, Universidad de Cantabria. Santander.

GONZÁLEZ, J.M. (1959): *Toponimia de una parroquia asturiana*. Oviedo.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, A. (1999): *Diccionario etimológico de la toponimia mayor de Cantabria*. Ed. Estvdio, Santander.

GONZÁLEZ VÁZQUEZ, A.; HIERRO GÁRATE, J.A. (2000): “Contribución al estudio de la toponimia antigua de Cantabria: Valobriga-Valoria (Udías)”. *Nivel Cero* nº 8: págs. 59-69.

MANTECÓN CALLEJO, L. (2000): “La minería romana en Cantabria”. *Nivel Cero* nº 8: págs. 37-58.

MORALEJO LASO, A. (1977): *Toponimia gallega y leonesa*. Santiago de Compostela.

RAMÍREZ SÁDABA, J.L. (1992): *Liébana: Toponimia e Historia*. Aula de Etnografía, Universidad de Cantabria. Santander.

EL VINO Y LAS BODEGAS SUBTERRÁNEAS
DE LIÉBANA.

El caso de la cueva de Bollano (Cambarco)

por

Manuel García Alonso

*“Por Cambarco pasé yo
a visitar la familia,
y me dieron de beber
el gran vino de Morillas”. (1)*

1. Breve exposición de los antecedentes.

En 1995 la Comisión Diocesana “Cultura y Fe” del Obispado de Santander y la Asociación para el Año Jubilar, con ocasión de las celebraciones del Año Jubilar Lebaniego, impulsaron una serie de intervenciones en ermitas y obra inmueble de la comarca con ciertos valores patrimoniales. Entre ellos fueron elegidos los restos de una cueva subterránea, la de Bollano en Cambarco, que se encontraba a los efectos prácticamente tapada por un gran desprendimiento de tierra. Únicamente era posible el acceso a su interior por una estrecha gatera. Los trabajos de excavación arqueológica e investigación fueron encomendados al director del Museo Diocesano, Enrique Campuzano Ruiz, y al arqueólogo Ramón Bohigas Roldán. Posteriormente se pretendía su consolidación, reconstrucción y rehabilitación, si fuera posible, con cargo a la Asociación para el Año Jubilar.

La elección de tales restos respondía a la consideración de los mismos como los de un edificio religioso prerrománico, a partir del primer informe emitido sobre los mismos, en 1987, por parte del propio Enrique Campuzano. En un

pequeño artículo había dado a conocer estos restos para la comunidad científica, y ciertos rasgos morfológicos y tipológicos de los mismos le habían llevado a aventurar su carácter de iglesia eremítica prerrománica y a situar su origen a finales del siglo VIII o principios del IX (2).

Las evidencias referidas ya eran bien conocidas por todos los habitantes del lugar de Cambarco, y de sus aldeas colindantes, desde que guardan memoria sus vecinos. Las primeras noticias fuera de este ámbito se deben a Pedro Alvarez (3) y a César Gutiérrez que las facilitaron al propio Enrique Campuzano que realizó, como consecuencia de una visita al citado lugar en compañía de Jose Manuel Iglesias y Ramón Bohigas, el citado informe y avanzó una extensa noticia en prensa (4).

La campaña de desescombro y de excavación arqueológica tuvo lugar entre los días 19 y 24 de Agosto de 1996, en el transcurso de la cual surgieron, por parte de los diversos miembros del equipo excavador, compuesto por diversos licenciados universitarios y estudiantes hasta un número de quince, las primeras dudas sobre la finalidad de su construcción y su uso. Quien esto escribe inició entonces una serie de búsquedas de datos orales entre los vecinos de los núcleos próximos encontrándose pronto ante la evidencia de que en Liébana se habían construido bodegas subterráneas excavadas en roca, aunque habían ido quedando en desuso en su mayor parte y muchas de ellas habían desaparecido, total o parcialmente, por hundimiento o desprendimientos de tierra.

2. La campaña de excavación arqueológica en Cambarco (5).

El día 19 de Agosto comenzamos, por la tarde, desbrozando el enorme cúmulo de tierras turbidas y de pizarras -lutitas- que componían el coluvión desprendido de la muy pendiente ladera. Al tiempo que se procedió a dar comienzo a la topografía previa de los restos antes de efectuar cualquier remoción de tierras. Se hizo una primera inspección ocular en que se comprobó el relleno, de más de 1 m. producido desde la boca por el desprendimiento, así como por el hundimiento parcial de la entrada y la visera más exterior de la obra rupestre. En esta entrada se comprobaron los cambios producidos desde las visitas de los años ochenta, constatándose una mayor colmatación en el fondo de la cueva por arrastre de las aguas desde la boca.

El día 20 desmontamos parte del derrubio que obstaculizaba la entrada poniéndose al descubierto la visera natural producida por el vaciamiento de una bóveda anticlinal de muy pequeño radio, que son comunes en la geomorfología de la zona en que dominan los materiales del llamado “Grupo Potes”, de la fase Namuriense del Carbonífero Superior (6).

Tal visera es muy inestable y se desprende con facilidad, como así debió suceder al producirse el hundimiento que colmató y ocluyó casi totalmente la cueva. Se comenzó la extracción de tierra del nivel de derrumbre terrígeno superior desde el interior, descubriendo un tramo de murete de mampostería de arenisca que manifestaba un cambio de orientación en la línea del muro y un pie derecho de madera moldurada, lo que parecía ser un resto del marco de madera de una puerta. Todo ello al suroeste del área de excavación conformada por el interior de la cueva.

Al día siguiente, 21 de Agosto, aumentamos el hueco de penetración en la cueva con objeto de facilitar el acceso al interior. En este día llegó un tractor con pala excavadora que facilitó los trabajos extrayendo la parte del desprendimiento exterior que obstruía y obstaculizaba enormemente las labores. A unos 2,30 m. del primer arco próximo a la entrada apareció un esquinal de piedra arenisca labrada y escuadrada que correspondía, sin duda, a la jamba norte de la puerta de entrada a la cueva. Al tiempo se extrajo un nivel de arcilla, de decantación, que formaba el fondo del supuesto ábside central. No ofreció materiales significativos, salvo palos y hojarasca en descomposición junto a excrementos recientes de ovicaprino.

El día 22 continuamos localizando todos los elementos de la entrada, compuestos de un vano para puerta flanqueado por jambas con “esgonzado” o escuadra de resguardo para los marcos de la misma -se encontraron algunos fragmentos de madera pertenecientes con certeza a la puerta original que había sido, sin duda, rota e impulsada hacia adentro por el desprendimiento producido- y un enrejado de forja compuesto de cuatro barrotes afirmados sobre dos travesaños y un tercero al centro con huecos para el paso de los barrotes. Por el lugar de su aparición fue interpretada con facilidad como una reja procedente de la parte alta de la puerta, como elemento para facilitar la ventilación del interior de la cueva. Al exterior, y pegante a la jamba sur, se comenzó a descubrir el

murete de mampuesto muy rústico que debía servir de protección inicial a la obra rupestre (foto. 1).



Aspecto exterior de la cueva de Bollano (Cambarco). Foto 1.

Al tiempo se concluyó el vaciamiento del nivel de arcilla y lodo que ocupaba el fondo de la cueva, en los denominados ábsides sur y este. En este último se localizó una pieza de hierro y manilla de madera, de unos 18 cm., que parecía ser una especie de manivela procedente de algún ingenio mecánico de producción industrial. Este nivel de fondo tiene unos 25 cm. de espesor o potencia, sin materiales salvo lo indicado y alguna impronta de ladrillo o teja sobre el suelo de enchado de piedra.

En la pared sur del llamado ábside central, u oriental, se ha formado un travertino de calcita cuyo nivel base se ha consolidado en horizontal cubriendo parcialmente el nivel. Sin duda este travertino marca el nivel de la decantación producida por el agua que ha penetrado en la cueva y testimonia su carácter de formación relativamente reciente del nivel extraído. Luego se emprendió el vaciado del mismo nivel en el supuesto ábside occidental, ocasión en que se comprobó también la formación del mismo travertino junto a la pared redondeada. Estas evidencias muestran con claridad el proceso de formación del nivel excavado. Tras la caída del coluvión de la ladera la arcilla se depositó, sub-

horizontalmente, por anegación y filtración. Inmediatamente se fue formando el travertino que selló el nivel cerca de las paredes, al escurrir el agua de filtración por el interior de las mismas. Se realizó una comprobación del mortero o argamasa utilizado en algunas zonas de los arcos del techo de la cueva, resultando una rústica mezcla de arena gris -quizá de pizarra- de cal y agua. Este mortero sirvió también para tapar las juntas con paleta de albañil. En el nivel de tierra desprendida por el derrumbe, salvo los elementos de la puerta que hemos dicho, no apareció ningún material arqueológico excepto un botón de los del tipo gabardina que se encontró en la base del mismo y sobre el nivel arcilloso.

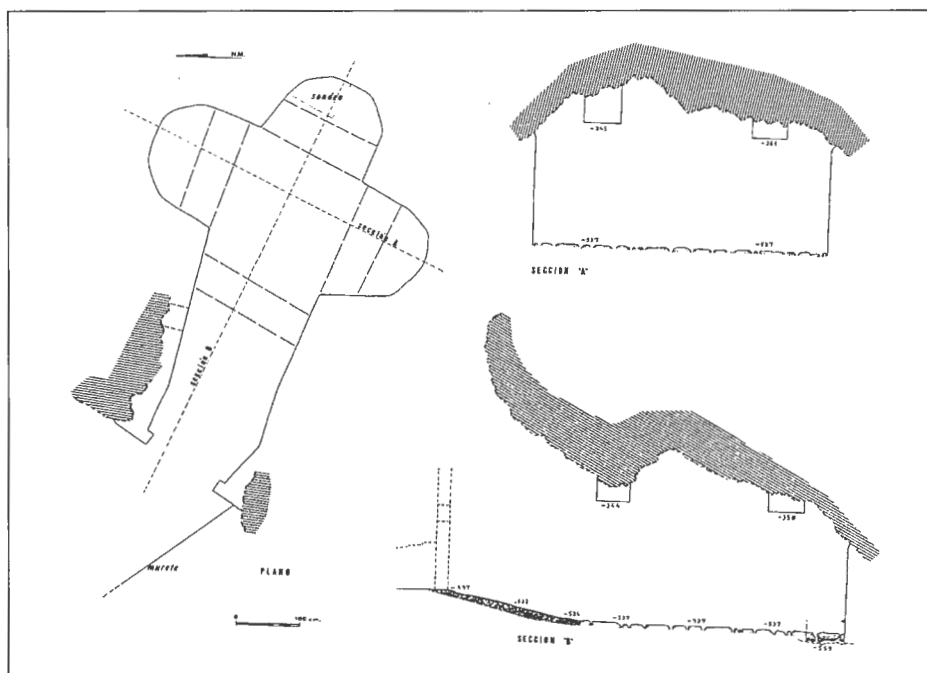
El día 23 de Agosto se procedió a extraer el nivel de derrumbe de la zona meridional de la entrada compuesto por un estrato -de unos 30 cm. de potencia máxima- de pizarras desprendidas de la visera de la bóveda anticlinal, caída por hundimiento que afectó únicamente en esta zona. Y bajo él también el estrato de tierra muy arenosa que disminuye su potencia hacia el interior descubriéndose, al rebajar en él bajo el enrejado y, por tanto, a la



Interior cueva de Bollano. Hornacina próxima a la entrada (Foto. 2).

altura y en el lugar debido cuando se produjo el empuje de la puerta contra el muro interior meridional de la entrada, un cerrojo de hierro de modelo industrial. Muy próximo se encontró un clavo y restos de herrajes que debieron pertenecer a la obra de dicha puerta. En el muro norte, frente a estas evidencias vaciamos la hornacina rústica rectangular en que aparecieron los restos del “cargadero” de madera que formaba su dintel superior (foto. 2). Al excavar el nivel inferior arcilloso se iba descubriendo el suelo original encachado con cantos de cuarcita y arenisca y losetas pizarrosas, muy desigual. Este nivel disminuye de espesor hacia la entrada, al contrario que el nivel del desplome superior, lo cual es lógico si se le considera un nivel de decantación por escorrentía y filtraciones de agua.

El día 24 de Agosto, finalmente, se limpiaron los muros y el suelo encachado en los tramos descubiertos -las tres zonas absidiadas y el pasillo central- y procedimos a las últimas labores de documentación gráfica, fotos y dibujos (Fig. 1).



Planta y secciones de la Cueva de Bollano (fig. 1).

Al tiempo se evidenciaron dos cosas:

a- Los muros que cambian de orientación para dar apertura al vano de acceso son de diferente obra de cantería que el resto del interior. Su argamasa es de simple mezcla de barro o arena y agua, sin apenas cal que lo aglutine. Además no se rejuntean las piedras, cosa que se comprobó en el resto de los muros de obra. Además en el muro norte se nota claramente la junta de los dos tipos de mampostería, y en el muro sur éste va contra la roca pizarrosa directamente.

b- Las piezas de piedra con escuadra interna o “esgonce” de las jambas

llevan al exterior la “tirada”, una técnica de embellecimiento de los bordes de la labor de cantería propia de la arquitectura popular en las piedras sillares. Si en la arquitectura popular lebaniega podemos encontrar esta labor en los edificios de los siglos XIX y XX, encontramos sus precedentes, y su fuente de inspiración, en algunas construcciones nobles -iglesias y casonas- del prolongado y extendido barroco norteño.

Como comprobación final se hizo un sondeo de 80 x 60 cm. en el fondo de la cueva, en la zona absidiada oriental, levantando varias piedras del ensolado y bajo ellas apareció únicamente algo de barro estéril y la roca madre irregular. Se procedió entonces a la recolocación de las piezas extraídas.

Con posterioridad, y con ocasión de las obras que la comisión citada emprendió para consolidar, reconstruir y rehabilitar la obra y su entorno inmediato, se notificó a los miembros del equipo, por parte del técnico encargado de las obras Luis Alberto Alonso, la aparición bajo el suelo de un alcantarillado rústico que daba salida exterior a las aguas de filtración bajo el empedrado y de algunos restos de pinturas en los arcos de la techumbre. Personados en el lugar se comprobaron las certezas de las informaciones y se constató que, en seis de las piedras de la edificación se encontraron restos de enlucido de cal y en cuatro más, además de restos del mismo tipo, restos de decoración pintada a base de línea roja de despiezado. Concretamente dos en el arco este, uno en el arco norte y otro en el arco oeste, hacia la entrada.

El aspecto final de la obra semirupestre puesta ahora en evidencia es de una bóveda anticlinal vaciada parcialmente en las pizarras carboníferas conformando un abrigo inestable que se vio consolidado por una obra de muros de mampuesto definiendo una nave central de planta alargada - 5 m. de longitud- que se ensancha hacia el interior, desde los 1,60 m. de la entrada hasta los 2 m. del centro del espacio trebolado. A 0,80 m. del inicio de la nave, en su muro norte, aparece la citada hornacina, con 0,30 m. de anchura. El espacio final es de planta cruciforme trebolada, o cruciforme con tres zonas de forma aproximadamente absidial y similares medidas, aunque de diferentes formas. El ábside septentrional mide 1,75 m. de anchura por 1,30 de fondo. El ábside oriental tiene 1,75 m. de anchura por 1,25 m. de fondo. Y el meridional 1,80 m. por 1,25 m. El techo está conformado por la irregularidad de los estratos pizarrosos refor-

zados con cuatro arcos rebajados y seudoapuntados, uno en el centro de la nave y los otros tres sobre las entradas a las zonas absidiadas. Todos los arcos culminan a diferentes cotas, a -345 m. el arco norte, a -361 m. el arco sur, a -350 m. el arco este y a -344 m. el arco oeste o de la nave (foto. 3). La zona de la entra-



Interior de la cueva de Bollano tras la intervención. (Foto 3).

da está formada por dos muretes, prolongación con giro de 10° de los muros de la nave central, que conducen mediante una aproximación convergente hacia las jambas “esgonzadas”, separadas entre sí por una distancia de 1,25 m. Todo el interior se encuentra encachado a una cota de 537 m., como se ha dicho. Al exterior citar el murete de contención meridional.

3. La investigación etnográfica derivada en Liébana.

A lo largo de los meses posteriores, y durante los del verano del año siguiente, 1997, estuvimos rastreando evidencias de cuevas subterráneas dedicadas a bodegas en los diferentes valles y términos municipales de la comarca lebaniega. Al tiempo llevamos a cabo una investigación etnográfica que, sin ser exhaustiva, pretendía acercarse a la contextualización, a partir de los testimonios orales, de este tipo de obras, su construcción, su finalidad y sus usos.

Posteriormente nos dedicamos a rastrear en algunas bibliotecas y archivos las informaciones documentales necesarias para comprender mejor los aspectos diacrónicos, históricos, de las mismas; todo ello con el ánimo de comprobar las nuevas hipótesis acerca de su uso original. El resultado de aquel esfuerzo son las presentes líneas.

Los primeros testimonios orales, recogidos en los mismos días de los trabajos de excavación arqueológica entre los propios vecinos de Cambarco, nos llevaron al conocimiento de su uso como bodega para “carrales” y botellas de vino propiedad de la familia Cabo del mismo pueblo, y que, antes del “argayo” que tapó la cueva, se podía contemplar su cierre con una puerta de madera. Después de su destrucción la cueva resultante fue aún utilizada para refrescar el vino en botellas por parte de los vecinos que jugaban en la bolera inmediata de La Vega. Al tiempo supimos que fue utilizada por Don Juan Cabo, yerno de Don Mateo Cabo, quien tenía molino y viñas un poco más abajo de la bodega. Hoy, por abandono, el lugar se considera concejil. En el pueblo hubo hasta época muy reciente, años setenta, muchas viñas, principalmente en las tierras llamadas de Moriles y de La Toja, algo más abajo de la cueva y a donde se accede desde la localidad precisamente por el camino vecinal que corre por delante de su boca.

En el pueblo de Cambarco casi todas las casas disponen de bodega, aunque sólo una es completamente subterránea, la del Señor Andrés. Se trata de una obra reciente, realizada excavando las arcillas compactas bajo la propia casa y a partir del fondo de la cuadra. Es de planta pseudorectangular y con un leve badén de desagüe en el suelo para evacuar filtraciones.

En el cercano núcleo de San Andrés, ante los repetidos testimonios de que hubo varias bodegas en cuevas subterráneas sobre laderas “argayadas”, el mismo día 21 de Agosto de 1996, nos acercamos a esta localidad situada unos kilómetros al sur de Cambarco con el fin de constatarlo. Los datos orales recogidos de la encuesta nos indicaban un número no inferior a veinte bodegas de este tipo situadas en los pagos de El Otero y El Ribero, en la ladera de la umbría al otro lado del río de Lamedo, frente al alargado caserío de la localidad. Todas, a juzgar por los testimonios, respondían a una similar morfología: acceso cerrado de obra de mampostería, de planta subrectangular de aproximadamente 4 por 5 m., con portón de madera y cubierta a una o dos aguas, y a continuación, exca-

vada en la tierra pizarrosa, la bodega propiamente dicha, contra el “terrero”. Casi todas ellas, fueron siendo abandonadas después de la Guerra Civil y se “argayaron”, siendo cubiertas por las tierras desprendidas de la ladera.



Inscripción grabada en la puerta en la Bodega de El Ribero (San Andrés). Foto 4.

Visitamos una en El Ribero, la única aún visible, con fecha grabada en la “sobrepuerta” de madera del portón de acceso, de 1870, que se ajustaba al tipo totalmente. Conservaba, en abandono lamentable, la cueva subterránea seudorectangular y la obra de mampostería armada con “barro” y, en alguna zona, se apreciaba el enlucido de cal (foto. 4).

En la localidad visitamos otro tipo de estructura exenta de obra, un lagar-bodega. Es un gran edificio cubierto a dos aguas y dividido en dos locales, tiene respiraderos, para la evacuación de gases, en forma de breves saeteras, que pare-

ce datar del siglo XVIII si se consideran los datos documentales en posesión de su propietario actual (foto. 5). Las cubas -de unos 90 cm. de diámetro- se colocaban verticalmente junto a las paredes y había también “tinazas” de madera sobre patas de madera para la fermentación del mosto, de aproximadamente 120 cm. de diámetro en este caso. Además este edificio contenía la gran prensa-lagar.

Pocos días más tarde, en el mismo mes de Agosto, las encuestas nos llevaron al conocimiento de otras cuevas subterráneas construidas y utilizadas como bodegas de vino. En las aldeas cercanas de Cabariezo, Buyezo, Framá, Cabezón, Ojedo, y en las más lejanas de Naroba, La Vega, Argüébanes, Beares, San Pelayo, Armaño, Viñón, Pumareña y Baró. Realmente muchas en poco tiempo.

A la vez las entrevistas personales nos fueron informando del uso de las bodegas en Liébana y acerca de los trabajos relacionados con el oficio de

campesino vinatero en la zona. Conocíamos la significación del cultivo de la vid en el valle, pero no sospechábamos la enorme riqueza de información que la cultura vitivinícola nos iba deparando. Las labores de prospección y de encuesta se completaron posteriormente en el año 1987.



Lagar de San Andrés.
Fachada exterior. (Foto 5).

4. Las evidencias materiales sobre bodegas subterráneas en Liébana.

Término Municipal de Cabezón de Liébana:

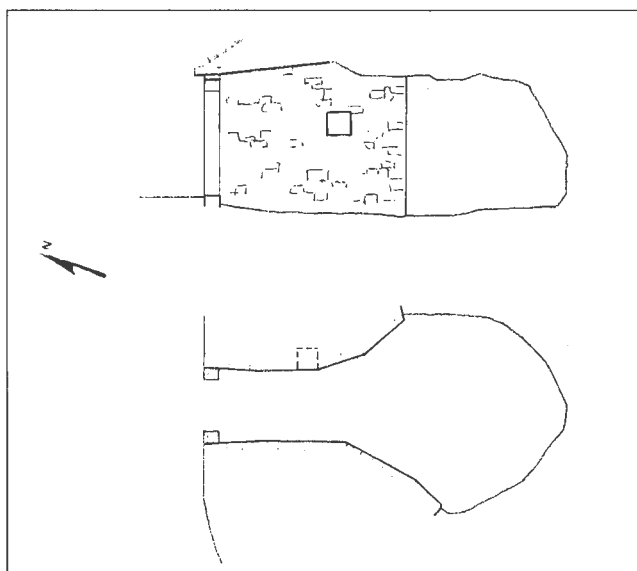
1- Cueva-bodega del Señor Andrés (Cambarco)

Se trata de una bodega totalmente subterránea excavada recientemente bajo la casa y de planta groseramente rectangular. Se ha descrito en el punto precedente.

2- Cueva-bodega de El Ribero (San Andrés)

Cueva subterránea con portal o caseta previa que sirvió siempre como bodega, como otras muchas que había en esta localidad y se encuentran tapadas por los desprendimientos. Ya se ha descrito en el punto anterior.

3- Cueva de Arriba (Cabariezo)



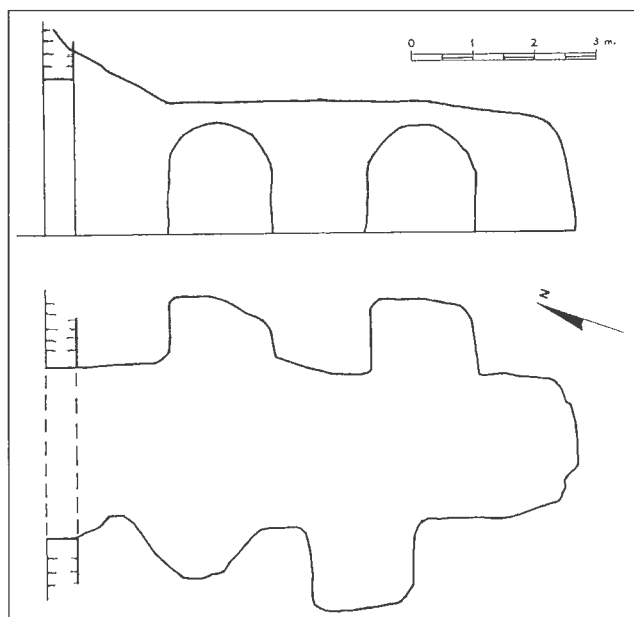
Planta y sección de la bodega de arriba (Cabariezo).

Se trata de una excavación en terreno arcilloso cubierta con bóveda de arco seudorebajado, sostenida sobre muros de mampostería rústica, formando una nave de acceso a la cueva excavada (1,10 m. de anchura) propiamente dicha (5,50 m. de longitud total), que tiene mayor anchura (3,20 m.), techumbre abovedada y que resulta de planta subabsidial. La puerta rústica de

madera, a base de tablas que permiten el paso del aire, va sobre vano sin “esgonce” (0,90 m.) y se cubre con pequeña “sobrepuerta” y “cargadero”. En el murete izquierdo, muy próximo a la entrada, se encuentra un hueco u hornacina con similar disposición al de Cambarco.

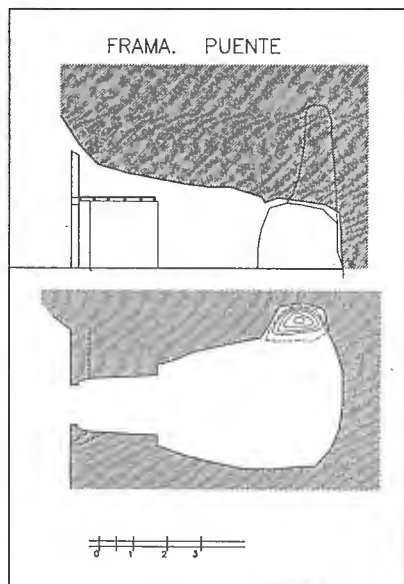
4- Cueva de Casa Mari (Cabariezo)

Excavada en las lutitas y arcillas compactas de la zona, esta cueva artificial dispone, como es habitual en Liébana, de una caseta-lagar de planta rectangular, tejada con inclinación vertiente hacia afuera, y entrada con portón centrado. Tras este recinto murado en mampuesto la cueva se encuentra a un nivel descendente hacia el fondo. Mide 8,10 m. de longitud, desde el acceso bajo un arco seudorebajado de dovelaje rústico hasta su final, con en torno a los 2,20 m. de anchura y los 2,00 m. de altura. Salvo al fondo en que la altura del techo se sitúa en el 1,80. En el lado izquierdo dispone



Planta y sección de la bodega Casa Mari (Cabariezo).

de dos nichos -para las cubas según nos informaron- el primero subabasidial y el segundo subrectangular. En el lado derecho existe un leve ensanchamiento redondeado y, luego, otro nicho subrectangular. Todos estos nichos para cubas tienen en torno al 1,80 m. de amplitud de boca y se hallan a ras de suelo. Esta bodega perteneció a la familia Parra de este lugar.



Planta y sección
(dibujo de L. A. Alonso)



Puerta de entrada a la bodega de La Iglesia (Frama).

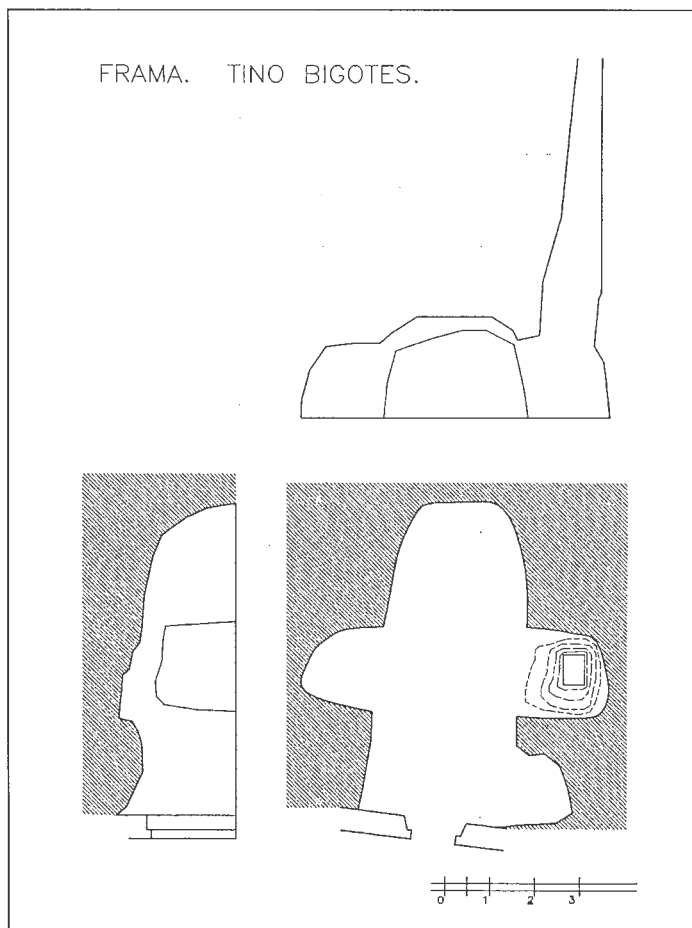
5- Cueva de La Iglesia o de El Puente (Frama)

Se trata de una cueva artificial excavada por vaciamiento parcial en un minianticlinal de pizarra muy exfoliable. Tiene un pequeño acceso murado de mampuesto para la puerta de doble hoja de madera, con contraventana en una de ellas para permitir la ventilación, de 1,40 m. de anchura de vano, “cargadero” de madera y “esgonces” en las jambas (foto 6). Tiene un respiradero que comunica oblicuamente el pasillo de acceso con el exterior por detrás de la jamba del portón. El interior se compone de breve pasillo (2,20 m. de largo por 2,10 m. de ancho) con muretes de mampostería y cueva

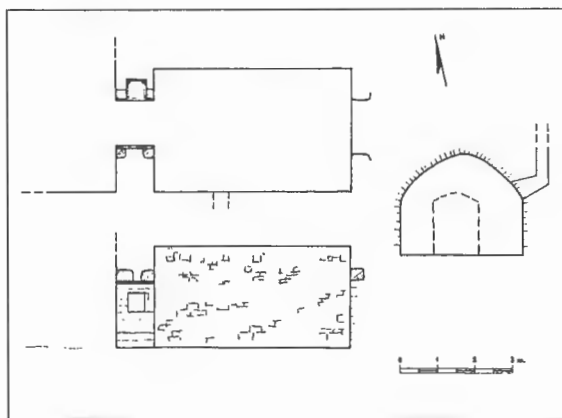
de planta subrectangular que se ensancha hacia el fondo (5,50 m. de longitud por 2,40 m. de anchura). En el lado izquierdo del fondo existe un nicho subabsidial sobre el que se abre una zarcera para respiradero que en la actualidad se halla cegada.

6- Cueva de Tino Bigotes (Frama)

Excavada en el mismo tipo de terreno, con mayor presencia de la arcilla compacta, se encuentra esta cueva totalmente artificial de unos 7 m. de longitud, 2,20 m. de altura y 3,20 m. de anchura, estrechándose hacia el fondo subrectangular, de 2,00 m. En ella se abren tres nichos, el del lado izquierdo es de planta subabsidial con boca de 1,80 m., el primero del lado derecho es de similar forma y tamaño y el segundo, frente al del lado opuesto es subrectangular de 1,90 m. de boca y 2,00 m. de fondo, sobre el que se eleva una vertical zarcera para respiradero. Por ella, según un testimonio oral, se arroja la uva que era pisada allí. Se trataría, pues, de una bodega-lagar. La cueva se cierra con un muro recto en el que se abre el vano de la puerta, con jambas “esgonzadas”.



Planta y secciones (dibujo de L. A. Alonso).



7- Bodega de La Casona (Cabezón de Liébana)

En un suelo de tierra arcillosa, bajo una casa propiedad de la familia Uribe, de aspecto noble y de época barroca. Conserva capilla propia. La bodega se abre contra el terrero y se cubre toda con bóveda levemente apuntada que cierra en cuñas a los 2,70 m. de altura. Es de planta rec-

tangular, de 5,20 por 3,30 m, cuyo vano de acceso (1,70 x 1,20 m.) es de cargadero de "caballo" y en su jamba izquierda se abre la única hornacina en la tablazón que forra completamente las jambas sobre el muro de 80 cm. Existe una zarcera cegada en el arranque de la bóveda en la pared derecha (foto 7). Conserva las cubas y carrales en torno, en su posición original, así como diversos útiles para el manejo del vino. Los espacios anteriores que dan a la fachada en su planta baja son tres: una vieja expendiduría de vinos, un lagar-almacén y una reducida antebodega en donde se abre un respiradero o zarcera.

8- Bodega de La Campiza (Buyezo)

En la casa del señor Victoriano de esta localidad, en el barrio de La Campiza hay, bajo un pajar, una bodega excavada en la arcilla de planta rectangular -3,00 por 2,30 m.- que no tiene acceso alguno salvo una



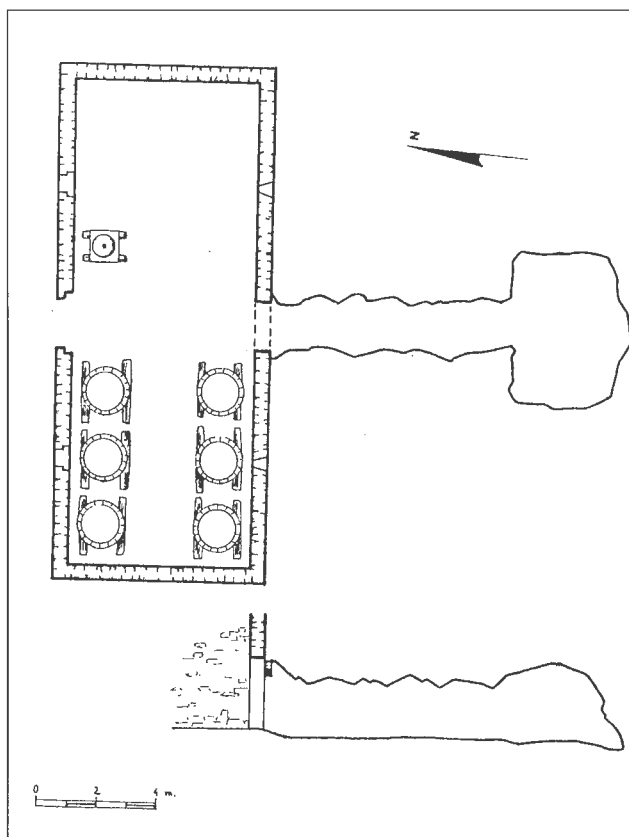
Zona de la Zarcera. Bodega de la Casona. Foto 7.

trampilla en el suelo de madera del propio pajar. Por ella se bajaban las cubas o “carrales” a la bodega. Por lo tanto se trata de una bodega, excavada en el suelo, semisubterránea puesto que el techo es el propio suelo de tabla del pajar. La incluimos en esta relación debido a que su obra se ha realizado excavando hasta lograr el espacio de uso.

TÉRMINO MUNICIPAL DE VEGA DE LIÉBANA:

9- Cueva de Naroba

Forma parte de un gran complejo de explotación agrícola, antes principalmente vitivinícola, con finca que se extiende en dirección a Tudes, casa familiar para vivienda y cuardras, casa para el casero, y la bodega-lagar en la que se encuentra la cueva artificial excavada en la pizarra exfoliable del Estafaniense. La cueva artificial se abre en el centro del fondo del lagar. Un cierre de portón de madera con una hoja y rejería de ventilación, bajo arco rebajado (foto 8), da paso a un prolongado pasillo de 8 m. de longitud y 1,90 m. de altura que finaliza en una gruta más amplia, de 4 por 5 m. de planta y 2,50 m. de altura de techo.



El enorme lagar es de planta rectangular, de 16 por 6,10 m. de medida interior, con portón centrado en la fachada, protegido con un portalillo sobre postes hoy desaparecido, y otra puerta secundaria en el lateral. En su interior se ven las bases donde se situaban las enormes tinas -seis- de fermentación, la



Portón y arco de entrada a la cueva-bodega de Naroba.

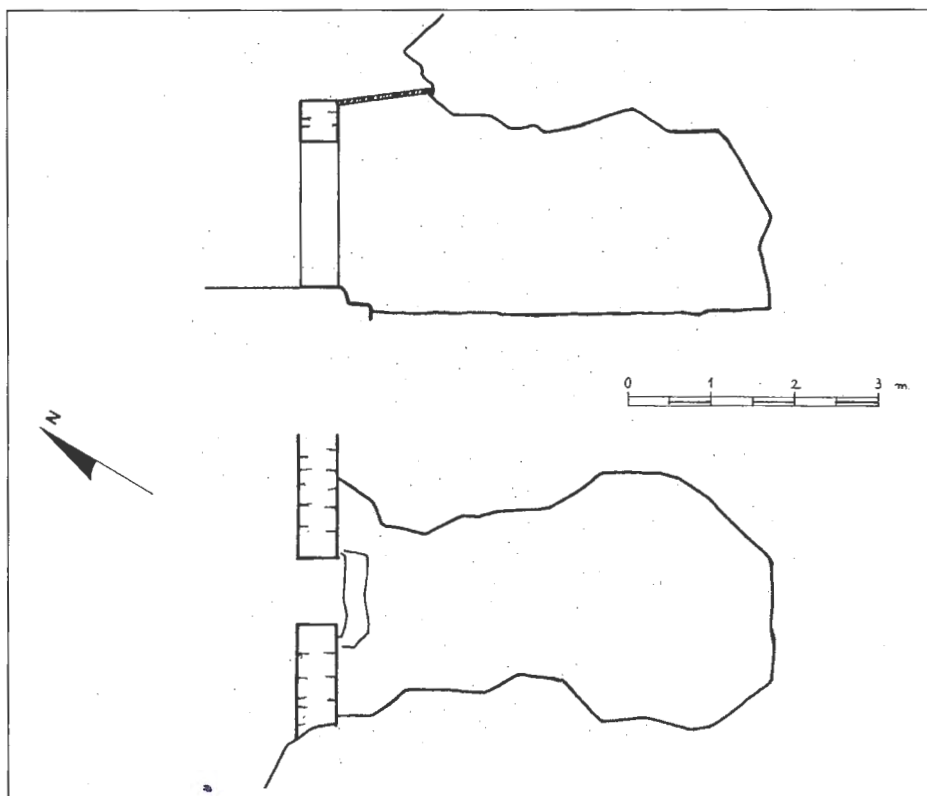
Foto 8.

prensa, los altos y numerosos respiraderos y los huecos, en el muro del fondo “a mataterrero”, que sirvieron para arrojar la uva durante la vendimia de una finca de la que aún se dice que tuvo 14.000 pies de viña hacia 1930. En el piso superior se metían manzanas para su conservación en seco.

Esta gran finca se explotó mediante caseros y jornaleros e incluía, además del viñedo, frutales, algunos olivos y ganado mayor y menor.

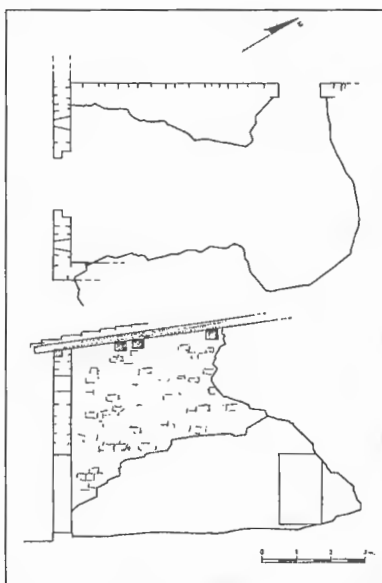
10- Cueva de La Coteria (La Vega)

Sobre el barrio conocido por este nombre, existe una cueva artificial usada como bodega. Perteneció a la familia Pantorrilla durante el siglo pasado, como se atestigua por inventarios testamentarios en manos del actual propietario. Se abre excavado en un minianticlinal de pizarra carbonífera vaciado parcialmente en una longitud de 4,70 m., en una anchura máxima, en su fondo, de 2,80 m. y con una altura de 2,10 m. Precisamente en el fondo se encuentra una repisa rústica para colocar actualmente el vino. En otro tiempo tenía otro cierre diferente, con el exterior a la misma altura que el interior. Hoy el frontis de cierre es un muro de mampostería con puerta metálica de una hoja de 0,80 m. de anchura. Sobre éste, una tejavana de tablas cierra el hueco de acceso.



TÉRMINO MUNICIPAL DE CAMALEÑO:

11- Cueva de la Casa de los Noriega (Argüébanes)



pared de mampuesto y se cubre la zona delantera con tejado vertiente a la fachada.

El espacio delantero, el propiamente semirrupestre era el lagar de elaboración del vino, mientras que el fondo, totalmente rupestre, se dedicó a bodega del vino elaborado. Aún sirve para bodega y conserva los “carrales” colocados sobre apoyos de madera, y una tina de fermentación. En el portal de otra casa inmediata y aneja, más antigua,

Es una bodega-lagar semirrupestre, ya que está parcialmente murada. Excavada en la roca pizarrosa -también aprovecha un minianticlinal- la parte final y zonas laterales, se completa la obra con una fachada con



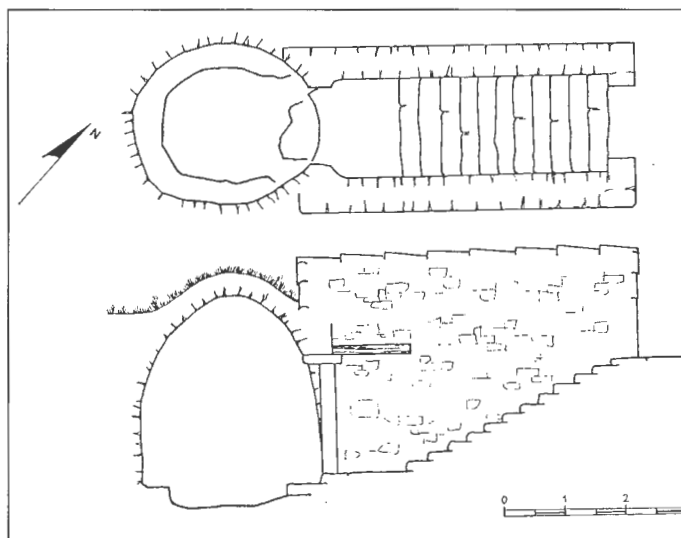
Puerta y respiraderos de la bodega de los Noriega (foto 9)

estaban otras dos tinas, la prensa y la alquitara, es decir, un lagar. La zona de fondo comunica por puerta de madera con la cuadra de la casa, y es la parte más ancha, mide 5,50 m. de anchura y alcanza los 3 m. de altura en la visera de la cueva que sirve de techo. Las cubas se disponen en la pared rupestre de planta pseudoabsidial, sobre una repisa de maderos. Aquí el techo rupestre apenas alcanza el metro de altura. La zona delantera (8 m. de longitud), destinado también a la fermentación, era, antes de 1950, más estrecho que hoy, puesto que entonces se ensanchó continuando la excavación lateral hacia la cuadra. Se cierra con un muro de mampostería con portón central de dos hojas de madera y barroteras de aireación, y donde se abren varios respiraderos de tronera (foto 9). Delante de la bodega se extiende un corral cerrado.

12- Bodega de Beares

Pertenece a la casa de la familia Pesquera, en otro tiempo principal propietaria de tierras y viñedos en la localidad, y se encuentra en un corral anejo. La viña principal se encontraba inmediatamente al oeste de la bodega y se utilizaron las instalacio-

nes para elaborar vino y aguardiente hasta los años sesenta. La obra es semi-rupestre, excavada en el suelo de tierra y reforzada por muros de mampuesto. Se trata de una excavación de más de 3 m. de profundidad de planta sub-circular reforzada por murete de piedra



y que se cubre con bóveda hemiesférica obtenida por el sistema rústico de aproximación de hiladas. Al fondo de esta bodega, de unos 3 m. también de diáme-

tro, se llega por una escalera de piedra de once escalones que se cubre con tejadillo a un agua sostenido sobre dos muros de mampostería (foto. 10). La bodega



Acceso a la bodega de Beares. Foto 10.

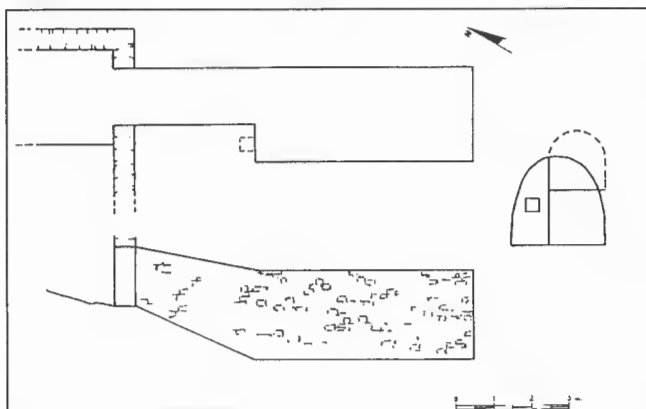
ga posee una puerta de madera de una hoja con ventano redondo para respiradero. Sobre ella existe una repisa triangular de tablazón de madera para colocar cestos y aperos. Se trata, sin duda, de una obra singular entre las bodegas lebaniegas.

Sabemos que el vino y el aguardiente se hacía en la hornera -

antes también lagar- del caserón próximo y después se trasegaba a esta bodega. En la escalera de descenso se sentaban, en verano, los obreros a beber vino al fresco.

13- Bodega de Los Palacios (San Pelayo)

Se trata de lo único que resta de la bodega y lagar perteneciente a una vieja casona hoy desaparecida. La obra es semirrupes- tre puesto que es excavada en tierra, pero se



cubre con una bóveda de cañón de sillarejo. Del lagar previo a la entrada no resta nada más que unos cimientos murados, pero la bodega se conserva, fuera

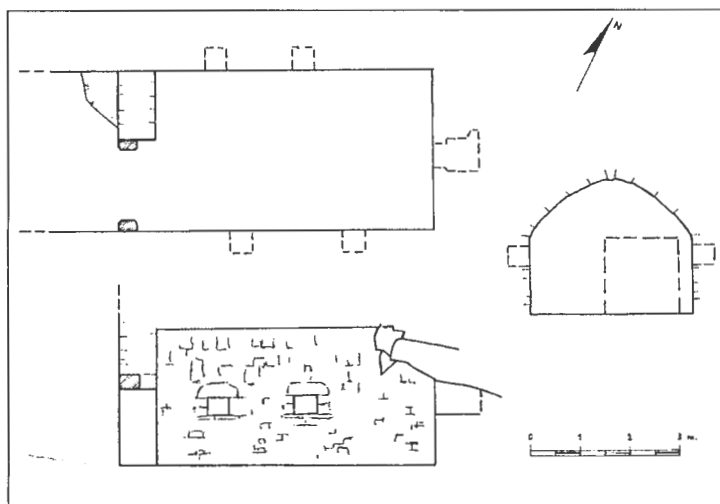
de uso, íntegra. Hay una bajada que conduce a un arco rústico de medio punto que da paso a una rampa descendente de 3,20 m. de longitud y 1,60 m. de altura en la bóveda. Al fondo se alcanza la bodega propiamente, más amplia y rectangular (6 por 2,30 m.) y de mayor altura en su bóveda, 2,40 m. En la esquina interna situada a la derecha del acceso existe una hornacina. Sabemos que el lagar previo era un portal tejado.

14- Bodega de La Casona (Baró)

Situada bajo la casona, en sus sótanos, de la familia Gómez de Enterría, grandes propietarios de viñas en Llenderé y la zona próxima. Se dice que tenían una viña que “daba tantas cántaras como días tiene el año”. La bodega, cubierta por bóveda de cañón al modo de la de San Pelayo, se sitúa excavada al fondo de la planta sótano con amplio lagar previo. Es de planta rectangular y en la pared de cierre se aprecia una zarcera cuya salida se encuentra en el alféizar de una ventana de la primera planta del edificio.

15- Bodega de Baró.

Bajo la casa próxima, de aspecto noble y obra indudablemente barroca, se encuentra otra bodega del mismo tipo. Aprovecha la roca para levantar la obra en la zona del fondo y lateral (foto 11). Se accede por puerta de madera de doble hoja, es de planta rectangular -5,30 por 3,20 m.- con cuatro hornacinas en los laterales, dispuestos dos a dos y una doble hornacina en la parte alta del





Fondo en roca natural, con su hornacina central. Bodega de Baró (foto 11).

fondo (60 x 50 cm. de vano). Existe un respiradero en la zona elevada derecha del fondo. La obra es de mampuesto o sillarejo de arenisca local que cierra por arriba con falsa bóveda, algo apuntada, que cierra con cuñas. Desde el exterior se llega a la bodega atravesando un local, usado como lagar y almacén, de 8 por 3,20 m. de planta, con una puerta de dos hojas que lleva enrejado para respiradero.

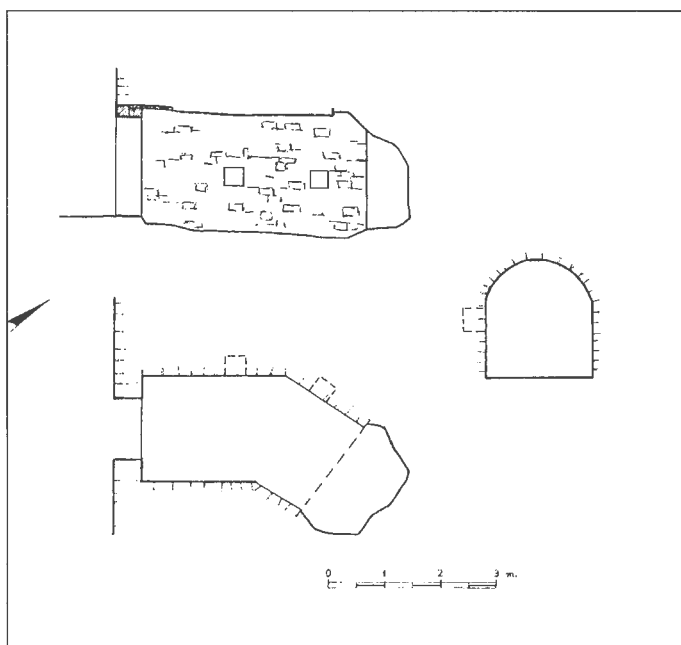
TÉRMINO MUNICIPAL DE CASTRO-CILLORIGO:

15- Cueva de Los Mojones (Pumareña)

En la última casa de este barrio se encuentra una cueva artificial usada como bodega, cubierta con bóveda parcial de medio cañón y paredes de mampostería en el largo pasillo que conduce al fondo rocoso. Se halla en la trasera

de la casa, con un portal cubierto a donde da la fachada murada en que se encuentra la puerta de madera con jambas “esgonzadas” y “cargadero” de madera en que se aprecia grabada la fecha de 1935. La puerta (1,40 m. de anchura) es de doble hoja, una

más estrecha en que hay un ventano con barrotes para respiradero, y otra más ancha. Se puede observar una abertura horizontal sobre el vano con el fin de airear mejor la bodega. A partir de aquí, el pasillo que gira de orientación a los 2,30 m. unos 23° al este para conducir al fondo en otros 2,50 m. La altura de la bóveda llega única-

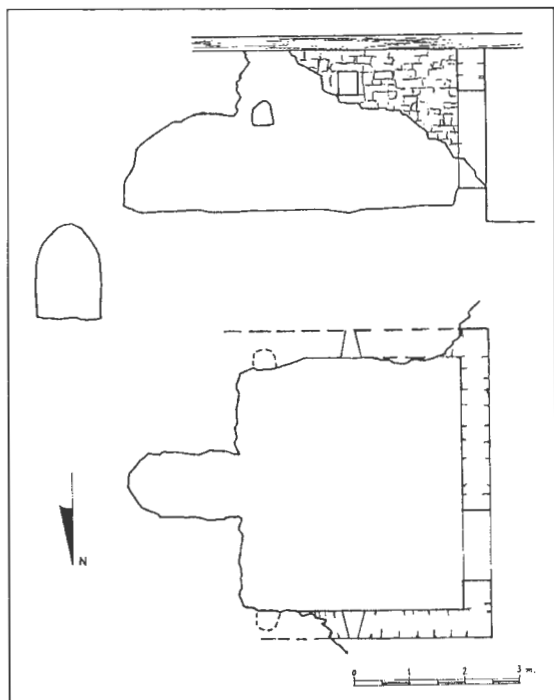


mente a los 2,10 m. de altura. El fondo ha sido reforzado recientemente, mediante obra de bloques de hormigón, con el fin de evitar el derrumbe de la arcilla y lutitas en que se excava. Dos hornacinas se sitúan en el murete izquierdo.

16- Cueva de Pumareña

Bajo una vivienda a la entrada del núcleo se halla la visible entrada, que da a una huerta trasera de la casa, de esta cueva que pertenece a La Casona próxima. Se trata de un arco levemente rebajado de dovelaje rústico que se encuentra hoy cegado. Visitado el edificio comprobamos que no hay actualmente acceso a esta cueva que se encuentra bajo la bodega de la casa. Nos informaron oralmente de que se trataba de una cueva artificial excavada en el roquedo local, puesto que se abrió su arco hace unas tres décadas. No pudimos confirmar este

extremo, aunque nos parece lo más probable, y por tanto no conocemos su desarrollo y características. La incluimos aquí con las lógicas reservas.



17- Bodega de Trillayo

Aún utilizada como tal, se trata de una obra semirupestre. En la parte delantera, excavados los laterales y el fondo en el roquedo y la arcilla, la bodega tiene una planta rectangular (4,5 por 4 m.) cerrada por una fachada murada con una puerta de una hoja de madera sobre un umbral excavado y en realce. A ambos lados y próximas al fondo se han excavado sendas hornacinas con boca de arco irregular. La parte totalmente abierta en la roca es una cueva de 2 m. de fondo, 1,10 m. de anchura y 1,70 m. de altura. Su

parte final es de bóveda de cuarto de esfera o de horno, disminuyendo progresivamente la altura, y de planta pseudoabsidial.

18- Cueva de la Casona de Sonozal (Ojedo)

Hoy destruida tras una reforma reciente del edificio. Sus propietarios nos dieron los datos que aquí reproducimos y por lo que la incluimos en esta catalogación. Bajo el edificio, y era bien sabido en los contornos, se abría una cueva artificial para uso de bodega de planta subrectangular (3,80 por 5 m. aproximadamente), con acceso desde el portal mediante rampa descendente hasta una puerta adintelada de madera fijada sobre un mínimo paramento murado. Encima de esta cueva estaba la hornera de la casa. Se usó como bodega hasta los años sesenta, y con ese nombre era conocida.

OTROS RESTOS RELACIONABLES ENCONTRADOS EN LA COMARCA:

En Cabariezo, en la casa llamada de Socasa, hay una bodega en la cuadra de las llamadas “a mataterrero” en cuyo muro de cierre, por el norte, se percibe una entrada de arco excavada en la arcilla, y hoy tapiada de mampuesto, que parece ser de una antigua bodega subterránea. En la localidad había otra cueva, algo más pequeña que las descritas, utilizada como bodega en una casa hoy derruida en el centro del caserío de la comunidad. Y otra más, tapiada, según testimonios orales también, en la casa de La Abadía.

En la parte más alta del pueblo de Armaño, junto a la última casa hay una cueva hundida, en la arcilla local, que nos contaron que en los últimos tiempos de uso fue escuela con “maestro temporero”, teniendo un portal previo. Creemos que se trata de otra bodega antigua con portal-lagar previo, ya que nos informaron de que la familia propietaria poseía muchas viñas y ocupaban en los últimos tiempos toda la planta baja de su casa como bodega.

5. Algunos datos sobre la cultura vitivinícola en Liébana.

Este catálogo de las cuevas artificiales construidas y utilizadas como bodegas es, necesariamente breve, puesto que las bodegas más comunes en el valle, desde tiempo inmemorial uno de los elementos más generalmente presentes en la casa lebaniega, no son subterráneas. Se trata de bodegas construidas en los sótanos o primeras plantas, junto a la cuadra, soportal o corral, bien mediante obra consustancial a la edificación o bien las tan generales bodegas “a mataterrero”.

Son éstas un tipo de construcción elaborado mediante excavación parcial en el suelo pendiente en que se cimenta la casa, el “terrero”. Se pica la arcilla o el roquedo del suelo hasta conseguir un espacio lo suficientemente amplio para colocar los elementos propios para la fermentación y conservación de los caldos. Los tamaños varían en función del espacio necesario para los mismos, las características, en cuanto a dureza o fragilidad, de la roca, y el tipo de casa en cuya parte baja se abre. Las bodegas “a mataterrero” tienen, por tanto, el suelo y al menos una de sus paredes excavadas en la ladera. La bodega de Buyezo

representa la mayor obra entre este tipo de excavaciones ya que los cuatro lados de la misma son terreros, entrando ya en otro tipo más asimilable a una cueva artificial semisubterránea. Complementar con obra de mampostería los cierres y, a veces, la cubierta, suele llevar a otros tipos y variantes como hemos visto. La natural progresión, en algunos casos que conocemos y hemos descrito, lleva necesariamente a abrir nichos o cuevas artificiales. Los casos de las cuevas de Trillayo, Argüébanes, e incluso, con otras proporciones, Naroba, son significativos en lo que a esto se refiere.

El último paso técnico será la excavación subterránea íntegra de la bodega, en este caso con unos tipos más específicos que pueden apreciarse en bodegas como las de Los Mojones, La Vega, San Andrés o, singularmente las de Frama y Cabariezo.

Para la construcción de estas obras total o parcialmente subterráneas son especialmente importantes las características geomorfológicas del terreno. Liébana, en su práctica totalidad, pertenece al zócalo herciniano ibérico, dominando sus materiales más recientes, del periodo Carbonífero. En el centro de la cuenca lebaniega, zona en que hemos catalogado nuestras cuevas, nos encontramos con una serie de afloramientos de estratos aproximadamente de disposición paralela y de orientación ONO-ESE que contienen una amplia banda central de sedimentos terrígenos de origen turbido del Namuriense (el llamado Grupo Potes), principalmente pizarras y areniscas, entre dos bandas, al norte y al sur, de la fase Estefaniense. Se trata de materiales de gran plasticidad que originaron un plegamiento plástico de detalle de dirección general E-O. Estructuralmente es de señalar pues, debido a la importancia determinante que ha tenido en lo que a la construcción de bodegas subterráneas se refiere, la existencia en la zona de numerosos repliegues en la serie de areniscas y pizarras con anticlinales y sinclinales muy espectaculares por su mínimo radio.

La banda de la zona septentrional, perteneciente a la llamada Serie Bedoya, se compone de conglomerados y olistolitos silíceo-calcáreos con pizarras y areniscas intercaladas. La banda meridional, contiene una clara alternancia turbídica arenoso-plática propia del Grupo La Viorna, compuesta principalmente de areniscas, pizarras y olistolitos silíceos. Son materiales muchas veces deleznales o excavables con facilidad, principalmente las pizarras exfoliables

representa la mayor obra entre este tipo de excavaciones ya que los cuatro lados de la misma son terreros, entrando ya en otro tipo más asimilable a una cueva artificial semisubterránea. Complementar con obra de mampostería los cierres y, a veces, la cubierta, suele llevar a otros tipos y variantes como hemos visto. La natural progresión, en algunos casos que conocemos y hemos descrito, lleva necesariamente a abrir nichos o cuevas artificiales. Los casos de las cuevas de Trillayo, Argüébanes, e incluso, con otras proporciones, Naroba, son significativos en lo que a esto se refiere.

El último paso técnico será la excavación subterránea íntegra de la bodega, en este caso con unos tipos más específicos que pueden apreciarse en bodegas como las de Los Mojones, La Vega, San Andrés o, singularmente las de Frama y Cabariezo.

Para la construcción de estas obras total o parcialmente subterráneas son especialmente importantes las características geomorfológicas del terreno. Liébana, en su práctica totalidad, pertenece al zócalo herciniano ibérico, dominando sus materiales más recientes, del periodo Carbonífero. En el centro de la cuenca lebaniega, zona en que hemos catalogado nuestras cuevas, nos encontramos con una serie de afloramientos de estratos aproximadamente de disposición paralela y de orientación ONO-ESE que contienen una amplia banda central de sedimentos terrígenos de origen turbido del Namuriense (el llamado Grupo Potes), principalmente pizarras y areniscas, entre dos bandas, al norte y al sur, de la fase Estefaniense. Se trata de materiales de gran plasticidad que originaron un plegamiento plástico de detalle de dirección general E-O. Estructuralmente es de señalar pues, debido a la importancia determinante que ha tenido en lo que a la construcción de bodegas subterráneas se refiere, la existencia en la zona de numerosos repliegues en la serie de areniscas y pizarras con anticlinales y sinclinales muy espectaculares por su mínimo radio.

La banda de la zona septentrional, perteneciente a la llamada Serie Bedoya, se compone de conglomerados y olistolitos silíceo-calcáreos con pizarras y areniscas intercaladas. La banda meridional, contiene una clara alternancia turbídica arenoso-plútica propia del Grupo La Viorna, compuesta principalmente de areniscas, pizarras y olistolitos silíceos. Son materiales muchas veces deleznales o excavables con facilidad, principalmente las pizarras exfoliables

y los sedimentos terrígenos y arcillosos. La banda central se extendería desde Mogrovejo y Argüébanes por el oeste hacia el valle de Polaciones, incluyendo, por tanto, las zonas más bajas del término municipal de Camaleño y la práctica totalidad del de Cabezón de Liébana, más la villa de Potes y el entorno de Ojedo y Tama. La zona septentrional se extendería desde aquí hasta donde aparecen las calizas masivas carboníferas de Castro-Cillorigo, por las zonas pobladas de este término. Mientras que la zona meridional incluiría la mayor parte de los términos municipales de Vega de Liébana y Pesaguero (7).

El carácter de gran cuenco rodeado por un anfiteatro de montañas por todas partes provoca un clima local con rasgos claramente mediterráneos en las zonas de menor altitud, y asimismo unos pisos de vegetación en las laderas que transitan desde un piso basal dominado por la encina hasta un piso cimero de roquedo y nieves casi todo el año, pasando por toda una serie de pisos de transición mediterráneo-atlántica. Ello explica la extensión antrópica de cultivos y plantaciones ciertamente singulares en la cornisa cantábrica. En concreto el alcornoque, el olivo, los frutales y, sobre todo, la vid. El límite de este cultivo, aunque depende en sumo grado de la insolación y, por consiguiente, de la orientación de las laderas, se debe situar sobre los 700 m. de altitud.

La dedicación de las tierras al viñedo siempre fue mucho mayor en esta comarca que en las demás de Cantabria. En 1900 se elevaban a 836 las hectáreas, alcanzando su punto de máxima extensión en 1907 con 851 hectáreas cultivadas de vid. Tras la filoxera, se replantan los viñedos con cepa americana injertada principalmente de las variedades Mencía y Neruca, de escasa calidad pero muy productivas, Madrid, muy tintorera, Garnacho, Malvasía y Blanquera, uva blanca de vino, y algo de Moscatel, muy apreciada como uva de mesa. Pero nunca recuperará la viña la extensión cultivada de comienzos de siglo. En las últimas décadas, tras un continuado abandono de los planteles en relación a la crisis de los viejos modos y sistemas campesinos y al éxodo rural, el viñedo se ha reducido a su mínima expresión, apenas unas pocas decenas de hectáreas localizadas únicamente en los términos municipales de Potes, Cabezón de Liébana y Cillorigo-Castro (8). En realidad su extensión se limita a zonas bien soleadas y marginales de Potes, Ojedo, Valmeo, Armaño, Tama, Viñón, Olalle, Colio, Cillorigo, Allende, Lebeña, Framá, Cabariezo, Valle Estrecho y Valle de

Bedoya. En este último lugar Triyallo y Pumareña tienen la única extensión actual considerable de viñedo en Liébana (Foto. 12).



Viñas en las laderas soleadas del valle de Bedoya. Foto 12.

Los pueblos, aldeas y barrios lebaniegos más altos procuraban hacerse con viñas en los lugares bajos para hacer vino y llenar sus propias bodegas. Es el caso de los pueblos entre Los Llanos y Cosgaya (Camaleño), entre los de Lerones y Pesaguero (Pesaguero), en los pueblos altos a partir de La Vega (Vega de Liébana) y en unos pocos de los términos municipales de Castro-Cillorigo, como Cabañes y Pendes, y de Cabezón de Liébana, como Cahecho, Luriego y Lamedo. Los núcleos más altos y aislados conducían sus carros a Palencia y a León para traer el vino a sus bodegas. Así los pueblos de Las Ilces, Espinama y Pido iban a por vino a León, y los de Dobres, Cucayo, Caloca, Vendejo, Avellanedo, Valdeprado y Cueva se dirigían tradicionalmente a Cervera de Pisuerga por los puertos de Pineda y Piedrasluengas.

Antes de lograrse la cosecha, siempre con peligro de verse malograda por los avatares climatológicos y las enfermedades, las viñas exigen numerosos esfuerzos y trabajos, atenciones necesariamente constantes. En pleno invierno hay que podar las viñas, despojándolas de los secos sarmientos, y, no todos los años, acepar y abonar los “pies” de viña, con un considerable trabajo en los planteles. Con la azada se abre un hoyo de casi cuarenta centímetros de profundidad para depositar el estiércol -prefiriendo la “polvorina” de oveja o cabra- en el fondo y acepar tapando. En primavera, cuando nacen en las cepas los primeros tallos, se procede a una nueva labor de azada cavando y dando vuelta a la tierra. En verano, mientras aparecen los incipientes racimos, hay que tratar las viñas con azufre en polvo, contra el oidium, y regando la fruta y la hoja con una solución de sulfato de cobre y cal, contra el mildiú. Estas operaciones se suelen repetir las veces necesarias en función de la humedad. En Junio es necesario también “sallar” las cepas, limpiando el suelo de malas hierbas y quitando los tallos sin fruto o perjudiciales. Las labores y esfuerzos culminan en la vendimia, la recogida del fruto, allá por el mes de Octubre.

La cosecha de la uva, en tiempos relativamente recientes, es vívidamente descrita por Eduardo García Llorente, de quien se han tomado también las referencias anteriores:

“Esta tarea que se realiza colectivamente, participando en la misma gran cantidad de gente joven, suele tener cierto aire festivo y alegre ya que al realizarla los que en la misma participan, cantan, se gastan bromas y se divierten en medio del más fraternal ambiente. Los carros cargados de uvas circulan constantemente, y las personas que se encuentran en el camino, son obsequiadas generosamente con tan sabroso fruto, y las parejas de vacas que arrastran las carretas son adornadas con sonoras campanillas reservadas para estas ocasiones o para llevar al ganado a las ferias a fin de mejorar su aspecto. La uvas son cortadas cuidadosamente, separando de las mismas con la mano las hojas secas u otras adherencias que pudieran tener, depositando seguidamente el fruto cortado en cestas individuales que pasan a recoger en cuanto están llenas de fruto unos muchachos volcándolas en sendos terreros, cuyo contenido van volcando en grandes cestos de mimbre de cincuenta o sesenta kilos de contenido, que a hombros de fornidos mozos son transportadas al lugar hasta el que pueden lle-

gar los carros que han de trasladar hasta las bodegas para ser allí convertidas en vino, en aguardiente o en tostadillo” (9).

Hoy se recogen ya con “tinacos” de goma y tractores pequeños.

Las labores continúan en los portales, lagares y bodegas. El vino de lagar se realiza arrojando las uvas a las grandes tinas de madera en que son pisadas por los hombres, o exprimidas en la prensa de torno, y se “amostan”. En Framan nos informaron que arrojaban la uva por las zarceras para hacer el vino en las mismas bodegas que las poseen, al igual que en Naroba echaban la uva desde lo alto a través de ventanos abocinados. Últimamente las trituradoras han incrementado la eficacia en la obtención del mosto. Comienza entonces un periodo de rápida ebullición y fermentación en las tinas, unos quince días, periodo en el que la vigilancia del fermento es constante -se dice que “el vino cuece”- bajando el “borujo” y la “garapa”, porque tiende a flotar, y lo más peligroso son las emanaciones de gas. Para ello el lagar y la bodega disponen de respiraderos y ventilación. Se ha de bajar de vez en cuando a la bodega con una lamparilla encendida que se deja y coloca en la hornacina cercana a la entrada de que suelen disponer las bodegas, para que, si existen emanaciones tóxicas, el apagado de la llama avise al bodeguero.

A continuación viene la “esvina”, labor consistente en sacar el vino colocando la canilla y la “espita” en la base de la tina, haciendo caer el caldo al “cubeto” y de allí trasegándolo a las “carrales” y “bojoyes” adecuadamente instalados en lo más profundo y fresco de la bodega, donde quedará depositado, tapado, y apto ya para ser consumido. El trasiego se facilitaba con mangueras conducidas y recogidas mediante manivelas sobre carros rodados. Por cierto que la manivela hallada en Cambarco recuerda los modelos aplicados a estos carros. Existen cubas de 4, 8, 12, 16 ó 20 cántaras de capacidad. Al tiempo se extrae el “borujo”, del que se ha eliminado la “garapa”, empapado en vino que se vuelve a exprimir en la prensa para obtener un segundo caldo de vino de inferior calidad y grado alcohólico.

El “borujo” exprimido, o “vinaza”, servirá para la obtención del aguardiente de orujo en las noches invernales al pie de la alquitara. El “tostadillo” es un tipo especial de vino obtenido a partir de uvas y variedades muy dulces, secadas al sol en los “cañinos” para que pierdan más agua. El vino resultante se tra-

siega a viejas soleras de “tostadillo” para que la madre otorgue al mismo sus cualidades tradicionales.

Según nos dice Jose Ignacio Barrón había, antes de la crisis del oidium y del mildiú, otras variedades de uva en Liébana, como la “parduca”, el “herradillo menudo”, el “casconil”, la “martín” o la “verdeja” (10). En todo caso el vino en esta comarca era indefectiblemente tinto.

Sobre los elementos de cultura material en relación con estas actividades aún son numerosos los espacios -corrales, portales, lagares y bodegas- y los aperos -medidas, cubetos, carrales, tinas, prensas, máquinas de trasiego, alquitaras, etc.- que se conservan en las aldeas lebaniegas. Prensas y lagares sencillos, de un solo tornillo y gran viga, son lo menos abundante, y el lagar de madera publicado por García Llorente nos muestra un modelo de torno tan sencillo como los demás conservados (11). Este modelo es de origen muy antiguo, según Caro Baroja de época romana (12), y son el tipo que vemos reproducido en la Edad Media, incluso aparecen en las ilustraciones del Lagar de la Ira de Dios de los Comentarios al *Apocalipsis de Beato de Liébana* (13) (Foto. 13). Las tinas, cubetos y cubas, de diferentes tamaños, se fabricaban con “duernas” de roble herradas con “cellos”.

La tipología de las edificaciones y anejos es muy variada. Los corrales, también llamados “eras”, en que se pisaba la uva en ocasiones, eran de planta rectangular y generalmente daban paso, en su fondo, a la bodega. La obra es de mampuesto armado a canto seco o con mortero de “barro”, con bastante altura de paredes. No son raros los portones para el acceso de carretas al corral. Muy



El Lagar de la Ira de Dios, en el Beato de la Vitrina 14-I de la Biblioteca Nacional (Madrid). Foto 13.

comunes son las casetas o portales cerrados previos a la bodega. Algunos se han descrito en este trabajo y la mayoría de los que hemos visto responden a portales rectangulares con muros de mampostería, armada con mortero de “barro”, con acceso por portón centrado en la fachada y con cubierta de madera y teja vertiente hacia la fachada. En muchas ocasiones este portal hace de lagar. Otras veces el lagar es un edificio independiente, como el descrito de San Andrés, o adosado lateralmente a la casa, lo que a veces se denomina “hornera” por incluir también el horno de pan. Un documento muy interesante sobre estos edificios incluye una planta y alzado de fachada de una lagar-bodega propiedad de Juan Antonio de Bustamante, fechado en 1823, en que podemos apreciar los respiraderos o “zarceras” para ventilación a diferentes alturas como el de San Andrés ya indicado, y que se halla en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (14).

De forma quizás excesivamente simplista diremos que se pueden definir tres tipos de bodegas subterráneas en Liébana. Bodegas señoriales asociadas a los sótanos de grandes casonas de los siglos XVII y XVIII, caso de las de Baró, San Pelayo y Cabezón, que suelen ser de planta rectangular y tener cubiertas abovedadas; bodegas y lagares exentos asociados a grandes explotaciones empresariales de los siglos XIX y XX, caso de las de Beares y Naroba; y bodegas populares, la mayoría, con tipologías más dependientes de la calidad y disposición de los terrenos en que se excavan.

6. Los paralelos materiales conocidos.

Sobre las tipologías de las bodegas lebaniegas ya hemos disertado en el apartado anterior. Sin embargo hay un detalle en que sería interesante insistir para su mejor análisis y comprensión. Son de los arcos rústicos, tan comunes en la puertas o vanos de acceso a estas construcciones. Se trata de arcos de dovellaje a base de losas o piedras planas colocadas radialmente de forma que se traban todas las piezas en cuña. En muchas ocasiones su ejecución determina su irregularidad y el que se resuelvan como arcos más bien rebajados. Este tipo de arcos se pueden ver también en muchas obras rústicas de Cantabria, como puentes y alcantarillas vinculados a los caminos carreteros. Este es el caso -nada más que un botón de muestra- del Puente de Boláiz, del Puente de los Moros de

Sangas y del Puente de San Bartolomé, todos en Soba (15), o del Puente de Somaniezo, en Liébana, en las inmediaciones de Cambarco (foto 14). Se trata de elementos de transmisión de empujes hacia los pilares y cimientos que se resuelven a canto seco o armados con barro. Y que se pueden fechar por los caminos en los que se alojan entre los siglos XVI y XIX.



Arco rústico del puente de Sonaniezo. (foto 14).

A esto debemos añadir que el aparejo rústico propio de todas las paredes y muros de obra de estas bodegas es el generalizado en toda la arquitectura popular del norte de la Península Ibérica, incluyendo cercas y vallados. Juan de Villanueva, quizá el mejor arquitecto español de la segunda mitad del XVIII, en su *Arte de Albañilería* publicado en 1827, expone con detalle las características, la elaboración y las tipologías propias de estos paramentos; diferenciando las “paredes de piedra seca”, de las “paredes de piedras con barro” y de la “mampostería de piedras tosca, con mezcla de cal y arena” (16). Sus descripciones toman toda la tradición rústica de la obra popular de su tiempo.

Sin duda las bodegas lebaniegas extienden a Cantabria los tipos de bodegas que aún se pueden ver, incluso en uso, en las antiguas zonas vintivinícolas de León y Palencia. Santiago Díez ha estudiado estas construcciones en León y señala unas tipologías similares, si no idénticas. El tipo al que hemos dedicado

este estudio se identifica con el que denomina “bodegas subterráneas a modo de galerías”, aunque señala también “bodegas subterráneas debajo de la vivienda” y “bodegas construidas con obras de fábrica” que también tienen su correspondencia en Liébana, como hemos visto. Sobre su construcción nos dice:

“Comenzaba con un replanteo rudimentario sobre el terreno por un maestro albañil o persona con alguna experiencia... La operación de la excavación se hacía con picos o piquetas que habían de manejarse a dos manos, dejando para la piquetilla las operaciones o trabajos de refino... Se corta a plomo la parte de la ladera, que conformará la fachada, por el lado meridional o más soleado, y en el que se abrirá la puerta de entrada... Por ella comenzará a excavar una galería abovedada con arco de medio punto de 1,00 a 1,50 m. de ancha, de 1,90 a 2,30 de altura y una longitud variable (8 a 10 m. las pequeñas). Esta galería se llama “cañón” y será el eje principal de la bodega. La solera forma la rampa de acceso a la cual, en algunos casos, puede estar precedida por unos escalones... Al mismo tiempo que se iniciaba al excavación de la entrada, se comenzaba también la de las “zarceras” o “ventanos” que son unas comunicaciones con el exterior a modo de chimeneas”, de forma troncocónica o troncopiramidal, cuya finalidad es la de favorecer la ventilación de la bodega y con ello evitar las humedades y eliminar los gases procedentes de las fermentaciones... La excavación continuaba con el “cañón” hasta una dependencia cuadrada de 4 a 6 metros de lado llamada “cubo” y, como todas las dependencias, con los techos en forma de bóveda... A ambos lados del cañón se excavaban otras dependencias de dimensiones variables denominadas “nichos” o “sisas”... El “cañón” se prolongaba hasta el paramento vertical de la entrada mediante paredes y bóvedas de medio punto... A veces el arco de la bóveda era sustituido por otros materiales más fáciles de colocar como maderas y hasta sarmientos o escobas”.

También atestigua la costumbre de utilizar algunas zarceras para arrojar la uva cosechada. La denominación de los tipos de recipientes para el mosto y el vino es idéntica a la de nuestra zona (17). Esta descripción cuadra perfectamente con algunas de las bodegas catalogadas (Frama, Cabariezo, Ojedo, La Vega, Argüébanes y Pumareña), y no es ajena a la de Cambarco. Las bodegas bajo la casa cubiertas con bóveda de medio punto y sin zarceras, aunque se advierte que no hay dos iguales, encuentran su paralelo también en algunas de las lebaniegas.

Incluso la denominada en León como “lastra” o “silo”, una simple habitación de la casa accesible únicamente por una trampilla en el suelo, es la que describimos de Buyezo. También las que Santiago Díez denomina “de obra”, bajo la casa, tienen ejemplos en nuestro valle (Cabezón, San Pelayo, Baró). Con algunas diferencias estos tipos están presente asimismo en otras zonas de viñedos tradicionales de Castilla y León (18), y nos atrevemos a decir que en la mayor parte de las zonas vitivinícolas peninsulares (19). En cualquier caso, como en Cambarco, la presencia de arcos de entiba es corriente en zonas próximas a Liébana, aunque sólo cuando es necesario para reforzar la obra. Y, más aún, conocemos algún ejemplo de bodega subterránea con pasillo de acceso reforzado con arco y bóveda de medio punto en el norte burgalés. Incluso, en nuestra propia región, se ha dado recientemente a conocer una bodega en Agüero (Trasmiera) de planta circular, con vano de acceso rectangular tras un corredor murado, y cubierta de falsa bóveda por aproximación de hiladas (20). En esta zona costera había viñedo hasta el siglo XVIII, pero hoy quedan pocos testimonios materiales. Su parecido con la bodega de Beares, en Liébana, que aquí se recoge, llama la atención grandemente. Siendo, como es, un tipo no conocido en Castilla y León, pudiera tratarse de un tipo cantábrico propiamente.

7. Las evidencias documentales rastreadas.

Ante la dificultad del manejo de la ingente acumulación documental sobre la explotación agraria en el Valle de Liébana, y debido a que su consulta excedía de nuestras fuerzas y del tiempo disponible para este trabajo, se procedió a realizar un sondeo entre algunas fuentes documentales que creíamos de mayor interés en lo que a bodegas y cultivos de viña se refería. Fundamentalmente cartularios monásticos medievales, principalmente el de Santo Toribio, el célebre Catastro del Marqués de Ensenada, de mediados del siglo XVIII, las diversas ordenanzas de los pueblos lebaniegos, algunas cuentas de concejos y ciertos protocolos notariales.

De la consulta del Cartulario de Santo Toribio de Liébana resulta una extensión del viñedo en Liébana muy similar, al menos en la Baja Edad Media, con la que ha sido hasta épocas recientes. Por citar solamente el caso de mieses o “cuéranos” de viña en zonas inmediatas a las bodegas que hemos inventaria-

do, en Tolina, el viñedo más extenso de Vega de Liébana, se citan en 1431 (21), y en “Narova” en 1388, 1389 y 1406. Gran interés muestran los documentos referidos a este último lugar. En 1388 El Prior de Santo Toribio poseía una casa en Naroba a la que pertenecían diversos planteles de viña, y otorga diversas heredades en el lugar a particulares a condición de que las planten de viña (22). Lo mismo hace el titular en 1389 con Juan Ibáñez de Tollo y, en 1406, con Pedro González de la Llama (23).

Además aparecen diversas citas de bodegas. En el citado año de 1388 el Prior llega a un acuerdo con García González Orejón “sobre dos suelos que fezistes en mi aldea de Torieno en que en el uno de ellos fecistes bodega” (24). Y, por poner otro ejemplo, en 1406 Toribio Alfonso de Erzinas dona al monasterio una bodega en el barrio de Ercinas, en Tanarrio (25).

Según destaca Javier García Sahagún, durante la Edad Media el viñedo es el segundo cultivo en importancia en Liébana, con menciones a su cultivo desde el siglo VIII, y de creciente importancia en los siglos XIV y XV, lo que achaca a la expansión de los cultivos comercializables en este periodo de reactivación mercantil en una economía sobre la base de la propiedad señorial (26). Lo que cuadra perfectamente con el interés del Prior de Santo Toribio por forzar la conversión de sus tierras en viñas. Carmen Díez Herrera nos confirma pormenorizadamente este hecho y cita un documento en que se recoge el apelativo de “era” para el corral o lugar en que se descarga y pisa la uva, tal como aún hoy se oye denominar. Dice exactamente así: “uno para podar, otro para vendimiar y otro para desgranar la Era”. El documento es de Santa María de Piasca, y de 1187 (27).

En el mismo año se cita el “cuérano” que “dicitur Planum Regis” perteneciente a Santo Toribio (28), sin duda se trata de Llenderé la mejor zona de viñedos del Valdebaró, y base, en la Edad Moderna, de la explotación vitivinícola de los Gómez de Enterría.

En la viejas ordenanzas concejiles de las aldeas lebaniegas hemos también rastreado las evidencias sobre estas cuestiones. En el siglo XVI, en que datan las más antiguas, constatamos la presencia de viñas y se habla de las labores de vendimia en las ordenanzas de Lon y Brez de 1578 (29) y en las de Tudes de 1591 (30).

En el siglo siguiente conocemos bastantes ordenanzas de la comarca. En 1614, en Frama, se contienen varios capítulos sobre el trabajo en los viñedos y se habla ya de “las viñas del concejo” (31); constatando la existencia de las mismas para obtener el vino del concejo que no faltaba en las asambleas y trabajos comunitarios, según costumbre que alcanza hasta mediado el siglo presente. En 1621 las ordenanzas de Valderrodies dedican un capítulo a “sobre echar la vendimia” (32).

En 1623, en San Andrés, encontramos la primera referencia al apellido Cabo y se habla “sobre las viñas, prados y mieses” (33). En 1624 las ordenanzas de Cabezón ya aparece la familia Parra, y además de citar el numerosas veces el viñado y sus cuidados, el capítulo 30 dice: “...ni por la persona que vinieren a pedir vino de nuestra bodega... y no den vino de la dicha bodega y el que les quisiere hacer honra, lo haga de su bodega...” (34). Con lo que ahora comprobamos la antigüedad del uso concejil de tener, no solamente viñas, sino bodega propia del concejo. La bodega abandonada localizada en la inmediatez de la iglesia parroquial, donde era costumbre la reunión del concejo de Cabezón, pudiera tratarse de esta bodega citada en tiempos tan pretéritos, o, al menos, de otra más reciente con la misma función. Las ordenanzas del mismo lugar en 1625 señalan, además, que se vendía “vino del concejo” y que en su bodega tenía “carrales” y “tinajas” (35). En Cambarco, en 1695, señalan sus ordenanzas concejiles ya la presencia de miembros de la familia Cabo (36), el mismo apellido de la familia propietaria de la bodega de Bollano de esta localidad.

En 1701 las ordenanzas de Valmeo citan el viñado y el vino. Se prohíbe traer uva y vino forasteros a la aldea “por ser uno de los efectos principales de que se compone este lugar dicha cojeta de vino” (37). De 1739 datan las ordenanzas de Mogrovejo y Tanarrio, de Baró y de La Vega, y en todas ellas se cita el viñado y la producción de vino como una ocupación importante de sus habitantes (38). En el caso de Baró, el viñado estaba inmediato a los núcleos habitados, en los otros los “cuéranos” de vid estaban en zonas más bajas, algo alejadas de la aldea, tal y como comprobamos en los últimos tiempos.

Los datos del Catastro de Ensenada, realizado entre 1752 y 1753, son especialmente numerosos e interesantes en lo que se refiere a las cuestiones que aquí nos interesan. Del Concejo de Bedoya podemos decir, a juzgar por la lec-

tura de este documento, de la importancia de la viticultura para sus vecinos, aunque la cita de bodegas es más escasa que en otras zonas, por la parquedad de las descripciones, creemos. La superficie de viñedo se mide por Obreros, que “se entiende lo que un jornalero puede labrar en un día, sin que tampoco conste de cierto número de Zepas”. También se cita algún lagar, como el de Don Andrés Carbón de Bedoya, que posee, además de la casa-vivienda y dos casa-pajar, otra “de lagar y tinas con suelo firme tiene de Ancho veinte y siete pies y de fondo treinta y cuatro arrima a caminos Reales” (39).

En el lugar de la Vega casi todas las casas disponían de bodega propia bajo la casa, de cabida para entre tres y cinco “carrales”. La casa que generalmente se describe tiene dos suelos y bodega, con edificio anejo para cuadra y pajar en ocasiones. Se trataría de bodegas “a mataterrero” en la mayoría de las ocasiones. Don Bartolomé Fernández de la Lama, por ejemplo, tiene una casa con dos suelos, “y en ella una Vodega con tres carrales que harán Veinte Cántaras”, con viñas en La Casa, La Portilla, Llandengondo, Sierrapedilla, El Peso (Tolina) y las Viñas de Polláis. Tolina resulta el lugar en que el viñedo tiene más destacada presencia. Don Manuel Pérez de Agüeros, vecino de Potes, tiene en La Vega casa vivienda con dos suelos, el alto con sala, cocina y dormitorio, y el bajo dos bodegas, una para leña y una tina y en la otra tres carrales y tres arcas. Este documento nos informa sobre las llamadas “eras” en Liébana, ya que nos dice que, delante de las casas, sirven para “deshacer la mies” (40).

En San Andrés la situación es similar a tenor del catastro. Don Alejandro de Lamadrid tiene una casa “con un alto en que tiene sala y antesala, dos cuartos que sirven de dormitorios con Corredor y dos Cocinas y en el suelo terrestre un cuarto, bodega cavalleriza, hera para el Agosto, un horreo y casa recién armada y lagar”. No podemos dudar de que esta bodega está, parcialmente al menos, excavada en el “terrero”. Lo mismo sucede en otros caso. En varias ocasiones junto a la bodega se citan el corral, la “era” y el portal “para hacer el Agosto”, local en que solía estar la tina. A veces, se nombran los lagares como piezas independientes. Don Manuel de Lavandón, a unos pasos de su casa, posee un edificio que “tiene de fondo quince pies de largo y ancho diez en cuadro, sirve de bodega y un cuarto para frutas; junto a ella se halla un poco de hera”. Casi todas las bodegas se abren al viento del norte o del oeste, al “cier-

zo” o al “regañón”, pensamos que para su mejor aireación. Resulta sugerente el topónimo de Huertos de Las Cuebas, muy próximo a la localidad por el sur y oeste, ya que pudiera referirse, en un medio no calcáreo, a cuevas artificiales (41).

El Catastro de Ensenada informa sobre Cabezón de Liébana, incluyendo los barrios de Lerones, Aceñaba, Cabariezo, Vieda y Allende, en la misma línea. En algún caso excepcional la descripción es algo más pormenorizada. Don Francisco de La Canal Arenal, del estado noble, tiene en Cabezón una casa “que es en la que bibo y tiene otras dos ynmediatas de serbicio que la una sirbe de pajar y establo que ocupa treinta pies su quadro y la otra de sitio para cubas cosecheras y prensa de sacar bino con viente pies de largo y diez y seis de ancho, y dicha casa de bibienda con inclusion del patio del lado de arriba coge de largo sesenta pies y quarenta de ancho; el suelo firme le ocupa un patio de recibimiento, un quarto bajo para estudio y dormitorio, una bodega, y antebodega, un quarto para paneras, y otro de dispensa baja; y en el suelo lato ay un Corredor sala, antesala, seis quartos para dormitorios, una dispensa, Cozina y ornera que sirbe solo para masar el pan del gasto de Casa”, le rodea un huerto con frutales y “zepas de moscatel”.

No era, como puede deducirse, una casa más de la localidad, sino una casona nobiliaria. En las casas corrientes la presencia, en el piso bajo, de cuadra, bodega y portal, generalmente con un corral previo, es común. A veces todo el suelo bajo, en el “terrero”, se dedica únicamente a bodega. Don Pedro Parra tiene casa en Cabariezo con dos suelos, el bajo de bodega, más “Otra Bodega de quatro Baras de largo y tres de ancho confronta por cierzo calle pública” en local aparte. Pudiera tratarse ésta de la Cueva de Arriba de esta localidad, a juzgar por tamaño y disposición (42). Sobre la localidad de Frama el catastro nos ofrece también multitud de ejemplos similares. Los tipos de casas se repiten, siendo comunes los pisos bajos con establo y bodega, o a veces lagar. Por ejemplo, la Rectoría de Frama posee una “casa de Vivienda con dos Suelos el terrestre tiene Bodega en el alto cocina sala y un quarto” (43).

El lugar de Cambarco, perteneciente a los Duques del Infantado, según consta en las Respuestas Generales, posee “viñas secanas” y declaran producir vino: “Un obrero de viña de Primera Calidad Produce por al tres cántaras. Un

obrero de segunda Calidad Dos cántaras. Y en la viña de Ynfima calidad el obrero produce una cántara”. Las rentas y diezmos se pagan en vino, lo que afirma la importancia de este producto como bien conservable y comercializable. Y “Dijeron que el común de los Vecinos de este dicho lugar tiene Unas Viñas tierras y prados que anualmente rentan Diez y seis cántaras de vino” (44).

Es corriente, pero no general, la casa con dos suelos “en el alto tiene cocina i un dormitorio, en el terrestre un establo”, y a veces bodega con portal también. A estos corrales previos se les denomina “era” o “patio” en muchas ocasiones. En el piso alto suelen citar hornos de pan también. Las mejores zonas de viñedo parecen ser La Toja, al “ábrego” (sur), y Morillas al “regañón” (oeste). En el documento se pueden encontrar citas de bodegas y lagares independientes. Así, Don Juan Diego, vecino de Aniezo, tiene en Cambarco “Una bodega en dicho sitio, que tiene de largo diez y seis pies, de ancho nueve y de fondo lo mismo”, y Doña Josefa de Dosal, vecina de Lamasón, tiene aquí “Una Casa de Lagar que sirve para poner las tinas, con su corral y paxar, tiene de largo cinco varas de ancho quatro y de fondo ocho”. Como muestra de una casa-tipo Don Silvestre de Soberón tiene “Una casa en el Varrío de Abajo con dos suelos en el alto tiene sala y cocina en el terrestre, bodega” (45). En los *Memoriales* se nombran constantemente bodegas con sus tinas “para cozer el vino” y sus “carrales”. El vecino Don Hermenegildo de Cabo -de nuevo este apellido en Cambarco- tiene una casa donde vive con dos suelos “Y Junto Con esta una bodega que tiene doze pies de largo y nueve de ancho Y su alto se ocupa en un pajar”. Don Lucas García de la Vega tiene una casa y “en el piso seguro una bodega en que tengo carrales de cabimiento de doze miedros y un portal donde tengo dos tinas para cozer el bino”. Y, para no ser demasiado reiterativos, concluiremos con Don Domingo García de la Vega, el cual tiene en su casa “un piezo que sirbe de Bodega en Bueco (sic) y tiene de largo cinco Baras y de ancho quatro y tres del alto al suelo terrero” (46).

El uso común de poseer algunos de los concejos lebaniegos viñas y bodegas propias se corrobora en las mismas Cuentas de Concejos. Así en el Cabezón de Liébana se sacan a subasta las “viñas de este concejo” en 1836. En este año San Andrés tiene una viña concejil arrendada. Y al año siguiente las noticias en esta zona son numerosas. Perrozo tiene una viña concejil arrendada en Los

Valles; Frama obtenía 32 cántaras de vino por el arriendo de propios, entre los cuales una “viña de este concejo”; Piasca también tiene dos viñas en arrendamiento; y Cambarco obtiene ocho reales “del producto de la viña del Concejo” (47). En 1857, en el Inventario de Bienes Propios del Ayuntamiento de Cabezón se citan la Viña de la Morcoria, la de Las Vegas y la de La Joyaca (48).

Ya es evidente, a juzgar por los numerosos testimonios recogidos en el citado Catastro de Ensenada, que en Liébana se ha asentado en ese momento una estructura de la propiedad muy diferenciada. La mayor parte de las tierras eran controladas por los miembros de ciertas familias del estado noble desde sus casonas y palacios, verdaderos centros de las unidades de explotación agrícola y ganadera, entre cuyos productos más importantes estaba el vino. Como se ha podido apreciar, desde la Baja Edad Media, con la consolidación y expansión de la economía mercantil, los propietarios habían tendido a extender este cultivo entre sus colonos, aparceros y renteros. En los primeros tiempos las abadías e iglesias, entre las que hay que destacar el monasterio de Santo Toribio de Liébana, y después, en la Edad Moderna, la nobleza laica. Las sucesivas desamortizaciones -enajenaciones de bienes a favor del estado y subasta de los mismos- representan el paulatino cambio en las estructuras socioeconómicas de la comarca lebaniega. Ya la primera obra desamortizadora, la del ministro Godoy, entre 1798 y 1808 supone la venta pública de algunos viñedos cuyos compradores fueron los hacendados locales, como Don José Cayetano de Soberón y Don José Antonio Colosía y Rábago (49). Las ventas a que se vieron forzados algunos concejos lebaniegos durante las guerras napoleónicas suponen un paso más en este sentido.

La Desamortización del ministro Mendizábal, entre 1837 y 1849, supuso para el valle de Liébana la consolidación del traspaso del control sobre las grandes explotaciones por parte de la oligarquía laica. Por un lado los señores e hidalgos que habían medrado en los servicios a la administración real. Por otra parte supone el comienzo de la irrupción de la burguesía mercantil y financiera, de carácter urbano, y la consiguiente mercantilización especulativa sobre la explotación agraria. En lo que se refiere a la explotación vitivinícola, notable en el fondo de los valles, lo más destacable es la enajenación y subasta de cuantiosas fincas dedicadas a viñedos pertenecientes al monasterio de Santo Toribio de

Liébana, en su mayor parte sometidas a foros. Le siguen en importancia y extensión las viñas del monasterio dúplice de Santa María de Piasca y del Convento de San Raimundo en Potes. Más de 200 foros fueron efectivamente vendidos (50). Entre los mayores compradores, casi todos comarcanos, se sitúan Julián Sánchez de las Cuevas y Ángel Gómez de Enterría, ambos hacendados y el último señor de la casona de Baró en que se halla la bodega aquí catalogada (51). Entre los escasos compradores de foros de fuera de Liébana hay que mencionar al vecino de Santander Don Gerónimo Ruíz de la Parra, emparentado familiarmente con la familia Parra de Cabezón de Liébana y propietaria de una bodega subterránea de Cabariezo que hemos catalogado también (52).

La obra desamortizadora de Madoz, a partir de 1855, supone la continuación y culminación del proceso indicado. En Cantabria se conocen enajenaciones y ventas entre 1859 y 1889, aunque su importancia para Liébana fue considerablemente menor que la de Mendizábal. En cualquier caso, durante los dos últimos tercios del siglo XIX, ciertas familias de la vieja hidalguía rural de las casonas a través del control de cargos y oficios y de la adquisición de propiedades, fundamentalmente aprovechando la venta de propiedades desamortizadas, han ido conformando un grupo poderoso de propietarios e inversores que dirigen los gobiernos locales con modos caciquiles y paternalistas. Frente a eso la mayor parte de los campesinos quedan como labradores caseros, renteros o aparceros de aquellos, cuando no son jornaleros temporeros de sus grandes fincas (53). La familia Colmenares, firmemente asentada en sus propiedades de Valmeo y Naroba, junto con las familias que se han citado ya, participa decisivamente en la vida política local en estos momentos (54). Pensamos que estos Colmenares fueron los propietarios de la importante explotación vitivinícola de Naroba, cuyas instalaciones hemos descrito anteriormente por contener una gran bodega subterránea, y de la que también se sabe que tenía hasta ocho o diez obreros al día a su servicio (55). Y, posiblemente, principales beneficiados de las enajenaciones de las viñas que en estos lugares poseía el monasterio de Santo Toribio, como se ha visto.

Esta situación sólo cambiará con la definitiva modernización de nuestro país, aunque en Liébana el peso de las estructuras descritas permitió una más tardía evolución. Un caso clarificador es la trayectoria de la familia Cabo, de

Cambarco. Ya hemos adelantado que aparecen como medianos propietarios de viñas y bodegas durante el siglo XVIII en esta localidad y en las colindantes. En el siglo siguiente llegarán a ser una de las familias más importantes del Valle Estrecho y, por consiguiente, de Liébana. En la iglesia de Cambarco se conserva una lápida conmemorativa que dice textualmente: “A expensas de D. Vicente y D. Martín de Cabo y García. Año 1871” (56). Y, ya en nuestro siglo, Don Mateo Cabo promueve la construcción de la Fuente de La Vega de la localidad, como consta por inscripción en la misma. La base económica de la familia fue la propiedad de la tierra, poseyendo diversos bienes inmuebles como casas y molinos, así como cuantiosas fincas y heredades entre las que hay que destacar las viñas de La Toja que les convertían en destacados cosecheros de vino (57).

En documento en poder de Don Juan José Cabo Gómez, abogado en Santander, consta la propiedad última de la bodega en cueva de Bollano, la que ha sido objeto de las intervenciones arqueológicas aquí tratadas. En las operaciones particionales de los bienes dejados a su fallecimiento el 20 de Febrero de 1930 por su padre, Don Juan Cabo Cuevas, aparece inventariada entre las fincas de las que era propietario en el pueblo de Cambarco la siguiente:

“117.- Una cueva subterránea destinada a bodega, de tres metros cuadrados próximamente de superficie, linda al Norte camino y por los demás vientos con terreno comun. Valorada en cincuenta pesetas”.

Estas operaciones particionales fueron protocolizadas por el propio Don Juan José Cabo el día 7 de Mayo de 1953 por el notario de Santander Don Rafael Bermejo Sanz, con el nº 687 de su protocolo (58). Esta finca consta que fue adquirida por herencia de la primera esposa de Don Juan Cabo Cuevas, Doña Faustina de Cabo. Don Mateo Cabo resulta ser el padre de esta mujer que deja la herencia a su marido. Luego la cueva-bodega era inicialmente de Don Mateo Cabo, pasa a su hija Faustina y finalmente a Don Juan Cabo, su marido. Lo que concuerda con los testimonios orales recogidos en Cambarco y Aniezo.

8. De nuevo la Cueva de Cambarco.

A partir de los datos aquí recogidos y expuestos, tanto arqueológicos, como etnográficos y documentales, debemos corregir sustancialmente las primeras impresiones acerca del origen y antigüedad de la Cueva de Cambarco,

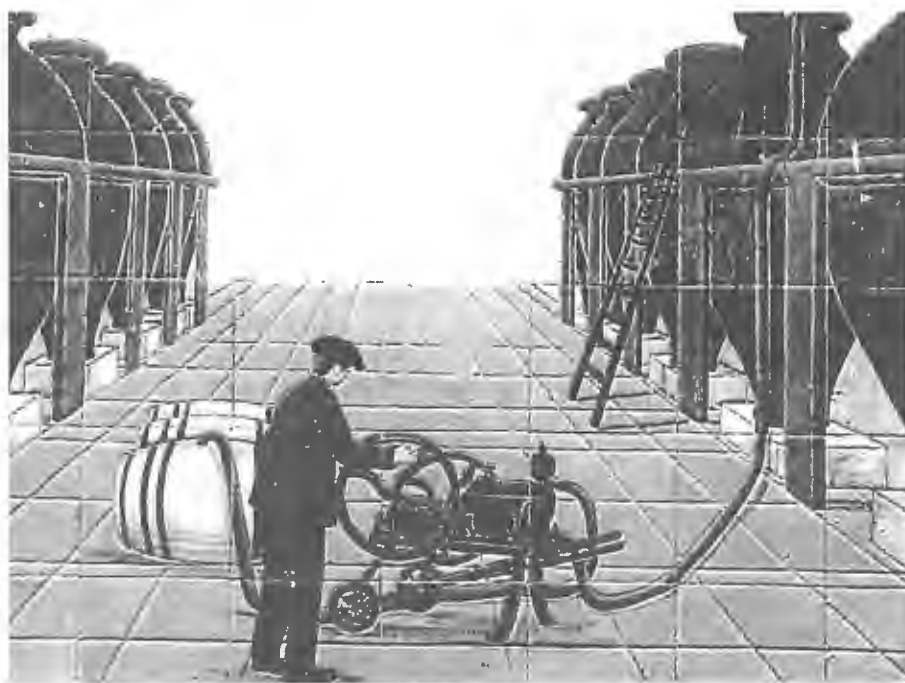
conocida en el lugar como Cueva de Bollano. Más allá de lejanos modelos y paralelismos, más allá de simbolismos religiosos en los que en un principio pensamos, tenemos que volver la vista al entorno inmediato y debemos considerar esta construcción en forma distinta, como un rústico edificio funcional.

Se ha querido sostener el carácter de ermita rupestre prerrománica sobre la base de los paralelos existentes de las plantas templarias de cabecera trebolada o trilobulada (59). Sin duda se pueden encontrar paralelos tipológicos de este tipo en multitud de épocas y lugares, incluso más próximos que los aducidos (60). Pero uno de los principios del análisis comparativo se refiere a que la validez del mismo es inversamente proporcional a la distancia geográfica y cronológica que separa los elementos de la comparación. Y si no véanse a dónde llevaron comparaciones como los rasgos formales de las pirámides egipcias y las precolombinas. En la misma comarca lebaniega, como acabamos de comprobar, existen paralelos claros de plantas de bodegas con nichos de similar disposición. Para lo demás bástenos saber algo sobre la convergencia de formas y tipologías a lo largo y ancho de culturas y periodos históricos.

Acerca de los materiales y los aspectos de obra, ya se ha visto como no hay diferencias entre esta manpostería y la forma y realización de los arcos y la reciente tradición de la arquitectura rústica y popular en la región cántabra y en la misma Liébana. Muchas bodegas de las regiones vitivinícolas españolas llevan arcos de entiba similares, incluso algunas bodegas lebaniegas los tienen, como se ha visto. Por otro lado la obra de cantería del vano de acceso nos lleva a la arquitectura popular reciente en la zona, sobre todo por el “esgonzado” y la “tirada” decorativa en los cantos. La aparición de restos de pintura y enlucido se ha señalado también como elemento de definición cronológica para apuntalar su posible antigüedad (61). Son bien conocidas las pinturas de despiezado sobre enlucidos -que no es estuco lo que tenemos en Cambarco- en la decoración de interiores durante el románico, el gótico, el renacimiento, el barroco, el neoclásico e, incluso, los estilos más recientes. Además sobre enlucidos rústicos hay ejemplos de esta decoración en los edificios civiles de las últimas centurias. El simple despiece rectilíneo no puede ser, en ningún caso, utilizado en sí mismo como elemento de datación precisa.

Pero, al margen de paralelos, veamos las evidencias disponibles. Entre los

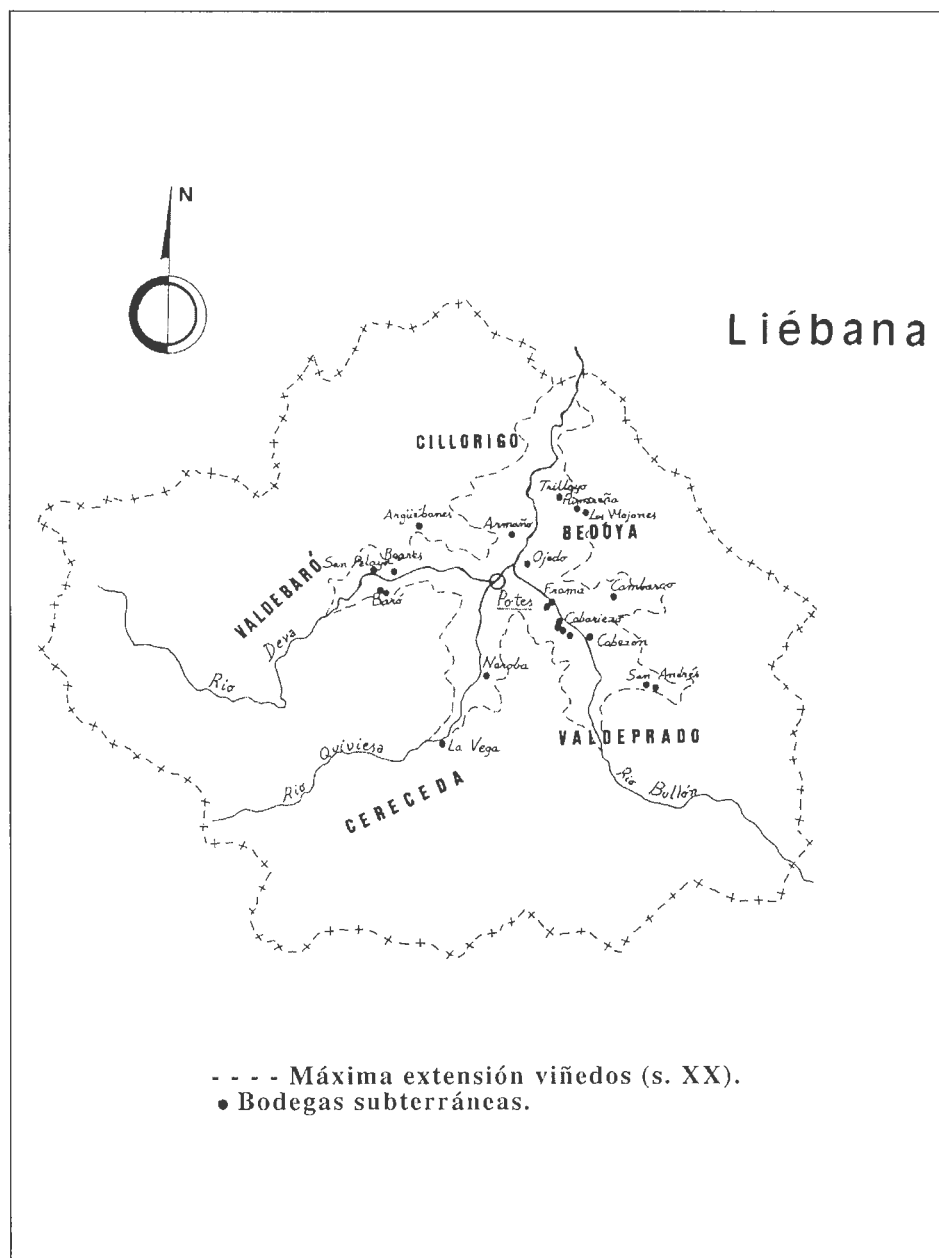
datos aportados por la arqueología, tras la excavación y estudio de los restos materiales de la cueva, destacar la total ausencia de elementos siquiera compatibles con la fecha y usos aducidos. Ni un resto cerámico, metálico o de cualquier otro tipo que nos remita a la supuesta fundación de una ermita o templo cenobítico en época tan antigua. Por contra todos los elementos encontrados e inventariados son compatibles con su uso como bodega en épocas recientes. A saber: la puerta con herrajes, cerradura y enrejado para ventilación, la manivela posiblemente de una bomba de trasiego de vino del tipo Fafer (62) como las representadas en la azulejería popular española (foto. 15) o como las que aún se conservan en todo el país, los supuestos ábsides que pudieron perfectamente ser nichos para cubas de vino, el canalillo de evacuación de aguas de filtración que hemos visto en otras bodegas...



Bomba mecánica de trasegar vino en la azulejería popular española (foto 15).

Las evidencias y testimonios etnográficos recogidos en Cambarco y sus cercanías, así como en gran parte de Liébana, apuntan al uso y funcionalidad de algunos de los elementos y características de la cueva. Confirman el uso de cuevas subterráneas como bodegas, de nichos de similar forma y tamaño a los de Cambarco para “carrales” y cubas, de los canalillos de evacuación de aguas, de las puertas de madera con vanos de ventilación, del uso de las hornacinas próximas a la puerta para colocar lámparas de aceite, velas o faroles, y de la utilización de manivelas para ciertas máquinas utilizadas en las labores de lagares y bodegas. Además, conocemos diversos testimonios del uso de este local como bodega particular y de su propiedad en manos de la familia Cabo del mismo lugar de Cambarco. Si a esto añadimos la documentación aportada por la misma familia propietaria de la cueva, la evidencia documental abrumadora sobre la importancia de esta familia en concreto, de este pueblo lebaniego y de gran parte de Liébana en la producción de vinos, creemos sinceramente que resulta difícil sustraerse a la acumulación de evidencias. La Cueva de Bollano, en Cambarco, fue construida y utilizada como bodega para el vino patrimonial de los Cabo en la primera mitad de este siglo, pudiendo, si es caso, remontarse en su cronología a las últimas décadas del siglo diecinueve.

Concluyendo, no hay prueba alguna, más allá de las conjeturas, de su uso como edificio religioso y sí muchas evidencias de haber sido construido y utilizado como bodega. Con ello queremos aprovechar para decir que las obras de reconstrucción del edificio no se corresponden con su carácter originario, aún y cuando reconocemos que el organismo que las ha llevado a cabo, la Comisión Diocesana, pertenece a una institución capacitada para la consagración de nuevos recintos para el culto. Como creemos que ha sido el caso.



9. Notas documentales y bibliográficas.

- (1) Pedro Álvarez y Eneida Bustamante: *Cancionero Popular de Liébana*, vol. II, Torrelavega 1966, p. 67.
- (2) Enrique Campuzano Ruíz: “La ermita rupestre de Cambarco (Cantabria)”, B.S.A.A. Valladolid 1987, pp. 309 y 310.
- (3) Pedro Álvarez: “Una simple cueva o un oratorio rupestre”, *Luz de Liébana* nº 272, Potes, pp. 32 y 33.
- (4) Enrique Campuzano Ruíz: “La cueva de Cambarco es una nueva ermita rupestre”, *Alerta* 25-8-1986, Santander, p. 12.
- (5) *Diario de excavaciones de la Cueva de Cambarco*, 1996.
- (6) Varios autores: *Cantabria. Mapa Geológico-Minero*, mapa 1:100.000 y memoria adjunta, Madrid 1990.
- (7) Varios autores: *op. cit.*
- (8) Eduardo García Llorente: “Viñas, vino, tostadillo y aguardiente lebaniegos”, *I. de E. y F. “Hoyos Sáinz”* IV, Santander 1972, pp. 157-161. I.N.D.O.: Catastro vitícola y vinícola. Provincia de Cantabria. Madrid 1983.
- (9) Eduardo García Llorente: “Liébana. Recinto viti-vinícola del Norte de España”, *El Campo* nº 84, Banco de Bilbao, Bilbao 1981, pp. 42-46.
- (10) José Ignacio Barrón García: *La economía de Cantabria en la etapa de la Restauración (1875-1908)*, Santander 1992, pp. 238-242.
- (11) Eduardo García Llorente: “Viñas...”, *op cit.*
- (12) Julio Caro Baroja: *Tecnología popular española*, Madrid 1983, pp. 103-107.
- (13) Joaquín Yarza Luaces: *Beato de Liébana. Manuscritos iluminados*, Barcelona 1998, pp. 81 y 183.
- (14) Varios autores: *La Imagen de Cantabria en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid*, Fundación Santillana, Madrid 1997, p. 93.
- (15) Manuel García Alonso: “El valle de Soba: un estudio etno-histórico”, *El Valle de Soba. Arqueología y etnografía*, Santander 1995, pp. 42-45.
- (16) Juan de Villanueva: *Arte de Albañilería*, Madrid 1827.
- (17) Santiago Díez Anta: *Las bodegas en la Provincia de León*, León 1992.
- (18) Jorge Juan Fernández: *Bodegas subterráneas en Zamora*. Javier Iglesia Berzosa y Alberto Villahoz García: *Viñedo, vino y bodegas en la historia de Aranda de*

Duero, Aranda de Duero 1982. Javier Iglesia Berzosa: *Las bodegas subterráneas de La Ribera*. Alberto Villahoz: *Bodegas y zarceras*.

(19) Jorge Sauleda Parés: *Viñas, bodegas y vinos de Navarra*, Pamplona 1988. José Peñín Santos: *Vinos y bodegas de España*, Madrid 1990. José Gómez-Aller: *Bodegas de Galicia*, Vigo 1990.

(20) Virgilio Fernández Acebo y otros: "Descripción de cuatro nuevas cavidades de interés etnográfico en la Cornisa Cantábrica", *B.C.E.* nº 13, Santander 1997, pp. 127 y 128.

(21) Luís Sánchez Belda: *Cartulario de Santo Toribio de Liébana*, Madrid 1948, pp. 376 y 377.

(22) *idem*, pp. 355-357, 368 y 369.

(23) *ibidem*, pp. 357, 368 y 369.

(24) *ibidem*, p. 355.

(25) *ibidem*, p. 373.

(26) Javier García Sahagún: *La organización del espacio agrario en Liébana durante la Edad Media*, Santander 1986.

(27) Carmen Díez Herrera: *La Formación de la Sociedad Feudal en Cantabria*, Santander 1990, p. 134.

(28) *Idem*, nota 285.

(29) Rogelio Pérez Bustamante y Juan Baró Pazos: *El Gobierno y la Administración de los pueblos de Cantabria: I Liébana*, Santander 1988, pp. 157 y 158, 161.

(30) *Idem*, pp. 335 y 336.

(31) *Ibidem*, pp. 607 y 608.

(32) *Ibidem*, pp. 492 y 493.

(33) *Ibidem*, p. 507.

(34) *Ibidem*, pp. 649 y 652.

(35) *Ibidem*, pp. 663 y 664.

(36) *Ibidem*, p. 485.

(37) *Ibidem*, p. 355.

(38) *Ibidem*, pp. 208, 379 y 380.

(39) A.H.R.C.: *Catastro de Ensenada* legs. 109 y 110.

(40) *Idem*, leg. 1000.

- (41) *Ibidem*, leg. 757.
- (42) *Ibidem*, leg. 151.
- (43) *Ibidem*, leg. 328.
- (44) *Ibidem*, leg. 172.
- (45) *Ibidem*, legs. 171 y 172.
- (46) *Ibidem*, leg. 171.
- (47) A.H.R.C.: Cuentas, leg. 157.
- (48) *Idem*, leg. 159.
- (49) Miguel Ángel Sánchez Gómez: *La Desamortización en Cantabria durante el siglo XIX (1800-1889)*, Torrelavega 1994, p. 52.
- (50) *Idem*, pp. 141-226.
- (51) *Ibidem*, pp. 195-213.
- (52) *Ibidem*, pp. 219 y 220.
- (53) Ramón Lanza García: *Población y familia campesina en el Antiguo Régimen, siglos XVI-XIX*, Santander 1988, pp. 126-128.
- (54) Manuel Estrada Sánchez: “Cambio o continuidad? Los grupos políticos en la Liébana del siglo XIX (1834-1874)”, *La Liébana. Una aproximación histórica*, Torrelavega 1996, pp. 129-162.
- (55) *Idem*, pp. 153-158.
- (56) Pedro Álvarez y Tomás Vilá: *Historia y Costumbres de los Pueblos de Liébana y los Picos de Europa*, Gerona 1987, p. 92.
- (57) *Idem*, p. 93.
- (58) Agradecemos aquí la colaboración prestada por Don Juan José Cabo facilitándonos la consulta y copia de este valioso documento privado.
- (59) Enrique Campuzano Ruíz: *Liébana*, ed. Museo Diocesano de Santillana del Mar, Santander 1998, pp. 41-45. Enrique Campuzano Ruíz: “El Monasterio de Santo Toribio de Liébana y el Patrimonio Artístico lebaniego”, en *Año Jubilar Lebaniego*, Santander 2000, p. 85.
- (60) Luis Alberto Monreal Jimeno: “Eremitorios Rupestres Altomedievales (El Alto Valle del Ebro)”, *Cuadernos de Arqueología de Deusto*, Bilbao 1989.
- (61) Enrique Campuzano Ruíz: *Liébana*, *op. cit.*, p. 45.
- (62) E. Navas Romano: *La bodega moderna*, ed. GG S. A., p. 38, fig. 15, Barcelona 1934.

Nota de agradecimientos:

Queremos desde estas líneas agradecer la buena disposición y ayuda prestada para la realización del trabajo por parte de algunas personas naturales o residentes en el Valle de Liébana. Testimoniamos la debida gratitud a Nani, Chus y M^a Ester de la Lama, a M^a José Bustamante, a César Gutiérrez, a Faustino Bedoya, a los hermanos Uribe, a Juan José Cabo, y a cuantos lebaniegos nos abrieron sus casas y contestaron a nuestras preguntas.

LOS NÚCLEOS DE POBLACIÓN EN LA CANTABRIA
QUE JOVELLANOS CONOCIÓ.
PERCEPCIONES ILUSTRADAS A FINALES DEL SIGLO XVIII

por

Mario Crespo López
(Universidad de Cantabria)

“Hice mi viaje por La Montaña y las provincias exentas, viéndolo y observándolo todo, para adquirir una instrucción que puede ser muy útil y que conviene mucho a cualquier magistrado”.

(Gaspar Melchor de Jovellanos)

Introducción.

Por mucho que lo intente, nada diré que no se haya dicho ya, máxime cuando Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811) es el protagonista de nuestro estudio, el narrador que lo verteбра a partir de los fragmentos de aquellos *Diarios* que dejó escritos a finales del siglo XVIII.

La presente investigación, si bien, en efecto, toma como excusa los *Diarios* segundo y séptimo de Gaspar Melchor de Jovellanos, tiene en cuenta el marco geográfico correspondiente a la Montaña de la época, sólo similar a la actual Comunidad Autónoma de Cantabria, con el fin de presentar un panorama general de lo que fueron, o pudieron ser, los núcleos de población de La Montaña que Jovellanos conoció a lo largo de los dos viajes por nuestra tierra de los que dejó constancia documental en 1791 y 1795.

Este “panorama general” se encuentra condicionado por la subjetividad de Jovellanos, espectador crítico de la realidad que le rodea. El ojo atento del ilustrado asturiano percibe sólo una parte de la realidad, aquélla que le interesa o le

llama la atención. Éste es un aspecto fundamental en el empleo historiográfico de sus *Diarios* pero no es óbice para que tradicionalmente hayan sido destacados por su variedad temática y complejidad histórica. De hecho, en opinión de José Miguel Caso, “lo primero que se advierte en el *Diario* es la multitud de informaciones que encontramos en él”; continúa este autor su breve repaso temático del *Diario* señalando la importancia de los detalles de la vida cotidiana, que “dan una valiosa visión de cómo era la vida de la buena sociedad”, así como la puntualidad de los datos económicos y sociales, la atención que presta Jovellanos al ámbito eclesiástico y su manifiesta preocupación por el Real Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía fundado por él en 1794 (1).

En efecto, el análisis de uno sólo de los aspectos tratados en los *Diarios* de Jovellanos supone de antemano un esfuerzo donde, si se busca un cierto rigor, deben integrarse diversas variables. Por un lado, las características de la época en la que se escriben, esto es, los últimos años del siglo XVIII y los iniciales del XIX, en plena repercusión de las turbulencias revolucionarias francesas, de las intrigas de poder en la Corte y de la invasión napoleónica. Por otro lado, la personalidad del propio protagonista, considerado, por mencionar solamente algunas de sus connotaciones definitorias, como un reformista ilustrado de tendencia fisiocrática. Por último, las características de la propia sociedad que aparece descrita en parte en los *Diarios*.

Desde esta perspectiva hemos de entender la obra de Jovellanos, cuya densidad aún ofrece interrogantes por resolver. La percepción del espacio y de los núcleos de población en sus *Diarios* es tal vez una de estas cuestiones no demasiado tratadas en la relativamente amplia bibliografía sobre dicho autor, máxime si limitamos este espacio al territorio de la actual Comunidad Autónoma de Cantabria (2)

Breves notas sobre el pensamiento de Gaspar Melchor de Jovellanos.

Antes de pasar a desarrollar la percepción del espacio y sus núcleos de población parece oportuno dedicar unas pocas líneas a su pensamiento, si bien desde la consciencia de que es ciertamente difícil hacer un resumen de aspectos que, de por sí, ocupan mucho más que estas páginas. Jovellanos representa el conocimiento enciclopédico pero práctico, manifestado en la sabiduría al servi-

cio de la patria. Para él la razón se convierte en “la fuente de felicidad mediante la ciencia y su aplicación práctica”, siendo el Gobierno el provisor y garante de esta felicidad. Desde esta perspectiva se comprende la crítica que Jovellanos hace a la cultura vacía, la escolástica y la excesiva importancia concedida a los estudios llamados de Letras.

Considera la economía como la principal de las “ciencias útiles”. Los únicos apoyos de la preponderancia de un Estado son el comercio, la industria y la agricultura. Jovellanos, en este sentido, es un fisiócrata, seguidor de Uztáriz, Quesnay, Mirabeau o Turgot. Sigue la doctrina económica predominante en la época, percibiendo la necesidad de explotación de los recursos propios de la nación. Y la preocupación por la tierra le lleva a criticar los privilegios de la sociedad estamental, puesto que sólo si la tierra es libre serán también libres los hombres que la habitan.

Jovellanos es además un reformador preocupado sobre todo por la educación, debido a su consideración de que la ignorancia es el principal motivo del atraso de España, situación que se percibe con un dolor patriótico. En este sentido, Jovellanos emplea gran parte de su dedicación, sobre todo en el periodo 1793-1794, al Real Instituto de Gijón: *“Favor, influjo, amistad, opinión, si algo tuviere, quiero consagrarlo todo al bien de este nuevo establecimiento que está a mi cargo, a la mejora de esta provincia, en que nací y cuento morir, y al consuelo de los infelices y de los hombres de bien”* (VI, p. 404) (3).

Respecto a la Revolución Francesa, contemporánea de su madurez política, Jovellanos condena el radicalismo jacobino (que lo destruye todo sin llegar a reformar) así como el tradicionalismo ultraconservador. En opinión de J. Lage, ciertamente “no fue un revolucionario, pero sí un reformador” (4).

En una carta que escribe a Manuel Godoy en 1796 Jovellanos afirma: *“Por muchas y muy varias que sean las causas de la prosperidad de una nación, estoy bien seguro de que se pueden reducir a tres, a saber: buenas leyes, buenas luces y buenos fondos; porque qué le podrá faltar a una nación justa, instruída y rica, ora quiera ser agricultora, ora industriosa y comerciante”* (5), si bien, en una contestación dada a Jardines, indica que no *“se debe procurar a una Nación más bien del que puede recibir; llevar más adelante las reformas sería ir hacia atras”* (V, p. 182). El reformismo de Jovellanos alcanza además otros

ámbitos, como la agricultura, lo que se observa en la carta recibida del Sr. Ondarza, desde Oviedo: “*Dice que se ha formado una Junta magna para tratar de los medios de animar la población y las artes, presidida por Lema. Y la pobre y desvalida Agricultura? Se olvida acaso in odium auctoris?*” (VI, p. 376).

Por otro lado para el polígrafo asturiano la ley sirve como “propagadora de las Luces”. Ya hemos visto en la carta enviada a Godoy cómo las buenas leyes constituyen una de las causas de la prosperidad de una nación. De esta manera, a Asturias le hace falta, según un fragmento del *Diario Sexto*, “*comunicaciones y luces*” puesto que “*si no tiene buenas leyes las tendrá, por que éste debe ser un efecto infalible de la propagación de las luces. Cuando la opinión pública las dicte, la autoridad tendrá que establecerlas, quiera que no*” (VI, p. 403).

2. Características de los *Diarios de Jovellanos*

Para Ángel del Río, los *Diarios* de Jovellanos son “una obra singular de la literatura española en dos sentidos: como testimonio sobresaliente de unos años críticos en el agitado curso histórico de España y como muestra primera y en cierto modo única de un género riquísimo en otras literaturas y casi inexistente en la española”, constituyéndose en un valioso testimonio de la llamada “crisis de la conciencia española” previa a la Edad Contemporánea (6).

Aunque la génesis de los *Diarios* parece relacionarse con los apuntes de viaje, cabe indicar que más tarde se convierten en una ocupación cotidiana de Jovellanos, que describe los detalles de su vida habitual en la misma ciudad de Gijón. José Miguel Caso llama a los nueve primeros “el bloque clásico”, hasta el momento del destierro hacia Mallorca con el que comienza el *Diario Décimo*, en 1801 (7).

Los *Diarios* del “bloque clásico” mantienen una continuidad cronológica que no se da en los siguientes. Son especialmente notorios los saltos de tiempo, en ocasiones lamentados por el propio Jovellanos, en los *Diarios Noveno* y *Undécimo*.

Por otro lado, la temática de cada uno de los *Diarios* varía en función de si se trata de la anotación pormenorizada de un viaje o si Jovellanos permanece en Gijón, su ciudad de residencia. Además, hay que contar con que a veces se

encuentra comisionado para la inspección de las minas norteñas (Itinerarios III-V del *Diario Primero*) o de las fábricas de La Cavada (*Diario Séptimo*), lo que condiciona su atención. Es también el caso de la visita realizada al Canal de Campos, al Norte de Castilla, donde las descripciones de los núcleos de población se reducen por lo general a referir un dato general junto al cálculo demográfico aproximado (*Diario Segundo*).

3. Itinerarios: del viaje ilustrado a los itinerarios por la Montaña

3.1 El viaje ilustrado

Durante el siglo XVIII está de moda en toda Europa la práctica de viajar y de constatar las experiencias viajeras en relatos literarios. Esto no es una novedad del *Siglo de las Luces*, pero la Ilustración, con todas sus connotaciones, aporta a los relatos de viajes sus preocupaciones propias y una perspectiva determinada (8). Es importante señalar además que los ilustrados españoles empiezan a viajar por su propio país, con un objetivo determinado: “mostrar lo que había sido y lo que era España”, según indica E.F. Helman; este es el propósito de aquellos “esforzados eruditos y fervorosos peregrinos que recorrían toda España, explorando archivos, reuniendo documentos, medallas, inscripciones [...] apuntando todo lo que veían para luego darlo a conocer” (9).

El motivo principal del viaje ilustrado, según G. Gómez de la Serna, es conocer al hombre e ilustrarse, en sentido utilitario, esto es, “ilustrarse sobre la vida del hombre, filosofar con la experiencia por delante” (10). El libro de viajes adquiere para toda la colectividad un valor educativo; ya no es sólo formativo para la persona que viaja y escribe, como ocurría en el siglo XVII. Clavijo y Fajardo afirma en 1762: “*un hombre que hubiera viajado de esta manera puede ser de grande utilidad en la República [...] compara lo que ha visto fuera con lo que se practica en su país; ve lo que le falta y lo que le sobra; toma de cada pueblo lo que le parece más digno de ser imitado y más análogo al genio de sus compatriotas y acierta mejor con los métodos que han de conducir a una reforma que introduzca lo que falte y destierre lo que dañe*” (11).

Este es el contexto del viaje “filosófico” o “ilustrado”: un viaje en el que se presta atención a todos los aspectos de la realidad, con descripciones y ave-

riguaciones de causas, con datos personales que puedan ser “útiles” para el país de procedencia (12). No digamos cuando este viaje es de tipo económico, realizado por comisionados oficiales, como por ejemplo Jovellanos (13). Gómez de la Serna estudia el viaje ilustrado en el contexto de la empresa ilustrada “por vigorizar la patria e impulsarla hacia delante, realizado por una elite hidalga a través de la acción estatal”, pero el viaje ilustrado no se agota rígidamente en este marco estatal. Es un viaje que a menudo no tiene ese carácter oficial. Así, por ejemplo, Francisco de Zamora recorre Cataluña en calidad de recién nombrado Alcalde del Crimen para conocer mejor su ámbito de trabajo, y se detiene, entre otras cosas, en archivos y bibliotecas (14).

Las características principales del viaje ilustrado, según Gómez de la Serna, son cinco: el reformismo pedagógico, según la creencia de que la instrucción obtiene la mejora de las costumbres; la conciencia de la realidad, en la que se apoya dicho reformismo; el criticismo, que se desarrolla desde arriba a través de la siembra de buenas ideas; la politización de la empresa literaria, apoyada en el Despotismo Ilustrado; y el prosaísmo cientifista, esto es, la aridez de estilo basada en el neoclasicismo y el didactismo (15).

3.2 Jovellanos en Cantabria: Itinerarios de 1791 y 1795

Jovellanos describe parte del territorio de la actual Comunidad Autónoma de Cantabria en los diarios segundo y séptimo. El *Diario segundo* narra un viaje por el Norte de España, realizado desde el 6 de agosto hasta el 28 de noviembre de 1791. En una carta escrita el 7 de septiembre de ese año para Antonio Valdés, Jovellanos resume el viaje: “Salí de Gijón el 6, y dirigiéndome a La Cavada, donde se hallaba el ingeniero en 2º. don Fernando Casado y de Torres, tratamos muy de propósito, así allí, como en Santander, de los objetos de nuestra comisión y de los varios puntos en que podremos entender, cuando S.M. se dignase de aprobar mis proposiciones. Separados en aquella ciudad, seguí mi viaje por Bilbao y aun le extendí a San Sebastián, indagando en todas partes las ideas que tenían en Vizcaya y Guipúzcoa acerca del carbón de Asturias y el estado de su consumo” (16). El itinerario de este primer viaje, según los núcleos mencionados por el propio Jovellanos, es el siguiente: Unquera, Pimiango, Pesués, San Vicente, La Rabia, Comillas, Monte de Tramalón, Cigüenza, Oreña,

Santillana del Mar, Barca de Barreda, La Requejada, Puente de Arce, Astillero de Guarnizo, La Cavada, Pedreña, Santander, Puntal, Langre, Vega de Galizano, Ajo, Meruelo, Santoña, Laredo, Liendo, Oriñón, Castro Urdiales, Fito de la Raya.

El *Diario Séptimo* guarda constancia de un viaje que transcurre desde Gijón hasta La Cavada, del 1 de enero al 14 de octubre de 1797. Jovellanos pasa por Reinosa, Requejo y Medianedo, antes de llegar al norte de Burgos (Brizuela, Escaño, Villarcayo, Medina de Pomar). Vuelve a entrar en el territorio de la actual Comunidad Autónoma de Cantabria por los montes de Bárcena y las cuatro villas pasiegas, Espinosa, San Pedro del Romeral, la Vega de Pas y San Roque de Riomiera. Varios días más tarde regresa a La Montaña desde las Vascongadas por Ontón. Pasa por Mioño, Liendo, Santoña, Langre, Santander, La Cavada, Liérganes, Mirones, San Roque de Ríomiera, La Concha, Villacarriedo, Viesgo, Torrelavega, Campuzano, Cartes, Las Hoces de las Fraguas, Reinosa, Fontibre, Cervatos, Pozozal (Pozazal) y Mataporquera.

4. Castigo de caminantes y escándalo de ilustrados: caminos y posadas

Disponemos de una información relativamente abundante de las posadas del siglo XVIII a través precisamente de viajeros ilustrados como Antonio Ponz, Andrés de la Saúca y Jovellanos. En la época de Felipe V no puede afirmarse que hubiera una auténtica red de alojamientos por la geografía peninsular, pero las posadas van sustituyendo a las ventas y “juegan ya como un elemento normal en el servicio de un itinerario” porque a la vez van aumentando los viajes y las necesidades de la comunicación (17).

4.1 Los caminos, castigo de caminantes

En los *Diarios*, ciertamente, los caminos se presentan en la mayoría de ocasiones como “castigo de caminantes”, a juzgar por las opiniones vertidas por su autor. Jovellanos presta mucha atención a los caminos; pocos trechos quedan sin definir, aunque sea vagamente, en su periplo.

-De Santiuste al Puente del Campo... “*enorme bajada y sólo transitable a pie*”.

-En Colombres... *“malísima calzada”*.

-De Pesués a San Vicente... *“la bajada, pésima por su calzada”*.

-En San Vicente... *“camino mediano con algo malísimo”*.

-De Comillas a Santillana... *“un pedazo de calzada nueva, mal hecha, con algunos alamitos recién plantados. Camino mediano, vegas estrechísimas, de varias formas; cañadas estrechas”*.

-De Barreda a Puente Arce.... *“se entra en la carretera de Reinosa, frente de la Requejada [...] El camino, aunque recién compuesto, está muy descarnado. Tinglados a cierta distancia para descansos de la carretería, que parecen útiles”*.

-De Laredo a Liendo... *“enorme subida que empieza a la salida misma de la posada, y sigue fuera de ella por una calzada alta, molestísima y precipitada en tanto grado que ha sido preciso empedrar en espiral el centro de piedra arenisca (lo demás es caliar)”*.

-De Laredo a Orión... *“cruelísima cuesta de Candina, de piedra muy dura y quebrada”*.

-De Laredo a Castro... *“cuatro malditas leguas”*.

-De Aguilar de Campoo a Matamorosa.... *“antes de ella [la Vega] la calzada de Madrid, que viene de Madrid por Aguilar; relleno de machaqueo, ¿teniendo el morrillo a la mano? Luego un puente sin petriles; luego renovado y levantado del terreno con guijo; otro puente de la misma forma, el relleno, casi borde con los petriles”*.

En Reinosa... *“pésimo camino a la entrada, salida y en el centro del pueblo (pues le atraviesa); relleno con morrillo grueso, no pasado por el rollo; lleno de baches y molestísimo”*.

De Corconte a Cilleruelo... *“superficie, guijo arenoso; fondo de barro, ahora, seco y firme, con las aguas, pantanoso y falso, tanto, que sin práctico es intransitable”*.

De Espinosa a Bárcena... *“no buen camino, la mayor parte malísimo; subida larga y penosa”*.

De Mioño a Liendo... *“camino diabólico, aunque no tan pedregoso como ayer”*.

En Santoña... *“camino empezado a componer”*.

En Liérganes... *“aspereza del camino”*.

En Mirones... *“empeora el camino: es pendiente, peñascoso, quebrado sobre toda ponderación”*.

4.2 Las posadas, escándalo de ilustrados

Uno de los aspectos que Jovellanos trata en sus *Diarios* es la descripción de las posadas en las que se aloja, con todo lo que tiene de interés para el conocimiento del hospedaje no sólo en la ciudad de Santander y en las villas importantes, como Laredo, sino también en poblaciones de menor categoría.

No siempre dedica grandes párrafos a la descripción de la posada, limitándose a veces, como en San Vicente de la Barquera, a escribir sobre ella que es *“pésima, perversísima posada”* (II, p.19). Jovellanos califica las posadas con adjetivos aparentemente ambiguos por generalizadores, como *“perversa”*, *“mala”*, *“regular”* o *“buena”*, con lo que se hace forzoso analizar cuál es el ideal de posada que identifica con una buena posada. Tal vez este ideal esté representado por la posada de Villarreal de Buniel, cuya descripción extractada es la siguiente:

“Posada nueva y magnífica, si se ha de comparar con lo visto. Bella sala en medio, con dos gabinetes a los lados. En cada uno, su cama y alcoba con otras dos; cielos rasos: vidrieras y buen ventanaje: los catres, con graciosos respaldos maqueados: cortinas limpias: sillas de Haro, bien tratadas: jergones de terlíz: muchos y buenos colchones: buen servicio de loza y buena asistencia [...] Hay reloj de campana en la sala y bien arreglado. No sé cómo irá de provisiones, pues traíamos la necesaria, pero vinieron a ofrecernos pollos” (II, p. 42).

Así pues, Jovellanos valora positivamente la existencia en la posada de habitaciones bien preparadas, con ropa limpia, servicio atento y comida abundante. Esto es, todo aquello que un viajero puede necesitar para su descanso y acomodo, no poco necesario a juzgar por las duras jornadas de un viaje hecho sobre caminos a veces muy accidentados.

En Santander la posada es *“buena, limpia y bien servida”* (II, p. 21), y en ella *“fuimos bien tratados”* (II, p. 23). En Laredo se aloja en una *“posada respectivamente mediana; comimos mal por haber llegado a las dos y no poderse*

disponer hasta las cuatro" (II, p. 23); tal vez sea esta misma la posada que Jovellanos considera "*bastante buena*" cuando regresa a Laredo en 1795 (VI, p. 471). En Bárcena, por otra parte, escribe Jovellanos que la posada es "*mediana*" (VI, p. 478).

No siempre la posada alcanza un mínimo de confortabilidad, dándose el caso de acudir a algún vecino de la localidad para recibir alojamiento. En Comillas hay una "*posada regular: dormimos en casa de D. Juan González, mercader del pueblo, sujeto atento y de muy buena razón, que nos acompañó y regaló peras y ciruelas, de que andábamos bien deseosos*" (II, p. 20). En La Cavada Jovellanos encuentra una "*absoluta carencia de toda comodidad; recurso al comandante y al comisario D. Bernardino Corvera; se hallaron dos casas privadas y comimos bien*" (II, p. 21).

La incomodidad de la venta de Langre, y el hecho de que tenga que pasar allí la noche por no haber barca hasta Santander, provoca en Jovellanos una dura crítica a las prioridades de los habitantes:

"Son las cuatro y media de la mañana y dejo la cama, devorado por las pulgas desde las dos, que desperté. La cama (que fue mi colchón de cerda y mis sábanas) estaba buena; pero (las pulgas) eran tales que atenaceaban como dogos. He aquí los hombres: piensan en obras de ostentación y curiosidad y dejan abandonadas las más necesarias. Iré a Santander y hallaré que se acometen obras magníficas en su puerto, su plaza, sus caminos, mientras no han provisto al amparo de los que vienen a su ría, y los dejan sin barco ni recurso, de esta banda, entregados a la miseria e inmundicia de esta ventuca. No es decir que la buena mujer que la cuida no procurase nuestra asistencia: pero ¿de qué sirve la voluntad sin medios?" (VI, p. 472).

Jovellanos se detiene también en la comida proporcionada por las posadas. En Santillana del Mar "*comimos en la posada de la Obregona, que es decente*" (II, p. 20). En Liendo come en la venta de Collado, que "*es realenga; la de arriba pertenece al señorío; con decir que ni aceite se halló, está dicho todo. Malísima comida: potaje, huevos duros y un poco de atún*" (VI, p. 470). Por su parte, la venta de Santiago, en Viesgo, es "*buena posada, pero mal aseada y cuidada; con todo, cenamos bien y tuvimos buena cama*" (VI, p. 477).

5. Percepción de los núcleos de población

Jovellanos no siempre se fija en los mismos aspectos de los lugares por los que pasa; incluso cuando lo hace dos veces por un mismo lugar da cuenta de detalles diferentes. Además, ¿cómo va a considerar igual a Gijón que a un pueblecito de ruin posada? En el caso de Gijón, Jovellanos no describe, sino que narra, se inmiscuye en la vida de su ciudad y narra desde lo profundo. Pero esta visión aguda parece hacerse más aséptica y descriptiva en otras ocasiones, para otras localidades. El mayor o menor detenimiento de Jovellanos en un núcleo o en otro depende no sólo de su interés o gusto sino de las propias incidencias del viaje y la regularidad de su paso por un sitio determinado.

Jovellanos percibe de diversa manera los diferentes núcleos de población por donde transcurre su trayecto. Esto se observa en las descripciones de tales núcleos, que destacan por su diversidad. Para el análisis de esta percepción de Jovellanos tratamos de responder dos cuestiones: cuáles son los conceptos utilizados para definir cada núcleo y en qué elementos se fija el viajero ilustrado.

5.1 Conceptos utilizados

En el conjunto de los *Diarios* Jovellanos emplea de una manera aparentemente anárquica conceptos a los que nosotros hemos dado una definición más o menos determinada, en función sobre todo del aspecto material (tamaño de la población): ciudad, villa, pueblo, villorrio, casco, parroquia, lugar, lugarón, residencia. El concepto de ciudad es polisémico. Hay al menos dos autores que han tratado la cuestión del “ciudadano” en la obra de Jovellanos. “Ciudadano” es un concepto que, como es lógico, participa del concepto “ciudad” pero que adquiere connotaciones filosóficas y, en cualquier caso, presenta una clara polisemia que conviene definir.

Para Miguel Artola el “ciudadano” en Jovellanos constituye el nuevo tipo social que nace de la disolución de la sociedad estamental: “el nuevo hombre, exaltado hasta la hipérbole, carece de las virtudes heroicas que tuviera el noble y de las trascendentales del clérigo; pero en cambio es productivo y tolerante, ideas que el siglo [XVIII] pone por encima de cualesquiera otras” (18). Por su parte, Fernando Baras documenta dicho término en más de 130 ocasiones en la

obra de Jovellanos que abarca el largo periodo de 1780 a 1811. En una primera acepción, sin connotaciones ideológicas, “ciudadano” es el “habitante de una ciudad”, en oposición al de un pueblo o aldea. Pero además es el “hombre en sociedad”, lo que indica que en cierta manera la terminología cívica ha penetrado en el lenguaje corriente de la época. En el ámbito del derecho civil el “ciudadano” es el individuo que goza de unos derechos reconocidos por la ley. A ello se añade la noción puramente reformista del concepto, basada en el pensamiento humanista del Quinientos, según la cual existen “honrados y distinguidos ciudadanos”, no sólo entre la nobleza sino también en otras capas sociales, que están dispuestos a enseñar a los demás lo que les conviene saber (19).

Con estas definiciones se demuestra la complejidad del concepto y se puede introducir la que, por extensión, también representa el concepto de “ciudad”. En sus *Diarios* Jovellanos nunca define abiertamente a la “ciudad”, pero esto no es un obstáculo insalvable, puesto que podemos deducir una definición (una concepción) de “ciudad” a través, por ejemplo, de las contraposiciones que presenta entre el mundo rural y el urbano, las carencias que observa en los habitantes, las obras públicas que menciona con entusiasmo o la crítica a determinados políticos con los que ha de relacionarse.

Desconocemos cuándo Jovellanos utiliza conscientemente el término adecuándose a la condición jurídica de la ciudad que describe: Tolosa, Vitoria, Soria, Zaragoza, Lérida y Palma de Mallorca son ciudades a fines del siglo XVIII, coincidiendo Jovellanos en la aplicación del término (20). Bilbao, sin embargo, es jurídicamente una villa, pero Jovellanos también aplica el concepto de ciudad (II, p. 25); se aplicará entonces la acepción de ciudad que utiliza Henri Pirenne: “en todo momento y lugar, las ciudades se han distinguido de los pueblos, más que por el número absoluto de sus habitantes, por la actividad peculiar de éstos, esencialmente dedicados al tráfico industrial y mercantil, mientras que en las poblaciones rurales la ocupación dominante es la agricultura y la ganadería” (21). Santander es ya, en época de los *Diarios*, una ciudad, pero no es mencionada como tal; el análisis de los elementos descritos en ella, junto con el empleo de una metodología comparativa con otras poblaciones, ha de permitir la consideración de Santander como una ciudad modesta pero en auge, muy distinta al ámbito rural que la rodea.

Otro término utilizado es *villa*, aplicado por ejemplo a Reinosa (VII, p. 452) y a los principales núcleos de “la tierra de Pas”: Espinosa de los Monteros, San Pedro del Romeral, la Vega de Pas y San Roque de Ríomiera (VII, p. 457). En el caso de Langre y Ajo (II, p. 23) Jovellanos emplea el nombre ambiguo de *lugar*, que no está demasiado matizado y que puede aparecer solo o en la forma *lugar grande* o *gran lugar* (como en Aguilar de Campoo, en VII, p. 479).

Otro término que presenta cierta ambigüedad es *pueblo*, que puede referirse bien a los habitantes o bien al espacio que éstos habitan. En el primer caso, contamos con el ejemplo de Reinosa, a cuya Casa de Educación de niñas “*concurren las del pueblo sin distinción*” (VII, p. 452). En cuanto a la segunda acepción, disponemos del ejemplo de Comillas: “*el pueblo todo renovado; buen caserío*” (II, p. 19).

5.2. El tamaño del caserío y la cantidad de población

Uno de los elementos principales es el tamaño del caserío. Lugar grande es, por ejemplo, como ya se ha dicho, Aguilar de Campoo. En Comillas Jovellanos observa “*el pueblo todo renovado; buen caserío; indicio de riqueza*” (II, p. 19).

Los propios edificios, sobre todo los más nobles, requieren en ocasiones la atención del espectador. Así, en Santoña hay “*muchas casas nobles*” (VII, p. 471) y en Aguilar “*algunas buenas casas nobles*” (VII, p. 479). Jovellanos también se fija en la cantidad de población, proporcionando interesantes datos demográficos. En Comillas “*es el vecindario de ciento sesenta, y se regulan setecientas cincuenta almas; algunos, pocos, propietarios enriquecidos con caudales de Indias*” (II, p. 19). En Santillana hay “*cuatrocientos vecinos*” (II, p. 20). En Astillero Jovellanos percibe “*bastante población, pero empezada a decaer desde que no le conviene el nombre*” (II, p. 21). Castro Urdiales tiene en 1791 “*quinientos vecinos*” (II, p. 24). En 1795 Jovellanos apunta que “*la tierra de Pas se contiene en cuatro villas: la de Espinosa, setecientos sesenta vecinos (los trescientos sesenta, pasiegos); San Pedro del Romeral, setecientos; la Vega de Pas, mil; San Roque de Ríomiera, seiscientos, todos pasiegos*” (VII, p. 457). Por otro lado, en Reinosa hay en 1795 “*trescientos treinta y cuatro vecinos*” (VII, p. 451).

5.3 Carácter urbanístico de las poblaciones: Los paseos, el aspecto de las calles, las canalizaciones, las plazas.

El paseo de entrada a la población es uno de los espacios a los que Jovellanos presta mayor atención porque lo considera un espacio de convivencia y de relajación, donde charla o pasea con las personas a las que visita o donde contempla la naturaleza. Es un espacio importante que debe construirse de manera exigente. Dice que en Mioño, junto al camino, *“se construye con nombre de paseo una especie de trotadero a su orilla, donde cabrán dos de frente, relleno con escorias, bien construido, pero de mezquina idea”* (VII, p. 469).

Otra de las características que destaca Jovellanos en relación con los paseos corresponde con los elementos propiamente de la naturaleza, sobre todo árboles y plantíos. Jovellanos mantiene ese interés por la Naturaleza, aumentado si cabe por el hecho de que la mayoría de estos paseos se hallan en las afueras de la población, entre huertas y cultivos (no olvidemos, además, la importancia que Jovellanos concede a la agricultura).

Pero no sólo cuenta para el ilustrado la Naturaleza sino otros elementos, como por ejemplo la amplitud de espacios.

Jovellanos observa con detenimiento el estado de los caminos y de las calles por donde pasa, así como la situación de los accesos a las poblaciones. En Reinosa, donde *“aun se construye mucho”*, hay un *“pésimo camino a la entrada, salida y en el centro del pueblo (pues le atraviesa); relleno con morrillo grueso, no pasado por el rollo; lleno de baches y molestísimo”* (VII, p. 451).

En cuanto a las calles interiores de las poblaciones cabe destacar la descripción de la ciudad de Santander en 1791, con los importantes proyectos de nueva dársena, plaza, empedrado y alcantarillado (II, p. 22).

En San Vicente de la Barquera se fija en el lavadero, que es *“un edificio cuadrilongo, abierto por delante, compuesto de tres galerías cubiertas, donde se colocan las lavanderas, y lavan en agua corriente que entra por la espalda y corre a salir por el frente, rellenando de continuo la alberca, que está en rampa por los tres costados”* (II, p. 19). Es interesante también, en este sentido, la descripción de las fuentes de Fontibre: *“Una vieja torre de los Mantillas las domina; bajo la roca caliza en que está colocada hay una cañadita que mira al*

Sur, y a su pie, las fuentes, en otro tiempo más altas; hoy, alguna de ellas cegada; todas pobres con la seca; son harto abundantes; se cuentan cinco pozos, al parecer hondos, conocidos por el color de leche que tiene el agua, y por la lenta subida de ella desde el fondo es casi imperceptible; alguna nace horizontalmente bajo la peña; la corriente empieza Norte-Sur, pero luego vuelve a correr N-E., pobre, en verdad, para lo que ha de ser después” (VII, p. 478).

Por otro lado, pocas anotaciones hace Jovellanos de las plazas de los núcleos de la región. La de Reinosa es “*pequeña, pero aseada*” (VII, p. 451).

5.4 Las obras públicas

Jovellanos percibe y valora la realización de obras públicas en las ciudades por las que transcurre su viaje. Para él resulta muy importante el acondicionamiento de los accesos, la pavimentación de espacios, la creación de paseos para el asueto, etc. Prueba de ello es la crítica que hace a los seis ediles que votaron a favor de que el Ayuntamiento de Gijón acordara la suspensión por un tiempo de todas las obras públicas (V, p. 201). Llegado a su ciudad natal tras un período de ausencia, Jovellanos anota en su *Diario* lo siguiente: “*Fue mi primer deseo ver las obras emprendidas en mi ausencia [...] El paseo nuevo promete bien, aunque ahora, embarazado con arena, pero afirmado y plantado, debe ser muy bello. Se edifica bastante, y conoce que, a la paz, el pueblo y el comercio tomarán grande actividad*” (IX, p. 25); para Jovellanos la infraestructura de la obra pública facilita la actividad económica del pueblo.

Las obras públicas destinadas a la mejora de las comunicaciones son uno de los centros de atención de Jovellanos. Las comunicaciones tienen una repercusión en el contorno y todo el Principado de Asturias y la Costa Cantábrica, como se observa en la mejora del puerto de San Esteban, que “*haría de Pravia el pueblo más rico y poblado del contorno; sería el paso a Galicia; el centro del tráfico interior desde Avilés a Luarca, por la costa, y hasta Oviedo, por el centro*” (VII, p. 436) (22).

Por otro lado, el 7 de abril de 1797 Jovellanos recibe una “*carta reservada del comisario de Avilés, en que avisa el nuevo proyecto de puerto de San Esteban, formado por Muller; ya teníamos su informe; es una quimera: piensa acanalar el río, hacer que él mismo arrastre las arenas y hacer un puerto en tie-*

rra para buques de guerra; coste, diez y ocho millones; medios, una rifa” (VII, p. 421).

Apunta Jovellanos en su *Diario Segundo* unas notas sobre el puente del Nansa, en Pesués: “El puente hecho poco ha, a costa de 300.000 reales, arruinado por el cimientto del segundo arco; existen cuatro todavía, y habiendo durado seis años, no se pudo repetir contra los constructores. Me parecieron los arcos muy rebajados” (II, p. 18). Cuatro años más tarde se fija en el camino de Madrid a Aguilar: “Relleno de machaqueo, ¿teniendo el morrillo a la mano? Luego un puente casi sin petriles; luego renovado y levantado el relleno con guijo; otro puente de la misma forma, el relleno, casi borde con los petriles” (VII, p. 450).

Sin embargo Jovellanos no esconde la crítica al comportamiento de los hombres en cuanto a la planificación de las obras. En la venta de Langre, donde se ve obligado a esperar por la ausencia de medios para cruzar su ría, escribe en 1795: “He aquí los hombres: piensan en obras de ostentación y curiosidad, y dejan abandonadas las más necesarias. Iré a Santander y hallaré que se acometen obras magníficas en su puerto, su plaza, sus caminos, mientras no han provisto al amparo de los que vienen a su ría, y los dejan sin barco ni recurso, de esta banda, entregados a la miseria e inmundicia de esta ventuca” (VII, p. 472). En efecto, la ciudad de Santander que ha visitado Jovellanos en 1791 vive varios proyectos de construcción, aparte de una nueva dársena: “Se proyecta una nueva plaza; extender la población por toda la largura del nuevo muelle; hacer a espaldas una pequeña alameda; empedrar toda la villa, y limpiar (bien lo necesita) por medio de un cantarillón que se está ya construyendo y debe desaguar fuera de las dos dársenas” (II, p. 22).

5.5 Edificios públicos y privados

Jovellanos también se fija en diversos edificios públicos y privados. Entre los primeros, el viajero presta una especial atención a los edificios que representan a la autoridad pública y las instituciones educativas y culturales (23).

Otra tipología de edificio público es la constituida por las casas de beneficencia y servicio de caridad. En Santander se fija en uno de los cinco edificios nuevos que hay cerca del muelle, la casa de la Aduana, “edificio magnífico, pero

colocado fuera de la línea, y que estrecha demasiado la barbacana de la dársena proyectada” (II, p. 22). Además apunta datos sobre el nuevo hospital de San Rafael, fundación del obispo Menéndez de Lúcar: *“Obra sencilla y grande; doscientos pies Norte-Sur; ciento cincuenta Este-Oeste. La fachada principal, al Norte; el patio, setenta pies en cuadro; uno y otro de sillería, sobre arcos simples; sala de convalecencia, con hermosa galería sobre el mar; las cuadras, veintidós pies de ancho; los tránsitos del patio, de doce a trece. Botica; cocina (sin agua todavía); la obra, de Gutiérrez, sobre el mar, en un despeñadero, con un muelle delante; tres almacenes, uno sobre otro, y encima una casa al piso de la calle; callejuela para la entrada de los carros; huerta en medio*” (VII, p. 472).

Por otro lado, la atención que Jovellanos presta a los edificios privados está en estrecha relación con aquellas personas a las que va a visitar por un motivo u otro. En Espinosa de los Monteros presta atención a varias casas nobles, la de Ortiz de Vivanco, la de los azulejos y la del marqués de las Cuevas de Velasco (VII, pp. 457-458). En Reinosa describe la casa que el colegial don Luis de los Ríos y Velasco construyó para su mujer, *“de sillería; es cuadrada; dos pisos y entresuelo; gran balconada: cinco por frente en cada piso; se conoce que está cerca Vizcaya; grande escudo; casa montañesa*” (VII, p. 451).

Otro tipo de edificios o construcciones que podríamos considerar como públicos son los castillos y, por extensión, las murallas. Jovellanos se detiene en la descripción del castillo de Cilleruelo, en el valle de Arriba: *“El castillo, bien conservado en sus muros, abandonado por dentro; alta torre; torreones triangulares; cortinas presentando también sus ángulos; es del tiempo de Carlos V, pues hay armas con el Toisón: una inscripción (que diría el autor y el tiempo) está corroída; sólo pude leer: De la casa de Tobar*” (VII, p. 452). Sin embargo del castillo de Comillas nos deja menos detalles: *“Vista del antiguo castillo, muy arruinado*” (II, p. 19).

5.6 Iglesias y otros edificios eclesiásticos

A Jovellanos le interesa conocer no sólo la existencia de iglesias, sino también de otro tipo de edificaciones eclesiásticas, como seminarios conciliares y conventos. De esta manera, no sólo demuestra, a través de frecuentes descrip-

ciones minuciosas, sus conocimientos artísticos (24), sino que además puede conocer mejor el sistema de dependencia (singularmente económica) a la que somete el estamento eclesiástico al pueblo.

Destacan, en este sentido, las descripciones de la iglesia de San Vicente de la Barquera y su capilla del Corro (II, p. 19), Comillas (II, p. 20), la catedral de Santander (II, p. 21-22), el colegio e iglesia de los jesuitas en Santander (II, p. 22), el convento de San Francisco en Laredo (II, p. 24) y la capilla de Liérganes (VII, p. 475).

Por otro lado, en general abundan en los *Diarios* referencias al modo de vida y al sustento del clero. En Comillas “*hay un convento de franciscanos que da (dicen) mucha limosna*” (II, p. 19). En esta localidad hay “*cuatro beneficiados, los dos racioneros con 400 ducados, dos medios con 300. Organista y sacristán; clérigos bien dotados*” (II, p. 20).

5.7 El gobierno de las poblaciones

Los *Diarios* manifiestan también una determinada percepción del gobierno de las poblaciones. Las consideraciones de tipo político se observan en la descripción de poblaciones pequeñas, identificadas como *villas, pueblos o lugares*. Jovellanos nos habla entonces bien de la situación administrativa del núcleo de población o bien de los cargos de gobierno. En Santander Jovellanos tiene un altercado con el alcalde mayor: “*No he visto jamás un juez más mal criado, más ignorante ni de menos probidad. Deshizo por miedo el mal, hecho con torpeza y grosería. Su librería se reduce al Febrero y Colón de escribanos. ¿Y estos jueces nos mandan?*” (II, p. 23).

En Laredo “*el gobernador, Esmenota, hace acabar toda diversión a las diez; ninguna consiente después, ni en casas particulares. Había toros en otro tiempo y permiso para continuarlos, pero no los permite*” (II, p. 23).

En Reinosa Jovellanos entabla relación con el teniente de Corregidor don Luis Collantes, “*joven de mucha aplicación*”, nacido en Londres (VII, p. 451).

5.8 La caridad pública y la educación

En relación con la sociedad urbana, Jovellanos muestra una atención especial a la beneficencia y ayuda a los más necesitados. En la fiesta del Real

Instituto de Gijón celebrada el 16 de mayo de 1797 afirma que, pese a la alegría general, “nos aflige sólo la idea de la miseria pública. ¡Cuánto mendigo! Se socorre a todos” (VII, p. 426) (25).

En Santander, dice Jovellanos en 1791, hay “un convento de clarisas, y el obispo funda un hospital, casa de expósitos y recogidas, etc.” (II, p. 23). En el seminario de Villacarriedo Jovellanos mantiene una “conversación con los maestros y con un poeta improvisante; se habló mucho de Humanidades y de métodos de estudios [...] Los niños se levantan a las cinco: tienen, entre otras distribuciones, tres horas de ejercicio por la mañana, tres por la tarde” (VII, p. 476) (26). En Reinosa Jovellanos toma nota de la Casa de Educación de niñas, “fundada por don José Quevedo, residente en Méjico: concurren las del pueblo sin distinción; sólo hay tres pensionistas de fuera, que viven en la casa; dotación, como 30.000 reales en censos; la casita, regular; capilla, oratorio, pero sin huerta; dotación de la maestra, 200 ducados: llámase D^a María Antonia de Silva; es del país, criada en Cataluña; enseña a leer, escribir y toda especie de hilado, calceta y costura. Patrono, la Villa” (VII, p. 452).

5.9 Actividades económicas: El comercio, la industria, la pesca y la minería

Para Jovellanos “el comercio no se adelanta con grandes, sino con muchos puertos” (IV, p. 109), y a lo largo de sus *Diarios* existen referencias a los puertos y su comercio. Es el caso, por ejemplo, de Laredo, cuyo puerto “se reduce a una entrada del mar entre dos montes que miran al Norte, y el del Oriente abre más su seno a esta parte, presentando su falda menos áspera” (II, p. 23). La primera característica de Castro Urdiales, de hecho, es que se trata de un “puerto de pesca” (II, 20). Además Santoña cuenta con “gran fondo de ría y buen puerto; tragado el comercio por Santander, y la pesca, por Laredo; no tiene uno ni otro; hay proyectos de mejorarle; admite buques de línea y estuvieron en esta guerra” (VII, p. 471).

En una carta escrita a Antonio Valdés el 7 de septiembre de 1791 Jovellanos reconoce la idoneidad comercial del puerto de Santander: “Santander va a tragar todo el comercio de nuestra costa septentrional: franco en sus entradas y consumos, acabar con todos los puertos de aduanas; y fran-

co también en su industria, como ellos, acabará con la de sus provincias libres. Sólo podrá competirle La Coruña por sus correos y proporciones...” (IV, p. 178). El puerto es, por tanto, esencial para la industria y el comercio: en Requejada “se descarga la vena para las ferrerías de montaña, y se carga mucho trigo para llevar por agua a Santander” (II, p. 20).

En Santander Jovellanos toma nota de algunas actividades industriales tanto en su visita de 1791 como de 1795: “Vimos el nuevo horno perpetuo de cal, que hace cien anegas por día y consume veintiocho quintales de carbón de piedra”. Y continúa: “Fábrica de cerveza a cargo de Campo, magnífica, con dos grandes almacenes de fermentación, y tina, horno, caldera, enfriaderos, graneros para la cebada; piezas dobles de oreo, cuarto de ladrillos horadados para tostarla, tahona y demás. Se trabajan al año 200.000 botellas de cerveza doble y sencillo. No vimos el refino de azúcar, que está malparado, y su empresario pobre. Hay otros dueños de fábrica de cerveza, Lorán y Zuloaga, que trabajan ya de 40 a 50.000 botellas, que se venden a cinco reales cada una” (II, p. 22). En 1795 apunta: “Tarde, a ver el refino de azúcar de Vial; le tiene arrendado y muy perfeccionada la manufactura; se hacen tres clases, a 4, 5 y 6 reales libra; la última, muy blanca y brillante”.

Entonces también visita la fábrica de cerveza, botellas y sidra de Campogiro, así como la cordelería “fabricada por Isla, arrendada en 1000 pesos por una Compañía de Vial, Dóriga y Plantet: mil veinte pies de largo, noventa de ancho. Grande acopio de cáñamos y bastante de jarcia, que en la guerra tiene muy poca salida: mucha, en la paz” y la cervecería de Zuloaga que “no es tan magnífica como la de Campogiro, pero es completa y bien entendida y surtida” (VII, p. 473).

En la villa de Espinosa de los Monteros Jovellanos presta atención a la fábrica de lienzos “fundada por Isla, mucho tiempo ha abandonada; la vimos ayer tarde: es un edificio de trescientos pies de largo: cuatro pisos, sobre el Trueba” (VII, p. 458).

A lo largo de su viaje por el valle del Besaya en 1795 Jovellanos da noticia de diversos establecimientos industriales. En Torrelavega hay una “fábrica provisional: máquinas para cardar e hilar el algodón, de admirable combinación; trabajan más en pequeño; está ya construído lo necesario para la fábrica

permanente que se construye..." (VII, p. 477). En Campuzano hay una "fábrica de harinas: se muele, cierne, prensa, vende. *Idem de curtidos: todas las pieles del país, agujereadas en el lomo por un gusanillo que las persigue, como perdigonadas*" (VII, p. 478). En Bárcena de Pie de Concha toma nota de la existencia de una "fábrica de harina de D. José Vicente de Villegas, a la entrada" (VII, p. 478). En Lantueno de los Machos existe una "fábrica de harina" (VII, p. 478). En Reinosa "construye uno de los hermanos Macho, un molino, y se dice que luego ser fábrica de harinas; todas las obras grandes de aquí, de sillería, toda de grano pulido, blanquecino, ceniciento, con ráfagas negras que indican combustión" (VII, p. 452).

Por otro lado, la percepción de los núcleos de población también se detiene en el volumen de comercio mostrado a través de los mercados; en Reinosa observa "mucho paso de hierro al interior, y de lanas a Santander" (VII, p. 451). Asimismo se detiene en la pesca de algunas poblaciones costeras; en Comillas "la población vive de la pesca y se queja de la matrícula, y ninguno está adscrito a ella; pescan los mozos, por tolerancia, en cinco barcos a la sardina y tres salen al besugo" (II, p. 20). En Castro Urdiales hay "treinta y cuatro lanchas grandes para atún y besugo, y veintinueve para sardina" (II, p. 24).

Más atención presta Jovellanos a las ferrerías de La Cavada, a las que dedica un amplio espacio en sus anotaciones del día 12 de septiembre de 1791 (II, p. 21) y 19 y 28 de septiembre de 1795 (VII, pp. 466 y 474-475).

La actividad comercial se percibe incluso en poblaciones pequeñas y en el ámbito rural, como en la comarca pasiega, según el "Borrador fragmentario del Informe Reservado" incluido entre las cartas de Jovellanos: "El carbón se conduce actualmente a hombros por los pasiegos. En mis expediciones de Lunada y San Roque tropecé con grandes cuadrillas de ellos que trepaban por aquellos altos y fragosos caminos con grande agilidad y alegría. Hombres, mujeres, niños, todos llevaban sus cuévanos cargados, y, lo que es más, todos lo llevaban a buen precio, esto es, de 10 a 12 reales carga, según la mayor o menor cercanía de los montes. Este método, si no me engaño, ofrece una conducción de carbones equitativa y segura, mientras no se franqueen los caminos..." (IV, pp. 179-180). En Marrón Jovellanos deja notas sobre la fábrica de jabón y las dos fábricas de anclas ideadas por don Juan de Isla (VII, p. 470).

Por su parte, también las actividades mineras interesan a Jovellanos: “A ver los veneros de Ontón: están en el término del lugar de Mioño; éste los saca a remate y un empresario los beneficia por su cuenta; están sobre el camino, uno a la izquierda, dos a la derecha, y sólo parece que se trabaja uno de éstos; señales de anteriores trabajos en grandes derrumbamientos...” (VII, p. 469). La actividad minera de la costa oriental tiene mucho que ver con la industrial y queda reflejada en esta otra anotación: “El carbón entra por Santoña; navega la ría hasta Limpias, dos leguas; allí descargan los pataches y los barcos suben al pie de las fábricas” (VII, p. 470). En Torrelavega el duque de Pastrana e Infantado, “hombre activo y celoso; ha descubierto minas de carbón de piedra; la de las Presillas en el monte Dobra, y otras por esta inmediatez” (VII, p. 477). En Reinosa Jovellanos escribe que don Luis Collantes, que es el dueño de “una ferrería que labra 3500 quintales”, y a la vez teniente del Corregidor, “ha descubierto una mina de carbón en 1790; la beneficia con cédula de la Junta de Comercio; paga al concejo 200 reales por ello; es excelente carbón, reconocido por Tumbort, mejor que el de Asturias” (VII, p. 451). Por otro lado, en Puente Viesgo don Santiago Castañedo “enseña el sitio en que está la mina de Dobra: vista en lo más alto del monte de este nombre; ahora se cata al pie, con barrena de ciento veinte pies, la nueva, ciento cincuenta” (VII, p. 477).

Conclusiones

El objetivo del presente artículo ha sido recoger la percepción que Jovellanos tiene de los núcleos de población del territorio que actualmente forma la Comunidad Autónoma de Cantabria a través de sus *Diarios* de 1791 y 1795. Los ejemplos tomados de ellos pertenecen también a su paso por otras regiones, y aparecen como complemento necesario para ilustrar unos viajes que no se circunscriben a territorios fragmentados sino que afectan a todo el norte de España o a la Cornisa Cantábrica.

Jovellanos aparece en su obra como un reformador preocupado por la educación y la instrucción pública, para quien la razón práctica es la fuente de la felicidad, cuyo garante es el Gobierno. Esta razón práctica se manifiesta en las actividades económicas de la industria, el comercio y la agricultura. La percepción de estos núcleos de población es variada tanto en los conceptos emple-

ados como en los elementos descritos. La ciudad se presenta como un espacio de convivencia ordenada mediante leyes y el buen comportamiento de un pueblo instruído, donde las infraestructuras promovidas por el Gobierno favorecen el desarrollo de actividades económicas y culturales. No obstante Jovellanos percibe con atención, desde su posición subjetiva y su propio interés en la observación, algunas características de las poblaciones más pequeñas, ofreciéndonos un interesante panorama de la Cantabria de finales del siglo XVIII sujeto a la percepción del espectador concreto, testigo de una época.

En cuanto a los elementos de descripción, Jovellanos se fija en el tamaño del caserío y la demografía, los paseos, los edificios públicos y privados, las iglesias y otros edificios eclesiásticos, el aspecto de las calles y la presencia de canalizaciones, así como las obras públicas. Además refiere noticias del gobierno, las actividades económicas (comercio, minería e industria) y las correspondientes a la caridad pública y la educación. En todos estos aspectos se denota el pensamiento del polígrafo asturiano.

No obstante los apuntes de estas páginas, quedan por analizar aspectos como el ámbito de sociabilidad de Jovellanos y sus referencias a la sociedad de la época, los archivos y las bibliotecas, así como las noticias artísticas, arqueológicas y epigráficas que reflejan, en cualquier caso, la riqueza informativa de estos *Diarios*.

NOTAS

Esta investigación ha surgido a partir de un trabajo dirigido en 1998 por el Prof. Dr. D. Ramón Maruri Villanueva, del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Cantabria.

(1) J. M. CASO GONZÁLEZ, "Introducción" a G. M. de JOVELLANOS, *Diario (Antología)*, Clásicos Universales, Planeta, Barcelona, 1992, pp. XIII-XV. Este historiador sigue la denominación de *Diario* que Julio Somoza aplicó a todo el conjunto de cuadernos de Jovellanos, y que el mismo Jovellanos utilizaba. No obstante nosotros nos referiremos a los *Diarios*, dado que seguimos la edición de Miguel Artola. La denominación en plural tiene el interés de destacar la existencia de catorce cuadernos cuya cronología sólo es continua en el llamado "bloque clásico" (cuadernos 1 a 9) porque los cuadernos noveno y undécimo presentan notorios saltos temporales lamentados por el propio Jovellanos.

(2) Existen, no obstante, estudios importantes que parcialmente emplean como fuente de información los *Diarios* de Jovellanos: R. MARURI VILLANUEVA, *La burguesía mercantil santanderina 1700-1850: cambio social y de mentalidad*, Serie Universitaria, Universidad de Cantabria, Santander, 1990.

(3) La edición de los *Diarios* que ha sido utilizada en todo el trabajo, siendo la primera edición continuada de los catorce cuadernos conservados, es G.M. de JOVELLANOS, *Diarios*. Obras de D. Gaspar Melchor de Jovellanos, edición de Miguel Artola, III, Biblioteca de Autores Españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, t. LXXXV, Madrid, 1956. Desde ahora, se indicará simplemente el número ordinal de *Diario* y la página en cardinal.

(4) J. LAGE, "Introducción", en G.M. de JOVELLANOS, *Espectáculos y diversiones públicas. Informe sobre la Ley Agraria*, Cátedra, Madrid, 1979, pp. 36-41.

(5) *Cartas*, en G.M. de JOVELLANOS, *op.cit.*, t. IV, p. 195.

(6) A. del RÍO, "Estudio preliminar", G.M. de JOVELLANOS, *Diarios*, I, IDEA, Oviedo, 1953, pp. 2, 4 y 5.

(7) J.M. CASO GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. X.

(8) Vid. A.C. GUERRERO, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Aguilar, Madrid, 1990, p. 23.

(9) E.F. HELMAN, “Viajes de españoles por la España del siglo XVIII”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII (1953), pp. 618-619.

(10) G. GÓMEZ DE LA SERNA, *Los viajeros de la Ilustración*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, pp. 12-13.

(11) J. CLAVIJO Y FAJARDO, “Modo de que los viajes sean útiles”, en *El pensador*, Madrid, 1762, vol. 2, pp. 159-190, citado en A.C. GUERRERO, *op.cit.*, p. 31 y C. GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XVIII)*, Ollero & Ramos, Madrid, 1997, p. 10.

(12) A.C. GUERRERO, *op.cit.*, pp. 40-44.

(13) G. GÓMEZ DE LA SERNA, *op.cit.*, p. 79. *El viaje económico* es una clase dentro de la tipología identificada por este autor.

(14) A. MORALES MOYA, “Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado”, en *Viajeros y paisajes*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 18-19.

(15) G. GÓMEZ DE LA SERNA, *op.cit.*, pp. 81-99.

(16) G.M. de JOVELLANOS, *Diarios...* IV, Biblioteca de Autores Españoles. *Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, t. LXXXVI, Madrid, 1956, p. 177.

(17) G. GÓMEZ DE LA SERNA, *op.cit.*, p. 84.

(18) M. ARTOLA, “Estudio Preliminar”, en G.M. de JOVELLANOS, *Diarios...*, III, t. LXXXV, p. LXVIII.

(19) F. BARAS ESCOLÁ, “El reformismo político de Jovellanos”, en *Nobleza y poder en la España del siglo XVIII*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1993, pp. 212-218.

(20) Referencias en II, pp. 34, 39 y 63-64; X, pp. 53, 57 y 61-62; XIII, p. 140.

(21) H. PIRENNE, *Historia Económica y Social de la Edad Media*, México, 1955, p. 63.

(22) En León se forma una comisión para las carreteras, a lo que Jovellanos anota: “les aconsejo que propongan un fondo para caminos del reino de León, a que concurran todas [las provincias]; que éste tenga su preferente empleo en el de Asturias para lograr una comunicación con el mar, y que después se vayan mejorando los ramales que de él comunican con las capitales de cada provincia” (VII, p. 446). Pero estos proyectos en general tropiezan con la esclerosis institucional: “Escribe Pina. Nogués, con copia de la consulta y decreto sobre carretera. ¡Cuán miserables uno y otro! ¡Cómo

prueban la priesa, la indolencia, el abandono con que se mira el bien de las provincias!” (VII, p. 429).

(23) Sin embargo es necesario apuntar que en su colaboración para la *Enciclopedia Española* Jovellanos es criticado por su amigo Concha, que en el artículo referido a la ciudad de Oviedo “*echó en falta alguna noticia del edificio de la Universidad*”, según consta en V, p. 229 (el artículo se encuentra en el tomo L de la Colección Rivadeneyra, p. 188).

(24) En palabras de J.M. CASO, “realmente Don Gaspar había visto muchas obras artísticas y las había estudiado con detención, porque es capaz de descender a pequeños detalles estilísticos. En arte no era un simple aficionado, sino un auténtico especialista”, en *op.cit.*, p. XIII.

(25) Tiempo antes, el párroco de Gijón, don José Carlos Bauces, le pide consejo para un determinado sermón. Jovellanos le aconseja “*que predique sobre el ejercicio de la caridad pública y, sobre todo, recomiende los institutos de educación e instrucción, que destierran la ignorancia y pereza, raíces de todos los males y todos los vicios*” (V, p. 136). En este mismo *Diario Quinto*, algo más adelante, Jovellanos da cuenta de dicho sermón y relaciona las ideas de la beneficencia pública y la educación, indicando que fue “*muy oportuno, pues fue sobre el ejercicio de la caridad pública y sobre la conformidad que tienen con ella los institutos que destierran la ignorancia y la ociosidad*” (V, p. 140).

(26) El interés de Jovellanos por esta institución sigue en VII, p. 477: “*El rector, P. Manuel del Rosario (Fundación, 1740 y...); renta catorce mil reales; padres, 15; seminaristas, ochenta, incluso los en vacaciones. Se enseña a los de afuera Filosofía, por el Lugdunense; Moral, por el Lárraga*”.

BIBLIOGRAFÍA

BARAS ESCOLÁ, F., “El reformnismo político de Jovellanos”, en *Nobleza y poder en la España del siglo XVIII*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1993.

CASO GONZÁLEZ, J.M., “Introducción” a G.M. de JOVELLANOS, *Diario (Antología)*, Clásicos Universales, Planeta, Barcelona, 1992.

GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C., *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XVIII)*, Ollero & Ramos, Madrid, 1997.

GÓMEZ DE LA SERNA, G., *Los viajeros de la Ilustración*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.

GUERRERO, A.C., *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Aguilar, Madrid, 1990.

NELMAN, E.F., “Viajes de españoles por la España del siglo XVI”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII (1953).

JOVELLANOS, G.M. de, *Diarios*, edición de M. Artola, III, Biblioteca de Autores Españoles, t. LXXXV, Madrid, 1956.

LAGE, J., “Introducción”, a G.M. de JOVELLANOS, *Espectáculos y diversiones públicas. Informe sobre la Ley Agraria*, Cátedra, Madrid, 1979.

MARURI VLLANUEVA, R., *La burguesía mercantil santanderina 1700-1850: cambio social y de mentalidad*, Serie Universitaria, Universidad de Cantabria, Santander, 1990.

MORALES MOYA, A., “Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado”, en *Viajeros y paisajes*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

PIRENNE, H., *Historia Económica y Social de la Edad Media*, México, 1955.

RÍO, A. del, “Estudio preliminar”, G.M. de JOVELLANOS, *Diarios I*, IDEA, Oviedo, 1953.

LA INFLUENCIA DEL “PITERO” EN EL FOLKLORE
MONTAÑÉS.

por

Bernardino Blanco Ruiz

Semblanza

El “pitero”, junto con su complemento de ritmo, el tamborilero, aquí llamado impropriamente “tamboritero”, son los instrumentistas que amenizan las fiestas de los más apartados lugares del medio rural montañés, aunque en pueblos importantes sea también solicitada su presencia, para dar tono y colorido a las fiestas populares y los concursos folklórico-regionales, así como para el acompañamiento de danzas, en lo que son imprescindibles.

El nombre o término seudo-profesional de el “pitero” tiene su origen en el pueblo, y hasta el mismo tañedor llama empíricamente “pito” a todo instrumento de viento, desde la flauta construida mientras se guarda el ganado a los más perfectos, fabricados para las más selectas orquestas sinfónicas. Para las generaciones de admiradores del alegre instrumentista jotero, todo lo que sonaba por el método de soplar era un “pito”. Así llaman a lo que es un requinto en mi bemol, procedente de extinguidas Bandas, pues se trata de un instrumento antiguo que hoy la técnica ha superado.

La presencia del pitero y el tamboritero en la música popular montañesa no es muy antigua, y ya que volvemos a mencionar al inseparable e insuperable tamboritero, recordaremos que la adaptación del tamboril a nuestro floklore es idéntica a la del pito o requinto, pues el tamboril, que sustituyó a la pandereta, no es otra cosa que la “caja” que se usaba y se usa, y siempre se usará en toda agrupación musical. Volviendo a la aparición del pitero y su no mucha antigüedad, lo podemos ver en el *Santander fin de siglo* (1), que en sus notas sobre las fiestas más famosas de aquel tiempo, y sobre todo en las más cercanas a

Santander y Torrelavega cita las pandereteras, que se acompañaban en sus canciones, o acompañaban a “cantadoras” mejor dotadas de voz, y a instrumentos extraños, que durante algún tiempo amenizaron las fiestas más concurridas, pues siendo la forma de sacar sueldo la mendicidad, no asistían a las más típicas, sino a las más abundantes de público.

Así se veían ciegos violinistas que en solitario tocaban, mientras su consorte o algún hijo pequeño simultaneaba el acompañamiento con la pandereta y la vuelta al corro para pasar la bandeja. Ya, en los primeros años de este siglo, se vieron en las romerías más concurridas, algunos conjuntos de violines y guitarras, que llevaban sus propios cantadores, y que se acompañaban su ritmo con panderetas y panderos; pero parece que sólo se les atendía como espectáculo rara vez visto, y no solían reunir un grupo numeroso de oyentes y bailadores. A la gente del pueblo le gustaba más la panderetera que cantaba sola, o todo lo más la “pareja”. Así, cuando surgió la pareja de piteros y se comprobó que repetían con bastante autenticidad las canciones que se cantaban, que por ser repertorio limitado todo el mundo sabía; sin contar el viril sonido y el potente ritmo que el tamboril prestaba, que fueron bien acogidos y prontamente solicitados.

Aparece la primera decena de este siglo, y su labor, que no ha cambiado mucho desde entonces, se limita a la labor típica de las canciones para el baile montañés y las danzas. Las incursiones que suele hacer en las canciones que no le son propias, le salen desafortunadas, por las limitaciones que le han impuesto al instrumento y que luego estudiaremos.

Al principio fueron complemento de las panderetas que como “profesionales” acudían contratadas a ejercer luego fueron los piteros, los que exigían hubiese una pandereta que les revelara en su larga actuación, pues por aquellos años, la fiesta daba comienzo inmediatamente después de la comida del mediodía. A veces, para esa hora, ya se había dado una larga sesión de jota antes de comer; lo que luego se llamó más sofisticadamente sesión “vermut”.

Esta especie de ayuda mutua no duró, mucho tiempo. En primer lugar por imperativo económico, y en segundo, porque el pitero y el tamboril llegaban con más nitidez y mayor volumen de sonido al público desperdigado en la inmensidad de las praderas, pues no hay que olvidar que su actuación es, y antes lo era más, propia de los festejos al aire libre.

El pitero es casi siempre un hombre del campo, y por tanto carece de conocimientos técnicos o escolásticos para manejar un instrumento llamado a prestar un servicio indispensable en cualquier agrupación musical, pero sobre todo en las bandas de música.

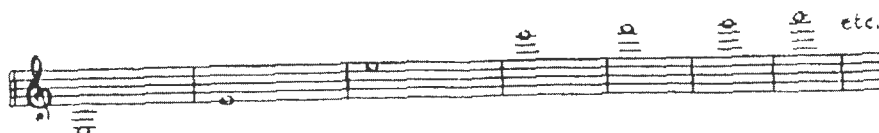
El uso de este instrumento, aquí llamado pito, requinto en mi bemol, como dijimos, supone una regresión técnica en manos del pitero, que le iguala con la arcaica flauta que los pastores fabricaban con cañas, proveyéndolas de agujeros. Es más, lo sofisticado de un requinto pasa a ser sólo apariencia, pues, aún tratándose de un antiguo requinto de los llamados de trece llaves, el pitero no manejará más que tres, incluida la de la octava, que estará siempre abierta, como luego explicaremos, porque el ejecutante sólo toca en el registro más agudo.

Es frecuente que esta llave, que está dispuesta para quedar cerrada siempre que no se precise, los piteros la tengan abierta, pues se les ha oxidado en esa posición, por lo que no se puede decir que la usen. Si la arrancasen produciría el mismo efecto. Todas las demás llaves suelen estar taponadas con corchos, para evitar que puedan abrirse involuntariamente lo que produciría el consabido "gallo", que el pitero tratara de evitar. Una vez taponadas las llaves sobrantes, que, como se ha visto, lo son casi todas; el bello requinto, que tan gran papel juega en las bandas civiles y militares, viene a quedar convertido en un tubo con siete agujeros, lo mismo que la flauta de caña que fabricara cualquier bucólico zagal en cualquier parte del mundo.

El requinto que usa el pitero, de trece llaves, como dijimos, fue en un tiempo de fácil adquisición, al haber sido desechados de las bandas con el perfeccionamiento de los modernos, de sistema Bohēm, que adaptado a cualquier marca llegó a ser, y de hecho lo es, un instrumento perfecto en afinación y cómodo en ejecución. Este invento consiste en un sistema de anillas que suprime la desigual separación de los agujeros, que a la vez que producía naturales desafinaciones imponía una imperfecta colocación de las manos. Luego un juego combinado de llaves accesorias, permite ejecutar los mas difíciles pasajes con ambas manos, según convenga a la mano más desocupada.

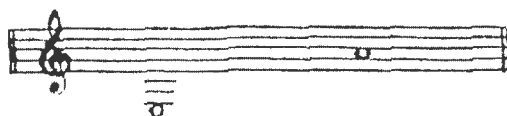
La extensión del requinto es de tres octavas y media, aunque algunos circulantes pueden dar más notas, hasta llegar a los cuarenta y cinco semitonos en la escala cromática.

La extensión técnica es, más o menos, ésta:



Se puede suponer que, con la ayuda de sus pocas llaves, pueda obtenerse un perfecto, aunque con las dificultades que se derivan de la limitación del instrumento. Otra cosa distinta es la limitación técnica del pitero, y que vamos a estudiar con detenimiento.

De todo el enorme recurso de sonidos que dejamos anotado el pitero desecha, en principio, todo el registro grave del instrumento, es decir, once grados de la escala que suman diecinueve semitonos; del mi grave al la del mismo registro.



Desde la primera nota del registro medio, si natural, es desde donde debería empezar la labor del pitero, pero tampoco es así por razón que es puramente técnica. Más bien empezará su labor desde el re, dos grados más arriba, subiendo sin dificultad hasta el la sobreagudo. Su extensión real le quedará así:



Al pitero le saldrá incorrecta esta escala por la imposibilidad de hacer el pasaje de las dos primeras notas, si bemol y do sostenido que tener en cuenta que el pito para el pitero no es lo mismo que el requinto para el músico, aunque

¿Qué razón o razones le inducen al pitero a abandonar la dulce escala y tono de re, prácticamente en el registro medio, a, para llevar sus melodías al tono de sol mayor, una cuarta más agudo donde el requinto resulta agrio y desagradable?

Las razones son dos: La primera es la de aprovechar lo más agudo de la tesitura para obtener un sonido más potente o que se oiga desde más lejos. La segunda razón es solamente mecánica. Si en esta escala de sol mayor tiene un do natural agudo, fabricado do sostenido en el instrumento, que precisaría interponer al orden correlativo de los dedos un trueque, -destapar antes subiendo el dedo índice que el anular, y al revés descendiendo-, esta "anomalía" la salva el pitero (o pretende salvarla, porque no lo consigue sino a medias) aflojando el labio, para que el do, que como ya dijimos, el requinto de esa clase tiene fabricado sostenido, se convierta en do natural, propio del tono de sol mayor.

Ejemplo gráfico de las notas "falsas" en las dos escalas y tonos que se tratan.

Escala de re mayor.

Dificultad para el pitero, porque el instrumento la tiene así:

Escala de sol mayor.

Dificultad para el pitero, porque el instrumento la tiene así:

Totalizando las dificultades que el pitero encuentra en el mecanismo del requinto, encontramos que son básicas al anular su función en el modo menor el hecho de no dejar la llave necesaria, para sacar la tercera menor. La influencia

negativa tiene que ser aquí importante en el modo de hacer las canciones que originalmente estén en ese modo.

El séptimo agujero tampoco lo usa, pues corresponde al registro grave, donde él no actúa. Es el que está situado debajo de la llave de octava, o simplemente de cambio del registro grave al medio.

Queda demostrado, como antes señalábamos, que si se suprime al requinto la función de las llaves que producen los semitonos, queda reducido a la flauta pastoril. Los intervalos naturales de la escala, grados $3/4$ y $7/8$ están ya dispuestos en la fabricación de estos instrumentos de madera, y las llaves, como las teclas negras del piano, son el complemento para hacer los medios tonos, y a su vez tonos nuevos en escalas nuevas. Los instrumentos rústicos cuya escala propia viene construida en un filo tono, resultan pesados y aburridos si se escuchan en un periodo largo de tiempo, por ejemplo, en la duración de una romería.

Antes de anotar algunos ejercicios comparativos de, o sobre la autenticidad de las tonadas montañesas, haremos algunas consideraciones previas. Conviene saber que, si en el *Cancionero* de don Sixto Córdova se encuentran canciones que una u otra parte de la provincia les da giros bastante diferenciados, no será justo atribuir al pitero los “vicios” de todas las melodías -La, deformación de éstas por influencia del pitero son características, y éste es el verdadero objeto de este trabajo.

Los técnicos en esta materia saben diferenciar los cambios que algunas canciones presentan, según sean cantadas por gentes de uno u otro extremo de la región, las cuales no podrán ser tomadas como deformaciones, al menos del pitero, si no entran en la órbita de sus limitaciones, y sí podrán serlo por el uso que las gentes de cada lugar las haya querido o sabido dar.

El pitero sólo adultera las canciones cuando las trastadas, (no transporta, lleva) desde su modo menor original a “su” modo mayor obligado, más los roces en las notas que, accidentalmente, son distintas en la canción a las que él tiene prefabricadas en el requinto, aunque éstas suelen quedar bastante disimuladas con la ya explicada presión o depresión del labio del ejecutante.

Si se estudia con atención el cancionero, y se toma como base autorizada de lo auténtico, podrá verse cómo los compositores de canciones polifónicas sobre motivos montañeses también han contribuido, y seguirán contribuyendo a

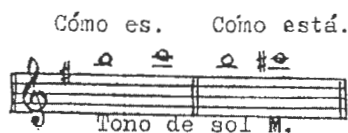
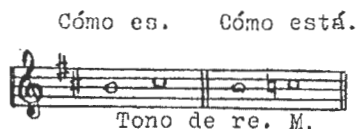
que las antiguas “tonás” pierdan autenticidad. Por ser partes musicales largas; y por no citar autores, que lo fueron casi todos, no incluimos aquí algún pasaje de famosas obras corales, que tuvieron como tema una determinada canción corta, pero que hubieron de “retorcer” por imperativos varios.

Esto, con ser así, no lesiona lo autóctono, pues está, destinado a oyentes polifónicos y no a futuros seguidores de los cantos montañeses cortos. Ello es bien diferenciable.

A continuación compararemos algunos pasajes de canciones cortas, en las que no ha contribuido la influencia del pitero. Por otra parte, el pueblo maneja hoy un número determinado, pero extenso de canciones, que las canta a la manera que las oyó a los que les antecedieron, y los giros algunas canciones de uso común, por muy auténticas que sean, no se podrían cantar bien sin un paciente estudio y nueva readaptación a los aficionados de estos tiempos.

El pitero y las canciones son del pueblo rural, y cada vez está más, en contacto con las ambientes urbanos e influidos por los “más media”, y sin poder dilucidar lo autóctono del campo que viene a la ciudad de lo pseudo-autóctono que sale de la ciudad que pretende enseñar al pueblo rural cual es o no es lo verdadero de su folklore. Pretender enseñar a los vecinos de San Roque de Riomiera, Sel de la Carrera o Abionzo, por ejemplo, como se baila una jota o un “pericote” que es como llaman allí el baile a lo alto, es una pretensión absurda, ya que allí en los pueblos todos, no se “aprende” a bailar, sino que se nace sabiendo.

Después de estudiados los inconvenientes mecánicos que el pitero encuentra en el requinto, pues es evidente que no fue fabricado para él, se determina, a la vista de su aprovechamiento sonoro, a tocar en el registro más agudo que le permite la disposición de una escala, lo más parecida a la propia del modo mayor, pero si en la escala de re mayor, no sabía salir del do natural del registro medio “fabricado” para hacerle sostenido, como impone el tono, en el que ahora adopta no podrá hacer bien el do natural que necesita, ya que el “fabricado” en el instrumento es sostenido. Estamos tratando la escala de sol mayor, y ahora veremos el ejemplo gráfico:



Como se ha visto, también tiene fallos de ejecución en la escala de sol mayor, pero ésta tiene la ventaja de ser una cuarta más aguda, y esto para el pitero, ya es motivo importante.

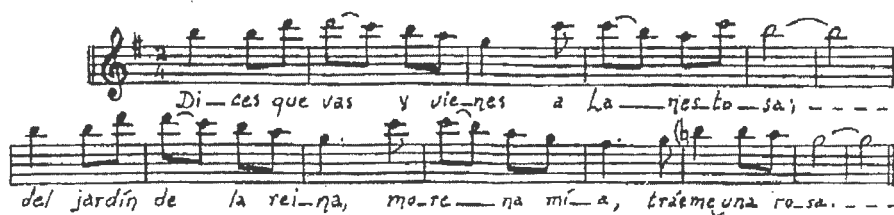
El folklore montaños en sus canciones es ambimodal, y se puede asegurar que predominan en él las tonadas en modo menor sobre el mayor. El modo ambifono es muy frecuente. Canciones que empiezan en modo mayor, pasan, por medio de alteraciones accidentales, al modo menor y a veces vuelven a su modo original. Otras, sin embargo, dan fin, o a veces principio, en cualquier grado de la escala, frecuentemente en su dominante pero no necesariamente. Ejemplo: *Por bailar y no bailé*



Como esto es excepcional en sí, y el pitero hace que lo sea mas, pues las canciones que no le van bien las rehuye, lo frecuente es que toque las canciones más adecuadas y tenga que pechar con pasajes difíciles para él por imperativo de la popularidad de la canción, que por su gusto no tocaría; o porque, ya acostumbrado al cambio vertido en cualquiera de ellas ha llegado a convencerse de que son así. Así las toca, y así se las aprenden las nuevas generaciones, y este es el motivo de este estudio. Ejemplo: *Dicen que vas y vienes*.



Pues al Pitero le saldrá así al tocarlo en tono de sol mayor:



Otro ejemplo de distorsión melódica de una canción típica conocida, en la que aparecen las imperfecciones el pitero, a causa de la carencia cromática: *Tengo que ir a Madrid.*



Al Pitero le saldrá así:



El perfecto dominio del músico que toca el requinto, haría más fieles las canciones, segun la fidelidad modal y la cromitonía de ellas en su origen. En el día de hoy, probablemente, fueran muy distintas de como la gente las conoce, y aquí de la lanza que debe romperse en este sentido de la autenticidad. Pero el folklore es el reflejo de las costumbres, y el pitero, aunque las haya modificado,

Si vas a Torrelavega... (En sol menor)



Si vas a Torrelavega... (Convertida por el pitero en sol mayor.)



las ha hecho oír durante muchos años, y su peculiar manera de ejecutarlas ha marcado, como es natural una costumbre. ¿Quién puede precisar las motivaciones que indujeron a cantar estas canciones como se cantaban antes de la llegada del pitero? Pueden ser éstas que ahora estudiamos tan lícitas como aquellas. ¿O no?

Una canción que empieza en modo menor y termina en modo mayor, pero que el Pitero la hace entera en el modo que puede: Sol mayor. *Victoriana*, *Victoriana* (*Me lo ha rizado*). Canción de Polanco.

Allegro = 172

Victo-ria-na, Victo-ria-na, ri-za-do lle-vas el
 pe-lo. - - - pe-lo. - - Me lo ha ri-zado mi-a-mante que
 yo so-li-ta no puedo. - - Me puedo. - -

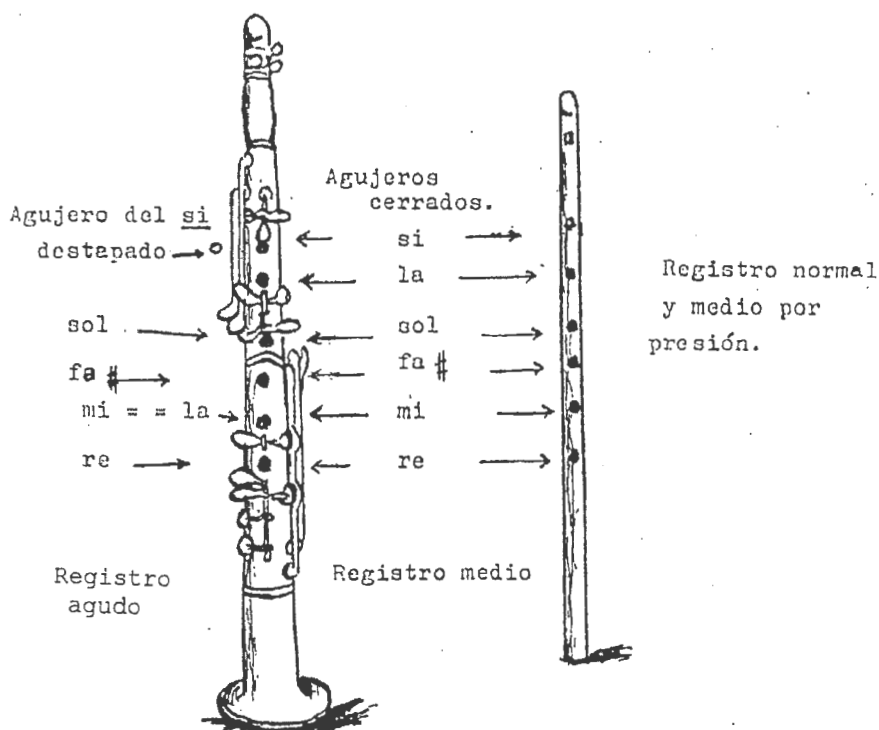
Victo-ria-na, Victo-ria-na, ri-za-do lle-vas el
 pe-lo. - - Me

De aquí en adelante ya está en el tono que le viene bien.

El requinto y su semejanza con la flauta de pastor

En dibujo el siguiente dibujo hemos querido demostrar gráficamente cómo, si al requinto se le inutilizan las llaves, queda reducido a un instrumento primitivo, sin ninguna de las ventajas de su técnica; (modesta en éste caso, por

tratarse de un requinto de 13 llaves). De tomar un pitero un requinto de sistema Bohēm, resultado sería el mismo.



Con todos los agujeros abiertos, (dedos al aire) tendremos el do sostenido. (Do natural en el requinto de Sistema).

Con el agujero del si destapado y volviendo a empezar se sacan las notas agudas, hasta el la sobreagudo. El mi y el la sobreagudo se sacan con la misma posición y una mayor presión de las labios. Existe otro factor que también cuenta en favor del pitero típico de la Montaña: el sonido.

Al requinto músico se le exige un sonido depurado y muy elaborado en interminables horas de ejercicios en la academia, como condición base para afinar con los demás componentes de la banda o de la orquesta. El pitero no tiene que contrastar su sonido con nadie, a no ser con su propio temperamento; y su

sonido, a falta de un trabajo metódico y cotidiano, resulta agrio y chillón pero que, a pesar de ser más desagradable, la costumbre, la ha consagrado como válido. El sonido dulce y melodioso del músico tocando bien las canciones regionales, no suele ser bien admitido por los asiduos oyentes del pitero típico.

Causas positivas y negativas

Las causas positivas o negativas de la influencia del pitero en las canciones son ya muy subjetivas a criterio de los oyentes aficionados al folklore, en lo que respecta a las tonadas y cantos, ya que en lo que concierne a los “toques” para bailar, el pitero obtiene el cien por cien del éxito, puesto que si la melodía es vibrante y el ritmo del tamboril firme y seguro, no importa si la canción es más o menos pura.

El centenar de años aproximadamente, que en fiestas se vienen oyendo estas canciones así ejecutadas, han marcado, como antes decíamos, una costumbre en varias generaciones; y las ancianas y ancianos que se las cantaron a don Sixto Córdova de viva voz, con sus inflexiones y modalidades propias no están ya en el mundo para discutirlos.

Las generaciones nuevas han oído aquellas y otras canciones con las adulteraciones con que el pitero las ha “adornado”. Los compositores de los temas, montañeses, logran preciosas obras polifónicas, y que mientras las “tonás” sirvan de inspiración para lograr tales joyas artísticas siempre será, creo yo, bueno para el folklore montañés.

Aquí queda expuesta la influencia del pitero en las canciones montañesas, y cuál es la causa que le obliga a producirla, seguramente sin saberlo.

¿Positivo? ¿negativo?

Si “en este mundo traidor nada es verdad ni mentira, en las manifestaciones folklóricas cobra este aserto su más completa dimensión.

NOTAS:

(1) *Santander fin de siglo*. Por D. José Simón Cabarga.

TERMINOLOGÍA EMPLEADA EN CANTABRIA
EN LO REFERENTE A LA ELABORACIÓN ARTESANAL
DE DERIVADOS DE LA LECHE

por

Pedro Casado Cimiano

Los cada vez más estrictos requerimientos higiénicos legales para la elaboración de cualquier clase de producto destinado al consumo humano, han dado lugar a la total desaparición en nuestros días de la elaboración artesana tradicional de productos lácteos. Así, los utensilios antiguamente empleados para la elaboración del queso y mantequilla, en su mayor parte de madera, han sido reemplazados por modernos equipos y materiales de acero inoxidable; las clásicas cocinas o locales de elaboración han tenido que ser alicatados, etc. De esta forma los utensilios tradicionales, que no han sido oportunamente recogidos en alguno de los museos existentes en la región y colecciones privadas, han desaparecido o están próximos a desaparecer, pasto de la polilla o de las chimeneas.

Igual que con los elementos materiales, ocurre con la terminología popularmente empleada para designar los antiguos utensilios y las diversas operaciones necesarias para la realización de estos quehaceres artesanales; terminología, que es, sin duda, debido a la extensión en el tiempo y en el espacio de estas labores, una de las más ricas de nuestro léxico cántabro y que está irremediablemente condenada al olvido y desaparición. Ante esta situación hemos tratado de reunir aquí, en forma de vocabulario, todos aquellos términos populares conocidos sobre la elaboración artesanal de derivados lácteos en Cantabria, comprendiendo la recogida y manejo de la leche ordeñada, la elaboración con ella de productos -quesos y mantequilla, principalmente- así como la preparación de postres y derivados típicos de estos productos.

Hemos partido, en primer lugar, de trabajos nuestros anteriores (Arroyo y Casado, 1976; Casado, 1976; Casado, 1995; Casado, 1999), en los que hemos

tratado de la elaboración artesanal y de la terminología popular empleada en diversos lugares de Cantabria, y especialmente en aquellos con más tradición en estas elaboraciones, como el Valle de Pas y su zona de influencia y la región natural que constituyen los Picos de Europa. También se han consultado, por otra parte, los trabajos de diversos autores (Arroyo, 1967; Hoyos, 1970; Fernández, 1975; Universidad Cantabria, 1987; González y Díaz, 1988; Gomarín y col., 1992; Gómez, 1998; Gómez, 1999), en aspectos referentes a la elaboración artesanal de quesos y derivados y a los utensilios existentes en museos y colecciones de la región.

Finalmente, hemos comparado y tratado de completar nuestros conocimientos sobre la terminología popular y el vocabulario disponible con los términos recopilados sobre esta materia por los autores de trabajos sobre el lenguaje popular de Cantabria en general (Huidobro, 1907; Alcalde, 1932; Alcalde, 1933; García, 1966; Díaz, 1971; Cosío, 1973; Díaz, 1975; Calderón, 1981; Bartolomé, 1987; López, 1988; Sainz, 1991; López, 1994), así como con algunas canciones populares sobre el tema recogidas por Córdoba, 1947. De esta forma hemos reunido un vocabulario de cerca de 100 términos que a continuación se expone y que esperamos poder completar y perfeccionar en el futuro, para lo que agradeceremos toda clase de informaciones o sugerencias que se nos aporten.



Arnio

ACARDENILLADO. Aspecto veteado verdoso que caracteriza al queso Picón.

AIRERO. "Natadero" con una buena corriente de aire (Pas).

ARIOS, ARNOS, ARNIOS. Moldes para el queso. Eran de una gran variedad. Si bien en algunos lugares se usaron moldes agujereados de barro y barnizados, se utilizaban más frecuentemente de madera. Estos eran cilíndricos, agujereados o no, formados a partir de un tronco vaciado o de

una tira de madera cosida con una cuerda o con un alambre para formar el aro. Más modernamente se utilizaron de hojalata.

ARTESA. Vasija de madera, con asa y pico, de forma achatada y cilíndrica, empleada en la elaboración del queso Picón, para que el suero, que va saliendo del queso de los “arnios” depositados en ella, se conserve rodeando la cuajada. Se diferencia de la “desca” (usada para el queso de Aliva), en que ésta es rectangular, mientras que la artesa es cilíndrica.



Artesa

ATRAER (la cuajada). Se llama “atraer” la cuajada en la elaboración del queso de Áliva a, una vez ésta cortada y convertida en papilla, volver a reunir-la otra vez en una masa mediante determinados movimientos realizados con la mano.

BALLICO. (Vid. “Odre”).

BARATA. Recipiente, antiguamente de madera y después de cinc, utilizado para batir las natas en la elaboración de mantequilla en Pas. Una vez vertida la nata en el recipiente, se tapaba después con una tela impermeable atada a la boca o con un tapón de corcho envuelto en un paño, y cogiéndole con las dos manos se le sometía a fuertes sacudidas a uno y otro lado, alternativamente, siendo las operaciones siguientes realizadas para “baratar”, así como la terminología aplicada, similares a las del “odre”. (Vid. “Zurrir”).

BASTACERA. Losa que ponen los pasiegos sobre un pié derecho o ten-temozo para colocar los jarros de leche en la cabaña.

BIRIA, BIDRIA . Ultimo suero que sale de los quesos, en el que se diluye el cuajo de cabrito, para preparar la solución de cuajo para la elaboración del queso de Áliva.

BODEGAS. Pequeñas habitaciones oscuras hechas, a ser posible, arrimadas a algún talud natural del terreno, o metidas en parte de él, y que se utilizan para la fermentación del queso Picón, en los lugares donde no existen “cuevas”.

BODIGU. Lugar fresco, donde se deja en Pas la leche en reposo para que se separe la nata (Vid. “Natadero”).

BOTU. Espuma de la leche recién ordeñada (Carmona).

CALOSTRIZO. Calostro , leche de vaca recién parida no apta para el consumo humano (Campóo). También se la llama en otros lugares “Gechosu”.

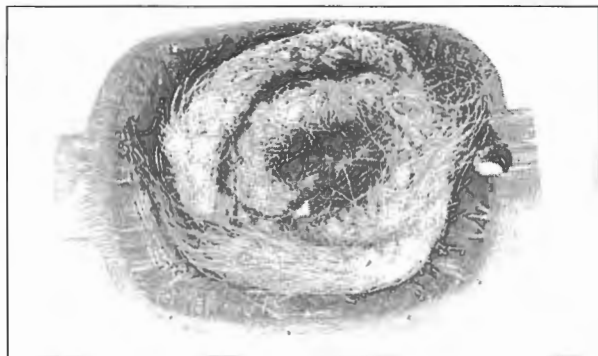
CASCAR. Denominación dada en Pas a la operación de cortar y desmenuzar la cuajada para que suelte el suero.

CASCAJA. Utensilio de madera empleado en Pas para cortar y desmenuzar la cuajada (Vid. “Gusta”).

CASCARIAS. Cuajada después de haber sido cortada y despedazada con la “gusta” o “cascaja”, que la reduce a trozos pequeños o “cascarias”. (Pas).

CERVELLÁN, CERVILLÁN. Hierbas largas y finas sobre las que, en forma de esterilla, colocaban los pasiegos los quesos frescos en la “cestaña”, para llevarlos al mercado.

CESTAÑA. Cesta alargada, de poco fondo y en forma de bandeja, que las pasiegas colocaban encima del cuévano para transportar los quesos y mantequillas para su venta.



Coladero

COLADEROS : Normalmente eran de madera y de diferentes formas. En el fondo tenían una abertura sobre la que se colocaba el filtro para colar la leche o el cuajo, como en Áliva , donde se usaban “jerros” u ortigas verdes con este fin.

COLLUGA. Boca dejada abierta en el odre. (Vid. “Odre”).

COVÍO, CUVÍU , CUVIYU. Lugar fresco donde se deja en Pas la leche en reposo para que se separe la nata (Vid. “Natadero”).

CUCELLA. Lugar de la casa destinado a guardar los quesos (Pas).

CUCHARAS. De madera, de una sola pieza, normalmente con el mango decorado con caprichosos motivos, de diferentes formas y tamaños. Tenían diversos usos en la elaboración tanto del queso como de la mantequilla. Así, las empleadas para el queso Picón, tenían frecuentemente un mango ancho, que formaba en la parte cóncava un ángulo muy abierto.

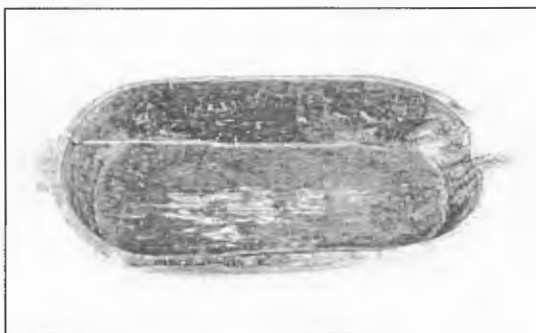


Cucharas

CUERIZA. Especie de capa de piel que utilizaban los pasiegos para evitar mojarse la espalda con el suero que se desprendía de los quesos frescos que llevaban en la “cestaña”, sobre el cuévano, para su venta en el mercado.

CUEVAS. Concavidades naturales que hay en la roca, propias de los terrenos calizas , y de forma y tamaño muy irregular, cerradas con pared y una puerta, en donde se fermenta el queso Picón. (Vid. “Soplo”).

DESCA. Vasija de madera de forma rectangular, más larga que ancha, provista de un asa y un pico, que sirve para



Desca

poder verter el suero que se reúne al comprimir la cuajada de los “arios” colocados en ella (Áliva).

DESTREBEJADA. Se llama a la situación en que queda la nata después de la operación de “zurrir” o “macear”, y separar el suero (“trebejos”), es decir, transformada en granos agrupados de mantequilla.

DESVIRAR. Desuerar, quitar el suero (“viras”) del queso puesto en los moldes.

EMBERNÍA, EMBARNÍA. Vasiija grande de barro vidriado en forma de taza, dentro de la cual se dejaba en Campoo la leche en reposo en un lugar fresco, durante un tiempo (unas 36 horas en invierno y 24 horas en verano), al cabo del cual se desnataba la leche, quitando la nata formada en la parte superior con una cuchara de madera. (Copla de Campoo: “Alegraros, compañeros/ que ya la veo venir/ con la embernía en la mano,/ en la otra trae un candil/ !Qué güeno estaba la leche,/ mejor las natas./ San Antonio te guarde/ niña, tus vacas”).

ENCELLA. Molde de varilla de avellano utilizado en Pas para la colocación de los quesos.

ENCEÑAR. Poner los quesos en la “encella” o molde.

ENNATAR. (Vid. “natar”).

ESLAVAJAS. Agua lechosa resultante del lavado con agua de los granos de la mantequilla durante la elaboración de ésta. (Vid. “zurrir”).

ESPINADA. Leche desnatada que sale de la “olla de espita” al quitar la “pina” (Pas).

ESPINAR. Operación de desnatar la leche quitando la “pina” de la “olla de espita” para que salga la leche desnatada (“espinada”) (Pas).

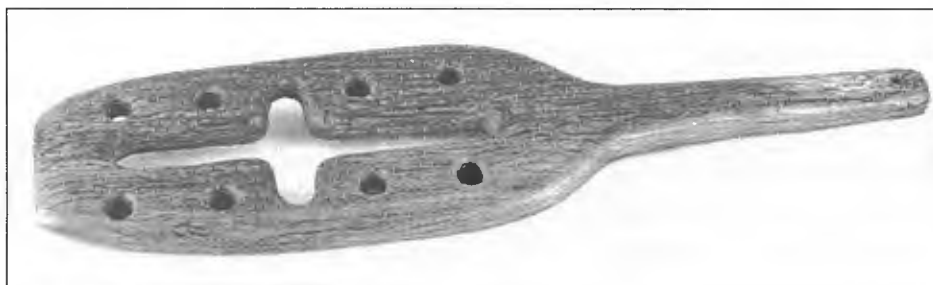
ESPITAR. Desnatar la leche. (Vid. “Espinar”).

FRISUELOS. Tortitas compuestas de leche, huevo, harina y sal, fritas con mezcla de aceite y mantequilla, y espolvoreadas con azúcar o recubiertas de miel.

GECHOSU. (Vid. “Calostrizu”).

GUROPAS. (Vid. “Pulientas”).

GUSTA. Utensilio que se utilizaba en Pas para cortar y desmenuzar la cuajada, y precursor de las actuales liras. Era de madera, en forma de espátula, con una parte estrecha y alargada de empuñadura, y una parte ancha con una



Gusta

serie de orificios, constituidos por uno grande central en forma de cruz, y una serie de pequeños agujeros a su alrededor.

HORMIGOS. Especie de papilla que se hacía con harina de trigo y leche (Campoo).

JERMOSO. Vasija de madera de doble asa y de boca ovalada. Se empleaba para contener la leche y para “mazar” la nata en la elaboración de mantequilla. Disponía de un reborde en la boca donde se ajustaba una vejiga, mediante una cuerda, durante el proceso de “mazado”. Solían tener un agujero en el fondo para facilitar la salida de la leche desnatada.

JERROS. Cerdas cortadas a una cola de vaca, que sirven de filtro colocándolas como fondo en el “coladero”.

JOCHOBOS. Leche de vaca recién parida, que se cuece con harina y azúcar (Carmona).

JOYA. Cocimiento de mantequilla y harina de maíz (Tudanca).

LECHE FRITA. Crema de harina, leche, azúcar y huevos, rebozada.



Jermoso

MACEAOS, MAZAOS, MAZACOS, MAZAJOS. Suero que se separa al hacer la mantequilla. También se llaman “Trebejo”).

MACEAR. (Vid. “Mazar”).

MAJADAS O CHOZAS. Cuevas naturales constituidas por grandes cavidades formadas por corrimientos del terreno, con amplia abertura y escasa profundidad, donde se elaboraba el queso de Áliva. Antiguamente en el interior de las cuevas dormían familias enteras, o gran parte de algunas y, además, se hacía el queso, se ponía a curar o secar al humo, y se preparaba la comida.

MANTEQUERAS. Instrumentos empleados para batir la nata en la elaboración de mantequilla. Las había de diferentes sistemas, tamaños y formatos.



Macera

Las más empleadas en Cantabria fueron las “mantequeras de pistón” y las “mantequeras de paletas”.

MANTEQUERAS DE PISTÓN. Mantequeras de madera, más frecuentemente de castaño o de haya, hechas de un tronco vaciado o de tablas herradas con aros de hierro; con una tapa, agujereada en el centro, por la que se introduce un bastón o palo provisto en su extremidad inferior de un disco delgado de madera agujereado que, al subirle y bajarle manualmente, va batiendo la nata hasta convertirla en mantequilla.

MANTEQUERAS DE PALETAS. Mantequeras de formas cilíndricas o cuadradas,

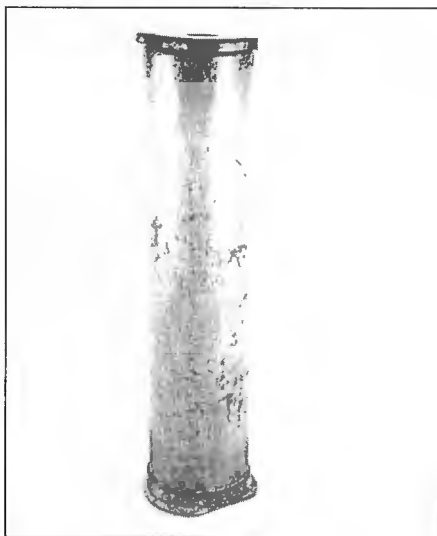
consistentes en un recipiente de madera o de cristal, con un batidor de madera o metálico en su interior, accionado manualmente desde el exterior.

MAZADOR O MAZADERO.

Utensilio empleado para “mazar” o “macear” la nata para hacer la mantequilla, como son el “odre”, la “barata” o las “mantequeras”.

MAZAR O MACEAR. Golpear la nata contenida en el “odre” o en la “barata” para hacer la mantequilla (Vid. “Zurrir”). (Canción de Lamasón: “Mazare odre/ Piétana seca/ muchos mazazos/ y poca manteca”).

MESA DESUERADORA. Mesa de madera, normalmente de tosca elaboración, compuesta por una tabla con cuatro lados irregulares y soportada por



Mantequera de Pistón



Mantequera de Paleta

cuatro patas. La superficie de la tabla presenta un rebaje circular para alojar el molde del queso, que se continúa en una canal para dar salida, por uno de los lados, al suero.



Mesa desueradora

MOCIZO. Leche cruda, recién ordeñada (Pas). (Refrán: “El mocizo y la borona al cachorro envalentonan”).

MOZAIZU. Leche desnatada (Pas). (Vid. “Espinada”).

NATADERA. Vasija en que se deja la leche por la noche, en reposo, para que se separe la nata (Vid. “Embernía”).

NATADERO . Lugar fresco, donde se deja en Pas la leche en reposo para que se separe la nata. Solían ser cuevas o bodegas de muy diferente tamaño y construcción, normalmente cercanas a la casa donde habitaba el propietario y que recibían nombres muy diversos: “natadero”, “rentiro”, “covío”, “cuvíu”, “cuvíyu”, “bodigu”. (Vid. “Serenó”, “Airero”).

NATAR. Separación de la nata en la leche dejada en el “natadero”.

ODRE. También llamado “Vejigo” y “Ballico”. Cuero, más frecuentemente de cabra, que cosido por todas partes y dejándole arriba una boca (“colluga”) y pudiéndole colgar por las patas (“pietanas”), se empleaba principalmente en algunas partes montañosas, como en los Picos, para transportar la leche, y en otras, como en Pas, para la elaboración de mantequilla.

OLLA DE ESPITA. Olla de barro vidriada interiormente, que en su parte inferior tenía un orificio tapado con una espita (“pina”), en la que se ponía a “natar” la leche (“mocizu”) dejándolas un tiempo en el “natadero”, pasado el cual bastaba quitar la “pina” para que saliera la leche desnatada (“mozaizu”), quedando dentro del recipiente la nata (Pas).

PANTORTILLAS. Torta de hojaldre con huevo, azúcar y mantequilla (Campoo).

PEYAS. Jarras de madera de distintos tamaños destinadas en los Picos al ordeño, tanto de cabras y ovejas, como al de vacas.

PICÓN. Nombre genérico dado al queso elaborado en diversos pueblos (Tresviso, Bejes, Cabrales...) de los Picos de Europa, caracterizado por su “acardenillado”.

PIETANA. Pata de la piel del odre. (Vid. “odre”).

PINA. Cuña de madera utilizada para tapar el orificio de la “olla de espita” (Pas).

PLÁGANO. Falso plátano (*Acer pseudoplatanus*), en cuyas hojas se presenta tradicionalmente envuelto para su comercialización el queso Picón.

PLATO QUESERO. Vasija de barro, loza o madera, en forma de plato y agujereada, que se utilizaba en Pas para el desuerado del queso.

POYATA O POSADERA. Lugar formado por dos losas de piedra empujadas en el muro en forma de ángulo diedro, en una ventana pequeña de la solana, donde por la noche se coloca la olla con la leche (Pas).

POZAL. Gran vasija de madera, especie de jarra, con dos asas, de preciosa forma, donde se reúne la leche ordeñada. También reciben esta denominación las vasijas metálicas (Picos de Europa).



Pozal

PRESUGO. Plancha de madera que contiene la marca especial de cada pastor y que se utiliza, con una ligera presión de la mano, para marcar el queso. Eran de madera de tilo o de castaño (Áliva).

PRESURA. Cuajo para coagular la leche, preparado a partir del cuajar de un cordero o cabrito macerado en suero.

PULIENTAS. Especie de papilla que se hacía con harina de maíz cocida con agua y sal, que se comía añadiéndole leche y azúcar. También se llamaban “Guropas”.

QUEMAR (la cuajada). Se dice que se “quema” la cuajada en la elaboración del queso de Áliva cuando la leche se cuaja muy pronto, es decir, en menos tiempo de la hora u hora y media necesaria.

QUESADA. Postre típico pasiego, preparado con cuajada fresca, huevos, azúcar, mantequilla, harina de trigo, canela molida y cáscara de limón rallada. La pasta preparada suele meterse al horno en una cazuela baja y ovalada (tipo besuguera), que le da la forma en que se presenta para su consumo.

QUESERA. Este término se emplea para designar a diversos utensilios empleados para mantener o transportar quesos.

QUESETA. Queso elaborado con leche-desnatada, queso de poca calidad (Pas).

QUESUCOS. Nombre dado a una gran variedad de quesos, todos de pequeño formato, que se elaboran artesanal y tradicionalmente en toda Cantabria.

RENTIRO. Lugar fresco, donde se deja en Pas la leche en reposo para que se separe la nata (Vid. “Natadero”).

REVENGAR (el queso). Se decía del queso de Áliva, cuando le metían en arcas de nogal para que “revenga” o madure. Después para conservarlo le colocaban entre grano o entre garbanzos.

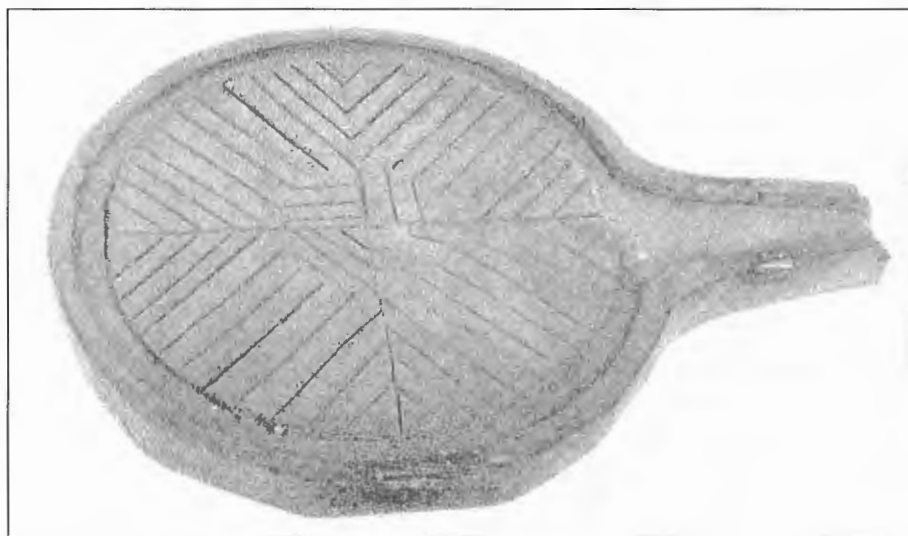
RODEAR (la cuajada). Se llama “rodear” la cuajada en la elaboración de queso Picón a, una vez ésta cortada y desmenuzada, volver a reunirla otra vez en una masa y oprimirla ligeramente contra sí misma para lograr que expulse el suero. Esta operación se realizaba con una cuchara de madera o con un cacillo metálico, y es similar a la denominada “atraer” la cuajada en la elaboración de queso de Áliva.

SERENO. “Natadero” en cuyo interior hay una corriente de agua de algún riachuelo o manantial (Pas).

SOBAO. Producto típico pasiego, que antiguamente se hacía partiendo de masa de pan, a la que se añadía azúcar y mantequilla, así como huevos, cáscara de limón y ron o anís. Modernamente se elabora de distinta forma, utilizando harina en lugar de la masa de pan y añadiendo un poco de levadura en polvo. La masa preparada se hornea, después de colocarla con una cuchara en unos envases especiales, que les caracterizan en el mercado, formados mediante el plegado en forma cuadrada de un papel antigraso.

SOPLO. Corriente de aire que circula en las cuevas del queso Picón, que favorece el transporte de las esporas de *Penicillium* y su implantación en los quesos allí depositados, que adquieren así sus especiales y tan apreciadas características.

SUERERU o DESUERADOR. Utensilio de madera, destinado a acoger en su interior el molde que contiene el queso, y provisto de una salida en forma de canal para el desagüe del suero.



TALEGU. Tela en forma de saco, empleado para facilitar el desuerado de un queso singular de Cantabria.

TREBEJOS. Suero que se separa al hacer la mantequilla. También se llaman “Maceaos”, “Mazaos”, “Mazacos”...(Pas).

VEJIGOS. Odres pelados de cabra o de oveja preparados, entre otras maneras, metiéndoles en agua de ceniza, secándoles después a la sombra y dándoles vuelta para que el lado del pelo quede hacia adentro (Vid. “Odre”).

VIRAS. Suero que suelta el queso, una vez puesto en el molde.

VIRENGAR. Extraer las “viras” del queso.

ZAPITA. Vasija de madera empleada por los pastores para recoger la leche en el ordeño y, en general, para contener la leche. Tiene forma de jarra con un asa y dos prolongaciones en el pico. (Refrán de Campoo: “A la vaca jasca (hosca) no le arrimes mucho la “zapita”).

ZARZOS. Balda de varas de ave-llano entrelazadas donde se colocan los quesos de Áliva para ahumarles.

ZURRIR. Termino empleado para designar la operación de golpear la nata dentro del odre para hacer la mantequilla. Se llenaba el odre aproximadamente hasta la mitad con la nata y se “zurría” (golpeaba) contra la rodilla y el muslo hasta que se hacían los granos de mantequilla, de ahí viene la frase, aún conservada, de “zurrir el pellejo”. Durante la operación se separaban los “trebejos” o “maceaos”, quedando la mantequilla agrupada en granos (“destrebejada”). Se añadía después agua fría para lavar los granos, se zurría de nuevo el odre, y se expulsaba la “eslavaja”. Esta operación se repetía varias veces hasta que el agua salía limpia. (“Hácete odri/ hácete odri/ la manteca para el rico/ la manteca para el rico/ los trebejos para el probi”) (Pas).



Zapita

CUATRO IMÁGENES HISTÓRICAS DE ELABORACIÓN DE PRODUCTOS LÁCTEOS EN CANTABRIA







BIBLIOGRAFÍA

ALCALDE DEL RÍO, H. (1932). “Contribución al léxico montañés”. *Revista de Santander*. 5 (4) 160-168.

ALCALDE DEL RÍO, H. (1932). “Contribución al lexico montañés”. *Revista de Santander*, 5 (5) 198-205.

ALCALDE DEL RÍO, H. (1932). “Contribución al léxico montañés (Conclusión)”. *Revista de Santander*, 5 (6) 266-276.

ALCALDE DEL RÍO, H. (1933). “Contribución al léxico montañés. Apéndice”. *Revista de Santander*, 6 (2) 65-67.

ANÓNIMO. (1987). *Recetas de cocina de Arenal de Penagos y su zona*. Institución Cultural de Cantabria.

ARROYO, R. y M. (1967). “Quesos típicos españoles. II. El queso montañés (pasiego y de Liérganes)”. *Altamira*, (1, 2 y 3), 148-158.

ARROYO, M. y CASADO, P. (1976). “La elaboración de mantequilla en Cantabria”. *Anal. Inst. Est. Agropecuarios*, 2, 225-240.

BARCIA, R. (1880). *Diccionario General Etimológico*. Ed. Seix. Barcelona.

BARTOLOME SUÁREZ, A. (1987). *Anecdotario montañés*. Ayuntamiento Torrelavega, Torrelavega.

CALDERÓN ESCALLADA, J.(1981). *Lenguaje popular de la Merindad de Campóo*. Santander.

CASADO CIMIANO, P. (1976). “La elaboración industrial y artesana de la leche en la Montaña”. *Anal. Inst. Est. Agropecuarios*, 2, 225-240.

CASADO CIMIANO, P. (1995). *La elaboración de quesos en los Picos de Europa a principios de siglo, según una memoria dictamen de los Hnos. Alvarado en el año 1911*. Ed. ILE .Madrid.

CASADO CIMIANO, P. (1999) - “Procesos y utensilios más empleados en la elaboración artesanal de la mantequilla” en *Viejas culturas lácteas de Cantabria*. Universidad de Cantabria. Santander, 37-45.

CÓRDOBA, S. de (1947). *Cancionero popular de la provincia de Santander*. Aldus S.A. Santander.

COSÍO, J.M. (1973). "Aportación al léxico montaños" en *Estudios sobre escritores montañoses*. Santander, t. II, 19-26.

DÍAZ GÓMEZ, A. (1971). "Vocabulario de términos montañoses de la región de Carmona". *Publ. Inst. Etnografía y Folklore "Hoyos Sainz"*. Diputación Provincial de Santander, 3,109-122.

DÍAZ GÓMEZ, A. (1975). "Nueva aportación de términos montañoses de la región de Carmona". *Publ. Inst. Etnografía y Folklore "Hoyos Sainz"*. 7, 137-149.

FERNÁNDEZ DE ARROYO, C. (1975). "Los quesos montañoses de los Picos de Europa y el queso Picón". *Publ. Inst. Etnografía y Folklore "Hoyos Sainz"*. 7, 169-196.

GARCÍA LOMAS, A. (1966). *El lenguaje popular de la Cantabria Montañesa*.

GOMARÍN GUIRADO, F. y col. (1992). *La vida cotidiana en una aldea lebaniega (s. XVIII y XIX)*. Universidad de Cantabria.Santander.

GÓMEZ PELLÓN, E. (1998). *Carmona.Patrimonio etnográfico y tradición cultural*. Universidad de Cantabria.Santander.

GÓMEZ PELLÓN, E. (1999). *Viejas Culturas lácteas de Cantabria. Etnografía y Patrimonio*. Universidad de Cantabria.Santander.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y DÍAZ GÓMEZ, A. (1988). *Manual de Etnografía Cántabra*. Ed. Estudio.Santander.

GRAN ENCICLOPEDIA DE CANTABRIA (1985). Ed. Cantabria. Santander.

HOYOS SANCHO, N.(1970). "Objetos representativos de la provincia de Santander, existentes en el Museo del Pueblo Español de Madrid". *Publ. Inst. Etnografía y Folklore "Hoyos Sainz"*. 2, 23-49.

HUIDOBRO, E. (1907). *Palabras, giros y bellezas del lenguaje popular de la Montaña*. Imp. La Propaganda Católica. Santander.

LÓPEZ VAQUÉ, A. (1988). *Vocabulario de Cantabria (Apuntes para un vocabulario general*. Artes Gráficas Resma. Santander.

LÓPEZ VAQUÉ, A. (1994). *Vocabulario de Cantabria, II*. Santander.

SAINZ BARRIO, M. A. (1991). *Léxico Cantabro*. Ed.Tantín. Santander.

TRADICIONES y Gastronomía Marachas. (1987). Institucion Cultural de Cantabria.

UNIVERSIDAD DE CANTABRIA (1987). *Formas de cultura y vida tradicional de los pastores y vaqueros en la región de Cantabria*. Santander.

LOS TOPÓNIMOS HORNA Y HAYA EN CANTABRIA

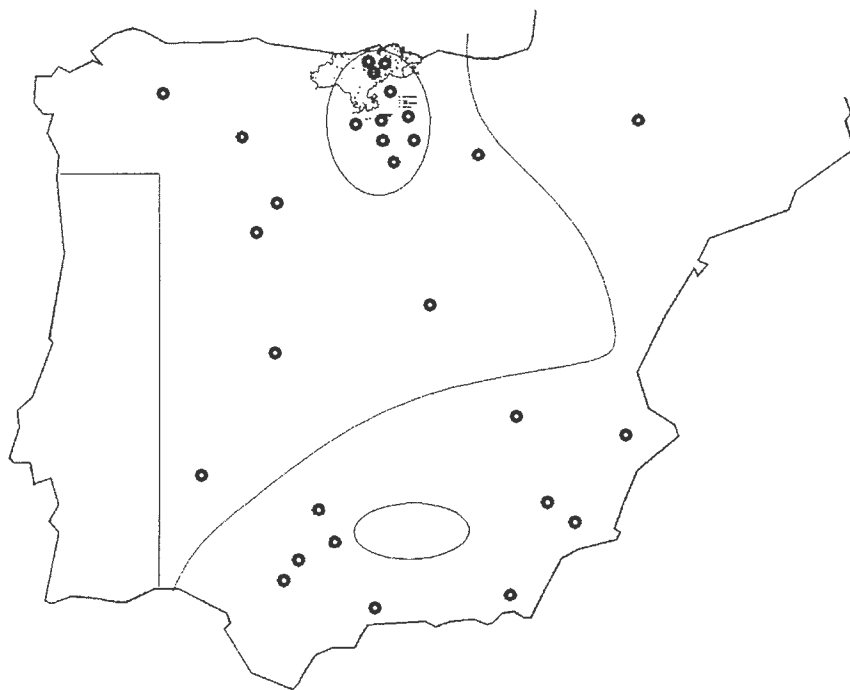
por

Virgilio Fernández Acebo
Juan Manuel Acebo Gómez

Introducción

Con el presente artículo, los autores tratan de centrar el sentido semántico de los topónimos en Horn-, y su posible relación con Haya, con que se nombra de forma dominante esta especie arbórea en la actualidad.

Oriundos los dos firmantes del Alto Miera y viejos conocedores de la pervivencia de su simultaneidad semántica y de la abundancia de ambos lexemas en la microtoponimia del valle (1), había sido motivo de curiosidad y tema de alguna conversación hace ya algunos años. La salida de imprenta del trabajo *Toponimia Mayor de Cantabria* que prometía resolvernos ésta y otras cuestiones no hizo sino recordarnos las complejas y frecuentemente tortuosas sendas que siguen las palabras desde su nacimiento hasta que, tras recorridos varios milenios, las reencontramos en la toponimia, a veces único y mimetizado testimonio de su existencia. Justamente la mencionada publicación, que proponía el origen de los topónimos *Horn-* en el latín *fornus* (Horma sería una variante local sobana referida a elementos pétreos) nos invita a aportar un sentido semántico adicional aún en uso en el valle del Miera para los topónimos derivados de *horna* = ‘Haya joven’ y, de la misma raíz, los sustantivos *hornija* = ‘Haya pequeña, poco espigada, despeñachada, que participa del matorral’ y el colectivo *hornijal* = ‘Sotobosque con abundancia de hayas de escaso crecimiento’; con documentación sobre estos términos y una discusión final se aportará alguna luz sobre su origen.



Distribución de Horn- encabezando el nombre de las poblaciones de España (Nomenclátor, 1984). La línea N-S representa el límite generalmente aceptado de la celtización, las elipses las áreas de extensión de 'Torca' (Villar, 1996).

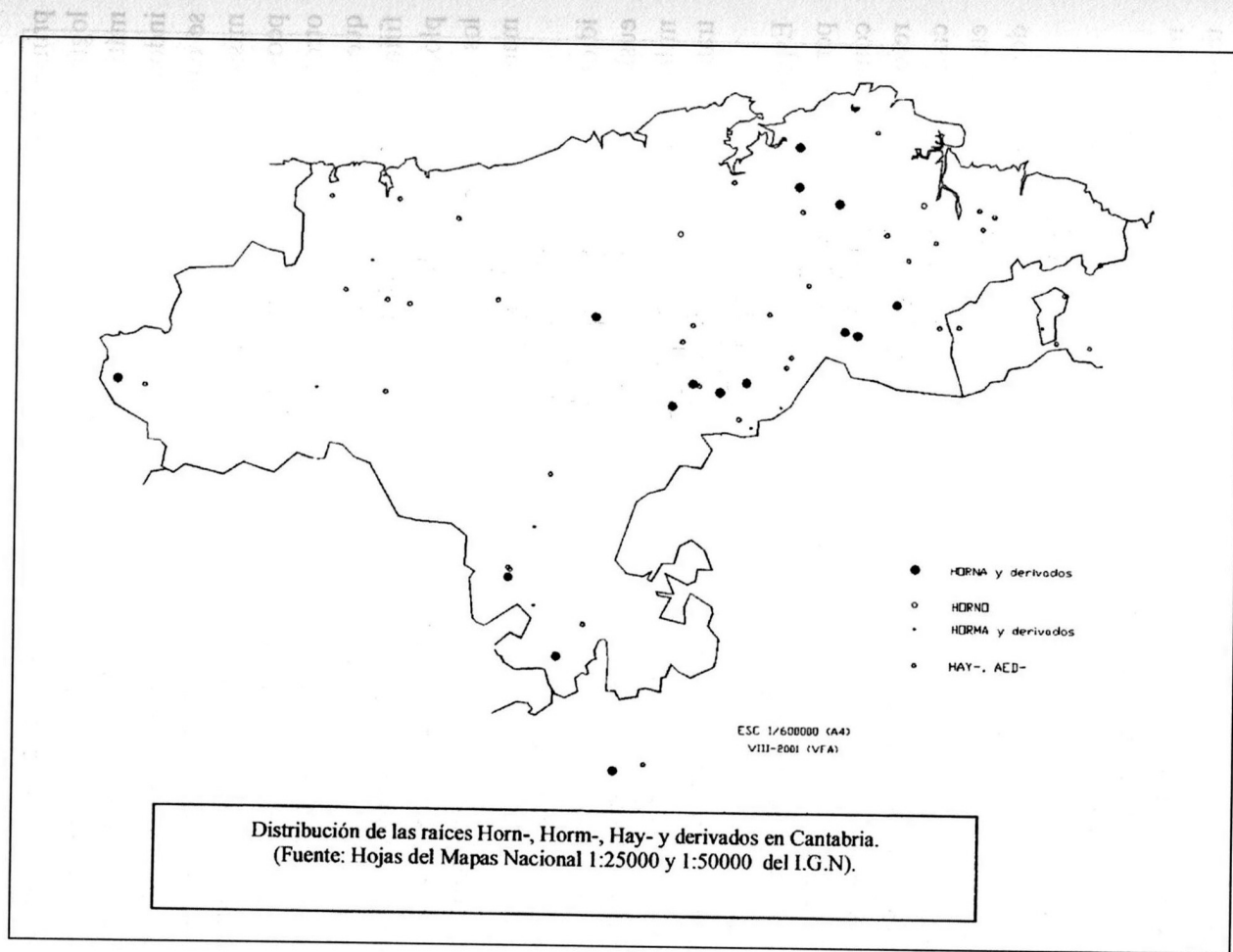
Tres reflexiones previas parecen procedentes antes de entrar en tema. La primera referida a la precaución con que debe aceptarse la asignación de etimologías latinas a muchos términos lingüísticos al encontrar coincidencias lexicómicas o de morfemas, considerando, tanto la existencia de las varias lenguas indoeuropeas que en Europa evolucionaron junto al latín y con cuyos términos se enriqueció este último idioma, finalmente dominante por conquista; en la misma línea debe plantearse que ante el origen común de los idiomas indoeuropeos y la proximidad cultural de las sociedades del Sur de Europa, el latín y otros idiomas de este área evolucionaron hacia abundantes términos próximos que cualquier indoeuropeísta puede ejemplificar cómodamente; a pesar de las filiaciones próximas de los idiomas -pongámonos cronológicamente, por ejemplo, en los tiempos de la romanización de la península Ibérica- el aislamiento de los distintos grupos étnicos ha venido provocando abundantes dialectos con marcadas especificidades propias.

En segundo lugar, debemos tener en consideración la existencia de varios idiomas no indoeuropeos en la protohistoria peninsular, poco conocidos salvo el euskara, que se ha transmitido hasta la actualidad aunque con modificaciones de milenios (compárese la evolución desde el latín, superpuesto a los diferentes sustratos locales hasta el castellano, el catalán y demás idiomas romances actuales).

La tercera reflexión está relacionada con coyunturas políticas actuales en España, en las que están embebidas muchas manifestaciones culturales -tal vez pervivencias de las viejas nacionalidades de la protohistoria lo que aleja del comentario cualquier sentido peyorativo- y que planteamos como la moda de reforzar y dar cuerpo a las actuales estructuras administrativas mediante explicación apologética, a veces forzada, de la lengua, toponimia, historia, virtudes etc. Valgan estos comentarios para envolver en modesta relatividad los contenidos que siguen.

Fuentes

Para rastrear la presencia de las dos raíces toponímicas en cuestión hemos recurrido a fuentes de fácil acceso, como la cartografía oficial. Para el contraste semántico en distintos idiomas y ámbitos geográficos hemos recurrido a diccionarios de uso común: Euskara, Latino, DRAEL, Moliner, Corominas, los



repertorios de términos locales de García-Lomas, Miguel Ángel Sáiz Barrio..., y algunos otros trabajos con el fin de contrastar la situación en las regiones colindantes. Los nombres de los pueblos de España se han extraído del Nomenclátor. No hemos prescindido de la información oral, que aún transmite contenido de gran interés, que por haberse oído a lo largo de muchos años y de forma ametódica no desglosamos entre las fuentes en esta ocasión:

Mapa oficial de España 1:25000 y 1:50000 (IGN, varias fechas)

Toponimia Mayor de Cantabria (González Rodríguez, 1999). En las págs. 188-189 revisa Ahedo, La Edilla, Castrillo del Haya y El Haya y en 202-203 en general le da etimología *fornus* a los topónimos con *horn-*, bien porque hubiera alguno de cal, pan o mineral, o porque la forma del terreno lo sugiera. Horna (R. al Monte), Horna de Ebro (Enmedio), Hornedillo (S Pedro del Romera) Hornedo (Entrambasaguas). Para España toma de Nieto Ballester *Hornachuelos, Hornera, Fornillos, Fornels, etc.*

Pueblos Asturianos: El porqué de sus nombres (García Arias, 1977). Atribuyéndoles incondicionalmente etimología en *fornum*, recoge (págs. 256-257) Forna (Candamo); El Forno (Llaviana); Los Fornos (Llaviana, Llangreu, Grau); Los Forniello (Mieres); Les Forniells; Furniesas (Allande); A Fornaza (Salime)

DRAEL (Real Academia Española de la Lengua, 1992). Hormaza: Del lat. *formacea*, t. f. de *-ceus*, hormazo: f. Pared de piedra seca.

Toponimia del Alto Miera en el Catastro de Ensenada (Fernández, 1999). En San Roque se citan Cueto la Orna y Fuente de Hornedo. En Miera La Horna, Hoyo las Hornas, Seyornal, Tocornal (Cornejo, con dudas). En Riotuerto: Rotizo del Horno (De etimología dudosa).

Denominación de grandes cavidades de Cantabria (Fernández, 1997). Tocornal, Cornedo, Cueva del Horno, Hornos de la Peña, Cueva de los Hornos, Cueva de los Hornos, Cueva de los Hornucos, Cueva de los Jornos.

Toponimia para uso de espeleólogos (Fernández, 1994). Hoyornal.

Toponimia pasiega (Leal, 1997): Fuente Ornedo, Tocornal / Tecornal y Cotornal, Torconadillo, Tocornalillo, Cornezuelo/ Cornuzullo/ Cornezelo/ Corruzuelo/ Cornuzuelo/ Cornial/ Cornijal/ Cornejo (Sarapudio)

Nomenclátor (1984). Consideraremos solamente los términos en que la raíz a considerar aparece en primer término de la expresión toponímica, con todas las variantes morfológicas: Encontramos El Haya en Valdeolea; 5 Haedo y derivados, todos ellos en la provincia de Burgos; 2 Ahedo en Burgos, 1 en Vizcaya, y 1 en Ampuero (Cantabria); Aya (Ataún, Guipúzcoa), Aya (Guipúzcoa), Ayabarrena (Logroño); 10 entidades con raíz *Aye-* y 5 con *Ayá-*.

Horna, Hornillalastra, Hornillos, Hornillalatorre, Hornillayuso, Hornes (Burgos); Hornachuelos (Córdoba); Hornerico (Córdoba); Hornedillo, Hornedo, Horna (Cantabria); Horneiro (Lugo); Hornera, Hornica (Murcia); Hornia y Hornillo (Sevilla); Hornija (León); Hornillejos de Cotes y Hornillos (Valladolid); El Hornillo (Ávila); Hornillos (Logroño); Hornillos (Palencia); Hornillo (Málaga); Hornillo (Almería); Hornachos (Badajoz); Orna de Gállego (Huesca); Horna (Alicante); Horna (Albacete); Horna (Guadalajara). 10 Horno/Hornos (no se representan en el mapa peninsular por la incertidumbre etimológica que presentan) en el Sur y Levante y otros 2 en Logroño y Ávila, respectivamente.

Ormáiztegui, Ormaola (Guipúzcoa); Ormas (Campoo de Suso, Cantabria), Hormiguera (Valdeprado, Cantabria); Ormijana (Alava); Hormaza, Hormazuela, Hormicedo, Hormiguero (Burgos); Hormilla; Hormilleja (Logroño); Hormigos (Toledo); Hormigo (Sevilla).

Haya, en euskara es pago, que no encontramos relacionado en el Nomenclátor fuera de su área natural más que en Andalucía donde no será etimología fitológica.

Diccionario etimológico de apellidos vascos (Mobrobejo, 1982). Orma: pared, pastizal, hielo, congelación, pared de piedra. Horna: Pastizal, zarzal. H/Ormaetxea: Casa de pared de Piedra, madroñal, henar. Ormaiztegi: Paraje de peñas y paredes, madroñal, henar, casa de hormaza. Hormaza: Lugar de paredes, henar. Horna/Orna/orne/ornes: Pastizal de avenas, madroñal.

Diccionarios de Latín (De Miguel, 1958; Mirm, 1969). Fagus, i: Haya. Hornótinus, a, um = Hornus, a, um: Del año, producido dentro de este año. Fornus, i; furnus, i: Horno. Orno: Pertrechar, adornar, armar; adornar. Ornus, i: Olmo o fresno; o cagiga; asta de lanza.

Léxico cántabro (Sáiz Barrio, 1991). P. 167 Mazorra = Hormazo: Montón de piedras; pared levantada con cantos mal puestos y sin labrar.

El lenguaje popular de la Cantabria Montañesa (García Lomas, 1966). Hornillo, etc, , que emparenta con horno.

Breve diccionario etimológico de la lengua castellana (Corominas, 1968). En el epígrafe *horno* incluye hornaza, de la que dice emparentada en latín con furnus, aunque no derivada de él (~hornaguera, o; ahornagarse).

Diccionario de uso del Español (Moliner, 1996). Horma, Hormaza: Pared, montón de piedras sueltas, etc.

El habla pasiega (Penny, 1970). Párrafo. 283.- Ormazarse: Recostarse y rascarse contra una pared. 287.- Armaza: rasqueta. 238.- Ormar: holgazanear. 500.- Ormazar, aormazar: Sujetar a alguien en el suelo

Toponimia de Valdeolea (Gutiérrez y Moreno, 1993). Hornedo (San Martín de Hoyos); Tres Hayas, Aedo (Castrillo del Haya y El Haya); Fornada (Las Quintanillas); La Hornera, Las Olmizas (Cuenca); Hornillo, La Haya, Los Hormazos (Las Henestrosas, La Quintana y Bercedo).

En el collado de entrada a Liérganes desde Bucarrero vemos el indicador al barrio de **Cotornedo**. En los minucipios ribereños del Miera existen varios casos más de microtoponimia en Horn- y Hay- .

Discusión

No nos parecía inicialmente verosímil que el topónimo *horna* tuviese en todos los casos que conocíamos su origen etimológico en el término latín ‘fornus’/ ‘furnus’, por varias consideraciones: No conocíamos ningún tipo de horno en diversos parajes nombrados con dicho topónimo; los hornos de cal, carboneros, etc., reciben sus propias denominaciones y así se han plasmado en microtoponimia (El Carbonirio, el Caleruco, Calero de Tío José, etc.); el femenino no resulta familiar para este término y el género da a muchos apelativos tradicionales de Cantabria (hoyo, torca, cabaña...) un sentido de tamaño e incluso de textura (el masculino se utiliza para lo pequeño o agudo, el femenino para formas laxas y tamaños mayores). Pero tras algunas averiguaciones, junto a la constancia en Soba del término *horna* como sinónimo de hormaza (= montón de piedras, muralla) encontrada por González Rodríguez, sustitución de las nasales m y n que podría haberse dado en otros casos, y con independencia de que algunos escasos topónimos en *Horn-*, sobre todo en género masculino, tengan su origen en el latín ‘fornus’/ ‘furnus’ (=horno) como proponía junto a otros el mencionado autor, el hecho de que esté aún extendido en el lenguaje vivo del Alto Miera el término *horna* con equivalencia de “haya joven”, al observarse el adjetivo latino ‘ornus, -a, -um’ (o su equivalente ‘hornoculus, -a, -um’) con significado de “del año” o “producido en el año”, así como la existencia del aparente fitónimo ‘ornus, -i’ con significado de olmo, fresno, cagiga o asta de lanza, invitaría a pensar en una etimología de *horna* y sus derivados desde la confluencia semántica de dos expresiones como *fagus horna* (“haya del año”) que desviaría el sentido de la expresión *ornus* desde su significado original de olmo/fresno/roble y tal vez otros árboles utilizados con similar finalidad hasta el de haya, senda etimológica no demasiado difícil de aceptar. Para resolver la disyuntiva etimológica entre *orn-* y *horn-*, indagamos sobre la existencia de *h* aspirada para estas voces en los valles del occidente de Cantabria (Saja y Nansa, donde la aspiración es más evidente), no habiendo encontrado en el valle de

Aedo (La Iglesia)
 Ahedo (Ampuero)
 Braña el Haya (Carmona)
 Campo el Hayal (Udalla)
 Canal del Haya (Arredondo)
 Castrillo del Haya
 (Valdeolea)
 Cuesta las Hayas (Lanestosa)
 Cueto del Haya (Puente
 Pumar)
 Cueto del Haya (Rozadío)
 El Ayacorbo (Barcenillas)
 El Haya (Espinama)
 El Haya (La Vega)
 El Haya (Traslaviña)
 El Haya (Vejorís)
 El Hayal (Aloños)
 El Hayal (Reinosa)
 El Hayuelo (San Pedro)
 Haya Cruzada
 Haya Grande (Mollinedo)
 Hayal de las Cornejas
 (Ruesga)
 Hayas (Ampuero)
 Hayas (Guriezo) 36-IV
 Hayas Flechas (La Iglesia)

La Ayuela (Udías)
 La Haya (Meruelo)
 La Haya (San Vicente)
 La Haya (Valdeolea)
 Los Pozos del Haya (La Cavada)
 Majada del Haya (Lanestosa)
 Monte Haya (Bárcena de Ebro)
 Monte Hayedo (Lamasón)
 Pico del Haya (San Roque)
 Pico el Hayal (Voto)
 Pico las Hayas (Valmaseda)
 Ríolaya (Villaescusa)
 Trashaedo (Burgos)

 Las Jayucas (Luey)

 Horna (Matamorosa)
 Horna (Villaverde de Pontones)
 Corral de Horna (Hoznayo)
 Coto la Horna (San Roque)
 Hornas (Ajo)
 El Hornal (San Pedro)
 Hornedo (Entrambasaguas)
 Cagigas de Hornedo (Hazas de
 Cesto)
 Horneo (Vega)

Horneo (Soba)
 Horneo de Abajo (La Vega)
 Ornedo (La Haya)
 Hoyos de Hornedo (Solórzano)
 Hornedillo (San Pedro)
 Hornillera (Trashaedo)
 Sierra de Hornijo (Soba)

 Regato del Cotornal (Luena)
 Alto de Tocornal
 Braña del Socornal (Bostronizo)

 Peña del Horno (La Cueva)
 Los Castros de Horno
 El Horno (Rada)

 La Jorna (Pido)

 Hormaza (Trucios)
 Ormaza (La Vega)
 Hormazo (Celis)
 Hormiguera (Valdeprado del Río)
 Hormigueros (Cervatos)
 Ormías (San Pedro)

 El Arma (Buyezo)

Polaciones conocimiento actual de la raíz *horn-* en relación con el haya o sus derivados; pero en el valle de Liébana hemos hallado sobre la cartografía oficial el topónimo *Jorna* (Camaleño); al tratarse de una única ocurrencia invita a la cautela, pues podría tener una de las excepcionales etimologías en *fornus* o en *horn-*, pero mientras no se encuentren argumentos en otro sentido debe dársele al topónimo *horn-/orn-* la grafía inicial *horn-*, compatible con la propuesta de elipsis en *fagus horna*.

Se nos planteaba la incertidumbre respecto a cómo hubieran podido sobrevivir simultáneamente ambos topónimos durante prácticamente dos milenios, dada la general aceptación de *haya*, cuyo uso se evidencia extendido en todos los lugares en que aparece el topónimo *horna*, incluido el Alto Miera. Esta pervivencia paralela la encontramos justificada en la funcionalidad específica de las *hornas*: Las hayas jóvenes, que cuarteadas son fáciles de tallar y poseen elasticidad deseable, han sido utilizadas tradicionalmente para construir aperos y elementos cotidianos de la vida rural de las montañas: Palas de madera, astas para herramientas (2), albarcas y otros elementos. Es posible que el *ornus* que encontramos en los diccionarios latinos no fuese en su origen un nombre que presentase la indeterminación que aparenta cuando sirve para aludir a la vez al olmo, fresno, roble o hasta de la lanza, sino que hiciese referencia a la utilidad similar de sus maderas; el hecho de encontrar el verbo *orno* = ‘pertrechar’, ‘armar’ nos apunta también en este sentido. Estas consideraciones llevan a la conclusión de que, mientras *haya* sería un fitotopónimo, *horna* haría referencia a una materia prima vegetal para aprovechamientos concretos; sería un topónimo que si tuviésemos que catalogar podríamos juntar con los de carácter fabril. Pero, al menos en la Cornisa Cantábrica, encontramos *Horna* y derivados en alturas superiores a los mil metros, alejadas de los núcleos de población de tiempos históricos y de difíciles condiciones de transporte (recordemos que el dominio del hayedo se inicia desde los 400 m.s.n.m.), lo que nos sugiere que, si bien en tiempos modernos ha podido conservarse junto a ‘haya’ en base a una diferenciación como material para pertrechos, posiblemente en los momentos antiguos en que se extendió por el Sur-Oeste de Europa, tuviese carácter de fitónimo.

Así pues, aunque uno de nosotros, generalizando, ya había adelantado anteriormente un carácter fitológico, proponemos tres orígenes alternativos a los topónimos *horn-/orn-*: Uno de ellos basado en las correspondientes instalaciones industriales, sobre todo en algunos casos en que aparece en género masculino. Un segundo origen, al que atribuimos también ocurrencias muy limitadas, por sustitución de m por n a partir de la raíz *horm-* (pared o montón de piedra, roquedo). Y un tercer origen, mayoritario, a partir de la confluencia semántica de los términos latinos *hornus*, -a, -um (producido o nacido en el año), *ornus* (= olmo, fresno, roble); pero esta ingeniería semántica podría simplificarse si el término 'ornus' (olmo, fresno..., maderas para elaborar aperos y herramientas) perteneciera al substrato y hubiese sido tomado por el latín de alguno de los idiomas del sur-oeste europeo.

En cuanto a las raíces *hay-* y *horn-* simultáneas en la toponimia que ha llegado hasta nosotros, se nos plantea en qué momentos haya tenido lugar la implantación de ambos términos. Si aceptamos el criterio de que los topónimos más antiguos sean más raros pero más extendidos geográficamente entre sus sinónimos y parónimos, a juzgar por la mayor dispersión de la raíz *Horn-* en España, limitándose *Hay-* sólo a Cantabria en la fuente que hemos tomado como referencia (los nombres de poblaciones del Nomenclátor que incluyen las raíces (H)orm- y (H)ay- en el primer término de la expresión (3), podemos afirmar que inicialmente los topónimos en *horn-* se encontraban más extendidos, sustituyéndose por *hay-* posiblemente a raíz de la romanización final de la península ibérica, difundiéndose más en el Norte cantábrico, territorio en que tuvo lugar tardíamente la ocupación romana, a partir del último tercio del Siglo I AC.

Alternativamente, tomando en consideración el reparto de los topónimos en el mapa de España, se observa a primera vista la distribución a un lado y otro de la línea de la celtización peninsular generalmente aceptada por los estudiosos clásicos; a la vista de la alta concentración que detectamos usando como referencia la mencionada fuente de toponimia mayor, se observa una sensible mayor concentración de topónimos en *horn-* femenino y derivados en un área que coincide con la extensión norteña. Existe otra zona en el Sur peninsular del topónimo *torca*, tradicionalmente considerado prerromano, antiguo europeo, según sostienen M. Pidal, C. Baroja, Corominas, Villar y otros especialistas.

Resumen

Las distribuciones de la raíz *horn-* en contraste con la de *hay-* sobre los mapas de Cantabria y España sugieren que los términos toponímicos en *horna* pertenezcan al léxico de un idioma indoeuropeo antiguo que pudo mantenerse relíctico en las montañas menos romanizadas del Norte de la Península, ligados a una funcionalidad de las maderas; pero un sofisticado entrecruzamiento semántico entre el adjetivo *hornus* y el sustantivo *ornus* que derivaría hacia el sentido de haya hubiera podido producir un giro que no haría descartable su origen en los inicios de la llegada del idioma del Lacio a la Península Ibérica: Los topónimos con *haya*, numerosos en el Norte, parecen más recientes y podrían haber sustituido en la última romanización parcialmente a los *horna* precedentes. La simultánea pervivencia milenaria de ambas raíces se explicaría en el uso tradicional de las *hornas* como materia prima en aperos rurales; para tiempos recientes constituirían fitotopónimos en sentido estricto los derivados de *fagus*.

NOTAS

(1) J. M. Acebo está especialmente familiarizado con los términos objeto de estudio, por ser su taller artesanal de aperos agrícolas uno de los últimos que se mantienen en la Trasmiera y su constante contacto con el viejo mundo agrícola y ganadero.

(2) Quizás pueda nombrarse como uno de los elementos más representativos que aún pervive en los aperos rurales la "corva" que se inserta a mitad del "asta" del "dalle" local.

(3) Nos ha informado J. M. de la Pedraja de más poblaciones en el Norte, concretamente recordaba la existencia de Aia, en Guipúzcoa.

BIBLIOGRAFÍA

MIRM, J.M. (1969) *Diccionario Latino Español Español-Latino*. Ed. Bibliograf, S.A. Barcelona.

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, A. (1999) *Diccionario etimológico de la Toponimia Mayor de Cantabria*. Ed. Librería Estudio. Santander.

MOGROBEJO, E. (1982) *Diccionario etimológico de apellidos vascos*. Bilbao.

DE MIGUEL, R. (1958) *Diccionario Latín-Español Etimológico*. 28ª Edición. Lib. Victoriano Suárez. Madrid.

PENNY, R.J (1970) *El habla pasiega*. Ed. Tames. London.

GARCÍA LOMAS, A. (1966) *El lenguaje popular de la Cantabria Montañesa*. Ed. de Librería Estvdio. 1999.Santander.

SÁIZ BARRIO, M.A. (1991) *Léxico Cántabro*. Ed. Tantín. Santander.

COROMINAS, J. (1968) *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Ed. Gredos. 3ª Ed. 1973.Madrid.

FERNÁNDEZ ACEBO, V. (1994) "Toponimia para uso de espeleólogos". En *El Karst de Miera: Estudios, Patrimonio e Inventario de las cavidades del municipio de Miera*. Boletín Cántabro de Espeleología Nº 10, Especial Monográfico. Santander.

FERNÁNDEZ ACEBO, V. (1997) "La denominación de las grandes cavidades de Cantabria". En León García, J. (Ed.): *Catálogo de las grandes cavidades de*

Cantabria: 716-719. Gobierno de Cantabria-Consejería de Cultura y Deporte. Santander.

FERNÁNDEZ ACEBO, V. (1999) “Toponimia del alto Río Miera (Cantabria) en el Catastro de Ensenada”. *Altamira*, Tomo LV: 149-175. Centro de Estudios Montañeses. Santander.

MOLINER, M. (1996) *Diccionario de uso del Español*. Ed. Gredos. Madrid.

GUTIÉRREZ DELGADO, J.A. y MORENO LANDERAS, L.A. (1993) *Toponimia de Valdeolea*. Gráf. Merlan. Reinosa.

GARCÍA ARIAS, X. LI. (1977) *Pueblos asturianos: El porqué de sus nombres*. Ayalga Ediciones. Salinas.

VILLAR, F (1996) *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Ed. Gredos. Madrid.

A.A. (1984) *Nomenclátor Comercial Pueblos de España*. Imp. Hijos de E. Minuesa. Madrid.

Real Academia Española de la Lengua (1992) *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*.

Instituto Geográfico Nacional (Varios años) *Mapa Nacional de España 1:25000*.

Instituto Geográfico Nacional. (Varios años) *Mapa Nacional de España 1:50000*.

Se terminó de imprimir este libro en el mes
de Noviembre del año 2001.

Sirva de homenaje y ofrenda a nuestro fallecido
director Don Modesto Sanemeterio Cobo (q.e.p.d.).

Estamos seguros de que lo hubiese considerado
como el mejor recuerdo que podíamos ofrecerle.

